

PERRY MASON

EL CASO
DE LA ENFERMERA
FUGITIVA

ERLE STANLEY GARDNER



de

Janet Morris, cliente de Perry Mason, es acusada de envenenar a su marido, el Dr. Morris, que había fallecido en un accidente de avión. Pero en realidad, no había fallecido, sino que había fingido su muerte para poder escapar a México con su amante. El fallecido en el accidente de avión es Kirby David, y ahora Janet Morris es acusada de la muerte del señor David.



Erle Stanley Gardner

El caso de la enfermera fugitiva

Perry Mason - 43

ePub r1.0

Ronstad 07.07.14

Título original: *The Case of the Fugitive Nurse*

Erle Stanley Gardner, 1954

Traducción: Rafael Orta Manzano

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.1



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BOOMER Charlotte: Anciana tía de Darwin Kirby; una paralítica que parecía viajar con asombrosa velocidad, a pesar de su silla de ruedas y de la vigilancia del personal del sanatorio donde estaba hospitalizada.

BURGER Hamilton: El fiscal del distrito cuyo iracundo rostro aparecía en las primeras páginas de todos los periódicos mientras Mason, el culpable de sus arrebatos, se reía solapadamente.

CASTELLA Ramón: Un hábil truhán complicado en una serie de fechorías.

DRAKE Paul: La mano derecha de Mason. Su larguirucha y desgarbada figura, así como sus dormidos ojos, ocultaban una vigilancia de lince al mismo tiempo que una admiración sin límites hacia Perry Mason.

FOSS Gladys: La enfermera de formas esculturales y con mucha inteligencia para apostar a las carreras de caballos. Era una fugitiva a la que nadie lograba seguirle la pista.

HURLEY Carl: Un lugarteniente del fiscal del distrito y que fue rápidamente reemplazado cuando su aleccionado testigo fracasó en el intento de engañar a Mason.

KIRBY Darwin: El esposo, desaparecido desde hace varios años, de Millicent Kirby. Habita en una isla provista de palmeras y muchachas del trópico y fue la última persona que vio con vida al doctor Malden.

KIRBY Millicent: Una añagaza jurídica echó a perder su matrimonio y, después de cuatro años de estarle pagando a su

marido una extorsión legal, tenía la esperanza de que hubiese muerto.

MALDEN Summerfield Doctor: Un relevante cirujano sobre el cual se discute si se mató o no, en un accidente aéreo, y si efectuó un fraude de cien mil dólares al impuesto sobre la renta.

MALDEN Steffanie: Tercera esposa del doctor Malden, se había casado con él por su dinero y no quería permitir que le descontasen un solo centavo de la herencia.

MASON Perry: El célebre abogado.

STREET Della: La insustituible secretaria de Mason, enterada de todas las cosas que éste conoce sobre sus clientes y, quizá, de algunas más.

TELFORD Juez: Consciente de la habilidad legal de Mason, disfruta, con judicial imparcialidad, de dos fulgurantes recursos del célebre abogado.

Prólogo

Pocas personas tienen una idea clara de cuáles son las funciones de un *coroner*^[1]. Desgraciadamente, esta ignorancia es compartida por muchos *coroners*.

Por esta razón, los que propugnan el «sistema del investigador médico» desean abolir el cargo de *coroner*, y varios Estados de la Unión han presentado los anteproyectos de las leyes necesarias para llevar esto a cabo.

Hay, sin embargo, varios ejemplos de relevante capacidad en el cargo de *coroner*. Uno de ellos es el doctor R. S. Gerber.

El doctor Gerber ha sido *coroner* del condado de Cuyahoga, Ohio, desde enero de 1937. (El condado de Cuyahoga incluye la ciudad de Cleveland y sus suburbios y tiene aproximadamente millón y medio de habitantes).

El doctor Gerber era médico y cirujano cuando fue nombrado *coroner*. A partir de aquel momento, al darse cuenta de hasta qué punto los problemas legales entraban en las funciones de un *coroner*; el doctor Gerber se las compuso para insertar en su apretado calendario un curso nocturno de Derecho, llegando a ser admitido en el Colegio de Abogados de Ohio en 1949.

Esto otorga al doctor Gerber la distinción de ser uno de los pocos individuos totalmente capacitados tanto en el campo de la medicina como en el campo del derecho.

Un buen *coroner* debe ser un experto en la interpretación de las pruebas. Debe saber, por tanto, lo mismo desde un punto de vista legal que desde un punto de vista práctico, lo que es una prueba. Debe comprender el problema en sí que constituye la prueba. Debe ser un perito en medicina y, además de sus conocimientos técnicos, debe hacer uso de una lógica clara y de un sentido común sólido y

ponderado.

Uno de los casos del doctor Gerber resulta muy revelador.

Se encontró el cadáver de un hombre al pie de un tramo de escalera. Había llevado un revólver cargado y sin el seguro puesto, y el arma se había disparado. En el cuerpo había una herida, a consecuencia de la cual el hombre había muerto.

La primera reconstrucción rápida de lo que había ocurrido indicaba suicidio. Luego hubo quienes concibieron sospechas sobre la posibilidad de un accidente debido a una caída por la escalera.

El doctor Gerber aplicó al caso sus conocimientos de medicina, su técnica científica, su experiencia sobre pruebas y su sentido común.

El resultado fue un ejemplo relevante de lo que en tales circunstancias puede lograr un hombre de experiencia.

El doctor Gerber llegó a la conclusión de que el hombre no había muerto por el disparo del revólver que llevaba, sino por un balazo de un arma distinta. Esto abrió un camino completamente nuevo a la investigación y, al final, se puso en claro que el hombre había disputado con un agresor, que había sufrido una herida que no fue inmediatamente mortal y que subió la escalera para buscar su revólver con objeto de defenderse contra un nuevo ataque o quizá para vengarse. Al volver a bajar la escalera con el revólver cargado en la mano, el hombre expiró a causa de la herida que había sufrido poco antes. Su cuerpo inerte había caído hasta el pie de la escalera y el revólver se había disparado en la caída.

Se trataba, por tanto, de un caso de homicidio, no de muerte por accidente ni de suicidio.

Hace años, el doctor Gerber se dio cuenta de la importancia del cargo de *coroner* en el ámbito de los desastres públicos. Desde entonces se le ha reconocido como autoridad sobresaliente en este campo tan poco estudiado.

Supongamos que hay una explosión acompañada por incendio o que una clínica se ha convertido en una trampa entre llamas. Puede ser posible identificar unos cuantos cadáveres, pero, la mayoría de las veces, un *coroner* se ve frente a montones de carne carbonizada que es todo lo que queda de las víctimas.

Consideremos los problemas legales que entraña esto. Si una

víctima puede ser identificada, se puede cobrar el seguro de vida correspondiente a la misma. Con mucha frecuencia, en tales casos, a la compañía de seguros le interesa desorientar a la policía. Si el individuo no puede ser identificado, en muchos Estados es necesario esperar siete años antes de que el hecho de la muerte pueda establecerse legalmente.

¿Qué puede significar esto para una viuda?

Significa por una parte que la viuda podría recibir la indemnización del seguro cuando más necesidad tiene del dinero. Caso contrario, significa que la viuda tendrá que esperar siete años antes de reclamar el importe de la póliza. Además, durante este período de siete años, privada de los ingresos del marido, ha de pagar la póliza para que ésta siga vigente.

Desde luego ésta es una suposición exagerada, pero que muestra la enorme importancia que tiene el hecho de que un *coroner* se preocupe de reunir y conservar las pruebas para presentarlas en su día.

Hay otros problemas legales que es preciso resolver, como la autenticidad de los testamentos, la distribución de propiedades, la terminación de relaciones matrimoniales y muchas otras complicaciones de tipo familiar.

El doctor Gerber ha hecho un estudio en lo referente a la identificación en catástrofes. No es éste el lugar de estudiar el asunto ni siquiera de un modo general, pero en sí es una ciencia compleja que implica una coordinación cuidadosamente planeada de todos los esfuerzos desde el principio, el control del trabajo de las organizaciones de voluntarios, la reunión, conservación y correlación de pruebas, el uso de la fotografía, el examen espectroscópico, el de rayos X y la deducción científica.

Hay otros deberes propios de un *coroner* concienzudo y que mucha gente no aprecia en lo que vale.

El doctor Gerber ha hecho un estudio sobre las muertes producidas en accidentes de tráfico y sobre la mejor manera de prevenir tales accidentes. Ha compilado cuidadosas estadísticas relativas al efecto del alcohol en los accidentes de tráfico. Ha creado métodos para determinar la intoxicación alcohólica, interpretando los datos obtenidos por el análisis. Ha estudiado a fondo los

fenómenos de la intoxicación, mostrando el efecto que causa el alcohol en el cerebro, en los centros del pensamiento y en la coordinación neuromuscular. Ha contribuido a reunir una tabla de porcentajes que se acepta ahora como incuestionable en los círculos de la medicina forense.

El doctor Gerber ha organizado uno de los más eficientes laboratorios de *coroner* que existen en el mundo. Este edificio es un monumento dedicado a la investigación científica en el campo de muertes repentinas y por accidente. La eficiencia de este centro está mereciendo la atención de todo el país. Decir que está muy por delante de todos los demás laboratorios dedicados a este tipo de investigación es como afirmar que la bomba atómica es un mejoramiento de los fuegos de artificio.

Este edificio es un tributo a la alta capacidad profesional del doctor Gerber, a la confianza que ha inspirado a los ciudadanos de Cleveland y un tributo también a los mismos ciudadanos de Cleveland.

Los que estamos familiarizados con el tema nos damos cuenta de que Cleveland está poniéndose rápidamente a la cabeza en el campo de la investigación científica y de la medicina legal. Esta ciudad es un ejemplo estimulante de lo que puede hacerse cuando una comunidad responde en forma adecuada y ayuda al trabajo de un ciudadano sobresaliente.

Con toda probabilidad, las actividades del doctor Gerber han tenido como resultado *prevenir* muchas más muertes que las que ha sido llamado a investigar, a pesar del hecho de que estas últimas se cuentan por miles.

Necesitamos más doctores que se especialicen en este campo. Necesitamos un conocimiento más completo de lo que es la medicina legal y de lo que ésta puede hacer.

Los abogados en ejercicio necesitan saber más sobre la medicina legal y, también, todo el público educado y alerta necesita darse cuenta de la importancia del tema.

Con demasiada frecuencia, los ciudadanos creen que lo que hace un *coroner* es simplemente recoger cadáveres y que el cargo se concede como favor político a alguien que necesita ese empleo y que es un contemporizador jovial o uno que se mueve en el

mundillo de la política.

En realidad, el cargo de *coroner* es un cargo de vital importancia. Aquí y allá, unos cuantos individuos sobresalientes han mostrado lo que eso significa para el público, han desplegado la necesaria competencia profesional para asumir todas las responsabilidades de la función que se les encomendó y han prestado, mediante el estudio y un duro trabajo, un relevante servicio público.

Creo que se admite generalmente que el nombre del doctor S. R. Gerber debe colocarse entre los que figuran a la cabeza misma de la lista. Merece el respeto y la admiración de todos aquellos que saben lo que está ocurriendo en este ámbito.

Por eso, expreso con el mayor placer mi profunda admiración hacia una figura relevante en el campo de los descubrimientos de crímenes, suicidios y asesinatos, y en la investigación de las muertes repentinas.

Así, dedico este libro a mi amigo:

S. R. GERBER, doctor en Medicina *Coroner* del condado de Cuyahoga, Ohio.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Della Street, la secretaria de confianza de Perry Mason, depositó una lujosa tarjeta de visita en relieve sobre la mesa del abogado.

Mason miró la tarjeta y dijo:

—Señora Summerfield Malden. ¿Qué es lo que desea, Della?

—¿No le dice a usted nada el nombre? —preguntó Della Street.

—No. ¿Es que tenía que decirme algo?

Ella hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Ha salido en los periódicos. Se trata de Steffanie Malden, la esposa o, mejor dicho, la viuda del doctor Summerfield Malden. El doctor Malden iba volando en su propia avioneta a un congreso médico que va a celebrarse en Salt Lake City. El aparato se estrelló.

La secretaria notó que su jefe no recordaba bien el asunto. Continuó explicando:

—Los periódicos de ayer publicaron la crónica. El accidente se descubrió desde el aire antes de que hubiese transcurrido una hora. El aparato estaba en uno de los lagos secos del desierto. Dentro de la avioneta se encontró el cuerpo carbonizado del doctor Malden. Por lo visto, había tenido una avería, había tratado de hacer un aterrizaje de emergencia y se estrelló.

Mason asintió con una inclinación de cabeza:

—Ahora lo recuerdo. El doctor Malden tenía fama como cirujano, ¿no es así?

—Tenía mucho éxito no sólo como cirujano, sino como doctor de medicina general —repuso Della Street.

—Me imagino —comentó Mason reflexivamente— que la señora Malden quiere poner en claro sus derechos a la herencia, pero, ¿no opina usted, Della, que ésta es una prisa inusitada? Generalmente estas cosas se ventilan después del funeral. Se supone siempre que

la viuda está postrada por el dolor.

—Esto de *se supone* está muy bien dicho —afirmó Della Street.

—¿Quiere decir que ésta no se muestra lo debidamente apenada?

—Bueno —respondió Della Street—, parece que está nerviosa e impaciente. Está vestida con elegancia y es joven y atractiva. No hace más que dar pataditas con el pie calzado con unos zapatos de cuarenta dólares, dejando al descubierto una bonita pierna envuelta en medias de nylon y teniendo en general el aire de que es una cosa muy distinta a la pena lo que tiene en su mente.

—¿Dice usted que es joven? —preguntó Mason—. ¿No era el doctor Malden un hombre de edad madura?

—Lo era. Ésta es su segunda esposa, creo, o quizá la tercera, por el aspecto que tiene. Parece un bombón.

—¿Qué edad le calcula usted?

—De veinticinco a veintiséis años. Tiene una hermosa figura y ella lo sabe. Se viste de la manera más adecuada para realzarla y con un gesto perfecto. Se ve que tiene dinero, se le nota en todos los detalles. Fue un juguete muy caro que hubo de mantener el doctor Malden. Eso puede usted apostar y ganaría la apuesta.

Perry Mason se echó a reír.

—Me deja convencido, Della. No sé qué haría sin esas femeninas observaciones que usted recoge. Probablemente, por mi parte, se me habrían escapado todos estos detalles.

—Con esta muchacha no se le habrían escapado —replicó Della Street—. Nada se le pasaría a usted por alto; ella misma se cuidaría de eso.

—Es una actitud bastante insólita para una mujer que acaba de quedarse viuda.

—No han pasado todavía veinticuatro horas desde la muerte del marido —corroboró Della Street.

—Bueno, dígle que entre, Della. Supongo que ella cuenta con que se le conceda una compasión llena de deferencia.

—Con lo que cuenta es con una *atención* llena de deferencia —dijo Della Street—. Está acostumbrada a exigirla.

—¿Exigirla? —preguntó Mason.

Della Street asintió con la cabeza y salió para introducir en el

despacho a la visitante de Mason.

Steffanie Malden iba vestida con un conjunto gris perla de un caro tejido de lana de liviano peso y que moldeaba perfectamente las líneas de su figura. Una estola de visón plateado se arrollaba, como quien no quiere la cosa, en torno de sus hombros. Un gran anillo de diamantes centelleó cuando se quitó sus grises guantes de piel de gamo.

—Señor Mason —dijo, como si estuviera saludando a un amigo al que conociese desde hacía muchos años—, no puedo menos que empezar diciéndole lo mucho que agradezco su cortesía al recibirme sin que hubiéramos concertado previamente una entrevista. Tengo cierta idea de lo muy ocupado que está usted.

Lanzó una mirada a Della Street.

—Siéntese —dijo Mason—. No se preocupe por la señorita Street, mi secretaria. Está enterada de todo lo que yo sé respecto a mis clientes y, con toda probabilidad, de algunas cosas que no sé.

Hubo un ceño débilmente perceptible en el rostro de Steffanie Malden.

—Es un asunto muy embarazoso, *muy* personal y *muy* confidencial —repuso.

—Muy bien —contestó Mason—. Por tanto, la señorita Street tomará notas personales y confidenciales y se cuidará de que nadie pueda tener acceso a ellas.

—Es que... mire... apenas sé cómo empezar —dijo, cruzando las piernas y alisándose la falda color gris perla mientras fijaba la mirada de sus ojos de avellana en la puntera de su zapato izquierdo.

—Empiece usted por la mitad —dijo Mason.

Ella alzó rápidamente la mirada hasta él.

—Creí que iba usted a decir que empezara por el principio. Por lo menos, es lo que suele decir la gente cuando alguien ha hecho una afirmación como la mía.

—Bueno, vamos a no hacer lo que hace la gente —replicó Mason—. Algunas veces conviene más empezar por el medio y así no se está tan lejos ni del principio ni del final.

Ella soltó una risita excitada y nerviosa y empezó a explicar:

—Mi esposo era el doctor Summerfield Malden. Era un médico muy importante. Se mató en... en un accidente de aviación.

—Lo sé —dijo Mason—. Lo leí en los periódicos.

Hubo algunos segundos de silencio, luego ella se recobró como si su mente hubiese viajado a muchos miles de kilómetros de distancia y volviese al momento actual.

—Mire usted, mi marido estaba en apuros, señor Mason.

—¿Qué clase de apuros?

—A causa del impuesto sobre la renta.

—¿Qué le pasaba?

—El departamento del impuesto sobre la renta había estado revisando últimamente las liquidaciones de todos los doctores, en particular de los doctores de más fama y cuyos consultorios se ven más visitados.

Mason asintió con la cabeza. Ella continuó:

—Naturalmente, como usted sabe, un médico cobra con frecuencia sus consultas en metálico. No es raro que la gente lo haga así y... bueno, usted ya me entiende.

—¿Tenía su esposo una gran clientela? —preguntó Mason.

—Trataba a muchos pacientes con diatermia. Había un cuerpo de enfermeras que aplicaban los tratamientos y...

—También eran las enfermeras las que cobraban los honorarios, ¿no es así? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—Gladys Foss era su mano derecha, su jefa de enfermeras, la jefa de la oficina y todo lo demás.

—¿Se han entrevistado los investigadores con la señorita Foss?

—Sí, la han interrogado.

—¿Se la puede ver ahora?

—Por el momento, no. Yo no tenía la menor idea —continuó la señora Malden con cierto tono de despecho— de que Gladys iba a reunirse con mi marido en Salt Lake City.

—¿Se ha enterado usted ahora de que ése era el plan?

—Sí. El doctor Malden se puso de acuerdo con Gladys para que ésta fuese a Phoenix, Arizona, para recoger algunos datos de un hospital de allí. Pero el caso es que no está en Phoenix. Fue allí y luego desapareció.

—¿Cree usted que Gladys Foss iba a reunirse con su esposo en Salt Lake City?

—Vamos, vamos, señor Mason —replicó ella—, no seamos ingenuos.

—¿Qué otra cosa puede usted decirme sobre la señorita Foss? —preguntó Mason.

—Gladys Foss tiene veintisiete años. Mi marido tenía cincuenta y dos. Una edad más bien peligrosa. Él, bueno, era un hombre. Pasaba con Gladys muchas horas del día. Tenían relaciones muy íntimas y confidenciales.

—¿Y cree usted que esas relaciones llegaron a algo?

Ella se echó a reír y contestó:

—Cielo santo, señor Mason, no soy tonta. No nací ayer.

—¿No han comentado eso los periódicos? —preguntó Mason.

—Todavía no. Ése es un asunto que han pasado por alto. Ésa es otra cosa contra la cual he de ponerme en guardia. Que los periodistas vengan a mi puerta y me den suavemente la noticia, preguntándome si puedo explicar el porqué.

—¿Y qué va usted a hacer? —inquirió Mason.

—Mirarles directamente a los ojos —repuso ella— y decirles: «Es verdad. La señorita Foss iba a ir a Phoenix y luego a Salt Lake City». Les diré que tenía el proyecto de unirme con ellos, pero que me retrasé un día; que mi marido quería que yo llevase el coche y los tres estaríamos juntos. ¿Qué esperaba usted que yo fuese a decir? ¿Esperaba que cruzase las manos nerviosamente y les dijera a los periodistas que mi esposo debía de haber estado llevando una doble vida y que yo no sabía nada?

—¿No fue usted su primera esposa? —preguntó Mason.

—Fui su tercera esposa y no se lo robé a la segunda. La segunda sí se lo robó a la primera. Pero luego murió y él se quedó muy solo, y yo tenía gran interés en atraparlo. No tenía necesidad de arrojarme en brazos de cualquiera.

Se mordió los labios. Luego continuó, con cierta irritación:

—Y no crea usted que fue un matrimonio por dinero, señor Mason. Si me hubiese casado con alguien que tuviera setenta años de edad y fuese muy rico, la cosa habría sido diferente. Me casé con un hombre que me llevaba exactamente veinticinco años. Supongo que dentro de diez años las relaciones se harían... bueno, difíciles, pero me creo capaz de afrontar las cosas cuando se presentan. Me

casé con el doctor Malden porque era un hombre que me fascinaba.

Pareció recordar algo que la hizo sonreír. Prosiguió con lentitud:

—Era una máquina de pensar. Sabía conceder una reflexión fría, objetiva, intelectual a cualquier problema y llegar a una solución diabólicamente ingeniosa.

—¿Y en qué consiste el conflicto con los inspectores del impuesto sobre la renta? —preguntó Mason.

—Ellos afirman que ha dejado de declarar unos ingresos de cien mil dólares. No pueden probarlo. Lo único que tienen contra él es que sus cobros en metálico no eran ni muchísimo menos de la misma importancia que los cobros en metálico de otros doctores que tienen una clientela similar. Encontraron también a un par de pacientes que declararon haber pagado en metálico sus operaciones, uno doscientos dólares, otro, trescientos cincuenta. Afirman que en los libros de contabilidad de mi esposo no aparece que se hayan hecho tales pagos en el período en cuestión.

—¿Qué hicieron entonces?

—Interrogaron a mi esposo y éste se echó a reír. Les dijo que él no sabía nada de sus cuestiones financieras, que era Gladys quien le llevaba los libros de contabilidad y...

—¿Y qué dijo Gladys Foss?

—Nada. Prometió estudiar el asunto y luego se marchó de vacaciones.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con él?

—Cuatro años.

—Y usted, ¿cuánto tiempo ha estado casada con él?

—Cinco años.

—¿No tenía usted motivos para sospechar que tal vez estaba compartiendo el afecto de su esposo?

Ella se echó a reír.

—No nos andemos por las ramas, señor Mason. No, no tenía manera de saberlo. Y si usted hubiese conocido al doctor Malden, comprendería el porqué.

—¿Qué quiere usted decir?

—Se obstinaba en hacer siempre lo que quería. No creo que se haya confiado nunca a nadie. Todo lo que decía, tenía un propósito determinado; decía sólo lo que quería y ni una palabra más.

—Muy bien —dijo Mason—, ya me ha ofrecido usted un cuadro preliminar. Pero ha estado usted eludiendo el problema que realmente quería consultarme. Supongamos que ahora sigue hablando y me explica de qué se trata.

—¿Qué hay que hacer para reclamar una herencia en tales condiciones, señor Mason? —preguntó ella

—¿Dejó su esposo un testamento?

—Sí.

—¿Cuáles son los términos de este testamento?

—Todo venía a parar a mí. Hasta el último céntimo.

—¿Hay también seguro de vida?

—Sí, un seguro que se hizo hace algún tiempo a mi favor.

—¿De cuánto era ese seguro?

—De cien mil dólares. No es válido, en caso de suicidio.

—Muy bien —dijo Mason—. Después del funeral, usted presenta una solicitud pidiendo que la designen ejecutora de su última voluntad y de su testamento.

—Pero, ¿y lo relativo a tomar posesión de sus bienes? Suponiendo..., suponiendo que mi marido tuviese algún dinero oculto en alguna parte...

—Eso, naturalmente —interrumpió Mason—, es un asunto que el Estado toma en consideración. Al Estado no le gusta perder impuestos sobre la renta. Me refiero tanto al departamento de impuestos sobre herencias como al departamento de impuestos sobre la renta.

Al notar en ella una aparente perplejidad, Mason amplió sus explicaciones. Dijo:

—En el caso de una muerte, se sellan todas las cajas de caudales. No pueden abrirse si no es en presencia de un representante autorizado del departamento de impuestos sobre herencias.

—Ya comprendo —dijo ella, mirando una vez más la puntera de su zapato izquierdo. Lanzó una rápida mirada a Della Street y luego volvió a clavar los ojos en el zapato.

—Continúe —rogó Mason.

—No sé cómo referirme al tema por el que he venido, señor Mason —respondió ella dubitativamente.

—No se refiera —replicó Mason—. Sencillamente, expóngalo

con toda claridad. Después de todo, hemos llevado mucho tiempo sin conocernos. Usted sabe las cosas de la vida y yo soy abogado. Vayamos al grano. ¿Qué es lo que usted quiere?

—Me empeño en ser observadora —Mason asintió, comprensivo—. Siempre me ha gustado enorgullecerme de que me doy cuenta de todo... de que estoy alerta.

—¿Con los ojos bien abiertos? —preguntó Mason, lanzando una mirada a Della Street.

—Completamente abiertos —corroboró Steffanie—, pero sin ser una fisgona.

—Muy bien. Continúe.

—Mi marido —empezó a explicar ella— recibía un cierto número de llamadas telefónicas, por la noche, naturalmente. Es algo con lo que hay que contar en la vida médica. A mí..., bueno, la verdad es que me gusta estar enterada de todo.

—Ya dijo usted eso antes —comentó Mason.

—Me fijo en todo —Mason volvió a asentir—. Bueno, el caso es que... encontré... la verdad es que esto va a hacerme aparecer terriblemente fisgona.

—No se preocupe tanto de sí misma —aconsejó Mason—. Preocúpese por explicar las cosas lo mejor posible. Así es que no vacile más y dígame de qué se trata

—Está bien —obedeció ella—. Mi marido llevaba en uno de sus bolsillos una carterita de cuero en la que había varias llaves. Yo las miraba de cuando en cuando. Podía identificar cada una de las llaves. Una era de su caja fuerte en el banco, que, desde luego, el departamento de impuestos sobre la renta estará vigilando como un halcón. Tenía llaves de su despacho. Tenía una llave para el compartimiento de su caja de caudales donde guardaba todos sus narcóticos. Tenía una llave de la casa y una llave del garaje.

—Continúe —instó Mason.

—Y otras dos llaves que yo no sabía a qué podrían corresponder —Mason inclinó la cabeza en señal de que seguía el relato—. Así, pues —continuó ella—, valiéndome de una vela, que fundí previamente, hice impresiones de cera de aquellas llaves. ¿Le parece a usted mal, señor Mason?

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Mason.

—Un año, poco más o menos.

—Continúe —la instó el abogado.

—Conseguí que me hicieran duplicados de aquellas llaves y me propuse descubrir a qué puertas correspondían. Siempre que tenía la oportunidad de estar sola en el despacho de mi marido, probaba cada una de aquellas llaves en cualquier cerradura de cajón de mesa o en otro mueble que estuviese a mi alcance.

—¿Dónde encajaron?

—Puedo asegurarle a usted que no encajaron en nada que hubiese en el despacho de mi marido.

—¿Dónde encajaron? —repitió Mason.

—Contraté a un detective particular para que siguiese a mi marido. Así descubrí que pasaba algunos ratos en los Apartamentos Dixiewood. Tengo motivos para creer que estas llaves son del apartamento 928-B de los Apartamentos Dixiewood. Sé que mi marido pagaba el alquiler de ese apartamento. Espero que no me deteste usted profundamente, señor Mason, pero es que no puedo soportar saber que hay gente que está haciendo cosas que me afectan y no saber lo que ocurre.

Abrió el bolso, sacó dos llaves, las comparó un momento y luego las puso sobre la mesa de Mason.

—Continúe —dijo el abogado cautamente, lanzando una mirada a Della Street.

—Había también esto —le alargó a Mason un fajito de fotocopias sujetas con grapas.

—¿Qué es esto? —preguntó el abogado.

—No lo sé, es decir, no sé lo que significan. Realmente son fotocopias de las páginas de un librito de notas que estaba en el bolsillo de su chaqueta. Están en el mismo orden que las páginas.

Mason hojeó las fotocopias.

—¿Cómo las consiguió usted?

Ella bajó los ojos.

—El libro de notas estaba en un bolsillo de la chaqueta. Era un librito delgado y me di cuenta de que le concedía un gran valor. Un día, cuando estaba cambiándose de traje, me apoderé del librito y lo escondí.

—¿Qué ocurrió luego?

—Lo echó de menos cuando llegó al hospital. Me telefoneó y me pidió que mirase en el traje que había dejado para enviar a la tintorería y que viese si estaba en él el libro de notas. Le pedí que no se apartase del teléfono mientras yo iba a mirar y al cabo de unos pocos minutos le dije que lo había encontrado. Pareció experimentar un enorme alivio y me rogó que fuese inmediatamente en coche a su despacho y le diese el libro de notas a Gladys Foss y absolutamente a nadie más y que me marchase en seguida.

—¿Qué hizo usted?

—Exactamente lo que él me pidió, con la única diferencia de que me detuve lo bastante para que me hiciesen las fotocopias. No esperé a que estuviesen reveladas. Sólo estuve el tiempo necesario para que se hiciesen en el papel fotostático y fui a recogerlas al día siguiente.

Mason tomó las fotocopias.

—¿Qué más? —preguntó.

—Me están siguiendo.

—¿Quién y por qué?

—Creo —repuso ella— que deben ser agentes del servicio de inspección de la renta. No lo sé. Lo único que sé es que me vigilan.

—¿Desde cuándo?

—Desde que mi marido se marchó.

—Continúe —instó Mason.

—Muy bien, lo diré claramente, señor Mason. Supongamos que mi marido estaba llevando una doble vida. Supongamos que con un nombre falso estaba viviendo en los Apartamentos Dixiewood, que Gladys Foss se reunía con él allí, que..., bueno, supongamos que hay una caja fuerte en ese apartamento y que en esa caja está quizás una considerable suma de dinero, tal vez cien mil dólares. Ahora bien, ¿qué va a ocurrir?

—¿A nombre de quién estaba alquilado ese apartamento? —inquirió Mason.

—A nombre de Charles Amboy —replicó ella.

—Ahora voy a hacerle una pregunta de tipo más bien personal. ¿Se suponía que Charles Amboy tenía una esposa?

—Naturalmente. ¿Para qué, si no, iba a tener ese apartamento?

—¿Sabe usted con toda seguridad si tenía a alguien viviendo allí con él?

—No, si lo pregunta usted de ese modo, he de decir que no lo sé. Lo que sí sé es que en los Apartamentos Dixiewood se hacía pasar por el señor Charles Amboy y... bueno, eso era ya bastante para mí.

—Pero, ¿sabe usted terminantemente que era su marido el que tenía alquilado el apartamento?

—¡Oh, eso sí!

—¿Por qué lo sabe usted?

—En una ocasión le encontré en un bolsillo un recibo de alquiler por un año. El recibo estaba extendido a nombre de Charles Amboy, y era del apartamento 928-B.

—¿Cuánto era la renta?

—Cinco mil dólares.

Las cejas de Mason se enarcaron ligeramente en una expresión de sorpresa.

—Difícilmente habría podido pagar esa renta en metálico.

—Mi marido —explicó ella— tenía otra cuenta corriente a nombre de una sociedad ficticia Malden y Amboy. Extendía sus cheques contra esta cuenta firmando unas veces con su propio nombre y otras con el de Amboy.

—¿Y quizás utilizaba esa sociedad ficticia como medio de detraer algunas de sus ganancias?

—No lo sé.

—¿Y dice usted que la renta era de cinco mil dólares al año?

—Eso es.

—Por lo visto, su marido mantenía un nido amoroso de una categoría bastante alta.

—Sí, ¿por qué no habría de hacerlo? Sabía ganar muy bien el dinero. Creo que nada es más funesto para una historia de amor que unas relaciones subrepticias de un pisito barato con alfombras raídas, una pobre mesa de tocador, un espejo empañado y una cama destartada. Ello hace que todo el asunto tenga que parecer una vulgaridad.

Mason se quedó estudiándola un momento.

—Me perdonará lo que voy a decirle, pero da la impresión de que está usted hablando por experiencia —ella lo miró en silencio

con los labios fruncidos—. ¿No ha estado usted nunca en ese apartamento? —preguntó Mason por fin.

—No.

—¿Por qué no?

—Cielo santo, señor Mason, ¿para qué había de ir yo ahí?

—Para ver lo que estaba ocurriendo o quizá para obtener pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—¿Es que nunca se le ha ocurrido a usted la idea del divorcio?

—No. Soy muy feliz con mi vida actual. No me molestaba que mi marido tuviese una amante; lo que me molestaba era ver cómo trataba de burlarse de mí y mantenerme a oscuras. Yo podía compartir su amor físico con quienquiera que fuese, pero simplemente no podía soportar el pensamiento de que se burlase de mí. Desde luego fue otro golpe para mí cuando descubrí que mi marido tenía otro apartamento, pero... bueno, francamente, señor Mason, creo que usted puede haberse formado una idea equivocada.

—¿En qué sentido?

—El despilfarro de mi esposo puede haber sido algo de solución marginal.

—Es lo que suele ser —comentó Mason.

Ella se echó a reír.

—No me refería precisamente a eso.

—¿A qué se refería usted?

—Veamos el asunto desde otro punto de vista, señor Mason. Un doctor es distinto de la mayoría de la gente. Es necesario que alguien sepa dónde está en casi todos los minutos de su tiempo, de forma que pueda ser localizado en un caso de urgencia. Un hombre ordinario puede decirle a su esposa que va a Chicago en un viaje de negocios, hacer sus maletas e irse a vivir con una amante durante cuatro o cinco días, pero un médico tiene un centenar de casos de los que ha de estar pendiente. Puede ser necesario encontrarlo a cualquier hora del día o de la noche —con una inclinación de cabeza, Mason indicó a ella que comprendía, y ella continuó—: Mi marido solía recibir muchas llamadas nocturnas de una tal «señora Amboy» y siempre que recibía una de esas llamadas se marchaba y me decía que podía ponerme en contacto con él llamando a un

determinado número.

—¿Qué número era ése?

—Crestline 6-9342. Hice gestiones para localizar en la compañía telefónica el teléfono de Crestline 6-9342. Descubrí que correspondía al apartamento 928-B de los Apartamentos Dixiewood. Mi esposo probablemente se reunía con Gladys Foss en aquel apartamento. Tal vez ella vivía allí. No lo sé.

—¿Como señora Amboy?

—Probablemente.

—¿Nunca hizo usted gestiones para averiguarlo?

—No.

—Continúe —pidió Mason—. ¿Qué era lo que iba usted a decirme sobre que el despilfarro de su marido podía ser un asunto marginal?

—Desde luego, creo que había una relación romántica entre mi esposo y Gladys Foss.

—¿Es guapa ella? —preguntó Mason.

—Una mujer nunca se entusiasma por el aspecto del tercer punto del triángulo —repuso ella—, pero puedo decirle a usted eso: Gladys Foss es una real moza.

—¿Puede usted describirla?

—Tiene todo lo que una mujer necesita y un hombre desea: ojos, cabellos, figura y técnica. Concretamente, tiene unos veintisiete años, es morenita, de grandes ojos oscuros, un metro sesenta de estatura, unos cincuenta kilos de peso, bonitas piernas que a ella le gusta hacer resaltar y caderas aerodinámicas. Yo le tendría odio por el aspecto que tiene aunque no hubiese echado sus garras sobre mi marido.

—Sin embargo, usted no piensa que su marido se relacionase con ella interesado únicamente por sus encantos físicos, ¿no es así?

—Ésa es exactamente la cuestión, señor Mason. Creo que si bien había unas relaciones románticas, debían de existir también unos vínculos de negocios. Creo que mi marido se reunía con ella para elaborar una contabilidad falsa y pensar cómo debían presentar las cosas para..., bueno, no —se interrumpió, reprimiéndose de pronto—. No debo ir tan lejos. Estoy simplemente sugiriéndoselo a usted como una posibilidad.

—Será mejor que me diga algo más acerca de la misteriosa señora Amboy —pidió Mason.

—Las llamadas llegaban de la señora Amboy rogando si el doctor Malden podía ponerse al teléfono. Era él quien hablaba siempre con ella sosteniendo una larga charla sobre la cuestión de síntomas. Por supuesto, yo no podía oír lo que decían al otro extremo del hilo, pero mi marido solía decir «¿Cuándo tuvo usted ese dolor por vez primera, señora Amboy?», o «¿Puede usted darme más detalles respecto a esa dificultad en la respiración?», o algo por el estilo. Luego él decía cansadamente: «Bueno, creo que lo mejor será que vaya ahí un rato».

—¿Qué pasaba después?

—Después, él me decía que iba a hacer una visita, que podía llamarlo a Crestline 6-9342 y que después se marcharía a casa de otros pacientes, indicándome el orden con que pensaba hacer sus visitas nocturnas.

»Tres o cuatro veces en que tuve que llamarlo, transcurrió un lapso considerable de tiempo. Trataba de imaginarme dónde podría localizarlo sin molestar a más personas que las que fuera absolutamente necesario. Así, lo llamaba por ejemplo al tercer o cuarto número de los que me había dado y me enteraba de que no había aparecido por allí. Entonces iba retrocediendo en la lista y solía descubrir que todavía estaba en Crestline 6-9342. Siempre que ocurría esto me decía que había habido complicaciones en el caso de la señora Amboy y que en aquel momento se marchaba.

—¿Le hizo esto sospechar?

—Al principio, no.

—¿Dónde está ahora la señorita Foss? —preguntó Mason.

—Me gustaría saberlo —repuso ella—. Probablemente estará en Salt Lake City.

—Si un hombre puede ahorrar —comentó Mason— cien mil dólares en metálico en diez años de no declarar sus ingresos, éstos deben de haber sido enormemente elevados.

—Y lo eran.

—Muy bien —continuó Mason—. Miremos la cosa desde un punto de vista frío y lógico. Digamos que su marido podía detraer al año diez mil dólares en metálico sin que los inspectores del

impuesto sobre la renta lo sospecharan hasta hace muy poco. Por tanto, sus ingresos tienen que haber sido por lo menos de ciento cincuenta mil o doscientos mil dólares al año por todos los conceptos.

—Exacto —dijo ella.

—¿Cree usted que ésa es una cifra aproximada?

—Sí. Creo que era así, poco más o menos. Hay que tener en cuenta que sus gastos eran terribles. Necesitaba por lo menos seis mil dólares al mes para seguir adelante.

—Muy bien —dijo Mason—. Entonces, ¿por qué un hombre iba a tirar por la borda su posición profesional, su manera de vida, incluso su libertad, con objeto de defraudar al impuesto sobre la renta en cien mil dólares? Usted sabe, señora Malden, que las autoridades envían a la gente a la cárcel por fraudes en el pago del impuesto sobre la renta.

»Aunque su marido no hubiese ido a la cárcel, habría estallado un feo escándalo que indudablemente habría afectado a su posición profesional y dañado su renombre mucho más de lo que habría ganado sin entregar los impuestos que le correspondían.

—Bueno, señor Mason —casi lo interrumpió ella—, no importa cuáles fuesen los motivos que tuviera mi marido para obrar así, pero, ¿no cree usted que debemos poner en claro los hechos antes de que lo haga así cualquier otra persona?

—¿A qué se refiere usted?

—Me refiero a que me gustaría muchísimo saber si aquel apartamento del que disponía mi marido utilizando el nombre de Charles Amboy era un nido de amor o una segunda oficina.

—O ambas cosas —sugirió Mason.

—Muy bien, supongamos que era ambas cosas. En ese caso tendría que haber una caja de caudales donde estuviese escondida una gran cantidad de dinero. Hemos de suponer que Gladys Foss o quienquiera que compartiese con él ese nido de amor, tenía la combinación de la caja. Supongamos que Gladys se entera de que mi marido se ha matado en un accidente aéreo, y eso es cosa que ya ella debe saber ahora, ¿no sería una gran tentación para ir a ese apartamento, abrir la caja, retirar el dinero y desaparecer?

—Me imagino que eso sería posible —contestó Mason—. ¿Dónde

vive Gladys Foss?

—Tiene un pequeño bungalow en el número 6931 de la carretera Cuneo.

—¿A qué distancia está eso de los Apartamentos Dixiewood?

—A dos o tres kilómetros, calculo.

—¿Y Gladys Foss vive sola en ese bungalow?

—Sí.

Mason frunció el ceño.

—Eso resulta un poco raro —la señora Malden se encogió de hombros—. ¿Ha tratado usted de averiguar dónde está ahora Gladys Foss?

—Naturalmente. He ido hasta su casa He dejado clavada una nota en la puerta. He dejado también un recado en la oficina. Llamé por teléfono al hospital de Phoenix.

—¿Había estado allí?

—Sí. Había estado allí y se había marchado.

—¿Ha investigado usted en Salt Lake City?

—No, señor Mason. No tengo medios para hacer eso. Quiero que se encargue usted de esa misión.

—¿Quiere usted decir que desea que contrate detectives para...?

—Exactamente —se adelantó la señora Malden.

—Por supuesto —le informó Mason—, el departamento de impuesto sobre la renta probablemente se nos ha anticipado en este asunto. Me imagino que han estado ya tratando de ponerse en contacto con...

—No lo creo —interrumpió ella—. Creo que podemos suponer que, si bien los agentes del impuesto sobre la renta imaginan que mi marido ha estado detrayendo una cantidad de dinero de la que no ha dicho nada no están enterados de la existencia de ese apartamento y no estoy muy segura de que lleguen a enterarse alguna vez.

—Volvamos a ese asunto del impuesto sobre la renta —propuso Mason—. Los inspectores fueron de la opinión de que los ingresos de su esposo por cobros en metálico no eran tan importantes como en realidad deberían haberlo sido.

—Así es.

—Por tanto, llevaron a cabo una comprobación y encontraron a

dos pacientes que habían pagado en metálico y que es de suponer que tuviesen recibos, y al examinar los libros de su esposo encontraron que no se había anotado el ingreso de esas cantidades.

Ella sonrió y dijo:

—Bueno, la cosa no es tan simple como usted la presenta.

—¿Por qué no?

—Mire usted, mi marido era un hombre muy ocupado. Tenía un consultorio que estaba siempre lleno de gente. Hacía uso de la diatermia y tenía varias máquinas para esto, además de cuatro enfermeras dedicadas a lo mismo.

—¿Era Gladys Foss la enfermera jefe?

—Sí, eso es; era la directora de su clínica, la secretaria confidencial, la enfermera jefe y todo lo demás. Era su mano derecha. Mi marido explicó a los inspectores del impuesto sobre la renta que tanto él como Gladys consideraban que la contabilidad era una pérdida de tiempo en la clínica, que anotaban las cuentas pagadas, pero sin especificar si habían sido pagadas en metálico o con un cheque. Él declaró además que esas cosas las dejaba por entero en manos de Gladys Foss.

—¿Y dice usted que interrogaron a Gladys Foss antes de que ella se fuese de vacaciones?

—Sí. Ella les contestó que estaba muy ocupada recorriendo la clínica, vigilando la aplicación de tratamientos y comprobando cómo iba todo, para poder perder tiempo en cosas de contabilidad. Llevaba tan sólo los libros que eran absolutamente necesarios. Les dijo que el doctor Malden no era aficionado a molestar a los pacientes por cuestiones de honorarios, que su actitud hacia el dinero era más bien descuidada. Dijo que tenía una caja fuerte en el despacho donde ella guardaba el dinero en metálico que se recibía de los pacientes y... y éste es el punto principal, señor Mason, el que ha complicado toda la situación: los depósitos en el banco de dinero en metálico los hacían solamente una semana sí y otra no. Ella dijo que estaba demasiado ocupada para ir corriendo al banco cada diez o doce horas, dejando el consultorio lleno de pacientes.

—Supongo que esos depósitos en metálico serían bastante elevados, ¿no?

—Pues no, no eran demasiado elevados. Eso es lo que hizo que

se pusiera en marcha la investigación del impuesto sobre la renta. Durante el período en que el paciente que ya le he mencionado pagó trescientos cincuenta dólares en metálico, los libros muestran que apenas se depositaron mil dólares en un período de dos semanas. Los inspectores de impuestos sobre la renta creen que en este período debió de haber al menos unos ingresos de dos mil dólares. Pero nadie puede llegar a una conclusión terminante, tal como eran llevados los libros, de si ese ingreso en metálico de trescientos cincuenta dólares fue incluido o no.

Sin hablar, Mason indicó con la cabeza que comprendía el relato.

La señora Malden prosiguió:

—Como es lógico, los inspectores del impuesto sobre la renta creen que ésta es una manera muy poco eficiente de llevar los libros de contabilidad. Interrogaron a Gladys Foss, y ella les dijo que su profesión era la de enfermera y no la de tenedor de libros. Opinaron que el doctor Malden tenía la obligación de disponer de un contable y él dijo que los detestaba; que su misión era practicar la medicina, que el dinero significaba lo suficiente para vivir y que, después de todo, él era solamente médico, no banquero.

—Y luego Gladys Foss se fue de vacaciones, ¿no es así?

—Así es.

—Y los inspectores del impuesto sobre la renta fueron a interrogarla de nuevo cuando volvió, ¿no?

—Bueno, ella les dijo que trataría de encontrar la anotación de alguno de aquellos pagos, pero que estaba completamente segura de que ningún dinero se había detraído del negocio, ocultándolo a la fiscalización del impuesto sobre la renta.

—¿Qué ocurrió después?

—Hubo un período de calma. Creo que probablemente los inspectores del impuesto sobre la renta estuvieron haciendo un cálculo de los gastos que realizaba mi marido y que procuraron descubrir si tenía una caja fuerte en algún banco o algo por el estilo.

—Pero, ¿no se les ocurrió investigar para tratar de descubrir si tenía un apartamento en cualquier otra parte con un nombre supuesto?

—Yo diría que no. No puedo estar segura.

—¿Cree usted que es importante que yo encuentre a Gladys Foss antes de que lo hagan los inspectores del impuesto sobre la renta?

—Sí.

—¿Y que hable con ella?

—Si.

—¿Y que ella me diga lo que quiera que sea?

—Usted tiene que obligarla a hablar. Es usted abogado. Convénzala.

—Y si le hago reconocer que ha estado detrayendo el dinero en metálico para no tener que pagar impuestos —objetó Mason—, entonces habrá puesto al descubierto la prueba misma que hará que la herencia tenga que pagar una multa muy importante —ella se mordió los labios—. ¿No había pensado usted en eso?

—No.

—Pues piénselo ahora.

—Mire..., creo que lo mejor será, señor Mason, exponerle con toda claridad el problema. Usted se ocupa de mis asuntos, administra la herencia, me representa, consigue el acuerdo con el departamento del impuesto sobre la renta que sea más favorable para mí y hace lo que más convenga a mis intereses.

—¿Quiere usted que tenga mano libre para hacer todo lo que crea que más convenga a sus intereses?

—Sí. Tengo en usted una confianza absoluta.

—Gracias.

—Señor Mason, sé que un abogado tiene que comportarse conforme a un código ético lo mismo que un doctor, pero la primera obligación de un abogado es proteger a su cliente. Ahora bien, cualquiera que sea el que me esté siguiendo, sabrá que he venido aquí. Eso es lo lógico. Se supone que una mujer vaya a visitar a su abogado para pedirle consejo legal en determinadas circunstancias. Pero usted puede hacer y encargarse de cosas que yo no podría.

—¿Hace el favor de decirme exactamente qué es lo que quiere usted decir? —preguntó Mason.

—¿Es absolutamente necesario que tenga que poner los puntos sobre las íes? —preguntó ella a su vez, con cierta impaciencia—.

Necesito protección. Si esa gente averigua que mi marido no ha declarado determinados ingresos, me veré metida en un gran apuro, y la herencia disminuirá considerablemente. Ahora bien, supongamos que por fin averiguan lo relativo a ese apartamento. Supongamos que van allí y que no encuentran nada. Sabrán que yo no he estado allí, puesto que ellos me han vigilado constantemente.

—Continúe —instó Mason—. Lleguemos hasta el final.

—Ellos nunca sospecharán de usted. Después que yo me marche de aquí, me seguirán, pero no lo seguirán a usted.

—¡Espere un momento, espere un momento! —exclamó Mason, al ver que ella se levantaba y se dirigía hacia la puerta—. Vuelva usted aquí. No puede descargar sus preocupaciones sobre mis hombros de una manera tan simple.

Ella vaciló y luego dijo con tono irritado:

—La gente que me está siguiendo espera que yo salga. Quiero que dé la impresión de que la visita que le he hecho a usted está relacionada solamente con las formalidades rutinarias que se necesitan para reclamar la herencia de mi esposo. Cuanto más tiempo esté aquí, tanto mayores serán las sospechas de los que me siguen. Ya le he contado a usted mi asunto. Espero que haga todo lo que pueda para protegerme. Naturalmente, tengo el propósito de pagarle.

—Espere todavía un momento —ordenó Mason al mismo tiempo que estudiaba las fotocopias del libro de notas—. Estos apuntes parecen ser algo secreto, una especie de clave.

—Sí.

—¿Dispone usted de algún indicio para descifrarla?

—No.

—¿Ha tratado usted de hacerlo?

—Naturalmente.

—¿Intentó conseguir que su marido le diese la clave?

—Nunca. Era un hombre muy listo. A la primera señal de curiosidad por mi parte, a la primera pregunta, por inofensiva que yo tratara de hacerla aparecer, me habría puesto en evidencia. No, señor Mason, él jugaba con sus cartas bien apretadas contra el pecho y yo hacía mi juego de la misma manera.

Mason frunció los labios mientras dedicaba al problema una

profunda reflexión.

Bruscamente, ella se acercó a la mesa de Mason, le dio la mano, le sonrió a Della Street, giró sobre sus talones y empezó a caminar hacia la puerta.

—No me atrevo a permanecer aquí ni un minuto más.

—Tendré que reflexionar sobre todo esto —le advirtió Mason.

—Tómese el tiempo que necesite —le replicó ella, y salió.

Capítulo 2

Mason agarró una de las llaves, la arrojó por el aire a la distancia de algunos decímetros, la atrapó, la arrojó un poco más alta, examinó la llave y dijo luego:

—Bueno, creo que tendré que correr el albur.

—Lléveme, jefe —suplicó Della Street—. Siento una curiosidad morbosa para ver qué aspecto tiene un nido de amor, y, además, usted necesitará a alguien que actúe como testigo y tome notas.

—Muy bien —dijo Mason bruscamente—. Póngase el sombrero. Vamos.

Miraron en las oficinas exteriores, vieron que Gertie, la recepcionista, se había ido a casa. Las dos mecanógrafas se habían marchado poco después de las cinco.

Della y Perry Mason apagaron las luces y salieron por la puerta del despacho particular.

Mason condujo su coche y pudieron encontrar un sitio de aparcamiento a media manzana de los Apartamentos Dixiewood.

—Desde luego —comentó Della Street con tono un poco preocupado—, ella no está segura, no está absolutamente convencida de que una de estas llaves corresponda al apartamento 928-B.

—Ésa —replicó Mason— sería la solución más simple. Pero he de pensar en factores de mayor complicación. Supongamos que las llaves corresponden al apartamento 928-B. Supongamos que una señora Amboy viva allí realmente. Supongamos que haya salido y que abrimos la puerta y entramos.

—¡Dios mío —exclamó Della Street—, eso sería una cosa mala!

Llegaron a la puerta de la calle de los apartamentos. Mason introdujo una de las llaves en la cerradura. No ocurrió nada. Probó

con la segunda llave y la lengüeta se encogió suavemente. Un ascensor los llevó al piso noveno. Mason se detuvo frente al apartamento 928-B el tiempo suficiente para poder llamar dos veces. Como no recibió respuesta alguna, introdujo la llave con la que no había podido abrir la puerta de la calle y la giró en la cerradura.

Una vez más, la lengüeta de la cerradura se retiró con suave eficiencia.

Mason entró y encendió las luces del apartamento.

—¡Oh! —exclamó Della.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—El lujo de todo esto —explicó Della Street—. Está amueblado con muy buen gusto. Es cómodo, pero elegante. ¡Cielos, jefe, esto cuesta mucho dinero!

—Esto —convino Mason— cuesta dinero de verdad.

Era un apartamento de cuatro habitaciones. Éstas se hallaban amuebladas suntuosamente.

En un amplio dormitorio había una cama cuidadosamente hecha y que todavía conservaba las huellas de una maleta y una sombrerera que al parecer habían colocado sobre la colcha.

—La señora preparó su equipaje a toda prisa —comentó Della Street, indicando el ropero abierto y alguna de las perchas vacías.

Bruscamente, Mason agarró a Della Street por el brazo y con suavidad la hizo volverse hacia un ángulo del dormitorio.

—¿Ve usted lo que yo veo? —preguntó.

Della Street siguió la dirección de los ojos de Mason.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿Qué... qué ha sucedido, jefe?

—Me temo —respondió Mason— que nos hemos metido en una situación que va a tener complicaciones.

De la pared habían retirado un cuadro y lo habían arrojado al borde de la alfombra, de forma que estaba de cara a la pared. Detrás del sitio donde había estado colgado el cuadro, habían retirado un panel de estuco. Detrás de aquel panel había una caja fuerte empotrada en la pared. La puerta de aquella caja estaba semiabierta.

Mason trasladó una silla hasta el borde de la alfombra, se subió y trató de mirar en el interior, pero no pudo ver la parte de atrás de

la caja.

—Abra la puerta de par en par —sugirió Della Street—. Veamos si...

Mason sacudió la cabeza. Miró por encima del hombro y dijo:

—Della, vea si puede encontrarme por alguna parte un espejo de mano.

—Hay uno en la mesa de tocador.

—Démelo.

Della Street le alargó el espejo. Mason, teniendo gran cuidado de no modificar el ángulo de la puerta de la caja, aplicó el espejo en la parte interior de la puerta, luego hizo distintas pruebas hasta poder ver todo el interior de la caja reflejado en el espejo.

—Bueno —inquirió Della Street—, ¿qué hay dentro?

—Por lo que se ve —repuso Mason—, la caja está completamente vacía. No es que ello tenga mucha diferencia.

—¿Por qué no?

—Supongamos que la caja contuviese ahora diez mil dólares en efectivo.

—¿Y qué? —preguntó Della.

—Podría hacerse la acusación de que había contenido cien mil dólares y que habían sido sustraídos noventa mil.

Los ojos de Della Street se oscurecieron de temor.

—Puede usted imaginarse lo que ha ocurrido, jefe. La persona que residía aquí se marchó a toda prisa. Esa persona necesitaba el contenido de la caja, lo sacó, lo metió en una maleta y se marchó.

—Tal vez —asintió Mason.

—Por lo menos —insistió Della Street—, esa explicación es tan lógica como cualquier otra.

—Es una de las posibles explicaciones —reconoció Mason—. Pero hay otras.

—¿Por ejemplo?

—Suponga que teníamos la combinación necesaria para abrir la caja de caudales. Suponga que en la misma había cien mil dólares. Suponga que ese dinero era propiedad del doctor Malden. Suponga que ése era un dinero que había sido detraído subrepticamente de los honorarios cobrados en su clínica. Suponga que la viuda me pidió, como el abogado suyo que soy, que lo retirase de la caja, que

no hablase para nada de eso y que conservara el dinero hasta que se hiciese la distribución de la herencia y entonces le daría a ella la mitad y retendría la otra mitad como pago de mi minuta.

Della Street dijo pensativamente:

—Tiene usted razón. Ahora que recuerdo lo que estuvo hablando, llego a la conclusión de que prácticamente le pidió a usted que hiciera eso.

—Así es —asintió Mason secamente—. Desde luego ése era su propósito.

El rostro de Della Street mostró consternación.

—¿Qué... qué vamos a hacer? ¿Cómo puede usted defenderse? ¿Qué puede usted decirle a la señora Malden?

—La señora Malden —repuso Mason— tenía una llave de este apartamento. Pregunta: ¿Tenía ella la combinación de la caja? Pregunta: ¿Vino ella aquí *inmediatamente* después de enterarse de la muerte de su marido y se apoderó del contenido de la caja? Pregunta: ¿Qué actitud va a adoptar la gente del impuesto sobre la renta una vez que averigüen que la señora Malden estaba enterada de la existencia de este apartamento y que tenía una llave para entrar en él?

»Es evidente que en esa caja se guardaba algo de mucho valor. No es una caja ordinaria de caudales de las que se empotran en la pared. Es una caja muy cara equipada con un sistema de superseguridad. Se utilizó para algo que tenía un valor considerable. Ahora bien, supongamos que el departamento del impuesto sobre la renta opina que el doctor Summerfield Malden había escondido, digamos, cien mil dólares. Suponga que opinan que inmediatamente después de recibir la noticia de su muerte, la señora Malden vino aquí para examinar este nido de amor. Suponga que opinan que ella abrió la caja y retiró los cien mil dólares. Suponga que opinan que desde el momento en que hubo una falsedad en la declaración de impuestos y desde el momento en que la señora Malden firmó esa declaración, es culpable de una evidente evasión de impuestos sobre la renta.

»Entonces tiene usted todas las pruebas circunstanciales necesarias. Se producirá una situación que colocará a nuestra cliente en una posición muy poco favorable.

—Pero —objetó Della Street— ellos la han estado siguiendo. La han tenido sujeta a vigilancia. Por eso ella no podía venir aquí.

—Es ella quien dice que está sujeta a vigilancia —replicó Mason.

—Bueno, ella debe saberlo a ciencia cierta. No pensaría que ha estado siendo seguida a menos que alguien la hubiese seguido en realidad.

—Usted no lo pensaría —dijo Mason—, pero suponga que en realidad nadie la estaba siguiendo y que ella nos mintió. ¿Qué pasaría entonces?

—Entonces —repuso Della Street—, yo diría que nos hemos metido en un buen lío.

—Ahora —comentó Mason— el razonamiento de usted es exactamente paralelo al mío. Salgamos de aquí, Della, y tengamos cuidado, muchísimo cuidado de no dejar ninguna huella dactilar. ¿Puede usted recordar qué es lo que ha tocado?

Mason se sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a frotar con fuerza los sitios de la silla que había tocado. Luego quitó el polvo del asiento de la silla y, sosteniendo ésta de forma que sólo el pañuelo estuviese en contacto con la madera, la volvió a su posición original.

Della Street abrió su bolso, sacó un pañuelo y frotó el espejo de mano, borrando todas las huellas dactilares.

Mason se acercó a la puerta de entrada, frotó el picaporte del interior, la mantuvo abierta unos cuantos centímetros y frotó el picaporte de la parte de fuera. Luego pasó el pañuelo sobre el interruptor de la luz.

—¿Queda algo más? —preguntó Mason.

—Por mi parte, creo que he terminado con todo, jefe.

—Vámonos —le dijo Mason.

Abandonaron el apartamento. Mason tomó la precaución de pasar el pañuelo sobre las manijas de la puerta del ascensor y sobre los pulsadores del mismo.

Descendieron a la planta baja y estaban ya a mitad de camino por el vestíbulo cuando una mujer bien vestida, que entraba apresuradamente, se detuvo con brusquedad para mirar con ojos inquisitivos a Perry Mason. La mujer se disponía a saludar con una inclinación de cabeza, pero luego se arrepintió y se precipitó en el

ascensor.

—¿La conoce usted? —preguntó Della Street en voz baja.

—No —respondió Mason—. Pero, por lo visto, ella me conoce o cree que me conoce. Sería una mala suerte.

Mantuvo la puerta abierta para que pasara Della Street. Bajaron aprisa la escalinata y caminaron rápidamente manzana abajo hasta llegar al sitio donde habían aparcado el coche. Mason lo condujo hasta llegar a un bar, aparcó el coche y telefoneó a la Agencia Drake de Detectives.

—Póngame con Paul Drake —dijo el abogado—. Paul, tengo un trabajo para ti. Es algo que ha de hacerse inmediatamente.

—Tú siempre quieres que todo se haga inmediatamente —le reprochó Drake.

Mason pasó por alto el comentario.

—Habrás leído en los periódicos noticias sobre el doctor Summerfield Malden que ha muerto en un accidente aéreo, ¿no es así?

—Las he leído.

—Según informes que tengo, alguien está siguiendo a su viuda y esto desde hace pocos días.

—¿Por qué? —preguntó Drake.

—Eso tienes que averiguarlo tú —le replicó Mason—. Ella vendrá pronto a mi despacho desde su casa. Voy a llamarla.

—¿Eso es todo?

—No. Hay algo más. El doctor Malden iba de camino hacia Salt Lake City para asistir a un congreso médico cuando se mató.

—De eso estoy enterado por los periódicos —indicó Drake.

—Bueno, Paul —le advirtió Mason—, esto es confidencial. El doctor Malden tenía en su clínica a una enfermera jefe, una mujer llamada Gladys Foss. Tiene unos veintisiete años, es morenita, de grandes ojos oscuros, de un metro setenta de estatura y unos cincuenta kilos de peso. Según los informes, se muestra muy orgullosa de sus piernas. —Drake lanzó un silbido por teléfono—. Vive en el número 6931 de la carretera Cuneo —continuó Mason—. Probablemente no está allí ahora.

—Muy bien, ¿qué hay respecto a ella?

—Abandonó la clínica para ir a un hospital de Phoenix con

objeto de recoger algunos datos. Luego iba a ir a Salt Lake City para reunirse con el doctor Malden.

—Ya veo —comentó Drake—, la cosa se complica.

—Más que complicarse —le confesó Mason—, se enreda endemoniadamente.

—Sigue. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Quiero que pongas hombres a la tarea en Salt Lake City para que se encarguen de localizar a Gladys Foss.

—¿Sabes si está viajando con su verdadero nombre?

—No —respondió Mason—, pero hay algo que puede darte una idea. Ese congreso médico es de suponer que esté bien organizado. Estarán tomadas las habitaciones de todos los hoteles. Indudablemente el doctor Malden había pedido reservas para una habitación o habitaciones en Salt Lake City. Ahora, si revisáis esas reservas, podréis descubrir algo. Si no podéis conseguirlo, poneos en contacto con el colegio médico de la localidad con objeto de averiguar quién se encarga de extender reservas para doctores visitantes. El doctor Malden era un pensador muy astuto, un hombre que miraba las cosas con mucha anticipación y desde luego no le habría dicho a Gladys Foss que se reuniese con él en Salt Lake City sin haber preparado una u otra reserva para ella.

—Muy bien —repuso Drake—; por lo visto, vamos a estar ocupados.

—Y dile a tu empleado de Salt Lake City que obre con prudencia —advirtió Mason—. No quiero que cualquiera pueda adivinar qué es lo que intentamos descubrir. Dile que haga las investigaciones necesarias, pero que sea discreto. Y es posible que tropiece con algunos hombres del gobierno empeñados en la misma tarea. No lo creo, pero dile a tus hombres que actúen con el mayor disimulo posible.

—Perfectamente —confirmó Drake—. Me doy por enterado.

—Pero lo más importante y principal —le advirtió Mason— es que tenemos que descubrir quién está siguiendo a la señora Malden. Necesito que varios hombres se dediquen a esta tarea ahora. Esto es prioritario sobre todo lo demás.

—Es algo que puede hacerse —afirmó Drake.

—¿Estás seguro de que tu personal podrá localizar a esos

hombres y descubrir quiénes son?

—¡Hombre, creo que sí! No tienen más remedio que utilizar automóviles. Los automóviles tienen números de matrícula. Además, esos individuos no tienen más remedio que ir a algún sitio a dar sus informes. Si están todavía cumpliendo su encargo, podremos seguirles el rastro, Perry.

—¿Cuándo vas a empezar?

—En este mismo momento tengo en el despacho a un hombre que puede servirme. Podré disponer pronto de una pareja más, con objeto de asegurar las cosas.

—Ponte en contacto con ellos —ordenó Mason—. Instrúyelos sobre lo que tienen que hacer y llámame tan pronto descubras algo.

Mason colgó, miró luego el número de teléfono de la señora Malden e hizo girar el disco.

Cuando el aparato dio la señal de escucha, una voz precavida dijo:

—¿Sí?

—¿Es la señora Malden? —preguntó Mason.

—Sí.

—Su teléfono puede estar vigilado —advirtió Mason—. ¿Sabe usted quién le está hablando? ¿Reconoce la voz?

—Creo..., creo que sí.

—Esta tarde hizo usted una visita a un hombre de profesión liberal —dijo Mason.

—Sí.

—Aguarde cuarenta y cinco minutos —ordenó Mason— y luego vuelva a ir a ese mismo despacho.

—Pero... pero será tarde. ¿Podré entrar?

—Podrá usted entrar —le aseguró Mason—. Vaya directamente al despacho particular. Llame a la puerta.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Della Street cuando Mason se apartó del teléfono.

—Ahora —respondió él— vamos a hacer algo que probablemente le gustará a usted: comer.

—¿Dónde? ¿Qué?

Mason miró su reloj.

—En algún sitio donde sea posible comer en media hora.

Preferentemente en algún sitio cerca del despacho para que podamos ser puntuales a la cita que hemos convenido con la señora Malden.

—¿No podría usted haberse citado con ella un poco antes, y después podríamos haber salido y comer con toda tranquilidad? Está usted tan ocupado, que me horroriza el pensamiento de verlo hacer comidas precipitadas.

Mason sonrió.

—Me habría gustado verla lo antes posible, pero necesitaba estar seguro de que primeramente Paul Drake tenía una oportunidad de poner a la obra a uno de sus hombres. Habiendo fijado este plazo, el subordinado de Drake podrá seguirla hasta aquí y averiguar si la tienen mantenida bajo vigilancia. Ande, vamos.

Mason condujo el coche a unas dos manzanas de su despacho hasta un restaurante donde lo conocían muy bien. Él y Della entraron en un reservado y Mason, después de mirar el reloj, dijo al camarero:

—No podemos estar aquí más de veintinueve minutos. Queremos dos cócteles de Bacardí, consomé de verduras, costillas de ternera y patatas cocidas.

El camarero se marchó a toda prisa.

Mason y Della Street permanecieron la mayor parte del tiempo silenciosos. Apenas bebieron sus cócteles. El abogado no apartaba la vista de su reloj de pulsera mientras comían. Acabaron con tiempo suficiente para llegar hasta el aparcamiento situado ante la oficina y entrar en el despacho tres minutos antes de la hora fijada con la señora Malden.

—Hemos llegado por los pelos —dijo Della Street, encendiendo las luces.

—Lo sé —repuso Mason—. Probablemente no vendrá adelantada. Puede que se retrase un poco.

Apenas acababa Mason de sentarse tras su mesa, cuando oyó el sonido de unos golpecitos que daban en la puerta del despacho.

Della Street abrió, y la señora Malden dijo:

—Bueno, buenas noches. Ésta es una sorpresa, señor Mason. Apenas esperaba que pudiese usted haber conseguido resultados tan pronto.

—Siéntese —le invitó Mason, y, mirando su reloj, añadió—: Ha llegado usted en el momento exacto.

—Ésa es una de las cosas que me enseñó mi marido. Era muy escrupuloso con el tiempo. Si había concertado una cita para una hora determinada, estaba allí con toda seguridad a menos que ocurriese un caso de fuerza mayor. Naturalmente, casos así ocurren en la vida a cualquier médico, pero él siempre me decía: «Steffanie, una cita se hace con el propósito de ahorrar el tiempo de las dos partes que se ponen de acuerdo. Si conciertas una cita, acude a ella puntualmente. No hagas nunca que la otra persona te esté esperando y no le permitas que te haga esperar a ti». ¿Qué ha descubierto usted, señor Mason?

—Obrando contra todas las leyes de la prudencia, tomé esas llaves y fui a los Apartamentos Dixiewood —contestó Mason.

—¿Usted mismo en persona? —preguntó ella.

—Yo mismo en persona.

—Bueno, ¿y qué descubrió usted?

—Descubrimos —dijo Mason— un apartamento de cuatro habitaciones y lujosamente amueblado.

—¿Cuatro habitaciones? —Mason asintió—. Eso significa una sala de estar, una cocina y... —Hizo una pausa y enarcó las cejas.

—Dos dormitorios y un cuarto de baño —completó Mason.

—¿Dos dormitorios!

Mason asintió. La señora Malden miró a Della Street, luego a Mason.

—¿Dos dormitorios! —repitió. Mason no dijo nada—. Más bien un despilfarro en un nido de amor —comentó secamente.

—Usted me dijo que había hecho seguir a su marido y de ese modo había descubierto la existencia de ese apartamento, ¿no es así?

—Así es —confirmó ella.

—Por medio de una agencia particular de detectives, ¿no?

—Sí.

—¿Cuál?

—La Agencia Unida Investigadora.

—¿Está usted completamente segura de que su marido iba allí?

—Sí. Dígame, señor Mason, ¿funcionaron las llaves sin la menor

dificultad?

—Naturalmente —respondió Mason—. Entré. Permítame que le haga una pregunta. ¿Ha estado usted alguna vez allí, señora Malden?

—¿Yo? ¡No, no lo permita Dios! Ya se lo dije a usted antes. No soy una mujer fisgona... bueno —se interrumpió, se echó a reír nerviosamente y trató de explicar—: Comprendo que mis acciones parecen contradecir esta afirmación. Yo... yo investigo, señor Mason, pero no me detengo a fisgonear.

—¿Es que establece usted una diferencia entre una cosa y otra?

—Sí. Creo que hay una diferencia muy clara. Pero me interesa saber, señor Mason, qué otra cosa encontró usted.

—Encontré que alguien había actuado por lo visto con mucha prisa —repuso Mason—. Habían descolgado de la pared un cuadro y no habían vuelto a ponerlo en su sitio. Un panel de la pared había sido apartado y no habían vuelto a colocarlo. Detrás de aquel panel había un hueco, y en aquel hueco, una caja de caudales de primera categoría, a prueba de incendios y a prueba de ladrones.

—¡Señor Mason! —exclamó ella.

—La caja —continuó Mason— había sido abierta y la puerta estaba entornada. Por lo que pude comprobar sin mover nada, la caja estaba vacía.

—¡Vacía! —prorrumpió la señora Malden—. Sólo mi marido tenía la combinación de aquella caja, y había miles de...

—Sí, continúe —dijo Mason.

—Según la gente de la inspección del impuesto sobre la renta —prosiguió ella—, debía de haber allí, bueno..., digamos que unos cien mil dólares...

Bruscamente, sus ojos buscaron los de Mason. De pronto, se echó a reír con nerviosismo.

—¡Oh, señor Mason, es usted maravilloso! —exclamó. Mason enarcó las cejas—. Llega usted allí —dijo con repentina alegría—, examina el lugar, descubre la combinación de la caja. La abre y saca los cien mil dólares. Ahora la gente del impuesto sobre la renta no puede demostrar lo más mínimo. Después que todo haya pasado y las aguas hayan vuelto a su cauce, usted puede entregarme el dinero, menos sus honorarios, naturalmente, y, dadas las

circunstancias, le prometo pagarle unos honorarios muy generosos, muy generosos realmente, señor Mason.

—¿Cómo, qué está usted diciendo? —exclamó Mason—. Está completamente equivocada. No encontré allí dinero alguno.

Ella se echó a reír.

—Desde luego, ésa es la actitud que usted tiene que adoptar, señor Mason. Ya me dijeron que era usted un portento de abogado. Ahora comprendo lo muy listo que es.

—Oiga usted —le dijo Mason—. Incluso en el caso de que yo hubiese encontrado allí algún dinero, no podría hacer lo que usted sugiere. Sería algo inmoral, algo ilícito, sería un intento de ocultar una violación de la ley, y...

—Sí, sí, ya lo sé —interrumpió ella—. No necesita decirme nada de eso. Es usted un abogado de muchos recursos, señor Mason. No puedo expresarle hasta qué punto le estoy agradecida —se levantó de la silla, se acercó a Mason y le aferró las manos—. ¡Es usted maravilloso! ¡Absolutamente maravilloso! Ésta es la solución que corta el nudo gordiano. Ahora puedo reírme de ellos.

—Puede reírse de ellos en lo que quiera —replicó Mason—, pero por mi parte no puedo entregarle los miles de dólares que usted se imagina. Ya le dije que encontré abierta la caja de caudales, que la puerta estaba entornada y que, por lo que puedo decirle, en el interior de la caja no había absolutamente nada.

En un impulso de agradecimiento, ella se lanzó hacia delante y lo besó.

—¿Cómo podré agradecerle lo que ha hecho por mí?

Mason replicó con irritación:

—Pongamos las cosas en claro. No encontré ningún dinero en aquella caja y, dadas las circunstancias, es del máximo interés que absolutamente nadie sepa que fui a aquel apartamento.

—¡Desde luego, señor Mason, desde luego! Puedo comprender muy bien la necesidad de que eso se mantenga en un secreto absoluto... por ahora. Pero, ¿no cree usted que habría sido más conveniente que cerrase la caja y volviese a poner en su sitio el trozo de estuco y el cuadro?

—Podría haber sido mejor —repuso Mason—, pero no quería borrar ninguna prueba.

—¿Prueba de qué? —preguntó ella.

—No lo sé —contestó Mason—, y porque no lo sé, no quería arriesgarme. A mi juicio, en todo este asunto podría estar envuelto un asesinato.

Ella se echó a reír.

—¡Oh, cómo son ustedes, los abogados! Pero, ¿no le estoy diciendo que usted ha conseguido una solución, la única solución adecuada? Señor Mason, ¡le estoy tan agradecida...!

—Estoy tratando de hacerle entender —dijo Mason, con voz ya exasperada— que no saqué nada en absoluto de aquel apartamento.

—Sí, sí, yo lo sé —repuso ella, y dirigiendo una sonrisa a la secretaria, se encaminó hacia la puerta.

—¡Vuelva usted aquí! —la conminó Mason—. Es necesario que pongamos las cosas en claro.

—En otra ocasión, la verdad es que he venido aquí a toda prisa y me es imprescindible volver cuanto antes. ¡Muchísimas gracias, señor Mason! ¡Puede usted empezar a imaginarse lo agradecida que le estoy! Buenas noches.

Salió precipitadamente del despacho.

—Póngame con Paul Drake —le pidió Mason a Della Street.

Los ágiles dedos de Della hicieron girar el disco del teléfono particular de Mason, llamando al número de urgencia de Drake.

—Aquí está —dijo.

Mason se puso al teléfono.

—Paul, ¿está tu hombre siguiendo a la señora Malden?

—Sí.

—¿Disponemos de más agentes que puedan cooperar en la tarea?

—Ya he hecho intervenir a tres hombres. Uno está esperando junto a su casa, otro la está siguiendo y el tercero está...

—Acaba de salir de mi oficina —le advirtió Mason—. Que no la pierdan de vista.

—No te preocupes, Perry. La están siguiendo sin dificultad; de lo contrario, mis hombres me habrían avisado.

—Está bien, Paul, no dejes de cuidarte de esto —insistió Mason—. Ten en cuenta que acaba de salir de mi despacho. Si por casualidad consiguiera burlar al hombre que la sigue, dile a éste

que vaya a los Apartamentos Dixiewood por si puede localizarla allí.

—Apartamentos Dixiewood.

—Exactamente.

—Muy bien, si me telefonea diciéndome que la ha perdido, le daré esas instrucciones, pero no creo que tengas que preocuparte, Perry. Esos hombres no pierden de vista a nadie. Son veteranos.

—Perfectamente —dijo Mason, y colgó.

—¿Cree usted que va a ir a los Apartamentos Dixiewood? —preguntó Della.

—Tal vez.

—¿Para qué?

—Para cerrar la caja, borrar cualquier huella dactilar que hayamos pasado por alto, colocar en su sitio el panel de estuco y colgar delante del mismo el cuadro correspondiente.

—Y usted cree que por fin los inspectores del impuesto sobre la renta descubrirán la existencia de ese apartamento, ¿no es así?

—Sí, eso es lo que creo.

—¿Y también que encontrarán la caja?

—Sí, creo que probablemente encontrarán la caja.

—¿Que pasaría entonces?

Mason se encogió de hombros. Pero Della insistió:

—¿Cree usted que ella opina realmente que usted ha sacado el dinero y que lo tiene escondido?

—Desde luego, ésa habría sido —reconoció Mason— una maniobra inteligente por parte de un abogado que fuera listo, con iniciativa y más leal para con su cliente que para con la ética de su profesión.

—¿Quiere usted decir que habiendo recogido el dinero...?

—Miremos el asunto desde este punto de vista —propuso Mason—. Supongamos que se pone en tela de juicio la cuestión de la herencia. Hay una caja de caudales que contiene quizá cien mil dólares en efectivo. Los libros del doctor están en perfecto orden aunque la gente del impuesto sobre la renta crea que él ha estado ocultando ingresos. Y entonces aparecen esos cien mil dólares en metálico. Naturalmente la pregunta que hay que formularse es: ¿de dónde procede tal dinero?

Della Street hizo una inclinación de cabeza dando a entender que comprendía su razonamiento. Él continuó:

—Los inspectores del impuesto sobre la renta han estado sosteniendo que el doctor Malden detraía sumas en metálico que ellos calculaban que venían a representar unos cien mil dólares. En tales circunstancias, el hallazgo de una suma casi idéntica en una caja fuerte colocada en un apartamento secreto ocupado por el doctor Malden significaría una confirmación palmaria de tales sospechas. Se pondrían entonces en movimiento, pedirían testigos, penas, multas; insistirían en que la señora Malden, por haber hecho una declaración falsa, tuvo parte en el fraude y organizarían todo un infierno. Tal como están ahora las cosas, encuentran una caja vacía, suponiendo que la lleguen a encontrar.

Della Street asintió. El abogado prosiguió con su hipótesis:

—Esto no les deja más arma que el alquiler de ese apartamento cuyo pago ha realizado el doctor Malden ocultando parte de sus ingresos en metálico y no haciéndolo constar en su lista de gastos.

—Sí —dijo Della Street—, comprendo que la diferencia entre un supuesto y otro es enorme.

—Por eso —remachó Mason—, cualquier abogado que hubiese entrado en el apartamento, que hubiese metido los cien mil dólares en una cartera, se hubiese marchado y esperado hasta que las cosas se calmaran para decirle luego a la señora Malden «tengo un regalito para usted» entregándole cincuenta mil dólares exentos de impuestos, se ganaría la gratitud ilimitada de un cliente al mismo tiempo que se quedaría con cincuenta mil dólares libres de impuestos que podría guardar en su propia caja de caudales.

—¡Cielos —exclamó Della Street—, la cosa parece tentadora!

—¿Verdad que sí? La única nota falsa es que eso significaría violar unas cuantas leyes.

—Con la seguridad casi absoluta de no ser atrapado —replicó Della.

—Con la seguridad casi absoluta de no ser atrapado —convino él.

—¿Y usted cree que la señora Malden piensa que es eso lo que está usted haciendo?

—Por lo menos, es lo que ella dice.

—Entonces, cuando las cosas se calmen, si usted no tiene cincuenta mil dólares para dárselos como regalito, podrá sentirse burlada.

—Exactamente. Ésa es la razón de que tengamos que descubrir qué es en resumen lo que ha ocurrido en realidad, Della.

—¿Qué opina usted que ha ocurrido?

—Creo que nos hemos dejado llevar a una trampa muy bien montada.

—¿Quiere decir que la señora Malden proyectó que usted fuera tras el cebo?

—No sé quién puso el cebo en la trampa. Supongamos que fue Gladys Foss. Supongamos que fue ella la que limpió la caja.

—Pero supongamos que usted no hubiera encontrado esa caja —sugirió Della Street.

—Montaron las cosas tan enormemente bien, que yo no tenía más remedio que encontrarla; fue inteligente —explicó Mason.

—Pero, ¿cómo podían esperar que usted estuviese enterado de la combinación?

—Vamos a echar otro vistazo al librito de notas que nos dejó la señora Malden —propuso Mason—. Quizás está en él la respuesta a eso.

Della se dirigió a la caja fuerte del despacho y volvió con las fotocopias del libro de notas. Se colocó al lado de Mason y los dos juntos fueron pasando las páginas.

Mason examinó lentamente las fotocopias y luego volvió otra vez al principio.

—Parece no ser más que un conjunto de notas relativo a horas de visitas y... ¡vaya, vaya! ¿Qué es esto?

Señaló una cifra que aparecía en la segunda página del libro de notas. Era 54-4-D. El abogado vaciló unos momentos, luego siguió volviendo páginas. Tres páginas más adelante encontró, entre una serie de anotaciones que registraban artículos de revistas médicas que, por lo visto, el doctor Malden había deseado leer, la cifra 31-3-I. Volvió dos páginas más y tropezó con la cifra 26-2-D. Dos páginas más y encontró la cifra 19-I anotada en el ángulo superior de la derecha.

—Bueno —dijo Mason—, ya está aquí: la combinación de la

caja. Cincuenta y cuatro, cuatro veces a la derecha; treinta y uno, tres veces a la izquierda; veintiséis, dos veces a la derecha; diecinueve a la izquierda.

—¿Cree usted que es eso? —preguntó Della.

—Me apostaría cien contra uno a que lo es —contestó Mason.

—¿Y qué hacemos nosotros ahora?

—Ahora —repuso Mason—, puesto que hemos caído en una trampa, hemos de abstenemos de ser presa del pánico. Debemos tomarnos tiempo para pensar en qué clase de trampa hemos caído y luego tratar de descubrir quién fue el que la puso.

—¿Y si usted le dijera a la señora Malden que no quiere ser su abogado?

—Entonces ella, inmediatamente, diría que me he quedado con cien mil dólares.

—Pero no podría probarlo.

—Además —explicó Mason—, tenemos que proteger a nuestra cliente aunque goce de una perfecta libertad para revolversse contra mí. Si lo hiciera, los inspectores del impuesto sobre la renta le proporcionarían pruebas más que suficientes de que cien mil dólares habían sido escondidos en algún sitio por su esposo. Ella afirmarí que me dio una llave de aquel apartamento y que me pidió que hiciera investigaciones. También me dio fotocopias de un librito de notas que llevaba su marido, y en ese libro de notas (desde luego, sin ella saberlo) estaba la combinación de la caja existente en el nido de amor.

—¡Sin ella saberlo! —estalló Della Street sarcásticamente.

—Por supuesto —continuó Mason—. Se mostraría inflexible en ese Punto. Nunca podría permitirse el lujo de confesar que conocía la combinación.

—Así, pues, ella lo arrojará a usted a los lobos con tal de salvarse ella misma ¿no?

—Con la mayor tranquilidad —repuso Mason—. A juicio de mucha gente, ser o no ser ladrón depende de las oportunidades. Y he aquí que yo tenía la combinación de una caja de caudales en la que había cien mil dólares que ni el doctor Malden ni la señora Malden podían reclamar públicamente sin verse colocados en una posición muy embarazosa.

—¡Jefe —exclamó Della Street, indignada—, si ella ha tratado de hacer eso, deberíamos...!

—Quizá lo hagamos —la tranquilizó Mason con una mueca risueña.

Della Street sonrió.

—En ese caso, sugiero que se limpie de la cara la huella de lápiz de labios que le ha dejado el beso de la señora Malden. Porque Paul Drake llegará de un momento a otro a presentar sus informes.

Capítulo 3

Paul Drake dio los golpecitos convenidos, y Della Street abrió la puerta.

Paul Drake, un individuo delgado y larguirucho, con ojos que parecían no ver nada, pero que lo veían todo, entró en el despacho, se dejó caer en la amplia butaca de cuero, se recostó luego para adoptar su postura favorita, con las piernas cruzadas, los codos apoyados sobre uno de los brazos de la butaca, y las rodillas una encima de otra.

—Bueno, ¿qué hay? —preguntó Mason.

Drake meneó la cabeza.

—Ni el menor rastro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mason con viva irritación—. ¿Que tus hombres no han podido seguir a las personas que estaban vigilando a la señora Malden?

—No —respondió Drake, sacando un cigarrillo de una pitillera—. No había tales vigilantes.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente seguro. Mis hombres son veteranos. No se dejan engañar. El individuo que envié a casa de la señora Malden es uno de mis mejores agentes.

—¿Siguió a la señora Malden?

—Desde luego. Naturalmente la cosa en sí no tenía ninguna dificultad, pero su tarea consistía en seguirla y descubrir al mismo tiempo si alguna otra persona la estaba siguiendo.

—¿Y cree que nadie la estaba siguiendo? —Drake sacudió la cabeza—. ¿Desde dónde la siguieron tus hombres, Paul?

—Desde su casa

—¿Adónde fue?

—Vino directamente aquí, lo más aprisa que pudo. Dejó su coche en la zona de aparcamiento, subió hasta aquí y, cuando se marchó, parecía tener una prisa terrible.

»Ahora bien, hazte cargo, Perry, es una tarea difícil seguir a una persona y comprobar al mismo tiempo que a esa persona no la están siguiendo, pero mi hombre tenía la ventaja de saber adónde iba tu cliente y, una vez que se aseguró de que se encaminaba en aquella dirección, fue aflojando la marcha y pudo examinar cómodamente la situación. Pues bien, no advirtió que hubiera nadie que la fuese siguiendo.

Se detuvo y dio una chupada a su cigarrillo. Luego continuó:

—Recordarás que me telefoneaste cuando ella salió de aquí. Por aquel entonces yo ya tenía a otro hombre aplicado a la tarea, por lo que sé que ninguna otra persona la siguió cuando se marchó de aquí. El agente número dos seguía al agente número uno, manteniéndose detrás a cierta distancia. No pudo descubrir que nadie fuera siguiendo a la señora Malden. Como tú habías supuesto, en cuanto se marchó de aquí, ella se dirigió a los apartamentos Dixiewood.

—¿Cuánto tiempo estuvo en los apartamentos? —preguntó Mason.

—No más de ocho o diez minutos.

—¿Fue al apartamento 928-B?

—Bueno, Perry, eso no podemos decírtelo. Ella tenía una llave y abrió la puerta de la calle que da al vestíbulo, entró y subió. O bien tiene un apartamento allí o algún amigo que tiene un apartamento del cual posee ella una llave. Habría sido fatal para uno de mis agentes precipitarse detrás de ella y acompañarla en el ascensor. Sabemos que estuvo en algún sitio del piso noveno, porque fue allí donde se detuvo el ascensor.

—Muy bien —dijo Mason—, continúa. ¿Qué ocurrió después?

—Cuando ella salió, tomó el camino de su casa. Ya me enteraré de la hora en que llega allí. Estoy manteniendo a tres hombres en este empeño. Es más de lo que se necesitaría normalmente. Pero ya comprendes la razón de que haya dedicado tantos agentes a la tarea. Quería que estuvieses convencido de que no le habíamos perdido el rastro y que además habíamos tratado de descubrir si

otras personas la estaban siguiendo. Es un trabajo bastante difícil y que requiere gran número de hombres.

—Mantengámoslos por ahora en la tarea —dijo Mason.

—Bueno, eso nos proporciona una ventaja —le replicó Drake—. Siempre habrá alguno que pueda telefonar para dar informes. Si quieres, puedo ponerme en contacto con mi despacho para ver si en los últimos minutos ha habido algún cambio en la situación.

—¿Qué has descubierto sobre lo que pueda haber ocurrido en Salt Lake City, Paul?

—Ten un poco de paciencia, Perry. No hemos hecho más que empezar.

—¿Te has puesto ya en comunicación con tu subordinado de Utah?

—Ni que decir tiene. Los hombres están ya trabajando en la tarea que se les ha encomendado. Querían saber cuántos agentes debían ponerse a la obra y les contesté que todos los que fueran necesarios. Les dije que había que obrar con la mayor presteza.

—Paul, ¿qué me dices sobre los hombres que siguieron a mi cliente hasta los apartamentos Dixiewood?

—¿A qué te refieres?

—¿Son hombres de confianza?

—Los mejores que he tenido nunca.

—¿Qué me dices de su honradez?

—La garantizo por completo.

—¿Actuarían como testigos idóneos?

—Puedes estar seguro.

—Muy bien —dijo Mason—, me guardaré eso como un as en la manga.

—¿Qué quieres decir?

—Me imagino —contestó Mason— que la señora Malden va a declarar que nunca fue a los apartamentos Dixiewood después de haber salido de mi despacho. No creo que se atreva a reconocer que lo hizo.

—Pero, ¿en qué quedamos? —preguntó Drake frunciendo el ceño—. ¿Es cliente tuya o estás a favor de la otra parte?

—Es cliente mía, Paul —dijo Mason sonriendo—, pero creo que va a decir que encontré algún dinero que le pertenecía a ella y me

he quedado con él.

—Vaya, eso es interesante —comentó Drake—. ¿Cuánto?

—Cien mil dólares.

—Mi enhorabuena, Perry. Cuando haces las cosas, no las haces por lo bajo, ¿verdad?

—Ése es uno de los inconvenientes de ser abogado —replicó Mason—. Prácticamente, uno está a merced de cualquiera que viene a pedirme apoyo. Si alguna mujer quiere pescarte y te cuenta toda una historia que contiene algunas cosas verosímiles y muchísimas más que son falsas, mientras tú estás haciendo las investigaciones necesarias, puedes pillarte los dedos.

—¿Te has pillado los dedos? —preguntó Drake.

—Creo que sí —le contestó Mason sonriendo—, pero espero sacarlos indemnes. Esperaremos aquí durante media hora, Paul, para ver si ha habido nuevas incidencias. Tú vete a tu despacho y mantente alerta. Llámame si surge algo nuevo. Y he aquí otra cosa que quiero que hagas.

—¿De qué se trata? —preguntó Drake sacando su libro de notas.

—Del apartamento 928-B en los apartamentos Dixiewood —repuso Mason—. Haz que alguien vigile ese apartamento. Si cualquier persona entra allí a cualquier hora de la noche, deseo que la sigan.

—Muy bien, tú quieres que sigan a esa persona ¿Y qué pasa respecto al apartamento? ¿Dejamos de vigilarlo mientras mi hombre se dedica a seguir a un visitante?

—No. Hay que mantener la vigilancia sobre el apartamento.

—Eso significa que estarán operando al mismo tiempo dos agentes como mínimo —comentó Drake—. O sea, tres o cuatro en reserva.

—Tenlos —le dijo Mason.

Drake soltó una risita

—Al ritmo que vas, necesitarás apoderarte de más de cien billetes grandes para seguir adelante. Pero necesitaré un par de horas antes de poder coordinar a todos esos agentes y mantenerlos en la brecha. Está bien, Perry, me iré a mi despacho y pondré a los hombres a trabajar. ¿Seguirás aquí un rato?

—Por lo menos media hora. Cuando vayamos a irnos, te

telefonearemos.

—Está bien, pondré en marcha la máquina. Si no recibes noticias mías, eso significa que la señora Malden volvió directamente a su casa. Si no lo hizo así o hubo otras incidencias, llamaré. Voy a estar tan ocupado con las órdenes que tengo que dar, que no puedo permitirme el lujo de molestarte con cosas rutinarias. Haz una parada en mi despacho cuando te recojas.

Y Paul Drake se levantó de la enorme butaca lanzando un suspiro de cansancio ante la perspectiva de toda una noche de faena, y se fue.

Capítulo 4

Mason miró su reloj.

—Bueno, Della, han pasado cuarenta y cinco minutos. Calculo que no ha ocurrido nada digno de mención. Podemos cerrar aquí. Nos detendremos en el despacho de Paul y veremos qué ocurre. Probablemente... —se interrumpió al oír que sonaba sobre la mesa de Della Street el teléfono que no figuraba en el listín.

—Debe ser Paul —indicó Della.

—Me pondré yo —dijo Mason. Agarró el teléfono y preguntó—: Hola, Paul, ¿qué hay de nuevo?

—Perry, ocurre algo extraño —contestó Drake—. Tenías razón en cuanto a tu sospecha de que la seguían.

—¡No me digas! —exclamó Mason—. ¿Es que, entonces, se equivocó tu hombre?

—No, no se equivocó —repuso Drake—. Por lo visto, ella se las compuso para burlar durante algún tiempo a sus seguidores. Seguramente no la seguían cuando salió de tu despacho y se dirigió a los apartamentos Dixiewood, pero ahora la están siguiendo.

—Dame más detalles —pidió Mason.

—Bueno, he aquí cómo están las cosas por el momento, Perry. Salió de los apartamentos Dixiewood y se encaminó directamente a su casa. Entró y estuvo allí de cinco a diez minutos. Luego salió y empezó de nuevo a conducir, y esta vez mis hombres están convencidos de que había alguien que la seguía.

—¿A dónde fue?

—A un sitio llamado los apartamentos Erin. Es un lugarejo insignificante, una especie de pensión barata disfrazada de algo mejor.

—Continúa —instó Mason.

—Allí tuvimos suerte, Perry. El hombre al que ella visitó vivía en el frente del segundo piso por el lado oeste, en una habitación de esquina.

—¿Cómo lo sabes?

—Una afortunada casualidad. Uno de mis agentes estaba mirando por si descubría alguna pista. El otro estaba vigilando la casa de apartamentos. Vio que la persiana se levantaba y que la luz estaba en aquel apartamento de esquina del sudeste.

—¿No podría haber sido eso una señal? —preguntó Mason.

—Probablemente lo era, Perry, pero no puede asegurarse. De cualquier forma, justamente en el tiempo que ella había tardado en subir, mi agente vio cómo un individuo daba un salto hacia la persiana y la bajaba rápidamente como si quisiera ocultar algo.

—Pero, ¿llegó a ver a la mujer? —inquirió Mason.

—No, en aquel mismo momento echaban la persiana.

—Entonces no se trata más que de una suposición —dijo Mason.

—Recuerda —objetó Drake— que yo tenía a dos hombres aplicados a la tarea, Perry. Uno de ellos entra, se pone en contacto con la casera y habla de cuartos vacantes y de una cosa y otra y lleva la conversación hacia las personas que ocupan las habitaciones. Insistió en que necesitaba un cierto tipo de habitación y que pagaría por ella lo que fuese, y finalmente preguntó por los apartamentos del sudeste en los pisos segundo, tercero y cuarto para ver si había alguna esperanza de que alguno quedara libre.

»La mujer encargada del lugar era del tipo de las parlanchinas y habló mucho sobre sus inquilinos. El apartamento del ángulo sudeste del tercer piso podría quedar libre antes de dos semanas. No tiene muy buena opinión de la muchacha que lo ocupa. El del cuarto piso es de una secretaria que lleva una vida muy regular y aparentemente intachable. Y el del segundo piso dijo que estaba ocupado por un hombre llamado Castilla. Ella pensaba que había alguna posibilidad de que su apartamento se quedara libre porque, a su juicio, tendría que buscarse otro trabajo.

»Mi agente estuvo sonsacándola para averiguar por qué pensaba eso y resultó que Castilla era chófer del doctor Malden, para quien realizaba otras clases de trabajo. Naturalmente la casera había leído en los periódicos la muerte del doctor Malden y estaba haciendo sus

cálculos sobre si Castella se quedaría sin trabajo y qué era lo que iba a hacer entonces con su apartamento. No confiaba mucho en él por lo que se refiere a concederle crédito y, lo sepa él o no, tendrá que pagar al contado a partir de ayer.

—Bueno —dijo Mason—, eso parece prometedor. Probablemente la señora Malden fue a verlo allí, Paul. Quizá creyó que era su deber comunicarle que su empleo había terminado, pero, ¿por qué motivo no le dijo todo eso por teléfono?

—Tampoco yo lo sé —repuso Drake—. Como quiera que sea, así están las cosas.

—¿Qué ocurrió luego?

—Ella está todavía allí, Perry. Por lo menos, es la última noticia que he tenido.

—Y dos de tus agentes están vigilando, ¿no es así?

—Así es.

—Y dices que hay otras personas que la siguen, ¿no?

—Sí, un coche en el que van dos hombres.

—¿No sabes nada acerca de ellos?

—Todavía no. Mi agente ha anotado el número de matrícula de un coche. La estoy examinando. Espera un momento, Perry. Me están llamando por el otro teléfono. No cortes.

Mason permaneció a la escucha unos momentos. Luego volvió a sonar la voz de Drake.

—¡Demonios, Perry, ése es un asunto del Condado!

—¿A qué te refieres?

—Al coche que la está siguiendo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Es una de las matrículas que corresponden a agentes secretos del Condado.

—¿De los que trabajan a las órdenes del sheriff o a las del fiscal del distrito?

—Creo que a las del sheriff. Esos números son muy confidenciales. Nunca dan información sobre ellos.

—¿Algo más?

—Todo va encajando —respondió Drake—. En ese automóvil van dos hombres. Ya sabes que ése es el modo de operar del Condado. Dos hombres juntos siempre que sea posible.

—Muy bien —le dijo Mason—. Averigua todo lo que puedas sobre Castilla y... Paul, ¿crees que podría yo ir allí y hacerme cargo de lo que ocurre sin que noten mi presencia?

—Lo dudo, Perry. Es una situación muy delicada. Tengo ya a dos hombres metidos en faena, y los individuos que manejan esos coches secretos del Condado no tienen nada de novatos. Lo más seguro es que sepan que la señora Malden ha sido seguida...

—No permitas que descubran eso —lo interrumpió Mason—. Ordénales a tus hombres que se desperdigen, si no tienen más remedio que hacerlo, pero que el Condado ignore el trabajo que estaban llevando a cabo.

—Se lo diré, Perry, pero no siempre es posible arreglar las cosas con tanta facilidad.

—Bueno, que hagan todo lo que puedan.

—Muy bien. Le dije a uno de mis hombres que volviese a llamarme dentro de cinco minutos si la señora Malden seguía allí y cuando me llame le advertiré que, si es necesario, deben abandonarlo todo para evitar ser descubiertos. Lo malo es, Perry, que si vas allí y tratas de unirme a la caravana, será algo que se notará mucho. Tendremos una procesión de coches moviéndose detrás de ella como la cola de una cometa.

—Muy bien —dijo Mason—. Voy a llevar a Della a su apartamento, luego volveré aquí. Necesito que me tengas localizado. Permanece al pie del teléfono hasta medianoche. Llámame si ocurre algo importante.

—De acuerdo, Perry. Probablemente ella no se quedará mucho tiempo en el apartamento donde está ahora.

—Está bien. Averigua todo lo que puedas respecto a Castilla. Lo que hace, cuánto tiempo lleva trabajando con el doctor Malden, qué clase de persona es. Haz que le sigan. Ahora bien, ¿no crees que ese coche del Condado estuviera siguiéndola cuando vino a mi oficina y se dirigió luego a los apartamentos Dixiewood?

—Mi agente insiste en que entonces no estaba allí —replicó Drake—. Claro que puede estar equivocado.

—Está bien —repuso Mason—. Más adelante sabremos algo más de eso, Paul.

El abogado colgó el teléfono. Permaneció algunos instantes

reflexionando y luego dijo:

—Vamos, Della. Voy a llevarla a casa.

—Me resulta muy desagradable tener que marcharme cuando las cosas están empezando a ponerse excitantes —dijo—. ¿Qué ha ocurrido?

Mason se lo contó todo mientras ella guardaba papeles en los cajones de las mesas e iba apagando las luces del despacho.

—No puedo comprender lo del coche del Condado —dijo Della Street—. ¿Y si hubiesen sido hombres del F.B.I. o agentes de la Tesorería los que...?

—Exactamente —la interrumpió Mason—; eso es lo que yo estoy pensando también. Hay aquí muchas más cosas de lo que parece. Vamos, la llevaré a casa y luego volveré aquí y me quedaré al pie del teléfono.

—¿No podría yo esperar con usted?

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—Usted tiene que dormir como es debido. Mañana va a tener que hacerse cargo de la oficina.

—Tengo el presentimiento de que va a tener usted una noche llena de aventuras.

—Así lo espero —le replicó Mason—. La verdad es que estoy metido ya en esto hasta el cuello y tengo curiosidad por saber si me hundo más aún.

Mason la llevó hasta su apartamento, aparcó frente a la entrada y, una vez que la vio penetrar sana y salva, regresó rápidamente a su despacho.

El teléfono estaba sonando cuando Mason introdujo la llave en la cerradura.

El abogado abrió la puerta de par en par, entró, agarró el teléfono y oyó la voz de Paul Drake que decía:

—Tu prójima está en los apartamentos Dixiewood, Perry.

—¿Qué prójima?

—Por la descripción que me hacen, Gladys Foss.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Unos cinco minutos. Parece que tiene una llave y que sabe moverse con seguridad.

—¿Está seguro tu agente de que es Gladys Foss o lo sospecha

únicamente por la descripción que te di de ella?

—Lo ha visto por los papeles del automóvil. Alguien ha tenido que hacer hoy muchísimos kilómetros en ese coche.

—¿Cómo puedes decirlo?

—Por la gran cantidad de insectos que hay en el parabrisas. Un montón de mosquitos que no podrías reunir aquí. Esos que se congregan al anochecer, probablemente junto al valle de un río. El parabrisas está lleno de ellos.

—Entonces, ¿dices que los papeles del coche demuestran que es el suyo?

—Sin lugar a dudas. El nombre corresponde al de Gladys Foss, con domicilio en el número 6931 de la carretera Cuneo.

—¿Has recibido alguna noticia de Salt Lake City?

—Nuestros hombres siguen trabajando todavía allí, pero me imagino que tendré que decirles que no continúen. El doctor Malden pidió que le reservasen una habitación en el Hotel Capital y también pidió reservas para un tal señor Charles Amboy y señora en un motel tranquilo, de primera categoría. Le concedieron las reservas, y la señora Amboy se presentó y recogió las reservas para ella y su marido pagando el alquiler del motel durante tres noches. La descripción corresponde a la de Gladys Foss.

—Muy bien —dijo Mason—, dile a tus hombres de Salt Lake City que den por terminado su trabajo, Paul. Ya hemos gastado muchísimo.

—Era lo que me imaginaba. Por lo visto, Gladys Foss es la señora Amboy. Se enteró de que el doctor Malden había muerto y emprendió el regreso.

—Muy bien. Voy a ir a los apartamentos Dixiewood, Paul —anunció Mason—. Quiero hablar con ella.

—Naturalmente, no podemos calcular cuánto tiempo estará allí.

—¿Te mantendrás en contacto con tu agente? —preguntó Mason.

—Sí, eso creo. Tiene que volver a llamar. Le dije que siguiera llamando a intervalos de cinco minutos por si necesitábamos cambiar las órdenes. Naturalmente, si no llama he de deducir que ella ha salido del apartamento y se ha ido a alguna parte.

—Dile a tu agente que me esté esperando —ordenó Mason—.

Salgo ahora para allá.

—Si ella se marcha, ¿quieres que la sigan?

—¿Cuántos hombres tienes ahora empeñados en la tarea?

—Hasta ahora solamente uno. Los demás no han llegado aún. Los espero de un momento a otro.

—¿Dónde está apostado tu hombre?

—Dentro del vestíbulo. Si alguien entra y toma el ascensor, él observa adónde sube éste. Si es el piso noveno, sube a su vez y vigila. Esa muchacha que respondía a la descripción de Gladys Foss entró y tomó el ascensor hasta el piso noveno. Mi hombre subió después y examinó el lugar. Había una luz encendida en el apartamento 928-B, lo que es una señal de que ella está allí.

—Dile a tu agente que continúe con su tarea —pidió Mason—. Lo veré allí. Me gustaría, si puedo, sorprenderla en el apartamento si está aún allí, pero si se marcha, creo que es más importante mantener una vigilancia completa de ese apartamento. Por supuesto, si tus otros agentes aparecen antes de que ella se haya marchado, haz que la sigan. Creo que podré atraparla antes de que consiga marcharse.

Mason fue a toda prisa a su coche, lo condujo apresuradamente hasta los apartamentos Dixiewood, cuya puerta de la calle abrió con una de las llaves que le había dado la señora Malden.

Un hombre surgió de las sombras y se dirigió hacia el ascensor.

Mason trató de rebasarlo.

—¿El señor Mason? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Subiré con usted —le dijo el otro—. Podemos hablar en el ascensor.

Mason apretó el pulsador del piso noveno.

—Empiece —dijo.

—Lo siento —le contestó el detective—, pero estamos haciendo un juego muy apretado. He recibido instrucciones de que me muestre muy cuidadoso.

—Me parece muy bien —dijo Mason, y, después de haber sacado su cartera, mostró al hombre su carnet de conducir.

El agente examinó con todo cuidado el carnet y las señas personales, luego dijo:

—Perfectamente. Tenía que asegurarme, eso es todo.

—Me parece muy bien.

—Ella se marchó.

—¿Hace mucho?

—Un par de minutos antes de que usted llegase aquí.

—¿Llevaba algo consigo?

—Dos maletas.

—¿Pesadas?

—Parecía como si estuviesen llenas de plomo.

—¿Qué hizo con ellas?

—Las puso en el portaequipajes de su coche y se marchó.

—Echaré un vistazo —dijo Mason.

—¿Quiere que vaya con usted?

—No. Vuelva al vestíbulo. El teléfono de este apartamento es Crestline 6-9342. Apague la luz del ascensor y ponga la señal de *No funciona* en la puerta. Permanezca frente al ascensor mirando ese letrero. Entable conversación con cualquiera que llegue. Diga a quienquiera que sea que había un hombre trabajando en el ascensor cuando usted llegó y que se marchaba para buscar un fusible o algo por el estilo. Haga que parezca una cosa verosímil. Averigüe a qué piso quiere ir esa persona. Si es a algún apartamento del piso noveno, corra al teléfono y llame al número que le he dicho: Crestline 6-9342.

El hombre tomó nota del número.

—¿Tiene usted llave para entrar en ese apartamento? —preguntó.

—Creo que puedo abrirlo —contestó Mason.

—Perdóneme.

—¿Qué he de perdonarle?

—Haber hecho preguntas —contestó el detective—. Estoy aquí para cumplir instrucciones, no para hablar.

—Me parece muy bien.

Mason salió del ascensor, y el detective volvió a tomarlo para descender a la planta baja. Mason hizo uso de su llave y abrió la puerta del apartamento 928-B y, envolviéndose el pulgar con un pañuelo, para no dejar huellas, encendió las luces.

El apartamento tenía un aspecto muy parecido a como él lo

había dejado antes, excepto que cuando abrió los cajones del tocador vio que habían sido vaciados. En todo el apartamento no había el menor rastro de una presencia femenina. Ninguna crema facial, ningún vestido, ninguna prenda interior, ninguna pertenencia personal. Incluso uno de los cepillos de dientes había sido retirado de la repisa.

La puerta de la caja de caudales la habían cerrado, el panel de estuco lo habían colocado en su posición y habían vuelto a colgar el cuadro.

Mason examinó esta vez el apartamento más cuidadosamente de como lo había hecho en su visita anterior.

Una mesa junto a la lámpara de pie en la salita de estar contenía revistas populares, varias reimpresiones de veinticinco centavos de novelas de misterio y algunos periódicos médicos.

Mason examinó los periódicos médicos. Habían sido enviados por correo y el sitio donde la dirección había estado estampada en el reverso lo habían arrancado de cada uno de los periódicos.

Mason los recogió.

Examinó las revistas, pero ninguna de éstas contenía una dirección estampada. Por lo visto, las habían comprado en quioscos.

El abogado lanzó un último vistazo al apartamento. Excepto los periódicos médicos, no encontró nada que relacionase ni siquiera remotamente al apartamento con el doctor Malden.

Mason salió, teniendo otra vez buen cuidado de no dejar huellas dactilares ni a un lado ni a otro del picaporte. Pulsó el botón de llamada del ascensor y la oscura jaula subió hasta el piso noveno. Apagó la luz, bajó en el ascensor y salió al vestíbulo, donde el agente de Drake estaba aguardando.

—¿Alguna novedad? —preguntó Mason.

—Nada de importancia. Un matrimonio quería subir al sexto piso. Les dije que me creía capaz de poner en funcionamiento el ascensor y llevarlos hasta allí. Al bajar recogí a alguien que salía del quinto piso y que se quejó de que el ascensor estuviese a oscuras. Por consiguiente le expliqué que había una pequeña avería.

—¿No ha venido nadie más excepto esos del sexto piso?

—Nadie más.

—Manténgase alerta —le recomendó Mason—. Informe a Paul

Drake de vez en cuando. Están en camino refuerzos.

Mason abandonó la casa de apartamentos y condujo rápidamente su coche hasta la dirección de la carretera Cuneo. A las diez y media aparcó frente al modesto y pequeño bungalow, subió los escalones y llamó al timbre.

No hubo ninguna respuesta, no se oyó ningún movimiento en el interior de la casa, pero las luces encendidas tras las persianas echadas proporcionaban un alumbrado parcial y mostraban que alguien estaba dentro.

Mason tocó el timbre una vez más y aguardó pacientemente.

Al cabo de unos diez segundos, llamó al timbre por tercera vez, apretando un dedo insistentemente sobre el pulsador.

Esta vez oyó unos pasos precavidos al otro lado de la puerta. A los pocos momentos, una voz de mujer decía:

—Por favor, ¿quién es?

—¿Es la señorita Foss? —preguntó Mason.

—Sí.

—Un telegrama —anunció Mason.

—Échelo por debajo de la puerta.

—Es urgente y tiene usted que firmarlo.

—Bueno, deslícelo bajo la puerta y lo firmaré.

—Lo siento, el hueco no es lo bastante grande.

—Pero es que se da el caso de que acabo de salir del baño. Me estaba bañando cuando usted llamó.

Mason guardó silencio.

Al cabo de unos momentos, oyó el ruido de la lengüeta de la cerradura y la puerta se abrió un poco. Una mano y un brazo desnudos se adelantaron.

—Deme el telegrama, por favor.

—Ahora que la puerta está abierta —dijo Mason— y que por tanto no tengo que gritar para que se entere toda la calle, puedo presentarme. Soy Perry Mason, abogado, y estoy interesado en la muerte del doctor Summerfield Malden y en la situación de sus bienes con respecto al impuesto sobre la renta.

La puerta fue cerrada bruscamente.

Desde fuera, Mason aconsejó:

—Si lo que usted quiere es que alce la voz y que toda la calle

quede enterada, estoy dispuesto a hacerlo.

De nuevo un período de silencio, pero Mason no oyó ruido de pasos que se alejasen de la puerta, por lo que decidió aguardar. Lentamente, la puerta se abrió unos centímetros.

—¿A quién representa usted? —preguntó la mujer.

—Represento a la viuda —contestó Mason—. Se da el caso de que ella sabe muchas cosas que usted cree que no sabe. Si yo hubiese querido jugar fuerte, podría haberle dado un empujón a la puerta cuando usted la abrió por primera vez.

—Bueno, ¿y por qué no lo hizo?

Mason se echó a reír y repuso:

—Quizás a causa del brazo desnudo y de la confesión que usted me hizo de que acababa de salir del baño.

—¿Cree usted que he venido a la puerta con nada encima?

—No he tenido la oportunidad de conocerla lo suficiente para adivinar lo que haría usted —replicó Mason a través de la rendija de la puerta.

—Bueno, pues ya nos conocemos.

—Lo mismo que si estuviéramos hablando por teléfono —repuso Mason.

La puerta se abrió unos cuantos centímetros.

—La esposa del doctor Malden odia el suelo que piso. Si usted la representa, es seguro que adoptará la misma actitud.

—No es imprescindible —replicó Mason—. Mire usted, dejando a un lado los personalismos, es muy posible que usted y la señora Malden tengan muchas cosas en común. Los inspectores del impuesto sobre la renta van a hacer preguntas. Si consiguen probar que ha habido distracciones en metálico, van a imponer multa y castigos y hasta es posible que soliciten un procedimiento criminal. He pensado que deberíamos hablar de estas cosas. Soy de la opinión que a usted le gustaría discutir sobre los intereses comunes que tiene con la señora Malden.

Gladys Foss permanecía silenciosa. El abogado continuó:

—Y si esa discusión es necesaria, creo que será más agradable para ustedes que sea yo el intermediario. De otro modo, si las dos se reúnen y se ponen a hablar cara a cara, podría ocurrir que...

—Basta con eso —dijo Gladys Foss, abriendo la puerta—. Entre.

Tuerza a la derecha, siéntese en la salita y póngase cómodo hasta que me eche encima alguna otra cosa.

Mason penetró en el vestíbulo y tuvo un vislumbre de una muchacha que, con un transparente peinador, se alejaba por un pasillo.

Cuando la mujer abrió la puerta que estaba al final del corredor y que evidentemente daba paso a lo que era un dormitorio, una luz brillante recortó la figura de la joven. Aun con sólo aquel breve vislumbre, Mason tuvo tiempo de comprobar la exactitud de la apreciación que había hecho la señora Malden respecto a la belleza de su rival.

Mason entró en la sala de estar y se sentó en una cómoda butaca junto a la mesa. Una lámpara de pie colocada detrás de la butaca proporcionaba la luz necesaria para leer. Sobre la mesa había media docena de las revistas más recientes.

Mason se echó hacia atrás, hojeó algunas de las revistas y luego volvió a dejarlas sobre la mesa.

El asiento de la butaca estaba tibio.

Mason se movió ligeramente, dejó deslizar su mano sobre el redondeado brazo de la butaca en dirección al suelo. Sus dedos tropezaron con un periódico plegado. Lo recogió. Era una última edición del periódico de la noche y estaba abierto por la página de las noticias deportivas.

Mason, con el ceño fruncido, estaba concediendo una atención concentrada al periódico cuando Gladys Foss, vestida con falda, blusa y zapatillas, entró en la habitación.

Su cabello, echado atrás a partir de una alta frente, era liso y brillante. Sus ojos, grandes y oscuros. Los labios eran llenos y necesitaban muy poco lápiz para dar a su rostro una vivida coloración.

Se detuvo en la puerta mirando a Mason y al periódico que éste tenía en las manos. En su cara había una expresión que, por el momento, el abogado notó, pero que no pudo comprender.

Mason arrojó el periódico y se dispuso a ponerse en pie.

—No se mueva —dijo ella, entrando rápidamente en la habitación y concediéndole el privilegio de una veloz sonrisa.

Mason notó que era una mujer joven de largas piernas, de

formas simétricas y de una belleza y una gracia notables, y la facilidad con que se sentó en el sofá-cama revelaba una perfecta coordinación neuromuscular. Sus modales eran sueltos y ágiles.

—Veo que ha descubierto usted mi vicio secreto —dijo sonriendo.

Mason enarcó las cejas interrogativamente.

Ella le indicó el periódico.

—¿Béisbol?

—Caballos.

—¡Oh!

—Estoy cansada de llevar una vida rutinaria —dijo ella—. Creo que todo el mundo lo está. Me gustaría figurar entre los ganadores. Lamento decirlo con tanta crudeza.

—Parece un buen sistema de relajación.

—No creo que a usted le parezca muy disculpable —apuntó ella.

Mason la miró pensativamente.

—Es un lujo que no puedo permitirme.

Ella se dispuso a decir algo, pero luego lo pensó mejor y se quedó silenciosa. El abogado añadió:

—Además, no necesito de eso para poner variedad en mi vida.

—Bueno —dijo ella—, normalmente no lo habría reconocido con tanta franqueza, pero ahora estoy hablando con un abogado. Cuando usted entró, se sentó en una butaca que evidentemente había estado ocupada hasta hace muy poco tiempo y descubrió que me puse a mirar las noticias de las carreras tan pronto como entré en casa. Me imagino que es usted muy capaz de extraer las deducciones pertinentes.

—Sí, eso es hablar con franqueza —reconoció Mason sonriendo.

—La verdad —continuó ella— es que he tenido un viaje muy largo. Ha sido un día agotador y estoy mortalmente cansada, pero tenía que ver lo que había sucedido en las carreras. Bueno ¿qué es lo que le trae por aquí, señor Mason?

—Naturalmente —respondió Mason—, estará usted enterada de la muerte del doctor Malden, ¿no es así?

—Desde luego. Por eso he vuelto a casa. Iba a disfrutar de... de unos días de vacaciones.

—Él se disponía a asistir a un congreso médico en Salt Lake City,

¿no?

—Así es.

—¿De dónde viene usted? —preguntó Mason.

Ella sonrió y dijo:

—Después de todo, señor Mason, es tarde y estoy terriblemente, terriblemente cansada. Pero creo que usted quería hablar sobre los libros de contabilidad y el impuesto sobre la renta, ¿verdad?

Mason inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Ella prosiguió entonces:

—Pues bien, ¿qué le parece si hablásemos de esos asuntos y aplazásemos la discusión de otros hasta un momento más apropiado?

—Muy bien —repuso Mason—, hablaremos de las cosas concretas en que los intereses de usted y los de la señora Malden tienen un punto de contacto.

—Querrá usted decir en que su codicia tropieza con mis responsabilidades —replicó Gladys Foss amargamente.

—Lejos de mí —dijo Mason con una sonrisa— tratar de reconciliar los puntos de vista de dos mujeres que no se tienen simpatía. Estoy simplemente tratando de poner en claro ciertos hechos básicos. Usted ha sido interrogada por los agentes del impuesto sobre la renta, ¿no es así?

—Así es.

—Ellos afirmaron que los libros del doctor Malden no estaban correctos, especialmente por lo que se refiere a reflejar con exactitud el estado de sus ingresos en metálico, ¿no es verdad?

—Lo que estaban haciendo es fisgonear, si es eso lo que quiere usted decir.

—¿Y formulando acusaciones?

—En cierto modo. Tenían la impresión de que el doctor Malden debería haber registrado más ingresos en metálico.

—¿Cuáles son los hechos con relación a esto?

Ella le miró a los ojos.

—¿Quiere usted saber lo que voy a decirle al departamento del impuesto sobre la renta, señor Mason, o quiere usted conocer los verdaderos hechos?

—¿Es que va usted a decir a los inspectores del impuesto sobre

la renta algo distinto de los verdaderos hechos?

—Voy a decirles únicamente lo que sé. Pero, tratando con usted podría decirle algo que es meramente una conjetura.

—Empecemos con la conjetura —propuso Mason.

—Poca gente —empezó ella— se da cuenta hoy día del terrible esfuerzo a que se ve sometido un hombre que tenga la profesión de médico. Hay personas y personas que afluyen a él, una interminable y constante sucesión de seres, todos los cuales están enfermos. Algunos de ellos saben hablar y pueden explicar sus síntomas de forma que un doctor logre trazar un rápido diagnóstico. Otros no saben hablar y es necesario mirar y escarbar, tanto en sus mentes como en sus cuerpos, con objeto de descubrir lo que está mal. Otros son hipocondríacos que han dramatizado el desarrollo de las enfermedades hasta un punto en que sus síntomas se alejan completamente de una perspectiva verdadera. Hay una exageración, una distorsión mental, y también aquí el médico tiene que saber lo que está haciendo.

»Además de esto, hay personas que necesitan cuidados quirúrgicos. Se realizan operaciones que van desde las operaciones rutinarias al último intento desesperado por prolongar la vida. A veces, en tales operaciones o en el período postoperatorio, aparecen complicaciones, y un doctor tiene que estar constantemente en guardia para que ello no degenera en graves consecuencias. En otras palabras, él no puede programar las cosas. Es como un luchador que está en medio del cuadrilátero, asaltado por un centenar de adversarios. Tiene que mantenerse frío, tranquilo y dueño de sí. Tiene que pensar. Tiene que anticiparse a los acontecimientos y, sobre todo, nunca se ve libre de un terrorífico esfuerzo mental y físico.

»Además de esto, tiene que recordar siempre que cualquiera de sus pacientes puede acudir a un abogado listo y entablar una acción por tratamiento defectuoso, proceso éste en que la cosa más insignificante que el doctor haya hecho o dejado de hacer lo expone al juicio de un jurado de profanos.

Mason aprobó con una inclinación de cabeza.

—Es usted muy elocuente.

—Le estoy diciendo a usted estas cosas —insistió ella—, porque

hay mucha gente que no cae en la cuenta de las mismas. Un doctor que lleve a cabo esta clase de trabajo tiene que concentrarse en los problemas vitales y no puede hacerlo en cosas como la teneduría de libros y la información estadística exigidas por gentes que tratan de controlar sus declaraciones de ingresos.

—Pero —objetó Mason— un hombre así no tiene por qué preocuparse de problemas financieros. Puede contratar a alguien que se los tenga completamente al día.

—¿A quién? —preguntó ella.

—A un contable.

La muchacha meneó la cabeza en señal de protesta.

—Eso no es factible. La persona que tenga que hacerlo ha de estar en la línea de fuego. Ha de ser alguien que pertenezca a la profesión y ese alguien, por lo general, suele ser una enfermera.

»Ahora bien, se puede empezar con las mejores intenciones del mundo, pero una vez metido en un consultorio muy visitado, es lo mismo que si se entrara en un manicomio. Hay tratamientos con rayos X, tratamientos con diatermia y tratamientos de urgencia.

—¿Cuántas enfermeras tenía el doctor Malden?

—Cuatro y yo.

—¿Hacía gran uso de la terapia en el mismo consultorio?

—Sí. Era un convencido de su eficacia, especialmente por lo que se refiere a la diatermia. Utilizaba la diatermia no sólo por sus auténticas propiedades curativas, sino por sus efectos psicológicos.

—¿Puede usted explicarme lo que quiere decir con eso?

—En cierto modo, sí. Una de las amargas realidades que tiene que afrontar un médico es la de que no puede hacer que el tiempo se pare ni dar marcha atrás a las agujas del reloj lo mismo que no puede erguirse a la orilla del océano y pedirle a la marea que no avance.

»La vida humana es un ciclo. Pasamos de la juventud a la edad madura, y de la edad madura a la vejez y a la muerte. Es inexorable. Es inevitable.

»Algunas personas se lamentan por los cambios degenerativos propios de la edad. Algunas personas esperan que un doctor pueda detenerlos. Algunas personas creen que un doctor pueda llevar a cabo lo imposible. Otras personas, en cambio, conceden un respeto

demasiado grande a lo inevitable y se abstienen de pedirle a la ciencia médica que corrija unas condiciones que, si se hubiesen atendido a tiempo, habrían sido fácilmente curables.

»Tome usted, por ejemplo, a una persona que tenga la esperanza de que un doctor lleve a cabo lo imposible. Si el doctor dice: «Señora, lo siento mucho, pero usted tiene ya sesenta y ocho años. A partir de ahora hasta que muera, va a tener muestras crecientes de un desfallecimiento físico. Experimentará cambios degenerativos que no puede controlar y que tampoco yo puedo controlar. Todo lo que está en mi mano es hacérselo pasar lo más cómodamente posible y controlar los síntomas más pronunciados que puedan detenerse, combatiendo las muestras más agudas a medida que se vayan presentando». Si un doctor dijese eso, sería algo cruel. Sería algo sin corazón. Agravaría la situación física a la que está tratando de ponerle un dique.

—Me resulta difícil comprender qué relación guarda esto con la contabilidad —confesó Mason—. Es una disertación excelente. La considero con el mayor interés, pero se desvía de la cuestión. Está hablándole a un abogado. Vayamos al grano.

—Muy bien —dijo ella apartándose con disgusto de la línea de su perorata—. Supongo que se habrá dado usted cuenta de que tampoco está rebosante de comprensión. Los agentes del impuesto sobre la renta cerraron los ojos y actuaron como en medio de la niebla. Y se marcharon. Esta noche estoy demasiado cansada para luchar contra usted. Iré al grano. En la clínica hay una disminución en los ingresos en metálico.

—Así está mejor —dijo Mason—. ¿Cuál era la causa?

—La total falta del sentido de los negocios por parte del doctor Malden.

—¿Puede usted explicar eso?

—Puedo explicarlo de una manera muy simple —repuso ella—. Cuando el doctor Malden necesitaba dinero en metálico para alguna cosa, iba al cajón del dinero, sacaba lo que necesitase y se lo metía en el bolsillo.

—¿Y no dejaba un papelito diciendo lo que había sacado?

Ella meneó la cabeza.

—Eso es lo malo del caso.

—Pero eso —advirtió Mason— podría acarrear complicaciones.

—Ya pensé en ello. Se me ocurrió que mientras llevásemos un registro de lo que habían pagado los clientes, todo iría bien, pero, por lo visto, el doctor Malden no siempre me entregaba todos los pagos que le habían hecho en metálico, les daba unas palmaditas en la espalda, les daba las gracias y me pedía que hiciera entrar al enfermo siguiente.

»Algunas veces el doctor Malden se acordaba de decirme el pago que le habían hecho. Otras veces se olvidaba o lo requerían para un asunto urgente. Estaba toda la mañana haciendo alguna operación y volvía a entrar en el despacho a últimas horas de la tarde, y tenía otros asuntos de que preocuparse y también yo estaba preocupada, de forma que no llegábamos a asentar debidamente ese pago.

—Desde luego, eso sería un simple olvido que ocurriría sólo de vez en cuando, ¿no? —Ella vaciló—. ¿No es así? —insistió Mason.

—En el doctor Malden no había nada que fuese un descuido. Era un hombre como una máquina calculadora con un cerebro incapaz de un fallo. Él trataba de hacerlo pasar como un descuido, pero en realidad aquello formaba parte de un plan premeditado. Tenía que ser así. Sucedía con demasiada frecuencia.

—¿Hasta qué punto le ha dicho usted estas cosas a los inspectores del impuesto sobre la renta?

—No les he dicho lo más mínimo. Usted es la única persona a quien le he hecho una declaración semejante.

—Bueno, por supuesto, algunas cosas habrá que explicarlas.

Ella meneó la cabeza

—No, no hace falta. El doctor Malden ha muerto. Que el servicio del impuesto sobre la renta investigue lo que quiera.

—Van a interrogarla a usted.

—Les diré que, por lo que sé, los libros estaban llevados correctamente; que siempre que el doctor Malden me daba algún dato, yo lo anotaba en los libros; que si el doctor Malden no me daba algunos datos, tendrían que haberlo interrogado a él, no a mí.

—Me desagrada tener que hacer esto, señorita Foss —dijo Mason—, pero hemos de tratar de un asunto más personal; por ejemplo, ¿qué me dice del apartamento Dixiewood?

El rostro de la muchacha no cambió de expresión.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Creí que podría explicármelo.

—¿Dixiewood? —volvió a preguntar ella como si el nombre no le dijese nada.

Mason replicó con cierta irritación:

—Un apartamento arrendado a nombre de Charles Amboy, el 928-B de los apartamentos Dixiewood.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé qué me está usted diciendo.

—Pues debería saberlo —insistió Mason—. Hace unos minutos estuvo usted allí.

—¿Que estuve allí?

—Aparqué su coche, entré, preparé dos maletas, recogiendo todas las pertenencias que había dejado en el apartamento. Bajó usted las dos pesadas maletas hasta el coche, las colocó en el portaequipajes y se marchó.

Ella se movió incómodamente cambiando de posición. Sus ojos miraban a Mason sin pestañear. Su rostro carecía de expresión. Al cabo de pocos momentos preguntó:

—¿Cómo sabe usted eso?

—Lo sé —respondió Mason—, porque soy abogado. Es mi obligación enterarme de ciertas cosas que pueden afectar a mis clientes. Ese apartamento Dixiewood puede tener gran importancia en el esclarecimiento del caso.

—No comprendo por qué.

Mason prefirió guardar silencio. Pocos instantes después, ella habló de nuevo:

—Supongo que es correcto deducir que me han seguido.

—Deduzca lo que quiera —replicó Mason—, pero dígame la verdad.

—¿Por qué?

—Porque eso va a tener un efecto vital sobre la herencia

—¿Y a quién va a parar la herencia?

—Supongo que a la señora Malden. Todavía no he visto el testamento.

Ella estalló de pronto:

—Está bien. La señora Malden puede reñir sus propias batallas.

No veo ninguna razón para que yo tenga que estar levantada por la noche cuando estoy cansada y haciéndole a usted confidencias simplemente para que Steffanie Malden pueda obtener una mayor tajada de dinero de la herencia de un hombre al que no quiso nunca.

Mason pasó por alto aquella amarga denuncia y se limitó a permanecer en la butaca, aguardando.

Una vez más, Gladys Foss cambió de posición. Dijo por fin:

—Me imagino que mi reputación quedará hecha jirones cuando salgan a relucir estas cosas.

—Soy abogado, señorita Foss —repuso Mason—. He visto muchos aspectos de la naturaleza humana. Trato de ver las cosas tal como son.

—Me alegro de que sea así. Espero que sea un hombre comprensivo.

—Creo serlo.

—El doctor Malden —empezó a explicar ella— trabajaba sometido a una tensión creciente. Cuantos más éxitos conseguía, más exigentes eran las peticiones de que trabajase más. Estaba matándose.

»Cuando llegaba a casa, no encontraba comprensión ni amor ni cariño. Encontraba a una mujer fría y calculadora que se había casado con él deliberadamente, con los ojos bien abiertos, porque quería obtener ciertas cosas de la vida y había decidido, movida por su egoísmo, que ser esposa del doctor Summerfield Malden le proporcionaría lo que deseaba.

—La idea que usted tiene de la señora Malden —objetó Mason— es simplemente un reflejo de lo que pensaba el señor Malden.

—Bueno, él tenía motivos para saberlo, ¿no?

—Desgraciadamente —dijo Mason—, cuando las relaciones conyugales empiezan a deteriorarse, salen a la luz conflictos básicos. La mujer tiene el sentimiento de que el hombre se muestra desconsiderado, crudo, que su tacto y su finura han desaparecido por completo, que se cree merecedor de todo por parte de ella, que los días del cortejo han sido arrojados brutalmente por la borda. El hombre tiene el sentimiento de que la mujer es egoísta y fría y que sólo se interesa por el aspecto financiero de las relaciones. Es una

situación desgraciada.

Ahora Gladys Foss estaba erguida sobre el sofá-cama, llameándole los ojos con una furia reconcentrada.

—Lo mismo podría haberse ido a la cama el doctor Malden con una máquina calculadora que con Steffanie Malden —prorrumpió.

Mason estudió los ojos llameantes de la mujer.

—No me interesa tanto la parte sentimental del cuadro como la parte financiera.

—¿Qué parte financiera?

—Había una caja de caudales oculta en aquel apartamento y...

—Usted está loco —lo interrumpió ella.

—Una caja de caudales empotrada en la pared y disimulada detrás de un cuadro —insistió Mason—. Indudablemente, el doctor Malden tenía una cantidad de dinero escondida en aquella caja y...

—Señor Mason, ¿cómo puede usted estar sentado ahí tan tranquilamente y decir cosas semejantes? No había ninguna caja de caudales en aquel apartamento. Éste lo utilizaba el doctor Malden pura y simplemente como un sitio donde podía escapar de la dominación de esa criatura de hielo que había clavado sus garras en él y estaba esperando el momento en que muriera.

—¿Quiere decir que no estaba enterada del hecho de que en aquel apartamento se ocultase dinero?

—No había dinero ninguno. No había ninguna caja de caudales. No había ningún sitio donde esconder dinero. Aquel apartamento era un santuario para un hombre sobrecargado de trabajo que anhelaba tener un sitio donde descansar un poco. Yo tenía una llave del apartamento y el doctor Malden tenía otra. ¿Por qué diablos necesitaría él guardar dinero allí? Tenía una caja de caudales en su despacho. En aquella caja tenemos un compartimiento destinado al dinero en metálico. En ese compartimiento yo colocaba dinero hasta que la cantidad rebasaba los mil dólares y entonces iba al banco y lo depositaba en la cuenta corriente. Ése es otro asunto sobre el cual estuvo fisgoneando la gente del impuesto sobre la renta. Opinaban que el dinero debía haberse ido depositando día tras día. ¡Cielo santo!, ¿qué es lo que creen? ¿Que un hombre que está tratando a más de cien pacientes...?

—Estábamos hablando de una caja de caudales en un

apartamento —la interrumpió Mason.

—No había caja ninguna.

—¿Qué hacía el doctor Malden con el dinero que detraía del negocio?

—Él no... no lo sé.

—¿Sabe usted que el doctor Malden retiraba dinero del compartimiento donde se guardaba el metálico?

—No sé nada.

—Los inspectores del impuesto sobre la renta —le advirtió Mason— pueden hacer un cálculo de lo que creen que haya sido la cantidad retirada del cajón del dinero y fijar un avalúo.

—Que hagan lo que quieran —replicó ella—. Que traten de demostrarlo. Nadie sabe si el doctor Malden sacaba algo del cajón del dinero. Yo no lo sé.

—Eso no es lo mismo que lo que dijo antes.

—Le dije a usted cosas que no voy a decirle a la gente del impuesto sobre la renta. Además, aquello no era más que una conjetura por mi parte.

Se recostó en el sofá-cama, cruzó las piernas y esta vez Mason no tuvo más remedio que acordarse de la afirmación de la señora Malden de que Gladys Foss tenía unas piernas bonitas y que le gustaba enseñarlas. A pesar de la prisa con que se había vestido, se había tomado tiempo suficiente para ponerse unas brillantes medias de nylon que ahora desplegaba con gran ventaja suya.

—Suponga que yo también cogía algo del cajón del dinero —dijo ella.

—¿Usted hacía eso? —exclamó Mason.

—Sí, lo hacía. Me gusta apostar a las carreras de caballos. Descubrió usted mi punto flaco cuando se sentó en la butaca y encontró el periódico que había en el suelo.

—¿Quiere decir que sustrajo dinero de...?

—No lo califique así.

—Bueno, ¿cómo, si no?

—El doctor Malden —prorrumpió ella— estaba casado con Steffanie. Steffanie es una mujer rapaz y astuta que quería que el doctor Malden muriese. En realidad, si hay algún punto sospechoso en relación con el accidente de la avioneta, eso sería una prueba

innegable de que ella ha tenido algo que ver con el asunto. Incluso me atrevería a decir que lo ha asesinado.

—Es usted demasiado emotiva —le reprochó Mason—. Está trastornada. No es dueña de sí. Mantenía relaciones con el doctor Malden y...

—Y eso no tiene nada que ver con mi capacidad para pensar claramente —lo interrumpió ella—. Voy a hacer un poco de investigación por mi cuenta. No estoy del todo segura de que Steffanie no tenga nada que ver con su muerte.

—¿De qué modo? —preguntó Mason.

—Está bien —repuso ella—, por lo pronto dígame una cosa. Si usted cree que Steffanie es una persona tan intachable, ¿cómo se explican sus relaciones entre ella y Ramón Castella, el chófer del doctor Malden y mecánico de su avioneta?

—¿Es que había tales relaciones? —inquirió Mason.

—No sea usted tonto.

—¿Relaciones amorosas?

—¿Cómo puedo yo saber de qué modo le pagaba ella a Castella por hacer lo que le pedía? Quizás únicamente con dinero. Quizá con algo más. Hace mucho tiempo que le dije al doctor Malden que se desprendiese de él, pero no quiso escucharme. Castella le resultaba útil y no puede negarse que el individuo es un buen mecánico. Por supuesto, Ramón no me tiene simpatía y él sabe que yo no lo puedo soportar.

—¿Qué le hace a usted suponer que la señora Malden tiene tratos con él?

—Estoy prácticamente segura de que ella fue una vez a la habitación de ese chófer. ¡Imagínese, la esposa de un médico distinguido yendo a la habitación de ese sinvergüenza timador, taimado y tramoyista!

—¿Cómo sabe usted que fue allí?

—Fue algo que se le escapó a ella hace algún tiempo; lo cierto es que estoy segura de que fue.

—¿Qué edad tiene Castella?

—¿Ramón? Unos veintiséis años.

—¿Es atractivo?

La muchacha estalló en una risa despreciativa:

—Él cree que lo es. Incluso podría parecer atractivo a alguna mujer baja y casquivana. Tiene cabellos negros, ojos oscuros y unos modales románticos que van bien con su tipo, pero es un miserable. Es un cursi. No tiene nada encima de las cejas, sino un montón de cabello negro de brillantina. No mira a nadie a los ojos.

—¿Y trabaja de chófer?

—Algunas veces. Casi siempre el doctor Malden conducía su coche, pero de vez en cuando pedía que lo llevase Ramón. La principal ocupación de éste consistía en cuidarse de la avioneta y de la lancha motora.

—¿Lancha motora?

—Así es. De vez en cuando, en los raros intervalos en que el doctor Malden pensaba que podía atreverse a ir a un sitio donde no hubiera teléfono, pasaba la tarde en una pequeña canoa de su propiedad.

—¿Fue usted alguna vez con él en esa canoa?

—Nunca. No creo que nadie haya ido con él excepto Ramón. El doctor Malden solía anclar en cualquier sitio y ponerse a pescar. Durante ese tiempo, yo tenía que permanecer en la clínica para infundir paciencia a los enfermos hasta que él volviese. Nunca estaba fuera más de medio día seguido. Era el único descanso que se permitía en su trabajo.

—Ésa es una situación muy interesante —comentó Mason—. Pero ahora voy a volver al asunto que más me interesa. ¿Qué hay de eso de que usted sacaba dinero del cajón de los cobros en metálico?

—Hágase a la idea de que no se trataba de un hurto —contestó ella—. Hágase a la idea de que yo era la auténtica compañera del doctor Malden. Estaba casado con una mujer a la que no quería. Su relación conmigo era... bueno, era realmente una especie de sociedad.

—¿Cuánto tiempo hacía que duraba eso?

—Tres años.

—¿Cómo no se le ocurrió pensar en la posibilidad de un divorcio?

—¿Qué podía él hacer? Steffanie le tenía bien echadas las garras. A ella lo único que le interesaba era el dinero. Si él quería

divorciarse, su mujer lo habría despojado hasta del último céntimo.

—No creo que las cosas hubiesen llegado a tanto —objetó Mason—. Entonces podría haber rehecho su vida y...

—A su edad, ya eso no era posible y además le diré a usted otra cosa, algo de lo que Steffanie no estaba enterada. Si lo hubiese estado, probablemente hoy el doctor Malden seguiría con vida.

Mason enarcó las cejas ante tan pasmosa afirmación. La enfermera continuó:

—El doctor Malden no podría haber vivido mucho tiempo. Tenía una lesión de corazón. Creo que casi todos los doctores que trabajan al ritmo que él trabajaba están en estas condiciones cuando llegan a tener la edad que él tenía. Es casi una enfermedad profesional.

—No parece que el doctor Malden haya llevado una vida marcadamente feliz —contestó Mason.

—¿Cuántos doctores llevan vidas felices? —preguntó ella—. Sacrifican su felicidad con objeto de hacer el bien. Logran un grado de independencia económica, pero arruinan su salud y se ven atrapados en una auténtica trituradora de trabajo, trabajo y más trabajo. La verdadera felicidad es algo con lo que no puede contar en su vida el médico o el cirujano realmente brillante.

—Lo que —dijo Mason, sonriente— vuelve a llevamos al asunto del dinero que usted sacaba del cajón de los pagos en metálico.

—El doctor Malden me había dicho que quería que yo fuese feliz, que si bien sus libros habían de mostrar que se me pagaba un sueldo similar al que se le paga a otras enfermeras que desempeñan un cargo parecido, en cualquier ocasión que yo necesitase más dinero, todo lo que tenía que hacer era cogerlo.

—Pero usted no podía cogerlo sin dejar alguna especie de comprobante.

—Podía cogerlo de la misma manera que lo hacía él: del cajón del dinero.

—O sea, que usted sacaba dinero del cajón de los pagos en metálico, ¿no es así?

—Digamos que era así. Suponga que yo sacaba dinero del cajón de los pagos en metálico.

—¿Cuánto?

—No tengo la menor idea, señor Mason.

—Voy a serle franco —le advirtió Mason— y a decirle que esto coloca el asunto en una situación especial desde el punto de vista de las leyes.

—¿Cómo es eso?

—Si el doctor Malden le daba a usted cantidades de dinero que no estaban registradas en los libros, el doctor Malden estaba obligado a pagar impuestos sobre la renta respecto a ese dinero.

—Pero suponga que yo lo cogía sencillamente sin que él lo supiera.

—Entonces se hace usted culpable de un delito.

—¿Y qué?

—La detendrán y la procesarán.

—¿Quién va a procesarme?

—El fiscal del distrito, el Estado, la Policía.

—¿Por denuncia de quién?

—Bueno —respondió Mason—, en vista de lo que usted me ha dicho sobre Steffanie Malden, me imagino que a ella no le costaría ningún trabajo firmar esa denuncia.

—Muy bien —repuso la enfermera—. Es usted abogado. Tiene que lograr hacerme confesar. ¿Cómo va a probar lo más mínimo?

Mason se frotó la barbilla con las puntas de los dedos y estudió pensativamente a su interlocutora.

—Eso —dijo— es un problema que corresponde al fiscal del distrito.

—Exactamente —convino ella.

—Por supuesto —le advirtió Mason—, la confesión que usted me ha hecho es...

—No he hecho ninguna confesión —lo interrumpió ella.

—Usted me dijo que sacaba dinero del cajón de pagos en efectivo.

—Dije *suponiendo* que yo sacase dinero del cajón de pagos en efectivo.

—Sí —reconoció Mason—, ya noté que hacía usted esa distinción.

—Dije *suponiendo* que hubiese sustraído dinero de la caja de los pagos en metálico para jugar a las carreras de caballos.

Mason asintió. La muchacha prosiguió su argumentación

preguntando:

—Eso dejaría a salvo la herencia y dejaría incólume la reputación del doctor Malden, ¿no es así?

—A costa de echar por tierra la reputación de usted —repuso Mason estudiándola atentamente—: A costa de hacer de usted una fugitiva de la justicia.

—¿Por qué habría de ser una fugitiva de la justicia? ¿Quién va a perseguirme? ¿Quién va a procesarme?

—Bueno, ya le he dicho —contestó Mason— que eso es competencia del fiscal del distrito.

—Usted es el abogado de Steffanie Malden, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Y usted, por tanto, tiene la obligación de pensar que ella es un angelito con alas y todo.

—No forzosamente. Estoy protegiendo sus intereses, eso es todo.

—Muy bien —dijo ella—. Siga adelante y defienda la herencia. Cuando los inspectores del impuesto sobre la renta empiecen a ejercer presión, no tiene más de decirle a Steffanie que les cuente que yo era una inveterada aficionada a apostar a las carreras de caballos, que apostaba miles de dólares al año.

—Entonces ellos le pedirán a mi cliente que demuestre eso.

—Voy a decirle cómo puede usted demostrarlo —anunció ella—. Ray Spangler está al frente de un estanco de la Séptima Avenida-Clifton. Es un corredor de apuestas. Aceptaba apuestas mías, muchísimas apuestas, apuestas por valor de miles de dólares.

Mason sonrió irónicamente.

—Sí, ya me imagino a la gente del impuesto sobre la renta llegando al estanco y diciendo: «Spangler, ¿es usted corredor de apuestas?», y él contestando: «¡Oh, sí! De esta manera me gano la vida. Recibía miles de dólares en apuestas de Gladys Foss, que era una enfermera en la clínica del doctor Summerfield Malden. Estoy muy arrepentido de haber violado la ley, pero, como ustedes me lo preguntan, no puedo decir una mentira».

—No será eso lo que ocurrirá —replicó ella—. Ray Spangler fue detenido hace dos meses. Pagó una multa de cinco mil dólares como corredor ilegal. Pregúntele sobre las apuestas que recibió mías con anterioridad a la época de su condena.

—¿Y adónde quiere usted ir a parar con eso? —preguntó Mason.

Ella respondió con marcada amargura:

—No levantaría un dedo a favor de Steffanie Malden. Me gustaría sacarle los ojos con las manos, pero, si se trata de proteger la memoria del doctor Summerfield Malden, si de este modo puede impedirse que la inspección del impuesto sobre la renta descubra que el doctor Malden estaba tratando de hacer aparecer sus ingresos muy inferiores a lo que eran en realidad, entonces estoy dispuesta a hacer un sacrificio, cualquier sacrificio.

Mason la estudió atentamente.

—Si usted pudiese mantener esa actitud, la de que está confesando sustracciones que en realidad no cometió, con objeto de proteger la memoria del doctor Malden, probablemente podría librarse de cualquier cargo de malversación a los ojos de un jurado.

—Especialmente si no pudiesen probar que saqué ninguna cantidad determinada del cajón del dinero —dijo ella.

—La declaración del corredor —le recordó él— podría mostrar que usted apostaba mucho más dinero de lo que percibía como sueldo, ¿no es así?

—¡Oh, sí, varios miles de dólares más!

—¿Entonces...?

—Pero esa declaración pondría también de manifiesto que yo había ganado varios miles de dólares en los últimos meses —Mason se quedó pensativo en aquel nuevo aspecto del asunto—. Y entonces —insistió ella— eso sumiría en la confusión a los inspectores del impuesto sobre la renta, de forma que no podrían demostrar que el doctor Malden estaba ocultando dinero en metálico, ¿no le parece?

—Podría ser —dijo Mason cautamente al mismo tiempo que sus ojos la examinaban con curiosidad.

—Entonces, ya está todo arreglado —exclamó ella, levantándose del sofá-cama y encaminándose hacia el vestíbulo—. He tenido un día muy duro y necesito ahora dormir algo, señor Mason —abrió la puerta de la calle y dijo—: Ha sido muy amable al visitarme, señor Mason. Buenas noches.

—Hay algunas otras cosas —objetó Mason— que me gustaría aclarar...

—En otra ocasión —lo interrumpió ella—. Le he dicho todo lo

que me proponía decir. Vuelva junto a Steffanie, señor Mason, y díglele que sus preocupaciones han terminado. Díglele que, porque yo quería al hombre al que ella estaba explotando, voy a hacer un sacrificio en pro de su buena fama. Díglele que soy una ladrona.

Mason se detuvo en la entrada.

—Me gustaría saber más de Ramón Castella —indicó.

—Vaya a visitarlo, hable con él. Es usted un investigador astuto. Quizás a él le suelte la lengua. Hágale preguntas sobre Steffanie. Y recuerde una cosa, señor Mason: que si Ramón Castella le habla con franqueza, verá que tiene usted que encargarse de una buena tarea, una tarea prometedora de magníficos honorarios.

—¿Qué tarea? —preguntó Mason.

Ella lo empujó suavemente hacia la puerta, como si tuviese la intención de pasar por alto la pregunta.

Mason salió al porche.

—La de defender a Steffanie Malden contra la acusación de asesinato —dijo, y cerró la puerta de golpe.

Capítulo 5

Mason saltó al interior de su coche, lo puso en marcha y cruzó las oscuras calles buscando un sitio desde donde poder telefonar.

A unos dos kilómetros llegó a una estación de servicio que tenía teléfono público.

Llamó al despacho de Drake.

—Paul, quiero que envíes inmediatamente a uno de tus hombres a casa de Gladys Foss.

—¿Con qué urgencia lo necesitas?

—Con la mayor urgencia posible. Si puede ser, que sean dos. Una chica inteligente puede despistar a un seguidor y esta muchacha es más inteligente de la cuenta.

—Desde luego con dos hombres se sigue mejor a quienquiera que sea, pero ésta es una hora muy mala para reunir a agentes y ponerles a trabajar. Ya he agotado mis reservas, y...

—Tienes un hombre de más —lo interrumpió Mason— que está vigilando la casa de la señora Malden. Aparta de la tarea a uno de ellos.

—Muy bien. ¿Cuál era la dirección?

—Carretera Cuneo 6931.

—Perfectamente, haré que esté allí un hombre antes de treinta minutos.

—Veinte minutos, si puedes, Paul. Voy a volver allí y a estar de guardia hasta que tu hombre llegue. Dile que me busque.

—Muy bien —contestó Drake—, voy a ocuparme de eso. Espera un momento, Perry; recibo ahora una llamada que puede traer alguna noticia.

Mason pudo oír cómo Drake agarraba el otro teléfono, escuchó fragmentos de conversación, luego Drake, con voz excitada, le dijo:

—Bueno, Perry, el gato ya está en la talega.

—¿Qué quieres decir?

—Han detenido a la señora Malden.

—¡Eso es imposible!

—Pues así es.

—¿De qué la acusan?

—No lo sé, pero la detención la han efectuado los hombres de la brigada de narcóticos. ¿Te dice algo eso?

—En absoluto —confesó Mason.

—Bueno, la han atrapado y se la llevan a su cuartel general.

—¿Está siguiéndola uno de tus hombres?

—Desde luego. Un momento; están llamando desde los apartamentos Dixiewood. ¿Quieres que ese agente venga aquí? Ya tengo a un hombre empeñado en la tarea.

—¿Hay dos en los Dixiewood?

—Así es.

—Despide a uno de ellos. Que vaya inmediatamente a la dirección que te he dado de la carretera Cuneo.

—Muy bien. No te retires del teléfono, Perry.

Mason pudo oír cómo Paul Drake daba instrucciones por el otro teléfono, luego el detective volvió a la línea y dijo:

—Ya está todo arreglado, Perry. Mi hombre dice que estará allí dentro de quince minutos. ¿Estarás tú aguardándolo?

—Ahora no —respondió Mason—. Tengo que descubrir qué le ha ocurrido a mi cliente. Por lo que he oído decir, Paul, ese chófer al que fue a ver la señora Malden vivía en los apartamentos Erin, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Está bien —repuso Mason—. Voy a tomar mis medidas. Será mejor que te quedes aguardando un rato, Paul. Es posible que necesite ponerme en contacto contigo.

Mason colgó el teléfono, aguardó hasta que el empleado de la estación de servicio le llenó hasta el borde el depósito de gasolina, luego se dirigió a los apartamentos Erin.

Encontró a un pequeño grupo de espectadores curiosos congregados en la actitud de hombres que acaban de agotar las posibilidades de charla ofrecidas por una situación determinada y

están a punto de dispersarse.

—¿Por qué tanta excitación? —preguntó a uno de los circunstantes.

—La verdad es que no sé muy bien de qué se trata —respondió el hombre, encantado por disponer de un nuevo oyente—, pero me han dicho que la policía ha venido a buscar a Ramón Castella. Vivía en esta casa de apartamentos. Era un buen muchacho. Trabajaba como chófer y mecánico de la avioneta del doctor Malden. Malden se mató recientemente en un accidente aéreo. Dicen que este Castella es un traficante de drogas. ¿Quién podía figurárselo? Yo solía ver al muchacho en cuestión casi todos los días. Un individuo muy agradable y que hacía mucho con los niños. Tengo dos hijos y él se paraba y se entretenía con ellos del modo más curioso. Los chiquillos lo adoraban. Él les daba monedas y a veces les compraba helados. Es imposible figurarse a una persona así como traficante de drogas. Pero es lo que dicen. Parece que en cierto modo abusaba de la señora Malden para conseguir drogas de la clínica del doctor. ¿No es eso un escándalo?

—Desde luego que lo es —dijo Mason, y volvió a su coche.

Se encaminó directamente al palacio de justicia y aparcó en las inmediaciones. Su rostro tenía un ceñudo aspecto de determinación cuando cruzó la calle hasta los iluminados portales del edificio y empujó la puerta basculante que tenía el letrero *Oficina del Sheriff*.

Capítulo 6

Las oficinas del fiscal del distrito ocupaban todo un piso en el inmenso palacio de justicia. Usualmente a oscuras a esta hora de la noche, resplandecían ahora de luz. Numerosos periodistas, presintiendo una historia sensacional, impacientes por enterarse de los hechos, furiosos porque la cosa se alargaba tanto que sería imposible alcanzar las primeras ediciones de la mañana, permanecían en pequeños grupos en el corredor. Fotógrafos, manejando sus cámaras equipadas con *flashes* sincronizados, espiaban las puertas de la oficina del fiscal del distrito, Hamilton Burger, esperando cualquier incidencia que pudiera recogerse en una placa fotográfica.

Perry Mason salió apresuradamente del ascensor.

Casi en el mismo momento, sus ojos quedaron cegados por una sucesión de fogonazos a medida que los fotógrafos disparaban sus máquinas. Los cronistas se apelotonaban en torno a él.

—¿Por quién ha venido usted? —preguntaban—. ¿Representa a la señora Malden?

—Represento a la señora Malden —contestó Mason—. Estoy aquí para ver a mi cliente.

—No le permitirán pasar —le indicó uno de los periodistas.

—O me dejarán pasar o desearé que me dejen —comentó Mason.

Los periodistas lo asaltaron con preguntas mientras Mason se dirigía hacia la puerta del despacho del fiscal del distrito.

Uno de los fotógrafos se abrió camino entre la muchedumbre y dijo:

—Señor Mason, me gustaría hacerle una foto especial, por favor. Mason sacudió la cabeza.

El hombre avanzó hacia el abogado enarbolando una cartulina, y Mason la recogió y vio que había trazado en ella un mensaje escrito con tinta.

El abogado disimuló la pequeña cartulina en el hueco de la mano de forma que nadie pudiera verla, la levantó hasta la altura de los ojos y leyó el mensaje.

«Soy un agente de Drake. La cámara está cegada. Permítame que lo coloque al extremo del corredor y lo pondré al corriente de lo que ocurre».

Mason se guardó la cartulina en el bolsillo, miró irritado al fotógrafo y dijo:

—¿No tomó ya usted una foto antes?

—Quiero una foto especial.

—Está bien —suspiró Mason—. Vamos.

—Al extremo del pasillo, justamente saliendo del ascensor.

—Ahora vuelvo —prometió Mason a los periodistas—. El tiempo justo para que este muchacho me saque una foto y luego les diré a ustedes todo lo que sé sobre el caso, que es muy poco.

Mason retrocedió hacia el ascensor.

El agente de Drake enfocó la cámara, se la aplicó a los ojos, dio al disparador, se acercó a Mason y dijo:

—La acusan del asesinato del doctor Summerfield Malden, y el chófer, un individuo llamado Castella, se ha presentado como testigo a favor del fiscal y está diciendo cosas terribles contra ella. Están en la oficina del fiscal del distrito. Castella está con el fiscal, y la señora Malden está en la habitación número siete.

—Gracias —susurró Mason, y empujó al detective para detenerse breves momentos ante los periodistas.

Un agente vestido de paisano estaba sentado a una mesa que tenía el letrero de *Información*.

Mason pasó junto a él sin mirarlo.

—¡Eh, espere un momento! —gritó el agente, poniéndose en pie—. ¿Adónde diablos va usted?

Mason continuó por el corredor. El agente de policía aulló:

—¡Vuelva aquí!

Mason se detuvo frente a una puerta que tenía escrito el número siete sobre el panel de cristal deslustrado.

—¡Señora Malden! —gritó—. ¡Aquí Perry Mason! ¿Puede usted oírme?

La voz de la señora Malden llegó desde el otro lado de la puerta.
—Sí.

—No responda a ninguna pregunta —vociferó Mason—. No diga una sola palabra. No...

Varios acontecimientos ocurrieron simultáneamente. El agente de paisano agarró a Mason y empezó a tirar de él para que retrocediera por el corredor. Los fotógrafos de los periódicos se congregaron animadamente para sacar fotografías de la escena. La puerta del despacho particular de Hamilton Burger se abrió violentamente y un furioso y arrebolado fiscal del distrito apareció en el umbral, temblando de indignación su figura en forma de barril.

—¿Qué diablos está usted haciendo aquí? —rugió.

—Aconsejando a mi cliente —contestó Mason—. Pido ver a la señora Malden. Es cliente mía.

El agente agarró a Mason con furia. El abogado se las compuso para colocar un tacón sobre los dedos de un pie del funcionario.

El agente retrocedió y alzó la mano derecha cerrada como para dar un puñetazo.

—¡No lo haga, no lo haga! —gritó Hamilton Burger cuando las cámaras de los fotógrafos ardían nuevamente de fogonazos y registraban la escena del puño alzado del funcionario amenazando al desafiante abogado.

—Ha hecho usted eso a propósito —acusó el agente.

—Me hizo usted perder el equilibrio —replicó Mason—. No tiene derecho a tocarme.

—Tengo todo el derecho del mundo puesto que ha entrado estando prohibido el paso.

—¿Prohibido? —preguntó Mason.

Hamilton Burger cerró la puerta de su despacho, se adelantó y dijo al agente de policía.

—Yo me cuidaré de esto. Sí —añadió, dirigiéndose a Mason—, ha entrado en un sitio prohibido.

Mason contestó con una sonrisita

—Pago mi alquiler por esta oficina.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que soy un ciudadano que paga sus impuestos. Ésta es una oficina pública. Tengo derecho a entrar aquí.

—Está usted perturbando la paz.

—Muy bien, siga adelante y deténgame por alterar el orden público —propuso Mason—. Estaba aconsejando a una cliente. Mire en sus libros a ver si eso es alterar el orden público. Después que me absuelvan, lo denunciaré por detención injustificada.

—No puede venir aquí sin pedir permiso.

—Necesito ver a la señora Malden.

—No puede usted verla. Está ocupada.

—Usted trata de impedirme que la vea —replicó Mason—, y eso es una violación de los derechos que ella tiene como ciudadana.

—Será mejor que repase sus conocimientos —le gritó Burger—. Exactamente lo mismo ocurrió en el caso Strobel, y el Tribunal Supremo dictaminó que eso no era una violación de los derechos constitucionales.

—El Tribunal Supremo eludió la cuestión —dijo Mason— y dejó que continuara el proceso por la naturaleza especial del caso Strobel. Trate de plantear la misma cuestión ante el Tribunal en un caso como éste y ya verá lo que ocurre. Lo desafío a que lo haga. Siga adelante. Inténtelo.

El rostro de Burger se ensombreció en un ceño pensativo.

—Lo llevaré a una celda —amenazó el agente de paisano.

Mason le sonrió burlonamente a Burger.

—Está preguntando si usted quiere que me arrojen a una celda por tratar de ver a mi cliente, Burger.

Burger se volvió hacia el funcionario y gritó:

—¡Usted, cálese! Vuelva a la mesa de información. No podemos tolerar este tumulto que hay aquí, señores. Me dirijo a todos ustedes. Estoy tratando de realizar una investigación en forma en mi despacho. Estoy interrogando a un testigo muy importante en un caso de asesinato.

Miró furioso a los fotógrafos, y éstos correspondieron alegremente sacando fotografías del iracundo fiscal del distrito en

mitad de su perorata.

Mason, elevando la voz, dijo:

—Pido ver a mi cliente. Me contrató a primeras horas de esta tarde. Si no está detenida, voy a aconsejarle que se marche de aquí. Si está detenida, voy a aconsejarle a usted que expida un auto de procesamiento y que me permita hablar con ella. De una forma u otra, voy a aconsejarle que no diga nada.

Burger, intensamente furioso, avanzó hacia Mason y le gritó con toda la fuerza de su voz:

—¡A mí no me chille usted! ¡No soy sordo!

Mason, elevando la voz, gritó a su vez:

—¡No hago más que contestarle en el mismo tono que lo está usted haciendo! Voy a aconsejar a mi cliente que no hable.

Los dos abogados se miraron con ojos llameantes y de nuevo los fogonazos de los *flashes* relampaguearon mientras los reporteros garrapateaban notas en el reverso de doblados papeles para periódicos.

Burger, dándose cuenta de pronto de que la publicidad resultante podía tener un efecto desastroso, dijo:

—Estoy llevando a cabo una investigación en lo que parece ser un caso de asesinato. Si su cliente no es culpable, no tiene nada que perder haciendo una declaración franca y completa. Si explica su posición total y sinceramente, podrá marcharse. Si quiere adoptar la postura del criminal endurecido, negándose a hablar, ello será, desde luego, un indicio de su culpabilidad.

—No será un indicio de nada de eso —replicó Mason—. ¿Quién cree usted ser para sacar de la cama a una mujer respetable y arrastrarla hasta estas oficinas a medianoche?

—No estaba en la cama —protestó Burger.

—Bueno, pues debería estar en la cama ahora. Es una mujer que ha sufrido una gran pérdida, que está en peligro de padecer una conmoción emotiva y que...

—Sé muy bien lo que estoy haciendo —le interrumpió Burger—. No la habría traído aquí si no tuviese una acusación en forma contra ella.

—Entonces, ¿a qué toda esa palabrería de que tiene que explicar el asunto para poder marcharse? —preguntó Mason.

Burger no supo qué responder a esto.

De pronto giró el picaporte de la puerta de la oficina número 7, se abrió aquélla de par en par, y la señora Malden hizo un intento desesperado por llegar hasta donde estaba Mason.

—¡Señor Mason! —gritó mientras las manos de un agente en traje de paisano se cerraban sobre sus hombros y la obligaban a retroceder.

Ella pataleaba ciegamente hacia atrás con sus zapatos de altos tacones. El agente lanzó un gemido de dolor. Sus manos soltaron la presa unos momentos, luego volvieron a aferrarse cuando la señora Malden se lanzó fuera de la habitación.

—¡Háganla volver! —gritó Burger—. ¡Hagan volver a esa mujer!

Se adelantó el agente que había estado en la mesa de información. Su acometida hizo tambalear a los periodistas. Agarró a la señora Malden por la cintura con un movimiento que era casi una presa de rugby y la arrastró hasta la habitación de la que había salido.

Nuevamente se encendieron fogonazos de los *flashes*. La puerta de la habitación número 7 fue cerrada con violencia.

—Éste es un escándalo intolerable —reprochó Burger a los reporteros—. ¿Qué motivos tienen ustedes para entrometerse en ese asunto?

Mason alzó de nuevo la voz:

—¡No hable, señora Malden! ¡No les diga ni siquiera la hora! Pida que la procesen o que la suelten. ¿Lo hará?

Un ahogado «sí» desde el otro lado de la puerta indicó que tal vez uno de los agentes había tratado de taponar la boca con la mano para impedir responder. Mason le sonrió burlonamente al azorado fiscal del distrito y dijo:

—Bueno, señor Burger, pido que mi cliente sea puesta en libertad o procesada; como abogado de ella, solicito una oportunidad para poder hablarle.

—Ya le ha hablado usted —dijo Burger.

—A través de una puerta cerrada y mientras unos agentes la estaban tratando con brutalidad.

—No han hecho más que sujetarla cuando intentaba escaparse.

—¿Escaparse? —preguntó Mason—. Estaba tratando

simplemente de llegar junto a su abogado. Quería pedirme consejo. Se le ha impedido por orden de usted y se le ha impedido empleando una excesiva violencia física.

Burger recapacitó y luego tomó una decisión:

—Está bien —dijo—, ha enredado usted las cosas todo lo que le ha sido posible. Le repito que no puede verla y que debe irse de aquí inmediatamente o haré que lo expulsen.

—¿Por qué motivo habría usted de expulsarme?

—Éste es un despacho particular y...

Mason esgrimió contra él el pulgar de su mano derecha.

—Su despacho particular está detrás de usted. Ésta es una oficina pública.

—Bueno, pues no está abierta al público a estas horas de la noche.

—Los periodistas están aquí —replicó Mason—, los fotógrafos están aquí, y yo también estoy aquí. Ahora, o me permite hablar con la señora Malden, o asume la responsabilidad de haberse negado a concederme tal permiso.

—Me niego a concederle tal permiso —repuso Burger— y voy a hacer que lo expulsen si no se marcha.

—Gracias —dijo Mason, sonriendo. Se volvió hacia los reporteros—. Confío, señores, en que habrán tomado ustedes nota de todo esto —añadió, y, después de dar media vuelta, salió de la oficina.

Burger lo siguió con la mirada, indeciso, al parecer pensando si debía modificar su actitud y cambiar sus órdenes. Luego se encogió de hombros, dio media vuelta y volvió a su despacho particular.

Capítulo 7

Mason condujo a una velocidad loca aprovechando la poca densidad del tráfico a aquella hora de la noche, acelerando siempre que le era posible, arriesgándose cuando le parecía necesario, hasta llegar una vez más frente al bungalow 6391 de la carretera Cuneo.

Un coche estaba aparcado al otro lado de la calle. Mason detuvo su auto, examinó el otro coche algunos momentos y cuando vio el débil resplandor de un cigarrillo, cruzó la calle para acercarse.

—Soy Perry Mason —dijo cuando el hombre que estaba en el coche bajó la ventanilla y se asomó—. ¿Es usted el agente de Drake?

—Así es —contestó una voz desde la oscuridad—. Ya estuve hablando con usted a primeras horas de la noche.

—¡Ah, es verdad! —repuso Mason, reconociendo al agente a la débil luz del cigarrillo—. ¿Ha ocurrido algo en la casa?

—Nada. Por lo visto, debe haberse acostado. Todo está oscuro y silencioso.

Mason miró su reloj.

—Estaba terriblemente cansada. Lo más probable es que me tire una silla, pero no tengo más remedio que ir hacia ella y levantarla.

—¿Quiere que le ayude?

—No. Límitese a vigilar —contestó Mason—. Tengo que hablar con ella antes de que lo haga la policía, y no dispongo de mucho tiempo. En cualquier momento esto estará lleno de agentes. Le preguntarán a usted lo que está haciendo aquí. Mándelos a Paul Drake. Eso es todo lo que usted sabe sobre el asunto. Está trabajando a sueldo. No mencione mi nombre. ¿Me comprende?

—Lo comprendo.

—Muy bien —dijo Mason—. Voy a cruzar la calle y a intentar

que se levante.

Cruzó la calle, se dirigió al bungalow, subió al porche, pulsó el timbre y esperó. No ocurrió nada.

Al no obtener respuesta ni oír ruido alguno en el interior de la casa, apretó de nuevo el timbre y volvió a hacer lo mismo cuatro veces.

El abogado miró por encima del hombro al detective sentado en el coche; luego, después de reflexionar sobre el asunto, regresó para hablar con él.

—¿Está usted seguro de que no se ha marchado?

—Mientras yo he estado aquí, no.

—¿A qué hora llegó usted?

El detective encendió la luz del tablero de su coche, sacó su libro de notas y lo abrió para que lo inspeccionase Mason.

El abogado estudió el horario.

—Ella ha dispuesto de veinte minutos —dijo—, quizá de veinticinco minutos desde el momento en que yo la dejé hasta que usted llegó aquí. No miré la hora exacta cuando me marché. Tenía una prisa endiablada por encontrar un teléfono para poder ponerme en contacto con Paul Drake. Ella difícilmente podía vestirse y marcharse en veinte minutos y, sin embargo..., ¡cáspita!, ha sido más lista que yo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el detective.

—Usted permanezca aquí —respondió Mason—. Tenga la mano sobre la bocina. Si algún coche baja por la calle, de la policía o de quien quiera que sea, dé dos bocinazos.

—¿Va usted a tratar de entrar?

Mason sonrió:

—No confieso nada. Voy a explorar un poco.

—Perfectamente. No me iré de la lengua. Si no he entendido mal, usted quiere que le avise si llega cualquier coche, sea el que sea, ¿no?

—Sí, cualquier coche.

—De acuerdo. Así lo haré.

Mason volvió al bungalow. Se sacó de un bolsillo las dos llaves que le había dado Steffanie Malden, llaves que ella se había mandado hacer de impresiones en cera de dos llaves inexplicables

que figuraban en el llavero de su marido. Una de esas llaves había encajado en el apartamento 928-B de los apartamentos Dixiewood; la otra, en la puerta de la calle de los mismos. Mason eligió esa otra y la probó en la cerradura de la puerta de la calle.

No sólo encajaba la llave perfectamente, sino que, tras una ligera presión, la bien aceitada lengüeta se encogió y Mason, después de girar el picaporte, abrió la puerta y penetró en la cálida oscuridad de la casa.

El abogado vaciló sobre si encender o no la luz, pero finalmente se decidió a hacer lo primero.

—¡Hola! —llamó—, ¿no hay nadie en casa?

No hubo ninguna respuesta.

Mason se movió por las habitaciones, encendiendo las luces hasta que la casa quedó completamente iluminada.

En la vivienda había dos dormitorios. En ninguna de las camas había dormido nadie. Un ropero, en una de las alcobas, contenía prendas de mujer. El que estaba en el otro dormitorio contenía numerosas perchas vacías.

Los cajones del tocador de esa habitación estaban completamente vacíos. En ninguno de los cajones existía el menor objeto.

Los cajones del tocador de la alcoba cuyo ropero contenía prendas femeninas estaban bastante repletos de prendas, ropa interior, medias y lujosos camisones de dormir.

El cuarto de baño conservaba aún huellas de humedad. Había gotas alrededor de la bañera, un paño mojado estaba en un rincón donde lo habían arrojado; una toalla de baño, todavía húmeda, pendía sobre el respaldo de una silla.

No había nadie en la casa.

Mason deshizo su camino, apagando las luces a medida que se retiraba. Cruzó la puerta de la calle, la cerró y atravesó la calzada hasta llegar junto al coche del detective.

—No tiene objeto seguir esperando. Ella no volverá.

—¿Quiere usted decir que se ha ido? —Mason asintió con una inclinación de cabeza—. Debe de haberlo hecho mientras yo me dirigía aquí.

—Seguramente —dijo Mason—. Debió de decidirlo en el mismo

momento en que entré en la casa. Ganó un poco de tiempo haciéndome esperar mientras se ponía un vestido de calle. Acababa de salir del baño cuando toqué el timbre. Por fortuna para ella, todo lo tenía embalado. Debía de llevar en su coche tres maletas y una sombrerera. No las había abierto. Estaba todo dispuesto para la marcha.

—¿Con qué motivo? —preguntó el detective.

—Eso —le respondió Mason— es una de las cosas que vamos a tener que averiguar. Primeramente hay que descubrir dónde se encuentra.

—No va a ser una cosa fácil.

—Tenemos la matrícula de su coche —dijo Mason—. Paul Drake está esperando en la oficina. Mejor es que se venga usted conmigo. El necesitará algunos hombres más. La policía llegará de un momento a otro. No tiene objeto que lo encuentren a usted aquí y empiecen a hacerle un montón de preguntas.

Mason regresó a su automóvil. El detective fue en el suyo detrás del abogado. Mason se detuvo en una estación de servicio que permanecía abierta toda la noche. Desde la cabina telefónica llamó al número de Paul Drake que no figuraba en el listín.

Tan pronto como Drake se puso al aparato, Mason dijo:

—Gladys Foss ha levantado el vuelo. Hemos de descubrir dónde está.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Eso depende. Hemos de actuar con el mayor disimulo —le advirtió Mason—. No podemos permitir que la policía se entere de que la estamos buscando. Va a ser una ruda tarea. He aquí unas cuantas cosas sobre las cuales puedes trabajar.

»Primero: el agente tuyo que informó haberla visto en los apartamentos Dixiewood dijo que el parabrisas de su coche lo tenía manchado de mosquitos y otros insectos. ¿Recuerdas eso?

—Hum.

—Eso significa que estuvo conduciendo por un valle, probablemente a lo largo de algunos terrenos de regadío, un poco después de anochecer. En esos sitios es donde los mosquitos y demás insectos abundan con preferencia. Se le pegaron unos cuantos y eso significa que su depósito de gasolina estaba casi vacío

cuando llegó a casa.

—¿Cómo deduces eso? —preguntó Drake.

—Porque —explicó Mason— en una estación de servicio le habrían limpiado el parabrisas si se hubiese detenido a poner gasolina. Si se le quedaron pegados los insectos en el parabrisas poco después del anochecer y no se los habían limpiado cuando llegó a los apartamentos Dixiewood, podemos hacer cálculos de que traía el depósito de gasolina casi vacío.

—Ya comprendo lo que quieres decir —indicó Drake—. Pero, ¿qué posibilidad nos proporciona eso? ¿Crees que podríamos localizarla cuando esté...?

—Ni la menor esperanza —interrumpió Mason—. Aquí, alrededor de la ciudad, hay docenas de surtidores de gasolina que están funcionando toda la noche. Repostará en uno de ellos y no tenemos forma de enterarnos en cuál lo ha hecho, pero calculamos que eso le proporciona la posibilidad de conducir de trescientos a trescientos cincuenta kilómetros antes de que necesite pararse a poner más gasolina. Al cabo de trescientos cincuenta kilómetros se habrá hecho de día y entonces podemos ver con toda claridad los números de las matrículas. Ahora, Paul, tienes que hacer uso del teléfono. Pon hombres en la carretera desde diversas ciudades y empieza a vigilar las carreteras y, sobre todo, las estaciones de servicio que funcionen durante la noche y que estén a unos trescientos kilómetros de aquí. ¿Puedes hacer eso?

—No.

—¿No hay esperanzas? —preguntó Mason.

—Ni la más mínima —le informó Drake—. Hay un número enorme de carreteras y no puedo poner en faena a hombres que tengan que salir de aquí, ir investigando y cubrir un círculo de más de trescientos kilómetros. Si telefono a corresponsales de diversas ciudades, tampoco lo consigo. Algunas de ellas están demasiado lejos.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo San Francisco, Reno, Las Vegas, Phoenix, Yuma, Blythe, Albuquerque. No, no puedes hacer eso, Perry. Hay demasiadas carreteras en esas ciudades y además hay mucho tráfico. Costaría una fortuna y no serviría para nada. Sólo hay una

cosa que puedes hacer.

—¿Cuál?

—Llamar a la policía. Formular una acusación contra ella, si tienes pruebas suficientes: y si no las tienes, dar un informe anónimo. Si están trabajando en un caso de asesinato y les das un soplo, seguramente lo recogerán y...

—Y eso es precisamente lo que no quiero —le interrumpió Mason—. Necesito hablar con ella antes de que lo haga la policía.

—Bueno, pues así estamos —le dijo Drake.

—Muy bien —propuso entonces Mason—, he aquí un programa para ti de llamadas telefónicas de larga distancia, Paul. Tan pronto como las oficinas abran por la mañana, llama a las compañías gasolineras más importantes. Averigua si Gladys Foss tiene una cuenta pendiente. Déjales entrever que tienes una factura contra ella para la colección. Utiliza el nombre de cualquier investigador de ventas a plazos de algunas de las compañías, si lo tienes a mano. Todos estos investigadores de ventas a plazos operan juntos. Si descubrimos que ella tiene una tarjeta de crédito de gasolina, compóntelas para hacer averiguaciones en los surtidores de la compañía de que se trate. De ese modo podremos descubrir por qué carretera va, a qué velocidad y dónde se detiene, cuando se detenga por fin.

—Suponiendo que utilice su tarjeta de crédito —objetó Drake.

—Ése es un riesgo que tenemos que correr. Y ahora, he aquí otra tarea para ti, Paul.

—¿De qué se trata?

—Aguarda exactamente una hora —dijo Mason—, luego llama por teléfono a la policía. Emplea un teléfono público cualquiera. No les des la oportunidad de localizar la llamada y no te quedes rondando tanto tiempo que puedan localizarte con un coche patrulla. Diles que te llamas Ray Spangler, que quieres hacerle un favor a la policía; que vas a darles un soplo muy interesante para el caso del doctor Malden; que Gladys Foss estuvo jugando contigo a las carreras de caballos grandes sumas de dinero y que tú sospechabas desde hacía mucho tiempo que ella podía estar malversando dinero del doctor Malden. Diles que ella trataba desesperadamente de conseguir una combinación ganadora que le

permitiese devolver el dinero sustraído y que no podía lograrla. Diles que les ofreces el soplo por bondad de corazón y para que lo tengan en cuenta y alguna vez te den una oportunidad, y luego cuelga.

—¿Exactamente dentro de una hora? —preguntó Drake.

—Exactamente dentro de una hora —respondió Mason, sin vacilar.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Por el momento, está bien así. Viene conmigo uno de tus hombres. Es el que estaba vigilando la casa de Gladys Foss. Voy a decirle que vaya a tu oficina y tú le encargas que se quede allí aguardando instrucciones.

—Está bien. Eso nos proporcionará un hombre más para el trabajo que tenemos entre manos.

Mason colgó, envió al detective a la oficina de Drake, luego condujo rápidamente una vez más hacia el bungalow de Gladys Foss. Entró con una de las llaves que le había proporcionado la señora Malden, encendió las luces y procedió a poner patas arriba la vivienda.

Arrancó las sábanas de las camas, esparció por el suelo el contenido de los cajones de las mesas, tiró de mala manera trajes y vestidos que descolgó de las perchas, teniendo siempre buen cuidado de no dejar ninguna huella dactilar.

No tardó más de diez minutos en conseguir que la casa tuviera el aspecto de haber sido arrasada por un torbellino humano.

Después de llevar esto a cabo, Mason apagó las luces, cerró suavemente la puerta, entró en su coche y se dirigió a su apartamento.

Capítulo 8

A las nueve de la mañana, Perry Mason abordaba al hombre que abría el estanco del cruce Séptima Avenida-Clifton.

—¿El señor Spangler? —preguntó Mason.

El hombre se volvió rápidamente, con la viva reacción que caracteriza a las personas que viven de modo peligroso, que comprenden que en cualquier momento un toquecito en el hombro, la presión de una pistola en las costillas, puede cambiar el curso entero de sus existencias.

—¿Quién es usted?

—Perry Mason, abogado. Quiero hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre Gladys Foss.

—¡Ah, ésa!

—Exactamente.

—Entre.

Spangler abrió la puerta, entró, descorrió las persianas y le dijo a Mason:

—Espere un momento. He de arreglar la tienda.

Sacó algunas repisas donde había libros en rústica, abrió la caja registradora, puso a funcionar un ventilador, se colocó detrás del mostrador, apoyó los codos en el cristal, estudió a Mason pensativamente y preguntó:

—Muy bien, ¿qué hay sobre Gladys Foss?

Spangler era un individuo fornido, de poderosa osamenta, fuertes músculos y rasgos acusados. Sus fríos ojos azules estaban hundidos, amparados por la ósea estructura de una baja frente arriba y de unos altos pómulos abajo. Tenía labios gruesos y había tratado de disimular una línea de su boca dejándose crecer un

delgado bigote. Por lo visto, el hombre dedicaba parte de su tiempo a cuidar de su vestimenta y a estudiar su apariencia personal.

En gran parte, era un esfuerzo inútil. Mason contestó:

—Quiero saber varias cosas referentes a Gladys Foss.

Spangler se humedeció los carnosos labios con la punta de una nerviosa lengua y dijo significativamente:

—Si supiera quién dio a los policías un soplo la pasada noche, lo llevaría a un rincón y le partiría la cabeza.

Dejó de hablar y se quedó mirando a Mason con ojos llameantes. El abogado encendió un cigarrillo como quien no quiere la cosa.

—¿Lo han molestado a usted? —preguntó como para entablar conversación.

—No, nada de eso —repuso Spangler sarcásticamente—. No me han molestado. No me han molestado en absoluto. Únicamente que me sacaron de la cama a las tres de la madrugada, me llevaron al puesto de policía y me hicieron decir todo lo que sé.

—Eso está mal —comentó Mason—. A veces las autoridades pueden mostrarse muy desconsideradas.

—¿Y a mí me lo va usted a decir?

—Bueno —tanteó Mason—, la verdad es que estoy interesado en este asunto.

—¿Y a qué se debe su interés?

—A que soy el abogado de la viuda del doctor Malden.

—¡Pues vaya trabajito que le ha caído a usted!

—Todo lo que necesito de usted —le dijo Mason— es poner al descubierto los hechos.

—Me temo que no puedo ayudarle en lo más mínimo.

—¿Por qué?

—Porque no conozco hecho ninguno.

—Conoce usted lo suficiente como para decir que menudo trabajito me ha caído encima al tener que representar a la señora Malden.

—Bueno, ésa es una cosa que oí decir en el puesto de policía mientras me estaban haciendo sudar la gota gorda anoche.

—¿Les habló usted de Gladys Foss?

—Les dije todo lo que sé sobre ella.

—¿Y qué es lo que sabe usted?

—Que jugaba a los caballos.

—¿Muy a menudo?

—Con frecuencia

—¿Qué cantidad?

—Ella jugaba una especie de combinación.

—¿Llevaba usted una oficina de apuestas?

—La llevaba. Pero que quede esto bien en claro, señor Mason: ya no la llevo. No hago más que vender tabaco.

—Me parece muy bien. ¿Hasta cuándo llevó usted esa oficina?

—Hasta hace unos dos meses.

—¿Qué le ha hecho cesar?

—La policía, una multa de mil dólares y una condena a cárcel con libertad condicional. En esta ciudad no se puede hacer nada, especialmente ahora. Resulta muy difícil.

—Debe de haber ganado usted mucho.

—¿Y a usted qué le importa?

—No, simplemente era un comentario.

—Bueno, pues ocúpese de sus asuntos y yo me ocuparé de los míos. Yo no le pregunto cuánto saca usted por su profesión de abogado.

—No hace falta enfadarse —le dijo Mason con tono conciliador—. Si me fuera necesario, obtendría los datos de los archivos de la policía.

—Pues sí, estoy enfadado. No me gusta que me saquen de la cama con malos modos cuando no estoy haciendo nada. Eso podía explicarse cuando yo llevaba una oficina de apuestas. Pero ahora camino más derecho que una vela y no tienen motivo para sacarme de la cama y darme empujones.

—¿Qué tal se le daba la cosa a Foss? ¿Tenía buena suerte o mala suerte?

—Una suerte demasiado buena para que me conviniese a mí.

—He oído decir que perdió mucho dinero.

—Pues ha oído usted mal.

—También he oído decir que había estado malversando dinero y tratando desesperadamente de recuperarse.

—Eso es lo que alguna rata repugnante dijo a los policías.

—¿Es que no es verdad?

—En absoluto.

—¿Cómo jugaba ella?

—Seguía un sistema mezquino. Jugaba combinaciones de largas tiradas.

—¿No le gustaba a usted eso?

—No sea tonto.

—¿Por qué no le gustaba? Yo creía que esas apuestas de largas tiradas resultaban provechosas.

—Bueno, ponga atención. Y fíjese en lo que le digo. Ella jugaba combinaciones de largas tiradas. Arriesgaba sólo pequeñas apuestas. Todas las probabilidades estaban contra ella. Pero, si yo ganaba sólo podía sacarle veinte dólares a pesar de todo mi trabajo. Si yo perdía, ella podía sacarme miles de dólares, por el modo como estaba jugando. Eso hacía que todo estuviese en contra de mí.

—¿Ganó alguna vez?

—¡Demonios, sí, ganó dos veces! La primera vez me dejó con el agua al cuello. La segunda vez fue un golpe peor. La próxima tenía un magnífico olfato para ese tipo de combinaciones.

—¿Le gestionaba usted todas sus apuestas?

—No lo creo. Me figuro que jugaba con otros corredores.

—Puede que perdiese con ellos.

—Es posible.

—¿No perdía con usted?

—¡No, qué demonios! Iba muy por delante de mí. O es muy lista o tenía confidencias que le llegaban directamente desde la boca de los caballos.

—¿Cómo pagaba?

—En metálico.

—¿Nada de cheques?

—No me gustaban los cheques en este negocio. Mi cuenta en el banco está sometida a escrutinio. Además, hay los problemas del impuesto sobre la renta. Los cheques son un veneno. Yo pagaba mis pérdidas en metálico. Quería que mis parroquianos me pagaran en dinero contante y sonante. Prefería ese sistema.

—Me imagino que ella hacía las apuestas por teléfono o, ¿cómo las concertaba?

—Llegaba todos los jueves por la tarde a eso de las cuatro, con

la puntualidad de un reloj.

—¿Cuánto tiempo tenía usted abierto su negocio?

—Cuando me ocupaba de eso de las apuestas, permanecía abierto hasta las nueve. Ahora cierro a las seis.

—Es un buen sitio éste —comentó Mason examinando el lugar.

—Es un sitio asqueroso —se quejó Spangler amargamente—. Compré este local porque creía que era adecuado para dedicarme a las carreras.

—¿Sin resultado? —preguntó Mason.

—Usted mantenga su nariz en la pista que está siguiendo —dijo Spangler acremente—, y así no se la ensuciará.

—¿Le preguntó a usted la policía las mismas cosas que le he preguntado yo?

—Me preguntaron todo lo preguntable. No le estaría diciendo a usted todo esto si ello no me lo hubiesen sacado gota a gota.

—¿Usted sabía quién era ella?

—Desde luego. Era Gladys Foss.

—¿Sabía usted dónde trabajaba?

—No. Creía que era alguna niña que había atrapado a un ricachón y que se dedicaba a apostar en las carreras de caballos por la excitación de la cosa. Puede estar usted seguro de que me la pegó.

—¿Se vestía más bien modestamente?

—Sí, creo que era así, pero con una niña como ésa uno se deja guiar por el efecto general. Es un bomboncito y puede llevar una bata casera y parecer despampanante. De vez en cuando yo pensaba en ella, pero siempre me la imaginaba viviendo en un espléndido apartamento con unos cuantos caballeros amigos muy generosos y un ex marido al fondo que se habría visto obligado a pasarle una pensión que lo dejaría a él muerto de hambre. Ella lo habría sorprendido tonteando con alguna niñita, habría irrumpido en el lugar con detectives, tomando fotografías y todo ese jaleo, en fin, usted es abogado. Ya sabe a lo que me refiero.

—¿Era una jugadora constante?

—Así es.

—Y dice usted que hace dos meses que lo atraparon, ¿no?

—Algo por el estilo.

—Y lo multaron, ¿verdad?

—Y me multaron.

—¿Con una condena condicional, además?

—Con una condena condicional.

—¿Y qué pasó entonces con Gladys Foss?

—No lo sé. Recurrió a algún otro. Me llamó por teléfono cuando volví y quiso colocar una apuesta y le dije que no había nada que hacer. Desde entonces me he atenido a la ley.

Mason comentó con tono comprensivo:

—Llevando el negocio que usted llevaba, la multa no debió de hacerle mucho daño, pero tener que abandonar el negocio sí lo habría puesto en un aprieto, ¿no?

—Mire, vamos a ser claros —replicó Spangler—. Estoy tratando de ayudarle y darle algunos informes, pero usted ni siquiera es cliente mío. Todavía no me ha comprado ni un cigarro. Lo único que ha hecho es importunarme.

Mason abrió su cartera.

—Bueno, deme un par de cartones de cigarrillos —dijo—. De aquella marca —indicó.

—No quería mostrarme desagradable —rectificó Spangler—. Estaba... ¡demonios, estoy amargado! Pagué mi buen dinero por este cuchitril. Pagué mi buen dinero en la creencia de que podría llevar aquí un despacho de apuestas. Resultó que no podía ser. No sé cómo ocurrió. Alguien dio el soplo. Yo no tenía influencia bastante para seguir. Ahora estoy aquí y no sé para qué estoy. Seguramente porque he invertido aquí todos mis ahorros y ya no sé qué hacer.

—Bueno —dijo Mason tratando de consolarlo—, ya cambiarán las cosas. Muchísimas gracias por la información.

Mason recogió los cartones de cigarrillos y la vuelta, salió a la calle y entró en su coche.

A mitad de camino hacia su despacho, aparcó junto al bordillo de la acera, compró un periódico de la mañana, miró en las páginas de anuncios las Oportunidades Comerciales, examinó la columna y finalmente encontró lo que iba buscando.

«Primera clase, un estanco de categoría, magnífica oportunidad para persona adecuada. El propietario tiene que vender por motivos

de salud. Los libros muestran una ganancia neta de más de 7000 dólares en los últimos doce meses. Ray Spangler, calle Clifton cerca de la Séptima Avenida».

Capítulo 9

Perry Mason estaba sentado a uno de los lados de la mesa que corría a lo largo del locutorio en la cárcel.

Al otro lado, separada de él por una espesa rejilla, Steffanie Malden, con aspecto inquieto y agotado, miraba al abogado con ojos implorantes.

—Señor Mason, usted simplemente tiene que creer en mí, eso es todo. Debe tener fe en mí. Después de todo, soy cliente suya y se supone que usted me representa.

—La defenderé —repuso Mason— lo mismo si tengo fe en usted como si no la tengo. Tiene derecho a una representación legal. Tiene derecho a un juicio con jurado. Eso significa un juicio en que decidirán los jurados, no los abogados. Sin que importe lo que usted haya hecho, tiene capacidad para aparecer en su día ante el tribunal y disfrutar de una defensa competente que se cuide de que sus derechos estén protegidos. Cuando empiezo a luchar para proteger los derechos de un cliente, defiendo palmo a palmo todos los derechos constitucionales que un cliente tiene.

—Pero es que yo quiero que usted tenga confianza en mí. Si me considera uno de tantos clientes, una partícula del remolino humano a la que usted defiende como cumpliendo un deber impersonal de su profesión, tendrá una actitud que socavará mi fe en mí misma, la actitud de un cirujano cuando está realizando una operación con sólo una esperanza entre mil de salvar al paciente.

—Por supuesto, está usted en libertad de elegir a cualquier otro abogado en el momento que quiera —le advirtió Mason.

Los labios de la señora Malden se fruncieron en una expresión de despecho.

—Usted está reteniendo cien mil dólares de mi dinero, señor

Mason.

Mason, haciendo un esfuerzo para seguir hablando en voz baja, pero con marcado acento de cólera, replicó:

—No estoy reteniendo ni un solo centavo de su dinero. Ya se lo he dicho antes y quiero que lo comprenda de una vez.

—Sé que lo tiene usted, señor Mason. No tiene más remedio que ser así. Al principio pensé que lo hacía por proteger mis intereses, que no iba usted a decir nada sobre eso a los inspectores del impuesto sobre la renta y que, una vez que las cosas hubieran pasado, me daría el dinero o una parte razonable del mismo. Ahora... ahora ya no sé qué pensar.

—Bueno, pues yo sí sé qué pensar —replicó Mason—. Pienso que usted fue a aquel apartamento, abrió la caja de caudales, sacó el dinero y luego montó una trampa para mí con objeto de que yo fuese allí y...

—Pero, ¿por qué había de hacer yo eso, señor Mason?

—Para poder hacer lo que está haciendo ahora: acusarme de retener cien mil dólares suyos con objeto de obligarme a hacer lo que se le antoje.

—Señor Mason, nunca fui a ese apartamento.

—¿Puede usted mirarme a los ojos y decirme que nunca entró en ese apartamento?

—En absoluto.

—¿Nunca?

—Nunca.

Miró al abogado con ojos tranquilos y firmes.

—Eso es lo que más me molesta de usted —dijo Mason, con enfado.

—¿Qué?

—Que insista en mentirle a su abogado. Es un mal procedimiento.

—No estoy mintiendo.

—Yo estaba tratando de proteger sus intereses —explicó Mason—. Vino usted a mi despacho. Me dijo que alguien la seguía. Quise descubrir quién era, para lo cual contraté a detectives que siguiesen a la persona que la estaba siguiendo a usted.

—¿Hizo usted eso? —exclamó ella, sorprendida.

—Lo hice —respondió Mason—. Cuando usted vino a mi despacho por segunda vez, estaba siendo seguida por hombres que yo había contratado para que descubriesen quién la seguía.

—¿Y qué descubrieron?

—Que no la seguía nadie.

—¡Oh! —dijo ella con una voz que revelaba un temor repentino.

Mason prosiguió calmamente:

—Cuando salió usted de mi oficina aquella segunda vez, iba seguida por personas a las que yo había contratado. Nadie más la seguía. Me mintió usted la primera vez que vino cuando me dijo que tenía la impresión de ser seguida. Me dijo esa mentira para inducirme a ir a los apartamentos Dixiewood. Cuando salió de mi despacho esa segunda vez, usted no tenía la menor idea de que efectivamente la seguían, pero así era, y quienes la seguían eran hombres contratados por mí. Salió usted de mi despacho y fue directamente a los apartamentos Dixiewood.

—Eso es una mentira, señor Mason. El detective que usted haya contratado le ha mentado. No hice nada de eso. Le digo que nunca he estado en los apartamentos Dixiewood. El detective que iba siguiéndome debe de haber tratado de ganar su sueldo informando en el sentido que usted quería que informara. Después de todo, ¿no sucede con frecuencia que los detectives particulares den informes falsos?

—En este caso —replicó Mason— se da la circunstancia de que eran dos hombres los que estaban dedicados a la tarea. Yo esperaba poder descubrir a esas personas misteriosas que la estaban siguiendo a usted y quería asegurarme de que ningún incidente permitiera que se perdiesen de vista. Por eso hice que mi agencia de detectives pusiera en la tarea a dos detectives independientes. Ambos la estuvieron siguiendo, ambos saben que usted fue a los apartamentos Dixiewood, que tomó el ascensor hasta el piso noveno y que estuvo allí unos diez minutos.

Mason la miró pensativamente a través de la tupida rejilla. Los ojos de la señora Malden se bajaron un momento, pero volvieron a subir hasta clavarse en los del abogado.

—Bueno, ¿qué me dice? —preguntó Mason al cabo de un rato.

—Está bien —respondió ella cansadamente—. Lo hice. Fui allí.

Pero simplemente para cerrar aquella caja. Tenía confianza en usted, pero pensé que era una locura dejar aquel apartamento del modo como usted decía que lo había encontrado. Usted me contó que lo había encontrado con el cuadro descolgado de la pared, el panel mural apartado y la caja empujada con la puerta abierta. Eso habría sido una invitación para cualquier agente de los impuestos sobre la renta a que fuese al apartamento para afirmar que yo había retirado dinero de aquella caja. No podía permitirme el lujo de que ocurriese una cosa semejante.

—¿Cómo entró usted? —preguntó Mason.

—Con... con una llave.

—¿Qué llave?

—Un duplicado de llave que encargué hacer de las llaves del llavero de mi marido. Ya le conté a usted cómo puse una vela a derretir y...

—Pero, ¿no recuerda que me dio esas llaves? —preguntó Mason.

—¡Oh! —exclamó ella, y se mordió los labios.

—Continúe —la instó Mason—. ¿Cómo obtuvo usted esa llave?

—Una vez que tuve las primeras, mandé hacer duplicados.

—O sea, que tenía dos de cada una.

—Sí.

—¿Para qué?

—No lo sé. Pensé que sería una buena idea.

—Es decir, que usted me dio una llave y se quedó con otra, ¿no?

—Por aquel entonces, yo no pensaba en semejante cosa.

—¿Cómo sé yo que usted no pensaba en eso?

—Le he dado mi palabra.

—Hasta ahora, siempre que he creído en su palabra, la cosa me ha salido mal —comentó Mason.

—Sólo en ese asunto, señor Mason. Ha sido la única cosa sobre la cual no le he dicho toda la verdad.

—Muy bien, ¿qué hizo usted en el apartamento?

—Entré allí y lo encontré tal como usted había dicho. Cerré la caja de caudales. Tuve buen cuidado de no dejar huellas dactilares. Coloqué en su sitio el panel de la pared y luego colgué encima el cuadro, y eso es todo lo que hice. Cuando terminé de hacerlo, me marché.

—¿Y sólo me ha mentido usted en eso?

—Se lo juro.

—Ahora cuénteme todo lo demás —suspiró Mason.

—¿Lo demás de qué?

—Respecto al caso. Respecto al motivo por el que la siguen reteniendo. Respecto a la muerte de su esposo.

—Crean que fue asesinado.

—¿Cómo?

—No lo sé. Crean que fue algo que yo hice, que yo estaba trabajando de acuerdo con Ramón Castella.

—¿Y era verdad?

Ella hizo una mueca de disgusto.

—Lo odio.

—¿Por qué lo odia usted?

—Porque creo que tiene dos caras, porque creo que siempre estuvo trabajando contra los intereses de mi mando, porque..., bueno, porque no le tengo simpatía.

—¿Se permitió alguna vez hacerle una insinuación? —preguntó Mason.

Ella vaciló unos momentos y luego contestó:

—Sí.

—¿Se lo dijo usted a su marido?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque..., bueno, porque entonces..., bueno, la cosa ocurrió en unas circunstancias que yo... yo no quería molestar a mi marido.

—Sin embargo, fue usted al apartamento de ese hombre, ¿no es así?

—Si.

—¿Para qué?

—Quería descubrir quién había llevado a mi marido hasta el aeropuerto.

—¿Por qué?

—Porque sabía que Ramón pensaba que lo había llevado yo, y yo creía que lo había llevado él.

—¿No lo llevó usted?

—No.

—¿No lo llevó el?

—Él dice que no.

—¿Quién lo llevó, entonces? —de nuevo hubo un intervalo de silencio—. Vamos —instó Mason—, piense. ¿Quién llevó al doctor Malden al aeropuerto?

—Sólo había una persona que podría haberlo hecho.

—¿Quién era?

—Darwin Kirby.

—¿Quién es Darwin Kirby?

—No sé mucho sobre él, señor Mason. Sólo oí que mi esposo hablaba de él con frecuencia. Darwin Kirby era un hombre al que conoció durante la guerra. No era médico, pero sí un oficial de no sé qué. De cualquier forma estaban tan unidos como hermanos. Pasaban juntos muy buenos ratos y... bueno, mi marido disfrutaba con su compañía.

—¿Se escribía con Kirby?

—No, no se escribía. Nadie sabía dónde estaba Kirby. Por lo visto, después de la guerra, éste había hecho un poco de dinero y se convirtió en una especie de trotamundos que iba de un lado a otro. No se molestaba en mantener relaciones con nadie.

—¿Cómo está usted enterada de todo esto?

—Porque cuando se dejaba ver y hablaban, Darwin nos confiaba algo sobre su filosofía de la vida. Había comprendido que iba a ser otra ruedecita de la máquina de la civilización y decidió marcharse. Cuando fue licenciado después de la guerra, no tenía parientes con los que deseara seguir teniendo tratos. No le tenía simpatía a su esposa, esto es, no había sido muy feliz en su vida de casado. Ella lo importunaba y además había una suegra dominante; en una palabra, no quería volver a su casa. Se desentendió de todos.

—¿Y dice usted que no se mantenía en contacto con su marido?

—Estoy segura de que no. Mi esposo hablaba a menudo de él, diciendo que deseaba que Darwin le pusiese unas letras y le dijese dónde estaba, que se sentía dolido por su silencio, porque..., bueno, él siempre había apreciado a Darwin.

—Y entonces Darwin apareció de pronto, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¿Cuándo?

—La noche antes de la muerte de mi marido.

—¿Se quedó en casa de ustedes aquella noche?

—Sí.

—¿Quiénes lo vieron a él allí?

—Pues la cocinera y la doncella. Estuvo cenando con nosotros.

—¿Y se quedó toda la noche?

—Sí.

—¿Y se marcharon luego por la mañana?

—Sí, se marcharon juntos. Dijo que iba a ir a Chicago y que luego, desde Chicago, se trasladaría al Canadá. Tenía el propósito de hacer algunas prospecciones. Creo que pensaba detenerse en Denver o en Omoha. No estuve muy atenta a esa parte de la conversación.

—¿Cuándo se marchaba?

—Creo que mi marido iba a llevarlo al aeropuerto al dirigirse a su clínica. No lo sé con seguridad, pero sé que Darwin iba a marcharse en un avión que tenía su salida por la mañana.

—Entonces no pudo ser él quien llevara al doctor Malden al aeropuerto.

—Sí, sí pudo ser. Pudo haber cambiado su hora de salida y decidir marcharse en un avión que despegara más tarde.

—¿Hay algo que confirme esa suposición de usted? ¿Tiene alguna prueba?

—Sí. Alguien tuvo que llevarlo en coche. No creo que fuese Ramón: tampoco fui yo, y estoy completamente segura de que no fue Gladys.

—Entonces, el coche del doctor Malden tuvo necesariamente que quedar depositado en el aeropuerto —indicó Mason—. El doctor Malden iba a llevar su propia avioneta. Darwin Kirby tendría que tomar un avión transcontinental. El coche había que dejarlo allí. Usted pensaba entonces que Ramón Castella había llevado al doctor Malden al aeropuerto, ¿no?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque era lo que solía hacer. Pero anoche me dijo que no lo había hecho. No es que yo tenga confianza en él. Creo que es un embustero. Todavía no estoy segura de que no fuese Ramón quien

lo llevase al aeropuerto.

—Está bien —dijo Mason—; lo comprobaré. Ahora, dígame, ¿qué motivos tiene para creer que su marido fue asesinado? ¿Opinan que usted manipuló en la avioneta o qué?

—Eso —repuso ella— es algo sobre lo cual no puedo aclararle nada, señor Mason. No puedo proporcionarle ni la más mínima conjetura. Todo lo que sé es que se trata de algo que procede de una cosa que les ha dicho Ramón Castella.

—¿Quizás ha dicho él que manipuló usted en los mandos de la avioneta o algo por el estilo?

—No lo sé, señor Mason. No tengo la menor idea sobre esa cuestión.

—Voy a pedir que se celebre un rápido juicio preliminar —anunció Mason—. Ellos pensaban que me disponía a invocar algunas fórmulas técnicas legales o bien es que no se atrevían a esperar una acusación ante el gran jurado. Han presentado una denuncia acusándola a usted de asesinato. Voy a combatir esa maniobra solicitando un rápido juicio preliminar con objeto de descubrir qué es lo que alegan contra usted.

—¿Va a continuar usted representándome?

—¿Quiere que lo haga?

—Muchísimo.

—Por lo menos —dijo Mason— voy a representarla en el juicio preliminar. Desde un punto de vista de relaciones públicas, la perjudicaría mucho que yo abandonase su caso en este momento. Después de la escena que organicé anoche en la oficina del fiscal del distrito, después de la manera que hablé y después de toda la publicidad que han concedido a eso los periódicos, no puedo abandonar ahora su caso y pedirle que contrate a otro abogado sin causar muy mala impresión en la mente de los lectores. Y, a la larga, del público, de los lectores, es de donde surgirá el jurado que debe absolverla o condenarla. Pero le advierto que indudablemente tienen pruebas muy sólidas y muy fuertes que van contra usted; de lo contrario no se habrían atrevido a detenerla a la hora que lo hicieron ni a formular la acusación del modo como lo han hecho.

Ella sacudió la cabeza.

—No pueden tener prueba ninguna contra mí, puesto que no he

hecho nada. Y si usted puede decirme cómo se puede llegar junto a alguien que va por el aire y asesinar a un hombre que está volando en una avioneta..., bueno, es algo que no puede hacerse.

—¿Podían ir dos personas en esa avioneta? —preguntó Mason.

—Sí, frecuentemente viajaban en la misma dos personas. Eso reduce la posibilidad de llevar equipaje, pero, cuando la avioneta despegó del aeropuerto, sólo iba a bordo una persona y sólo se encontró un cadáver carbonizado en el aparato que se estrelló en medio del desierto.

—Bueno —dijo Mason—, voy a hacer algunas gestiones. Haré todo lo que esté en mi mano. Todavía no estoy del todo tranquilo respecto a este asunto.

—Señor Mason, usted sacó algún dinero de aquel apartamento, ¿verdad? Por favor, sea franco conmigo respecto a eso.

—Ya le dije a usted antes —la interrumpió Mason—, y se lo digo de nuevo, que no saqué ni un centavo.

—¿No estará usted diciendo eso..., bueno, nada más que para no aparecer como cómplice a los ojos de la gente del impuesto sobre la renta y...?

—Estoy diciendo eso —volvió a interrumpirla Mason— porque es la verdad. Es muy natural que usted no pueda reconocerla cuando la ve, porque tiene usted muy pocos tratos con ella, pero es la verdad. Ahora voy a tratar de descubrir qué endiablado enredo es todo esto.

Mason echó atrás su silla, hizo una señal a la celadora, que estaba en pie en el extremo más alejado de la habitación, para indicarle que la entrevista había concluido, y se marchó.

Antes de salir a la calle tuvo que cumplir algunas formalidades.

Impacientemente, el abogado miraba su reloj de pulsera mientras caminaba aprisa por la planta baja del gran edificio hacia las puertas que daban a la calle.

Con los ojos bajos notaba como si se acercase a él una sombra. Su cuerpo experimentaba esa sensación peculiar de la presencia de alguien, esa cosa sutil que no es un olor ni una sensación de calor corporal, sino el sentimiento de una advertencia magnética que sobreviene cuando una persona se ha acercado rápida e inesperadamente a otra.

Mason echó los ojos hacia arriba y se vio obligado a efectuar una brusca detención.

La mujer con la cual casi había tropezado estaba mirando en su bolso, buscando algo. También ella tuvo el presentimiento de la presencia de otra persona y alzó unos profundos ojos azules hasta las enérgicas facciones del abogado.

—Me temo que estaba distraída —dijo ella.

—Ha sido culpa mía —explicó Mason—. Tenía prisa y...

Los profundos ojos azules se afilaron de curiosidad.

—No tiene importancia. Usted es el señor Mason, ¿verdad?

—Sí.

—Usted no me recuerda, pero le vi anoche en la casa de apartamentos.

—¿La casa de apartamentos?

—Sí. Los apartamentos Dixiewood. Yo estaba cruzando el vestíbulo y usted salía. Soy Edna Colebrook. Mi marido es Harry Colebrook, trabaja en el departamento de identificación de la oficina del sheriff. Ahora voy a verlo.

—¡Ah, sí! —dijo Mason, y se apartó ligeramente a un lado para dejarla pasar y llegar él hasta la puerta.

—Vivimos en los apartamentos Dixiewood, ¿sabe usted?

—No lo sabía

—Le he visto a usted varias veces en la audiencia y... usted debe de haber pensado que era un atrevimiento por mi parte, pero la verdad es que anoche estuve a punto de hablarle. Creo que usted se dio cuenta. Alcé la vista, le miré y en ese mismo instante comprendí quién era, pero un segundo después recordé que no habíamos sido presentados.

Los profundos ojos azules estaban ahora sonriéndole. Mason se agitaba incómodo.

—Dígame, señor Mason, ¿tiene usted un cliente en los apartamentos Dixiewood? Estoy ardiendo de curiosidad. No es que me guste el chismorreó ni que sea una entrometida, pero en cierto modo los apartamentos Dixiewood parecen como un club privado. Hay allí un pequeño grupo de vecinos que nos hemos hecho muy amigos. Iba con usted una joven muy atractiva. ¿Vive ella allí? Espero que no crea usted que soy terriblemente impulsiva. Mi

esposo dice que siempre me precipito a sitios que ni siquiera los ángeles se atreverían a pisar, pero es que creo que en estos tiempos no se llega a ninguna parte si no se tiene iniciativa.

Mason se echó a reír.

—Me temo que me ha hecho usted demasiadas preguntas para poder contestarlas todas, señora Colebrook. En realidad se trata sólo de una visita personal. Pero ahora tendrá usted que disculparme. El motivo de casi haber tropezado con usted es que llevo mucha prisa para acudir a una cita a la que ya voy a llegar con retraso.

Mason saludó levantando el sombrero, dio un rodeo a la señora y llegó a la puerta exterior en pocas zancadas.

Una vez en la puerta, se arriesgó a aflojar ligeramente el paso para lanzar una mirada por encima del hombro.

Ella seguía en el mismo sitio donde la había dejado, la frente algo fruncida en una profunda cavilación, los azules ojos clavados en él.

Mason comprendió entonces que su ligera pausa y su momentánea mirada atrás habían constituido un grave error.

Capítulo 10

Mason, Della Street y Paul Drake estaban sentados en el despacho del abogado celebrando una conferencia de última hora en vísperas del juicio preliminar de Steffanie Malden.

Eran cerca de las once de la noche. Drake, con la cara estragada por el cansancio, estaba sentado en su posición favorita en la gran butaca tapizada de cuero. Della Street, con un libro de notas sobre el regazo y un lápiz preparado para tomar apuntes, vigilaba al abogado con ojos ansiosos.

—¿Por qué no solicita usted un aplazamiento? —preguntó Drake.

Mason denegó con la cabeza. El detective insistió:

—¿Por qué no?

—Los inspectores del impuesto sobre la renta están muertos de curiosidad —explicó Mason—. Hasta ahora ninguno de ellos ha descubierto lo relativo al apartamento en Dixiewood. Más tarde o más temprano lo descubrirán. Hasta ahora ninguno se ha tomado la molestia de tratar de identificar a Charles Amboy. Se ha dado por bueno que estaba asociado de un modo más o menos indirecto con el doctor Malden, que Amboy está en algún sitio de Europa y que no puede ser localizado. En realidad, nadie ha concedido la menor atención a Amboy.

Mason señaló uno de los periódicos de la noche que estaba medio abierto, en el suelo, adonde lo había tirado cuando acabó de leerlo. Continuó su explicación:

—Pero la gente del impuesto sobre la renta ha empezado a moverse. Están husmeando por todas partes. Sienten curiosidad. Más tarde o más temprano, empezarán a preocuparse de Amboy. Más tarde o más temprano, empezarán a establecer contacto con

todas las personas que hayan mantenido relaciones de negocios con el doctor Malden. Más tarde o más temprano, probablemente más temprano, van a descubrir lo relativo a ese apartamento en los apartamentos Dixiewood.

—Bueno —objetó Drake—, pero eso no prueba que ella sea culpable de asesinato.

—Cuando Della y yo —continuó Mason— salimos de los apartamentos Dixiewood, nos encontramos con una mujer que me reconoció. Quiso hablarme, pero luego cambió de idea. Es la señora Colebrook. Su marido, Harry, trabaja en el departamento de identificación de la oficina del sheriff.

»Posteriormente, por casualidad, tropecé con la señora Colebrook. Se dirigía a la oficina del sheriff para ver a su esposo. Es una mujer terriblemente chismosa. Lo mira a uno con acariciadores ojos azules y hace las preguntas más indiscretas. Estaba muerta de curiosidad por saber lo que yo hacía en los apartamentos Dixiewood y desea ardientemente conocer la identidad de la muchacha que estaba conmigo.

»Está medio convencida de que mantengo allí un nido de amor y empezará a hacer preguntas. Una vez que el nombre de los apartamentos Dixiewood aparezca en los periódicos, ella relacionará una cosa con otra y se lo dirá a su marido. Éste agarrará el teléfono, llamará a la sección de homicidios y ya estará el gato en la talega.

—¿Por qué? —preguntó Drake.

—Los agentes federales localizarán el apartamento. Lo examinarán con toda minuciosidad. Encontrarán una caja de caudales empotrada en la pared. La abrirán. Verán que está vacía. Se enterarán de que yo estuve allí. Sabrán que soy el abogado de la señora Malden. Sabrán que, según sus cálculos, el doctor Malden ha estado reuniendo unos cien mil dólares que no declaró a Hacienda. Ahora, junta todo eso y dime cuál puede ser la respuesta

—¡Vaya, vaya! —exclamó Drake, consternado.

Mason se puso en pie y empezó a caminar por la habitación. Se detuvo, volvió a la mesa y examinó el mazo de informes escritos a máquina que había redactado Drake explicando la labor de sus investigaciones, luego otra vez se puso a caminar por la habitación.

—En este asunto tengo que proceder duramente —dijo—. He de ganarle por la mano al fiscal del distrito. He de procurar obligarlo a que ponga en el estrado de los testigos a Ramón Castella en el juicio preliminar.

—¿Es que no querrá hacerlo? —preguntó Drake.

—De ninguna manera —repuso Mason—. Luchará con uñas y dientes por impedirlo. Si pone a Castella en el estrado, lo interrogaré a fondo. Tendré preparada toda una serie de preguntas y respuestas. Le sacaré hasta el último detalle de su historia. Posteriormente, cuando llegue el momento de interrogarlo ante un jurado, tendré un cuadro exacto de lo que dijo. Le dispararé pregunta tras pregunta y es casi seguro que caerá en alguna contradicción.

—¿Necesita el fiscal del distrito poner en el estrado mañana a Castella? —preguntó Della Street.

—Él cree que no tiene necesidad de hacerlo —respondió Mason—. Creo que lo único que necesita es dar cuenta de que se ha cometido un asesinato y de que hay motivos razonables para creer que lo cometió Steffanie Malden. Eso es todo lo que tiene que exponer en un examen preliminar, simplemente que se ha cometido un crimen y que hay motivos razonables para creer que es culpable la acusada.

—Bueno, si puede hacer eso, le resultará facilísimo —comentó Paul Drake—. Apenas necesita presentar ninguna prueba.

—Puede que necesite muchas más de las que él cree —dijo Mason sin dejar de caminar por la habitación.

—Naturalmente —le indicó Drake—, hay en este asunto algo relacionado con los narcóticos. Los agentes federales han estado trabajando sobre ello, y también la División de Narcóticos de la Policía.

—Me gustaría que pudieras obtener más datos sobre esto —dijo Mason impacientemente.

—También me gustaría a mí —replicó Drake con voz enronquecida por el cansancio.

—¿Y no has podido enterarte de nada respecto a Gladys Foss?

—Ni lo más mínimo. Lo que es más, no puedes demostrar que ella se quedase con ningún dinero, por lo menos si se atiende uno a

los libros de contabilidad. Esos libros son de una confusión espantosa.

—Espontáneamente —replicó Mason— ella me confesó que había estado sacando dinero para apostar en las carreras. El corredor afirma que ella estuvo jugando a las carreras, pero que sacó una bonita ganancia

—Puede que empleara a otros corredores —apuntó Della.

Mason se quedó mirando a Paul Drake.

—¿No has podido localizar a ninguno, Paul?

Drake sacudió la cabeza.

—Debes tener paciencia, Perry. No es posible recurrir a un listín de teléfonos y ver en la sección de profesiones una serie de corredores de apuestas. Hay que rondar cuidadosamente en torno a ellos para descubrir dónde puedes hacer una apuesta. Luego has de entrar en contacto con alguien que goce de la confianza del corredor y luego hacer una pregunta, como quien no quiere la cosa, sobre si tal o cual individuo ha estado apostando a las carreras de caballos.

»Esos corredores de apuestas no tienen un pelo de tontos. Saben que Gladys Foss está complicada en lo que el fiscal del distrito afirma que es un caso de asesinato. Saben que a alguien le gustaría hacerlos comparecer en el estrado como testigos. ¿Qué harías tú si fueras un corredor? Lo mismo que hacen ellos. Te mirarían directamente a los ojos y responderían: ¿Foss? ¿Gladys Foss? No creo haber oído hablar nunca de ella. Por lo menos, nunca tuvo conmigo ningún trato».

»Dirían eso aunque ella les debiese quinientos dólares en una cuenta que le hubiesen abierto. Dirían eso aunque ella les hubiese sacado diez mil dólares el año pasado. Lo dirían aunque ella hubiese estado haciendo apuestas un día tras otro.

»Puedes imaginarte la posición tan difícil en que se vería colocado un corredor si le entregasen una citación obligatoria y no tuviese más remedio que aparecer en el estrado, prestar un juramento de que iba a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad y que luego cualquier fiscal de distrito empezase a investigar sus relaciones de negocios con Gladys Foss. Y, durante todo este tiempo, el fiscal del distrito está en realidad amenazando

al individuo como corredor y se verá privado de su negocio.

—Desde luego —reconoció Mason—, eso es verdad en cierto modo, pero, por lo que se refiere a los inspectores del impuesto sobre la renta, una vez que pudiésemos demostrar que estaba jugando a las carreras de caballos, una vez que pudiésemos confirmar la confesión que ella me hizo, tendríamos un argumento perfecto.

—¿Y en qué situación se queda entonces Gladys Foss? —preguntó Della Steet.

Mason dejó de caminar por la estancia.

—Está haciendo equilibrios sobre el alambre, sobre el filo de una navaja. Si ella consigue mantener el equilibrio sobre el filo de esa navaja, no le pasará nada. Puede haber pruebas bastantes para demostrar que es probable que malversara la cantidad suficiente de dinero como para explicar la reducción que haya habido en los ingresos en metálico, pero no hay pruebas bastantes para que el fiscal del distrito se atreva a actuar contra ella como malversadora. Y esto resulta más cierto aún, si no hay quien firme contra ella una denuncia y si por ese tiempo está ya en otro Estado donde sería necesario recurrir a la extradición contra la cual podría ella luchar.

—¿Qué me dices de la señora Malden? ¿No firmaría una denuncia contra ella?

Mason sonrió.

—La señora Malden la acusaría gustosamente de malversación, pero no podría jurar que estaba segura de que Gladys la había cometido.

—¿Y qué me dices de los inspectores? —preguntó Drake.

—¿Qué inspectores? —Drake lo pensó mejor—. Y es seguro que no seré yo quien firme una denuncia —añadió Mason.

—Pero tú recuerdas muy a gusto que ella prácticamente te confesó que había estado malversando dinero —objetó Drake.

—¡Oh, eso desde luego! —le dijo Mason—. Esa parte de la conversación la recuerdo perfectamente, más el hecho de que, incluso después de un largo viaje en coche desde Salt Lake City, se había bañado rápidamente y se había sentado luego en la butaca más cómoda de su apartamento, había encendido la lámpara de pie y se había puesto a mirar las noticias sobre carreras con objeto de

ver si había acertado y tal vez para preparar apuestas para el día siguiente.

—¿La sorprendió usted en ese momento? —preguntó Drake.

—Acababa de salir del baño —explicó Mason—. Todavía tenía el cuerpo tibio por efecto del agua caliente. No llevaba puesto más que un peinador. Se había sentado en la butaca y, cuando toqué el timbre, dejó caer el periódico, se levantó de la butaca y ella fue a ponerse alguna ropa, el cojín de la butaca estaba todavía tibio y la página de las carreras estaba en el suelo al alcance de mi mano. Ella se dio cuenta entonces, naturalmente, de que había cometido un error. Tenía que explicarlo y después que se hubo extendido sobre aquello y comprendió que yo abrigaba sospechas, hizo la confesión.

—¿Qué confesión? —preguntó Drake.

—Lo de que podría haberse quedado corta al anotar los ingresos en metálico. No es que lo dijera así tajantemente, pero dijo: «Suponiendo que yo haya estado malversando dinero, ¿qué pasaría entonces?».

—¿Qué le contestaste?

—Le dije que podría ofrecer una disculpa para Steffanie Malden ante los inspectores del impuesto sobre la renta si adoptaba esa posición. Yo no estaba convencido de que ella llegaría tan lejos.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé —contestó Mason—. Tenemos que encontrarla.

—Bueno, yo he hecho todo lo imaginable —dijo Drake—. Ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿No has podido seguir la pista de alguna tarjeta de crédito de gasolina? —Drake meneó la cabeza denegando—. ¿Has vigilado las carreteras?

—He vigilado las principales. He hecho indagaciones en todos los sitios que podían ocurrírseme.

—Bueno —protestó Mason—, es inconcebible que pueda desaparecer de un modo tan completo e inexplicable.

—¿Está usted seguro de que desea encontrarla? —preguntó Della Street

—Lo que quiero saber es dónde está, eso es todo —repuso Mason.

—Pero tú no quieres que las autoridades lo sepan, ¿verdad? —

inquirió Drake.

Mason sacudió la cabeza.

—Las autoridades la harían volver. Se pondrían a interrogarla. Ella podría responder a ciertas preguntas de un modo que no me gustase. Por lo mismo, quisiera saber dónde está para poder echarle la mano encima, si fuera necesario, e ir y hacerle algunas preguntas más si me conviniese.

—Tú tuviste el presentimiento de que se iba a escapar, ¿no es así, Perry?

—Claro que lo tuve. Lo que no calculé es que lo iba a hacer tan rápidamente.

—¿Qué te hizo pensar que iba a emprender la fuga?

—Pues que ése era el único modo de poder confesar una malversación sin hacerse criminalmente responsable. Me dio algunos atisbos sobre una posible malversación. Me dijo que había estado jugando a las carreras de caballos. Me proporcionó el nombre de uno de los corredores que había estado detenido, que se había declarado culpable, y al que habían impuesto una multa y una condena condicional. Él podría declarar ante la policía. En realidad, el individuo estaba en una posición en que no podía atreverse a no hablarle a la policía. El inmediato movimiento lógico para Gladys Foss era escapar. Eso la salvaría de tener que hacer una confesión que pudiese perjudicarla, pero, al mismo tiempo, reforzaría la sospecha de que había malversado dinero.

—¿Qué podría haberle impedido —preguntó Drake— que hubiese abierto la caja de caudales en los apartamentos Dixiewood, que hubiese sacado los cien mil billetes de a mil, que se los hubiese guardado en la media y hubiese escapado con ellos?

—Nada podría habérselo impedido —reconoció Mason—, excepto el hecho de que, en primer lugar, la caja había sido abierta antes de que ella llegase y, en segundo lugar, que muy bien podía no haber tales billetes en la caja.

Drake siguió objetando:

—Supón que antes de emprender ella viaje a Phoenix, Arizona, abrió la caja del apartamento Dixiewood, sacó los cien billetes y se los llevó consigo. ¿Qué hay de erróneo en esa hipótesis?

—Nada —le replicó Mason—. Esto es, nada que podamos probar

por el momento.

—Pues yo me atendería a eso —dijo Drake.

—Por mi parte, no estoy tan seguro —le replicó Mason—. Lo cierto es que mañana voy a comparecer ante el tribunal y arrojaré en la maquinaria legal todas las objeciones técnicas que se me puedan ocurrir. Voy a insistir para que Ramón Castella comparezca en el estrado. Necesito ver qué es lo que tiene que decir.

»Y hablando de normas generales, Paul, necesito disponer de un coche aparcado al que pueda subir a toda prisa Della, será conveniente que usted esté conmigo. Ya le explicaré mi idea mientras la llevo a casa.

»Creo que la acusación del fiscal puede tener un punto flaco muy vulnerable. Si es así, trataré de explotarlo de la manera más dramática posible.

Della Street miró a Mason con ojos solícitos.

—¿No cree usted, jefe, que ha tenido un día muy ajetreado y que lo mejor sería que tratase de descansar un poco?

Mason dejó de caminar por la habitación.

—También lo creo yo. Me parece que aquí no podemos hacer nada más.

Della Street recogió las hojas de papel que estaban sobre la mesa del abogado, las plegó y las encerró en la caja fuerte. Le hizo una señal significativa a Paul Drake.

Capítulo 11

El juez Telford ocupó su sitio a la mesa, declaró que estaba formado el tribunal y frunció el ceño al ver la gran cantidad de público que había abarrotado la sala.

Miró con cierta acritud a los abogados: Perry Mason hallábase sentado con la acusada, ante una mesa; dos lugartenientes especiales de la oficina del fiscal del distrito sentados a la otra mesa.

—En mi opinión, señores —anunció el juez Telford—, no hay necesidad de envolver estos trámites en ningún velo de tecnicismos. La cuestión que se plantea ante este tribunal, como magistrado en funciones, es simplemente la de ver si se ha cometido el delito de asesinato y si hay motivos razonables para creer en la culpabilidad de la acusada. Creo que no habrá discusión alguna sobre este asunto.

El juez Telford frunció el ceño al ver que Mason se disponía a hablar.

—Si lo permite el tribunal —dijo Mason—, debo hacer presente que ésa es una exposición del caso que se presenta ante el tribunal, pero me gustaría poner de manifiesto que el objeto de este juicio preliminar es proteger a la acusada. Si se demuestra que la acusada es en realidad inocente, ha llegado la hora en que debe ser puesta en libertad.

—Bueno, por supuesto —dijo el juez Telford tolerantemente—, hay un amplio margen entre mostrar que un acusado es inocente y mostrar que se ha cometido un crimen y que hay motivos razonables para creer que el acusado es culpable. Opino que debo llamar la atención de los consultores de ambos bandos en el sentido de que ése no es un caso en que haya que demostrar la culpabilidad

de la acusada más allá de toda prueba razonable.

—Así comprendemos la ley —comentó Mason alegremente.

—Muy bien —dijo el juez Telford a la acusación—, empiencen a exponer sus cargos.

Carl Hurley, uno de los lugartenientes para el juicio, quien se había hecho un nombre como fiscal suplente, sonrió al llamar al primero de sus testigos.

Este testigo resultó ser un empleado del aeropuerto. El testigo declaró cuál era el número de la avioneta del doctor Summerfield Malden, la forma y el tipo de la avioneta, el hecho de que el día antes de su muerte el doctor Malden había presentado en debida forma un plan de vuelo que preveía un contacto con tierra en Salt Lake City, con una parada en Las Vegas, Nevada, para repostar; que el doctor Malden había recibido permiso de la torre de control para despegar a las 11.17 horas y que en realidad lo había hecho a las 10.19 horas.

El testigo continuó declarando que aquel mismo día, con posterioridad, había ido un avión hasta un determinado lugar del desierto que indicó trazando con lápiz una cruz cerrada por un círculo en un plano, que testificó que era un plano exacto que mostraba las líneas seguidas por los aviones, la situación de los radio-faros, de las pistas de aterrizaje, etcétera.

La avioneta siniestrada del doctor Summerfield Malden había sido encontrada en aquel lugar con todos los indicios de que se produjo un aterrizaje violento seguido de incendio. La avioneta contenía un cadáver tan achicharrado, que resultaba irreconocible. Se habían podido discernir los números en el ala de la avioneta. Estos números correspondían al aparato del doctor Summerfield Malden y sólo había una persona en la avioneta.

El fuego había fundido de tal modo las manecillas de un reloj que se encontraba en el tablero de la avioneta, que era imposible fijar el momento del accidente. Midiendo distancias por medio de un compás de división y la escala del plano aéreo, el testigo pudo jurar que, según el tiempo empleado y la distancia recorrida, tomando en consideración las condiciones meteorológicas generales, la avioneta debía de haber emprendido un vuelo sin parada, en su curso hasta Las Vegas, Nevada, hasta que, por un

motivo inexplicable hasta este momento, se estrelló y se incendió.

—Pregunte usted ahora —dijo Hurley a Mason con un tono de desafío en su voz.

Mason pareció quedar sorprendido por aquella invitación.

—¿Que pregunte yo? —inquirió.

—Sí, que pregunte —respondió Hurley.

—¿Para qué? —dijo Mason—. No tengo que hacerle ninguna pregunta a este testigo, ninguna en absoluto.

Hurley, pareciendo sentirse muy complacido de sí mismo, anunció:

—Con la venia del tribunal, el próximo testigo va a presentarse como experto. Algunos extremos de su declaración van a resultar bastante técnicos. Por eso me resulta necesario que explique antes ciertas cuestiones generales para que la naturaleza de su declaración pueda ser comprendida.

—Muy bien —decidió el juez Telford, mostrando en su semblante cierta débil curiosidad—. Prosiga.

Hurley prosiguió con una rápida serie de preguntas para mostrar que el testigo, un tal Dudley Lomax, por sus estudios, instrucción y práctica, se había convertido en un experto en la ciencia de la «criminalística».

Después de terminar con aquellas preguntas relativas a los méritos y cualificaciones del testigo, Hurley se volvió hacia Mason.

—¿Desea usted interrogarlo en cuanto a sus cualificaciones, señor Mason?

—Por el momento, no —respondió Mason—. Pero sí hago constar que sus cualificaciones quedan sujetas al derecho de la pregunta.

—Muy bien —dijo Hurley, y añadió—: Puedo manifestarle al tribunal que la criminalística es un término que abarca una ciencia relativamente nueva que implica la aplicación de conocimientos científicos de diversos campos en la detección del crimen. Este testigo es un experto en el campo de la criminalística.

—Tengo entendido que la estipulación del señor Mason cubre ese aspecto —dijo el juez Telford—. Siga adelante. Empiece a hacerle sus preguntas.

—Señor Lomax —empezó Hurley—, voy primeramente a pedirle

que explique al tribunal el significado del término «emisión de líneas en el espectro».

Lomax, evidentemente encantado por la oportunidad que se le presentaba de demostrar sus conocimientos, se sentó confortablemente en el estrado de los testigos.

—Haga el favor de evitar todos los tecnicismos siempre que sea posible —rogó Hurley—. Y explique al tribunal lo más claramente posible de qué se trata.

—El tribunal conoce muy bien lo que son las líneas de emisión y su significado, señor Hurley —dijo el juez Telford.

—Lo supongo, señoría —repuso Hurley rápidamente—, pero hago esto para que conste con mayor claridad en los autos.

Lomax pareció quedarse algo desconcertado por los conocimientos del juez sobre el tema.

—Continúe —instó Hurley al testigo—. Límitese a explicar de modo general qué son esas líneas.

—Bueno —empezó Lomax—, la luz emitida por un cuerpo sólido, luminoso por sí mismo e incandescente, contiene todos los colores visibles. Cuando tal luz se concentra sobre una estrecha rendija vertical y, por un sistema de lentes, se la pasa a través de un prisma de cristal, las ondas más largas visibles de la luz, que son rojas, quedan menos dobladas o refractadas por el prisma que las ondas más cortas, que son violetas.

»El espectroscopio es un instrumento que cambia un rayo de luz blanca que pase por la rendija en una muestra alargada de todos los colores que componen la luz. Eso se llama un espectro continuo. Tiene los colores exactos del arco iris, empezando con el rojo en un extremo y pasando por los colores intermedios de anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violeta.

—Procure ser lo menos técnico posible —sugirió Hurley.

El testigo carraspeó.

—Cuando la fuente luminosa no es un sólido incandescente, sino un vapor luminoso, la luz no suele ser blanca y no contiene todas las longitudes de onda del rojo al violeta. Puede ser casi de cualquier color, como el amarillo de las luces de sodio utilizadas para el alumbrado de carreteras, el rojo del neón utilizado en los anuncios luminosos, y el verde azulado de las luces de mercurio

utilizadas también en el alumbrado de carreteras. Cuando tal luz pasa por el espectroscopio, se rompe en unas cuantas líneas distribuidas en el espectro según sus colores. Cada línea es una imagen por separado de la rendija. Cualquier gas luminoso puede identificarse por la agrupación de sus líneas.

»Cuando un metal se vaporiza en un arco eléctrico, el arco queda coloreado por la presencia del vapor metálico. Cuando se usa éste como fuente de luz para el espectroscopio, aparecen líneas características que permiten identificar el metal.

—¿Me equivoco al suponer que es posible entonces determinar los distintos constituyentes químicos de una sustancia por medio de una aplicación de este principio básico? —preguntó Hurley.

—Exactamente, así es. No se trata de un análisis cuantitativo, pero es posible averiguar la presencia de ciertas sustancias.

—¿Y se ha hecho alguna aplicación de este principio en el campo de la investigación criminal?

—¡Oh, sí! Se han construido dispositivos para vaporizar una sustancia en un arco eléctrico o, si la sustancia está en solución, con una intensa chispa eléctrica. El espectro de semejante luz, aunque un material esté presente sólo en cantidad microscópica, puede ser fotografiado durante el breve momento de su vaporización, mientras emite la luz que lo identifica. Por un estudio de las líneas registradas en la fotografía, el material puede ser identificado de modo seguro y es posible afirmar tajantemente que la sustancia captada en el arco o en la chispa contiene o no contiene el material en cuestión.

—¿Puede usted explicar cómo se usa este principio en la investigación criminal? —preguntó Hurley.

El juez Telford lanzó una mirada a Perry Mason como esperando tal vez una objeción, pero Perry Mason estaba escuchando atentamente, como si no fuera más que uno de los espectadores del juicio que atendían con los ojos muy abiertos por el interés.

—Bueno —siguió diciendo Lomax, disfrutando todavía de la posición de importancia en que se encontraba colocado—, con mucha frecuencia, cuando deseamos identificar una cierta sustancia, nos las componemos para colocar diminutas cantidades de ciertos materiales identificables que en circunstancias ordinarias

nunca se encontrarían en una sustancia así. Son compuestos metálicos que resultan inofensivos si alguien los ingiere.

»En el departamento donde trabajo identificamos estas sustancias según diversos nombres en clave. Por ejemplo, la sustancia a la que estoy refiriéndome ahora tiene la designación en clave de número 68.249.

—¿Tiene eso algo que ver con una línea de emisión? —preguntó Hurley.

—No directamente. Es un número de clave. Pero tiene una cierta relación con una línea de emisión dentro de determinadas longitudes de onda. El número es una designación en clave.

—¿Y con análisis espectroscópico puede detectar esta sustancia a la que usted se ha referido con el número en clave 68.249?

—Sí, señor.

—¿En qué cantidades?

—En cantidades microscópicas.

—¿Tuvo usted oportunidad, en relación con el cadáver del doctor Summerfield Malden, de hacer un análisis espectroscópico de los órganos?

—Sí, señor. Es lo que hice.

—¿Qué encontró usted?

—Encontré pruebas innegables de la existencia del número en clave 68.249.

—¿En el cadáver?

—Sí, señor.

—Voy a mostrarle a usted una botella de whisky, un frasco que pediré al tribunal sea marcado como prueba número uno para identificación.

—De acuerdo —convino el juez Telford.

—Voy a hacerle a usted algunas preguntas respecto a este frasco.

—Sí, señor. Es un frasco metálico de whisky que contiene aproximadamente algo más de medio litro.

—¿Dónde se encontró este frasco de whisky? Si es que usted lo sabe... ¿Lo sabe?

—Sí, señor, lo sé.

—¿Quién encontró este frasco?

—Yo estaba presente cuando fue descubierto.

—¿Dónde fue descubierto?

—Al examinar los restos de la avioneta del doctor Malden, procuramos averiguar exactamente lo que había ocurrido. Por eso hicimos una búsqueda por el terreno, tratando de encontrar los objetos que pudieran servir de puntos de referencia. Llegamos a la conclusión de que...

—Oiga, un momento —lo atajó el juez Telford—. Me doy cuenta de que no hay objeción alguna por parte de la defensa, pero creo que el tribunal, por su propia iniciativa, debe sugerirle a usted que restrinja su declaración a hallazgos reales y no a las conclusiones que usted dedujera.

—Sí, señor. Vimos que la avioneta había chocado contra el suelo con una fuerza terrible. Algunos objetos habían sido arrojados desde la avioneta hasta distancias de cincuenta metros.

—¿Puede usted describir esos objetos?

—Uno de ellos era un maletín negro que contenía algunos instrumentos quirúrgicos para operaciones de urgencia y medicinas como las que suelen llevar los médicos.

—¿Dónde encontró usted ese maletín?

—A una distancia de cincuenta metros de los restos carbonizados.

—¿En qué condiciones se hallaba el maletín?

—Había quedado completamente abierto. Las botellas se habían roto y los líquidos que contenían se habían desparramado por el suelo, las píldoras estaban esparcidas por el desierto, juntamente con añicos de cristal.

—¿Encontró usted algo más?

—Había una almohada construida de una forma especial con una cremallera a un lado. Esa almohada estaba hecha de forma que pudiera utilizarse como apoyo para la cabeza y como recipiente. Tenía un compartimiento interior revestido de un material de caucho y, como digo, podían meterse cosas en esa almohada y correr la cremallera para cerrar lo que fuese en el interior.

—¿Encontró usted esa almohada?

—Sí, señor. Estaba presente cuando se encontró.

—¿A qué distancia de la avioneta?

—Aproximadamente a unos treinta metros.

—¿En qué estado se encontraba esa almohada?

—Uno de sus costados había sufrido grandes daños por efecto del calor, esto es, prácticamente se había achicharrado por uno de los costados, pero esto se debía más bien al hecho de haber estado expuesta a un calor intenso y no a una llama directa.

—¿Y qué había en el interior de esa almohada?

—Ese frasco.

—¿El que ha sido señalado como prueba número uno?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted a quién pertenecía?

—Por mi propio conocimiento, no. Únicamente por afirmaciones hechas por otras personas.

—¿Recogió usted ese frasco para investigar las huellas dactilares?

—Sí, señor, es lo que hice.

—¿Encontró usted huellas dactilares en el frasco?

—Sí, señor. Había huellas dactilares recientes.

—¿Fueron recogidas esas huellas dactilares en presencia de usted?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo con ellas?

—Las fotografié.

—¿Las fotografió usted personalmente?

—Sí, señor.

—¿Con qué?

—Con una cámara especial para fotografiar huellas dactilares.

—¿Y qué encontró respecto a esas huellas dactilares?

Lomax se agachó para recoger una cartera de mano y sacó una serie de fotografías.

—Encontré cuatro huellas dactilares muy claras, que tengo aquí.

—Un momento —interrumpió Hurley—. Pedimos que esas fotografías sean marcadas prueba número dos, prueba número tres, prueba número cuatro y prueba número cinco para la identificación.

—Muy bien —accedió el juez Telford.

—¿Cuál es la prueba número dos, señor Lomax?

—Es la huella dactilar del índice derecho del doctor

Summerfield Malden.

—Un momento —interrumpió Mason—; pido que esa respuesta no sea tomada en cuenta, ya que no responde directamente a la pregunta e implica una conclusión del testigo.

—Pero este testigo es un experto en cuestiones de huellas dactilares —replicó Hurley.

—Puede ser —dijo Mason—. No tengo ninguna objeción que presentar en cuanto a que ésta es la huella dactilar de un índice de la mano derecha de alguien. Mi objeción se refiere al hecho de que la identifique como la huella dactilar del doctor Malden.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Hurley con una sonrisa—. Bueno, eso podemos arreglarlo inmediatamente. Podemos convenir, señoría, que la objeción sea aceptada y que la respuesta se aplase hasta que hayamos aportado la prueba concluyente. —Luego se volvió hacia el testigo—. Pues bien, señor Lomax, ¿ha examinado usted las huellas dactilares del doctor Summerfield Malden?

—Sí, señor, las he examinado.

—¿Comparándolas con qué?

—Con copias fotográficas de huellas dactilares enviadas por el F.B.I.

—¿A requerimiento de quién?

—A requerimiento mío.

—Ahora, en vista de esa afirmación, ¿sabe usted a quién corresponde la huella dactilar que se muestra en la prueba número dos?

—Sí, señor. La...

—Un momento —interrumpió Mason—. Tengo que presentar una objeción, señoría. Objeto que la pregunta es inadecuada, que es incompetente, irrelevante e inmaterial y que significa la introducción de pruebas por rumores.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó el juez Telford.

—Me refiero a que no hay evidencia ninguna ante el tribunal sobre la autenticidad de ese registro de huellas dactilares recibido del F.B.I.

—¡Oh, ésta es una demostración que podré hacerla si es necesaria! —dijo Hurley cansadamente—. Pido al tribunal que se rechace la protesta, contando con la seguridad de que

proporcionaré la prueba suficiente o, de lo contrario, podrá anularse la declaración.

—Muy bien, se rechaza la protesta

—Responda a la pregunta —instó Hurley al testigo.

—Era la huella del índice derecho del doctor Summerfield Malden.

—¿Qué dice sobre la prueba de identificación número tres?

—La misma protesta —interpuso Mason.

—La misma petición —replicó Hurley— en el sentido de que se permita la respuesta, sujeta a mi seguridad de que será demostrada.

—La misma decisión del tribunal —dijo el juez Telford.

—Era la huella del dedo corazón derecho del doctor Summerfield Malden.

—¿Qué hay sobre la prueba para identificación número cuatro?

—La misma objeción —interpuso Mason.

—La misma decisión —indicó el juez Telford.

—Era la huella del índice izquierdo del doctor Summerfield Malden.

—¿Qué hay sobre la prueba para identificación número cinco?

—La misma objeción —dijo Mason.

—La misma decisión —anunció el juez Telford.

—Era la huella del pulgar derecho del doctor Summerfield Malden.

—Y ahora, ¿qué había en este frasco marcado con el número uno de prueba para identificación?

—Estaba medio lleno de líquido.

—¿Sabe usted qué líquido era?

—Ahora lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Estuve presente y asistí a un análisis.

—¿Qué líquido era?

—Whisky.

—¿Había algo raro en aquel whisky?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Un análisis espectroscópico mostró la presencia de la sustancia que en clave tiene el número 68.249.

—¿Y sabe usted cómo pudo darse el caso de que la sustancia a la que se ha referido con el número clave 68.249 estuviese en ese whisky?

—Sí, señor, lo sé.

—¿Cómo?

—Indirectamente fue colocada allí por mí.

—¿Quiere usted explicar eso al tribunal?

—Se me había pedido que tomase ciertas medidas para poder identificar a todos los narcóticos que estaban en posesión de...

—Un momento, un momento —interrumpió el juez Telford, lanzando una mirada a Perry Mason—. Naturalmente, eso se refiere a una conversación que no se desarrolló en presencia del testigo, ¿no es así?

—Sí, señoría

—Por tanto sería una prueba basada en rumores —decidió el juez Telford.

—No presento ninguna objeción —anunció Mason—. No deseo mostrarme técnico en asuntos de poca importancia.

—Pues bien técnico que se mostró usted sobre la prueba de las huellas dactilares —disparó Hurley.

—Ése podría no ser un detalle de pequeña importancia —replicó Mason—. No me opongo en absoluto a que el testigo declare cómo ocurrió que la sustancia registrada con el número 68.249 llegase a estar en el whisky.

—Muy bien —dijo el juez Telford mirando a Mason como si quisiera decirle que esperaría mucho tiempo antes de tratar de intervenir de nuevo con objeto de ayudar al abogado—. Está usted representando a la acusada. Si la acusada no hace ninguna objeción, permitiré que el testigo conteste a la pregunta, aunque, desde luego, no tengo la intención de sentirme ligado por ninguna declaración basada en rumores.

—No, no, señoría —intervino Hurley—, yo sólo le estaba preguntando al testigo de un modo general que dijese cómo pudo ser eso de que esta sustancia estuviera en el whisky.

—Se me pidió —explicó Lomax rápidamente como si tratase de dar término a este aspecto del relato antes de que el juez pudiese decidir que no era procedente— que pusiera alguna sustancia en los

narcóticos del doctor Summerfield Malden que me permitiera identificar esos mismos narcóticos posteriormente. Decidí utilizar la sustancia que en clave tiene el número 68.249, porque esa sustancia, por la naturaleza química de la misma, no se encontraría nunca naturalmente en ninguna de las preparaciones narcóticas y porque, en cantidades microscópicas, no tiene ningún efecto sobre el sistema humano.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Hurley.

—Con ayuda del mayorista, se prepararon narcóticos especiales para atender los pedidos del doctor Summerfield Malden. Cada una de esas preparaciones contenía, además de morfina, heroína u otras sustancias narcóticas, una pequeñísima cantidad de la sustancia conocida en clave con el número 68.249.

—Así, pues, está usted capacitado para decir..., pero no, retiro esto y le haré una pregunta más. Cuando estuvo presente en el análisis del whisky que se encontró en este frasco, prueba número uno, ¿halló usted en el whisky algo más que la presencia del número clave 68.249?

—Sí, señor.

—¿Qué era?

—En el whisky había una cantidad muy considerable de sulfato de morfina.

—Y este sulfato de morfina contenía a su vez una sustancia idéntica a la que usted había colocado en los narcóticos del doctor Malden y a la que se ha referido con el número en clave 68.249, ¿no es así?

—En conciencia —replicó Lomax—, no puedo decir tanto, señor Hurley. Puedo únicamente declarar que la sustancia designada con el número clave 68.249 no podría hallarse de un modo natural en el whisky. No podría hallarse de un modo natural en ningún narcótico. Resulta que yo hice que esta sustancia fuese colocada en cierta cantidad de sulfato de morfina que fue vendida al doctor Summerfield Malden por el mayorista. Encontré esta misma sustancia en el whisky contenido en el frasco, prueba número uno, y también encontré que había signos químicos evidentes de la existencia de una cantidad de sulfato de morfina en aquel whisky.

—Puede usted interrogar —dijo Hurley.

—¿Por qué puso usted la sustancia conocida con el número en clave 68.249 en los narcóticos del doctor Summerfield Malden? —preguntó Mason.

—Porque se me había pedido que preparase algunos medios de identificación de forma que pudiésemos seguir la pista a aquellos narcóticos.

—¿Cuántas sustancias tienen ustedes de las que suelen utilizar para estas identificaciones espectroscópicas?

—Tenemos media docena.

—¿Que se usan en narcóticos?

—No, no en narcóticos. Quizá pudiéramos utilizar todas ellas en narcóticos, pero en nuestro trabajo sobre narcóticos solemos confiar en la sustancia conocida con el número clave 68.249.

—¿Está usted afiliado a alguna agencia para el cumplimiento de la ley?

—Lo estoy.

—¿Puede usted decirnos cuál es?

—Prefiero no revelar mis relaciones oficiales. Estoy dispuesto a contestar gustosamente a cualquier pregunta que se refiera a mis títulos o cualificaciones, o al procedimiento que utilicé con objeto de poder llevar a cabo una identificación de los narcóticos del doctor Malden.

—Todo eso está muy bien —dijo Mason—, pero el caso es que Usted forma parte de una organización.

El testigo se quedó un poco pensativo, luego reconoció:

—Sí, señor.

—¿Y hay otros hombres en esa organización?

—Sobre la base de un ámbito nacional, sí.

—¿Y conoce usted a todos esos hombres?

El testigo sonrió.

—No, a todos ellos, no.

—¿Conoce usted a algunos?

—Sí.

—¿Hay otros que tengan la misma, o aproximadamente la misma formación técnica que tiene usted?

—Sí, señor.

—Y esa organización tiene en su poder varios instrumentos

destinados al análisis espectroscópico de ciertas sustancias, ¿no es así?

—Sí, señor

—¿Y no es usted jefe de esa organización?

—Rotundamente, no.

—Por lo cual, los demás miembros de la organización no tienen que darle cuenta de nada.

—No, señor.

—Usted sabe que estaba tratando de poner una marca de identificación en los narcóticos utilizados por el doctor Summerfield Malden, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y que recurrió a la sustancia designada con el número clave 68.249, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted si esa clave rige efectivamente en el empleo para identificar narcóticos?

—Sí, señor.

—¿Ha utilizado usted esa sustancia otras veces?

—Sí, señor.

—¿En otros casos?

—Sí, señor.

—Y si algún otro miembro de la organización a la que está usted afiliado estuviera por casualidad trabajando en este territorio sobre otro caso de narcóticos y se le hubiese pedido que tomase las medidas necesarias para que pudiera identificar esos narcóticos, ¿es posible que la sustancia identificadora, aunque sólo fuera por una pura casualidad, hubiese sido la misma que la que usted designa con el número clave 68.249?

—No creo que ninguna otra persona de mi organización esté trabajando en este territorio.

—¿No lo sabe usted?

—No puedo jurarlo, no.

—Está usted ahora bajo juramento —le advirtió Mason—. ¿Lo sabe o no?

—No.

—Y si a alguna otra persona afiliada a su organización, teniendo

sustancialmente las mismas cualificaciones técnicas que tiene usted, se le pidiese que identificara los narcóticos pertenecientes a otro sospechoso, ¿sería lo más probable que utilizara también esa sustancia conocida con el número clave 68.249?

—¡Oh, señoría! —protestó Hurley—, ¡creo que esto es indebidamente técnico! Creo que es...

—Se rechaza la protesta —disparó el juez Telford—. El testigo debe contestar la pregunta.

—Bueno, desde luego —respondió Lomax—, siendo absolutamente sincero, tendría que declarar que, dadas esas condiciones, que insisto, son extremadamente improbables, mi respuesta tendría que ser sí.

—¿No ha habido alguna repugnancia por su parte en cuanto a lo que ha calificado de absolutamente sincero?

—Ninguna en absoluto.

—¿Tampoco ninguna vacilación?

—Bueno..., por supuesto..., estoy en una posición más bien delicada.

—¿Le impide a usted esa posición ser absolutamente sincero?

—En modo alguno.

—¿Por qué vacila entonces?

—Tenía que pensar en el efecto de mi respuesta.

—No en su verdad, sino en el efecto. ¿Es eso lo que usted dice?

—En cierto modo, sí.

—¿Pensó usted en el efecto?

—Sí.

—O, de lo contrario, no habría dado esa respuesta, ¿verdad?

—No he dicho eso.

—No, usted no lo ha dicho, lo ha dicho su actitud. Gracias. Eso es todo.

—No tengo más preguntas que hacer —manifestó Hurley.

El testigo se puso en pie para abandonar el estrado.

Hurley y Madison Irwin, su ayudante, iniciaron una apresurada consulta en voz baja.

De pronto Hurley anunció:

—Quisiéramos volver a llamar al estrado al señor Lomax para hacerle una pregunta que se nos olvidó formular.

Mason dirigió una sonrisa al desconcertado fiscal interino del distrito y comentó:

—Por lo visto, porque la defensa tuvo buen cuidado de no caer en la trampa que había sido montada por la acusación e hizo las preguntas más convenientes en el interrogatorio.

Hurley se volvió airadamente hacia Perry Mason, luego, al darse cuenta de pronto de lo cómico de la situación y, tal vez, al notar la sonrisa que se dibujaba en el rostro del juez Telford, dijo:

—Bueno, no hay nada de malo intentándolo.

Lomax volvió al estrado. Hurley le preguntó:

—¿Encontró usted algunas otras huellas dactilares en ese frasco metálico, que constituye la prueba número uno?

—Efectivamente, señor, encontré otras huellas.

—¿Identificó algunas de esas huellas?

—Sí, señor; identifiqué tres.

—¿Tiene fotografías de ellas?

—Sí, señor.

—Solicito que sean marcadas pruebas número seis, siete y ocho para identificación —propuso Hurley.

—No hay inconveniente —decidió el juez Telford.

—¿Sabe usted a quién corresponden esas huellas dactilares?

—Sí, señor.

—¿De quién son?

—De la acusada, Steffanie Malden.

—¿Cómo ha podido usted cotejar debidamente esas huellas?

—Con huellas sacadas directamente de los dedos de la acusada.

—Ahora —dijo Hurley, sonriendo a Mason—, creo que puede usted repreguntar. Opino que esto pone fin a nuestro examen directo.

Mason le sonrió al testigo y preguntó:

—¿Habló usted con el señor Hurley sobre las cosas que iba a decir en su declaración?

—¡Oh, debo reconocer que hablé con el testigo sobre cuáles iban a ser los términos generales de su declaración! —interrumpió Hurley—. Después de todo, aquí no hay ningún jurado. ¿Qué utilidad tiene este tipo de preguntas?

—Hice la pregunta porque necesito que sea contestada —replicó

Mason.

—Responda a la pregunta —ordenó el juez Telford.

—Sí, señor, hablé con el señor Hurley.

—¿Y se pusieron ustedes de acuerdo sobre la manera como iba a formular usted esta declaración?

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Trató usted con el señor Hurley el hecho de que, en un examen directo, presentaría las huellas dactilares del doctor Malden que se encontraron en el frasco y que no haría referencia alguna a otras huellas dactilares, pero que cuando yo volviese a interrogarle a usted y le preguntara si había otras huellas dactilares en ese frasco, usted me desconcertaría con la respuesta de que también estaban en el frasco las huellas de mi cliente?

El testigo se agitó incómodamente en su asiento. Mason le instó:

—Responda a la pregunta

—¡Oh, señoría! —protestó Hurley—. Creo que estamos malgastando el tiempo del tribunal. Creo que es un asunto de conocimiento común que el fiscal a menudo conferencia con un testigo clave sobre la estrategia a seguir ante el tribunal y bosqueja la base del juicio y cómo va a conducirse.

—Mi pregunta va un poco más lejos que eso —replicó Mason—. Creo que es pertinente y me interesa que sea contestada.

—La objeción, si la hay, queda rechazada —decidió el juez Telford—. Responda a la pregunta.

—Bueno, en general eso fue lo más importante de nuestra conversación.

—¿Y dio usted su consentimiento a eso? —preguntó Mason.

—Pues sí, aunque no sé que tuviera obligación de decirlo.

—Usted convino en que se abstendría cuidadosamente de mencionar lo más mínimo sobre las huellas dactilares de la señora Malden existentes en ese frasco hasta que yo le interrogara, y entonces aprovecharía la primera oportunidad que se presentase para conseguir que esa información figurara en los autos, ¿no es así?

—Bueno, poco más o menos, creo que es así.

—Entonces —acusó Mason—, está usted predisposto contra la acusada.

—¡De ninguna manera!

—Entonces está usted predispuesto contra mí.

—No, yo... yo simplemente soy testigo del fiscal.

—Entonces está usted predispuesto a favor del fiscal.

—No me gusta esa palabra de predispuesto —protestó el testigo.

—Me importa poco que le guste o no —replicó Mason—. Estoy tratando de poner en claro, porque tengo un derecho legal a hacerlo, si existe o no una parcialidad que realmente existe. Le estoy preguntando si tiene usted una parcialidad a favor de la acusación.

—No hasta el extremo de falsear mi declaración.

—Pero sí hasta el extremo de que conspira usted con la acusación con objeto de hacerme caer en una trampa con la que el caso de la acusada se mostraría para ella con la mayor desventaja posible en los informes de la prensa.

—Bueno..., yo creo que los hechos hablan por sí mismos, señor Mason.

—No estoy hablando ahora de los hechos. Estoy hablando del estado de ánimo de usted, que llega a ser un hecho importante en el caso, porque es usted un testigo. Si siente parcialidad, eso va a afectar a su declaración, lo mismo si se da cuenta que si no se da cuenta. Y ahora la pregunta es: ¿Siente usted esa parcialidad?

—Bueno, me considero testigo de la acusación.

—En otras palabras, su forma de vida depende de ser convocado como testigo, ¿no?

—No del todo.

—¿Por la acusación?

—Bueno, generalmente.

—Por tanto, una gran parte de los éxitos que obtiene en su profesión depende de si goza de fama como voluntario para cooperar con el fiscal haciendo de buen testigo a favor de la acusación, ¿no es así?

—Sí, supongo que es así.

—Y ahora —dijo Mason—, ¿qué otras huellas dactilares había en aquel frasco?

—Unas cuantas más. Algunas estaban tan desvaídas que era imposible identificarlas.

—¿Qué otras huellas había en aquel frasco que usted pudiera identificar?

—Bueno, había varias huellas dactilares. Algunas eran huellas claras, pero resultaba imposible descubrir quién las había dejado y...

—¿Qué otras huellas dactilares que pudiera usted identificar había en aquel frasco? Me refiero ahora a huellas que usted pudiese cotejar. En otras palabras, huellas que haya comparado con otras y descubierto que son idénticas.

El testigo vaciló, miró a Hurley, se agitó en la silla y respondió:

—Las huellas de Ramón Castella, el chófer del doctor Malden y mecánico de su avioneta.

—¿Cuántas huellas?

—Dos.

—Ahora voy a preguntarle —anunció Mason— si las huellas de Ramón Castella, en algún momento, en algún lugar, existentes sobre ese frasco, estaban superpuestas sobre las huellas de la acusada en este caso.

—Yo... no puedo estar seguro. Creo que ocurría así en un caso. Es difícil afirmarlo.

—Sobre la base de sus conocimientos, como experto en la ciencia de la criminalística, habiendo examinado aquel frasco, usted encontró las huellas que dijo a la policía que eran del doctor Malden, las de Steffanie Malden y las de Ramón Castella, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Otras huellas que pudieran registrarse?

—Sí, señor.

—¿De quién eran esas huellas?

—No lo sé.

—¿Tomó usted fotografías de esas huellas?

—Sí, señor.

—¿Debo entender que reunió un número bastante grande de huellas, quiero decir, un número raramente grande de huellas dactilares en ese frasco?

—Sí, señor.

—¿Cuál pudo ser la causa de eso?

—No lo sé. Supongo que puede atribuirse a las condiciones atmosféricas y probablemente se debió al hecho de que habían limpiado el frasco hacía muy poco tiempo. Era como la superficie de un espejo, muy capaz de recoger y retener huellas recientes.

—Por lo que usted sabe, y según su mejor opinión como experto, ¿los indicios son de que Ramón Castella tocó ese frasco después que lo hubiese tocado Steffanie Malden?

—Bueno... en cuanto a eso, naturalmente... no puedo estar seguro.

—¿Cuál es su opinión más aproximada?

—Vacilaría en manifestarla.

—¿Por qué?

—Porque eso sería colocar a la acusación en unas condiciones que...

—No se preocupe de pensar en el efecto de su declaración —le interrumpió Mason secamente—. Quiero que me diga lo que opina. ¿Cree que Ramón Castella agarró ese frasco después de haberlo hecho la señora Malden?

—No lo sé.

—Si sus huellas estuviesen superpuestas a las de la señora Malden, tendría que haberlo hecho, ¿no le parece?

—Bueno, si presenta usted las cosas de ese modo, supongo que tendré que declarar que a mi juicio Ramón Castella probablemente agarró ese frasco después de haberlo hecho la señora Malden.

—¿Reconoce usted eso de mala gana?

—Bueno..., creo que lo estoy reconociendo, ¿no?

—Ahora otra pregunta —anunció Mason—. ¿Había otras huellas dactilares superpuestas a las impresas por la señora Malden?

Nuevamente vaciló el testigo y por fin contestó:

—Algunas de las huellas dactilares hechas por una persona desconocida están superpuestas a las demás huellas dactilares. No es que yo quiera decir que están superpuestas a todas las demás huellas dactilares, sino que me refiero a algunas de las huellas dejadas por las demás personas.

—¿Y no sabe usted de quién son esas huellas?

—No, señor.

—¿Diría que eso significa que tal persona fue la última que

agarró el frasco?

—No, señor, no lo diría. Diría que esa persona agarró el frasco después que éste hubiese sido empuñado por el doctor Summerfield Malden, la señora Malden y Ramón Castella, pero es perfectamente posible que después de que fueron hechas esas huellas, el doctor Malden, la señora Malden y Ramón Castella manejaran de nuevo el frasco. En otras palabras, las huellas dactilares del desconocido no estaban superpuestas a todas y cada una de las huellas dactilares dejadas por los demás, pero estaban superpuestas a algunas de las huellas dactilares dejadas por cada uno de los demás.

—Eso es todo —dijo Mason.

Una vez más, Hurley y Madison Irwin mantuvieron una consulta en voz baja. Esta vez parecía producirse una discusión entre ellos.

El juez Telford miró el reloj.

—Llame a su testigo siguiente —ordenó con sequedad.

—Nos interesaría disponer de unos momentos para conferenciar, señoría —rogó Hurley—. Estamos tratando de decidir quién debe ser el testigo siguiente, por lo que solicito que se nos concedan unos momentos, por favor.

Se inclinó de nuevo para bisbisearle a Irwin, por lo visto discutiendo, con considerable calor, algún punto especial.

Bruscamente, se enderezó:

—Señoría —dijo—, probablemente no es necesario y puede ser que estemos abusando del tiempo del tribunal con un exceso de pruebas, pero creo que a la acusación le incumbe requerir ahora a Ramón Castella, y mi compañero, después de alguna discusión, se ha mostrado de acuerdo conmigo. Ramón Castella, ¿quiere usted hacer el favor de subir al estrado?

Aquella decisión resultó evidentemente una sorpresa para los subordinados del sheriff encargados de la custodia del testigo, pues transcurrieron dos o tres minutos antes que uno de esos subordinados, que por su aspecto daba a entender que había tenido que apresurarse para cumplir el encargo, hiciera penetrar a Ramón Castella en la sala.

Mason estudió a Castella mientras el testigo se dirigía al estrado.

El chófer-mecánico era un hombre que frisaba en los treinta años, de construcción sólida, fornido, con un estómago que apenas

se le notaba, nariz larga, altos pómulos, una boca carnosa y muchísimo cabello largo y ondulado al que parecía conceder cuidados considerables. Castilla tenía todas las características exteriores de un caballero bien parecido.

Había, sin embargo, en él otras cosas que contradecían esas apariencias. En su andar había una presunción que muy bien pudiera calificarse de fanfarronería. En el modo como mantenía alzada la cabeza con la barbilla elevada hasta un cierto ángulo fijo, podía adivinarse muy bien que empleaba gran parte de su tiempo frente a un espejo, estudiando su perfil. Su cabello mostraba justamente ese rasgo de atención exagerada que indica la diferencia entre un hombre que se contenta con ser una persona aseada y un exhibicionista vanidoso.

En resumen, todas las características del individuo indicaban que, de acuerdo con su código ético, la apariencia externa era lo más importante.

Declaró su nombre, edad y domicilio al secretario del tribunal, luego se volvió expectantemente a afrontar las preguntas de Hurley.

—¿Usted conoció al doctor Summerfield Malden en vida de éste? —preguntó Hurley.

—Sí, señor.

—¿Era usted empleado suyo?

—Sí, señor.

—¿Qué hacía usted?

—En cierta manera, era un hombre para todo. Me cuidaba de su avioneta y de sus automóviles. Era chófer y en muchos aspectos una especie de hombre comodín.

—¿Tenía el doctor Malden una avioneta particular?

—Sí, señor.

—¿Y se cuidaba usted de ella?

—Sí, señor.

—Cuando el doctor Malden viajaba en avioneta, ¿cuáles eran las obligaciones de usted? Esto es, estoy tratando ahora de poner en claro la forma ordinaria en que procedía usted en tales casos.

—Cuando el doctor Malden viajaba en avioneta, mi obligación era, por regla general, conducir el coche que lo llevaba hasta el aeropuerto, esperar hasta que viese que había emprendido el vuelo

con seguridad y luego llevar el coche hasta el garaje donde lo guardaba y mantenerme pendiente del teléfono para poder recibir las instrucciones del doctor Malden. Luego, cuando el doctor Malden estaba a punto de regresar, me telefoneaba y yo iba a recogerlo con el coche.

»En ese caso, después de regresar, el doctor Malden solía hacerse cargo del coche y yo me quedaba trabajando en la avioneta, revisando el motor, viendo si estaba lleno el depósito de gasolina y si todo se hallaba a punto. Después solía volver a casa en un autobús o utilizar una de esas camionetas que llevan a los pasajeros desde el aeropuerto hasta la ciudad.

—Bueno, refiriéndonos ahora al día nueve de este mes, esto es, al día en que el doctor Malden halló la muerte, ¿puede usted decirnos lo que ocurrió?

—Por lo que a mí se refiere, nada.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Por la razón que fuera, no se me pidió que llevase al doctor Malden al aeropuerto.

—Voy a preguntarle a usted ahora si conoce en general algo sobre las costumbres del doctor Malden como piloto aéreo por lo que se refiere al método que utilizaba para mantenerse despierto.

—Sí, señor.

—¿En qué consistía este método?

—El doctor Malden tenía un frasco de plata para whisky con una cabida de poco más de medio litro. Siempre lo llevaba consigo en la avioneta.

—Un momento. Voy a mostrarle a usted un frasco marcado para la identificación como prueba número uno y voy a preguntarle si ha visto ese frasco alguna vez.

El testigo agarró el frasco, lo estudió cuidadosamente y luego inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, éste es el frasco que llevaba siempre el doctor Malden.

—Señoría, voy a pedir ahora que este frasco, que anteriormente ha sido marcado para la identificación, se introduzca en las pruebas como la prueba número uno —dijo Hurley—. Puesto que el frasco ha quedado ahora identificado, las diversas fotografías que se han hecho para identificación como pruebas deberían también

introducirse ahora en los elementos de la prueba, y hago esa propuesta.

—Un momento —intervino Mason—. Me gustaría hacer unas preguntas sobre esta fase particular de la cuestión antes de que el tribunal determine sobre la propuesta.

—Muy bien —dijo el juez Telford—, haga usted las preguntas que quiera.

Mason se levantó de su asiento a la mesa de la defensa, caminó hasta el extremo de aquélla y se detuvo en un sitio desde donde poder examinar cómodamente al testigo.

Tanto Hurley como el juez Telford, comprendiendo que el deseo de Mason por interrogar al chófer no tenía nada que ver con la identificación del frasco de whisky como tal, sino que era un intento por ver cómo Castella reaccionaba al interrogatorio, seguían el drama con profunda atención.

El testigo hizo un gesto de desdenoso desafío, moviéndose en su asiento hasta poder alzar los ojos hacia Perry Mason, pero, al cabo de pocos momentos, los apartó ante la firme mirada del abogado.

—He notado —dijo Mason en tono de quien inicia una charla— que cuando examinó usted ese frasco tuvo que estudiarlo varios instantes antes de contestar a la pregunta de si era el frasco del señor Malden. Le dio vueltas en las manos, mirándolo cuidadosamente.

—Desde luego —repuso Castella con sarcasmo—. No me habría atrevido a declarar sobre un asunto de tanta importancia sin estar seguro del terreno que pisaba.

—Exactamente —aprobó Mason—. Supongo que estaba usted buscando alguna señal que le sirviera para la identificación.

—Quería estar seguro.

—¿Estaba usted buscando una señal para la identificación?

—Estaba tratando de asegurarme.

—¿Estaba usted buscando alguna señal particular que pudiese servir para la identificación?

—Bueno, no eso exactamente.

—¿Qué estaba usted buscando entonces?

—Algo que me permitiese identificar el frasco.

—¿Y lo ha identificado usted?

—Desde luego.

—Por tanto, encontró lo que estaba buscando.

—Quedé convencido.

—¿Encontró lo que estaba buscando?

—Encontré lo suficiente para convencerme sobre la identidad del frasco.

—Usted sabe que hay centenares, que hay miles de frascos idénticos; que éste es un frasco que se produce en grandes cantidades por un determinado fabricante.

—Sí, lo sé.

—Y por tanto, como usted mismo ha dicho, en un asunto de semejante importancia, necesitaba asegurarse antes de proceder a la identificación.

—Sí, señor.

—Por tanto, usted examinaba el frasco buscando alguna marca de identificación, ¿no es así?

—Lo examinaba con objeto de convencerme de que era el frasco del doctor Malden.

—Por consiguiente, estaba usted buscando una marca de identificación, ¿no?

—Estaba buscando algo que me permitiera sentirme seguro.

—¿Y se sintió seguro?

—Sí, señor.

—¿Está seguro ahora?

—Sí, señor.

—Por tanto, debe de haber encontrado ese *algo* que estaba usted buscando. Ahora dígame al tribunal en qué consistía ese algo.

—Pues... no sé, el aspecto general...

—¿Qué hay sobre el aspecto general?

—Bueno..., yo estoy seguro, eso es todo. Es lo mismo que si estuviera mirando a un individuo con objeto de asegurarme de que no lo había tomado por alguna otra persona. No podría decir si se trataba de la longitud de su nariz, del color de los ojos, del peinado o de qué otro detalle.

Castella lanzó rápidamente una mirada triunfante al fiscal interino y luego volvió los ojos hacia Perry Mason.

—Ésa es una explicación muy apropiada —comentó Mason—,

muy apropiada verdaderamente.

—Podría darme cuenta de que estaba mirando la cara de un amigo —continuó Castilla— sin poder decirle a usted si su nariz medía tantos o cuantos centímetros.

—Desde luego, desde luego —aprobó Mason—. Ahora bien, ¿cuándo se le ocurrió por primera vez pensar en eso, señor Castilla?

—¿Pensar en qué?

—En la analogía de comparar su identificación del frasco de whisky con la cara de un conocido.

—La verdad es que creo que no entiendo lo que dice.

—Sí, sí, lo entiende muy bien —insistió Mason—, y no tiene objeto alguno esta pérdida de tiempo. Hablemos con franqueza sobre esto, señor Castilla. Pronunció usted ese discursito con toda fluidez y luego se volvió hacia el fiscal interino del distrito como si fuera un alumno que hubiese recitado perfectamente la lección y buscara el aplauso del maestro. ¿Se le ocurrió al señor Hurley pensar en esa analogía y decirle a usted que la utilizara cuando yo le pidiera que describiese la marca identificable que descubrió en el frasco?

—Yo... yo hablé con el señor Hurley sobre el asunto de la identificación del frasco.

—Y hablaron ustedes sobre el hecho de que probablemente yo le interrogaría a usted respecto a esa identificación y Hurley le preguntó qué iba a decir para responder a mis preguntas, ¿no?

—Bueno, hubo una conversación de tipo general...

—¿Y no es más cierto —preguntó Mason— que fue Carl Hurley, sentado allí en la mesa del fiscal, quien le dijo a usted que, cuando yo le preguntara qué marca identificadora había encontrado en el frasco que le permitiese asegurar que era el frasco del doctor Malden, usted iba a manifestar que no podía encontrar ninguna marca identificadora particular, sino que era el aspecto general, lo mismo que confiaba usted en el aspecto general para identificar el rostro de un amigo?

Castella vaciló, miró rápidamente a Hurley, luego, como de improviso, apartó los ojos.

—Vamos —instó Mason—, responda a la pregunta.

—¡Oh, no me importa reconocer que le hice una sugerencia en

ese sentido! —intervino Hurley, tratando de no dar la menor importancia a la cosa—. Creí que era un comentario casi inevitable, dadas las circunstancias.

—¿Ha oído usted lo que acaba de decir el fiscal interino del distrito? —le preguntó Mason a Castilla

—Sí, señor.

—¿Y es ésa la verdad?

—Sí, señor.

—Ahora lo reconoce usted con bastante facilidad —comentó Mason—. ¿Por qué vaciló y tardó en contestar cuando se lo pregunté por primera vez?

—Estaba pensando.

—¿En qué estaba usted pensando?

—Estaba tratando de recordar.

—¿No podía recordar eso?

—No, señor, no de buenas a primeras.

—Pero usted recordaba bastante bien los párrafos que le habían encargado que dijera.

—¡Oh, señoría —exclamó Hurley—, tengo que protestar contra eso! Eso da por sentado un hecho que no se puede probar. No hubo ningún «párrafo» que él tuviese que «recitar». Me limité a indicarle una analogía, y eso es todo.

—Se rechaza la protesta —dijo el juez Telford—. Sin embargo, señor Mason, creo que la situación está ya más que aclarada.

—Gracias, señoría —repuso Mason—. Después de haber puesto en claro lo que me interesaba, ahora no tengo objeción alguna que oponer al reconocimiento del frasco.

Mason dio media vuelta y regresó a su asiento en la mesa de la defensa.

Hurley tuvo que confrontarse entonces con un testigo algo azorado.

—Bueno, señor Castilla —dijo secamente—, quiero que declare con sus propias palabras lo que ocurrió el día antes del fatal viaje aéreo del doctor Malden; esto es, hacia el anochecer del día ocho.

—Tuve una conversación con la señora Malden.

—Al hablar de la señora Malden, se refiere usted a la señora Steffanie Malden, la viuda del doctor Malden, la acusada en este

juicio y que, actualmente, está sentada aquí en la sala al lado del señor Perry Mason, ¿no es así?

—Así es, sí, señor.

—¿Dónde se celebró esa conversación?

—En la habitación que ocupo en los apartamentos Erin.

—¿Quiere usted decir que la señora Malden, la acusada en esta causa, fue a su habitación?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Aproximadamente a las seis.

—Querrá decir a las seis de la tarde, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Y sostuvo usted con ella una conversación que tuviese algo que ver con este frasco o con el contenido de este frasco?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted explicar exactamente al tribunal lo que la acusada le dijo a usted entonces?

—Un momento —intervino Mason—. Señoría, tengo que interponer una objeción a todo este aspecto del testimonio, pero si le *parece* bien al tribunal y a la acusación, retendré la objeción hasta que se hayan hecho todas las respuestas a este respecto de la declaración, y luego, si parece que he objetado pertinentemente, la haré; de lo contrario, no. De este modo podemos ahorrar el tiempo del tribunal.

—¿Le parece eso satisfactorio a la acusación? —preguntó el juez Telford.

—Completamente satisfactorio —repuso Hurley con una sonrisa—. Cuando la defensa haya escuchado este testimonio, no querrá presentar objeción de ninguna clase.

—El señor fiscal debe abstenerse de personalismos —advirtió el juez Telford—. Muy bien, señor Mason, su objeción puede aplazarse hasta que el tribunal y la acusación hayan oído lo que tenga que exponer el testigo en cuanto a la naturaleza de la conversación y en cuanto al modo como se sostuvo ésta.

—Prosiga —le indicó Hurley a Castella—, díganos lo que se habló allí.

—Pues bien, la señora Malden me dijo que el doctor Malden iba

a traer a casa a un viejo amigo al que hacía algún tiempo no veía. Me dijo que este amigo tenía una parienta parcialmente paralítica y la cual estaba viviendo en un sanatorio. Le había pedido al doctor Malden que viese a esa parienta como médico consultante y que, inmediatamente después de salir de la clínica, el doctor Malden iba a traer a casa a su amigo a cenar.

—¿Le dijo ella a usted el nombre de ese amigo?

—Sí, señor.

—¿Quién era?

—Un tal señor Darwin Kirby. Hacía muchos años que era amigo del doctor Malden. Había conocido a éste mientras ambos se encontraban en un regimiento, cumpliendo el servicio militar.

—Continúe, ¿qué más dijo la señora Malden?

—Dijo que iba a estar ocupada atendiendo al amigo del doctor Malden. Que no podría venir a verme aquel anocheecer.

—¿Es que previamente había habido un acuerdo en el sentido de que la señora Malden iba a ir a verlo a usted aquel anocheecer?

—Sí, señor.

—¿Y ella fue al apartamento de usted a eso de las seis de la tarde para decirle que, debido a tales circunstancias, no podría acudir?

—Sí, señor.

—Bueno, ¿qué otra cosa le dijo a usted?

—Me dio este frasco de whisky.

—¿Y qué le dijo, si dijo algo?

—Dijo que éste era el frasco de whisky del doctor Malden y que lo pusiese en la avioneta para que lo tuviera a mano; que él iba a despegar para Salt Lake City al día siguiente y que ella había llenado el frasco con whisky.

—¿Dijo que era ella quien lo había llenado?

—Sí, señor.

—Creo que ha afirmado usted que el doctor Malden acostumbraba llevar un frasco de whisky en la avioneta, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Viajó usted alguna vez en la avioneta con el doctor Malden?

—Sí, señor.

—¿Como pasajero?

—Algunas veces como pasajero, otras veces llevaba el aparato cuando el doctor Malden se sentía cansado.

—¿Tiene usted licencia de piloto?

—Sí, señor.

—¿Y sabe usted por qué el doctor Malden lleva whisky en la avioneta?

—Él me dijo que...

—No se preocupe de lo que le dijera. Le estoy preguntando a usted ahora lo que haya observado por sí mismo en cuanto a esa costumbre del doctor Malden.

—Bueno, tomaba whisky de vez en cuando para estimularse, para mantenerse despierto.

—¿Para mantenerse despierto?

—Tomaba tabletas de cafeína y con ellas tomaba whisky. La combinación era una gran ayuda para mantenerse despierto.

—Ahora, con objeto de que no haya ningún equívoco —dijo Hurley—, como colijo de la declaración de usted, la señora Steffanie Malden, la acusada en este caso, en la tarde del día ocho de este mes, le dio a usted este frasco de whisky a eso de las seis de la tarde y le dijo que lo había llenado de whisky, ¿no es así?

—Eso es lo que dijo.

—¿Le entregó a usted el mismo frasco que ahora está registrado como prueba número uno?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo usted con ese frasco de whisky?

—Lo llevé al garaje donde el doctor Malden guarda su coche y metí el frasco de whisky en una especie de almohada que es donde el doctor Malden guardaba siempre el whisky, y dejé la almohada en el coche.

—¿Y esa especie de almohada, como usted la ha llamado, consistía en la almohada con cremallera dentro de la cual se encontró el frasco de whisky?

—Sí, señor.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Bueno, naturalmente yo estaba esperando que el doctor Malden me llamase por teléfono, porque era yo quien tenía que llevarlo al aeropuerto, pero la llamada no llegó aquella noche y

tampoco llegó a la mañana siguiente. Esperé y seguí esperando hasta mediodía aproximadamente, aguardando siempre que llegara la llamada. Pensé que quizás el doctor Malden se había visto retenido por algún caso urgente y...

—No nos importa lo que usted pensara; límitese a explicar lo que ocurrió.

—Bueno, pues estuve aguardando en mi cuarto para ver si recibía la llamada telefónica.

—¿Y no recibió usted esa llamada?

—No, señor.

—¿No llevó usted al doctor Malden al aeropuerto el día de su muerte?

—No, señor.

—¿Volvió usted a ver aquel frasco de whisky después que le fue entregado por la señora Malden y después que lo colocó en el interior de la almohada con el estuche de caucho y después que puso la almohada en el coche del doctor Malden y con anterioridad al momento en que se encontraron ambas cosas entre los restos del aparato?

—No, señor, no lo vi.

—Ahora bien, ¿habló de alguna otra cosa con la señora Malden aquella noche?

—Sí, señor.

—¿Mientras ella estaba en la habitación de usted?

—Sí, señor.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo que no tenía la impresión de que el doctor Malden fuese a vivir mucho tiempo y me preguntó si querría yo casarme con ella si le sucedía algo a su esposo.

Detrás de él, Mason oyó cómo la señora Malden lanzaba un grito sofocado, una estrangulada exclamación que llegó a manifestarse en unas palabras susurradas:

—¡El muy embustero!

Se dispuso a levantarse de su silla. Mason le puso una mano en el hombro.

—Siéntese —ordenó.

Los periodistas tomaron nota del incidente.

Hurley dijo al testigo:

—Ahora no voy a hacerle a usted ninguna pregunta relativa a cualesquiera conversaciones anteriores ni a pedirle ninguna explicación sobre las relaciones existentes entre usted y la señora Malden; voy a preguntarle únicamente lo relativo a esa conversación. ¿Me comprende?

—Sí, señor.

—Quedamos, pues, en que a aquella hora y en aquel sitio ella le dijo que tenía la impresión de que el doctor Malden no viviría mucho tiempo y le preguntó si usted se casaría con ella en caso de que se quedase viuda, o palabras por el estilo, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Repregunte —propuso Hurley a Mason.

Mason se puso en pie.

—Con la venia del tribunal, deseo ahora presentar la objeción a que me referí antes de que se iniciase esta parte de la declaración.

—Muy bien.

—El propósito de esta declaración —empezó Mason— es indudablemente mostrar que la acusada en este caso tenía acceso a ciertos narcóticos que poseía el doctor Malden por exigencias de su profesión, que ella tenía motivos para saber que su esposo llevaba consigo un frasco en sus viajes en su propia avioneta y que de vez en cuando tomaba un sorbo de ese frasco; que ella había llenado el frasco y había aprovechado la oportunidad de añadir alguno de los narcóticos a los que tenía acceso; que como resultado de este plan, el doctor Malden quedó vencido por un desfallecimiento causado por la acción del narcótico en cuestión y su avioneta se estrelló en el desierto.

El juez Telford miró al fiscal interino del distrito.

—Supongo que eso es sustancialmente correcto, ¿no le parece, señor fiscal del distrito?

—Sí, señoría —respondió Hurley—. Además de eso, debo mencionar que hasta ahora sólo hemos comentado la presencia de sulfato de morfina en el whisky. Pero todavía no hemos presentado un análisis cuantitativo que indique la cantidad de droga que hay en ese whisky, pero me propongo mostrar que el whisky estaba cargado con una cantidad tal de morfina que, con sólo una pequeña

cantidad del whisky de esa botella, el efecto sería el de pasmar los sentidos. El mareo y la inconsciencia se producirían con una velocidad tal, que la persona afectada, especialmente si iba pilotando una avioneta, sería incapaz de luchar contra esas sensaciones, aunque tuviese alguna sospecha de la causa de las mismas. Creo que el tribunal debería considerar todos estos asuntos en relación con cualesquiera objeciones que desee hacer la defensa, porque dispongo del testigo que puede declarar en cuanto al examen cuantitativo. Está aquí en la sala y, en el curso normal del juicio, será mi próximo testigo.

—Estoy de completo acuerdo con el señor fiscal —dijo Perry Mason, saludando al tribunal con una inclinación de cabeza—. Puesto que no hay ningún jurado presente, opino que el tribunal debería tomar en consideración la postura de la acusación en este caso y la naturaleza de la prueba que desea presentar.

»Ahora bien, con la venia del tribunal, deseo objetar contra la introducción de cualquier prueba que tienda a relacionar a la acusada con cualquier crimen mientras no se haya demostrado que se ha cometido un crimen. Me doy cuenta de que sólo estoy exponiendo una bien conocida regla de derecho cuando insisto en que es necesario para la acusación demostrar la existencia de un *corpus delicti* antes de que pueda haber ninguna prueba que tienda a relacionar a un acusado con semejante crimen.

Mason sonrió afablemente y se sentó.

El juez Telford se volvió hacia los acusadores.

—¿Desean ustedes ser oídos? —preguntó con rostro que era una máscara de impasibilidad judicial y con voz que no dejaba traslucir el menor indicio de sus sentimientos.

—Nada más lejos de mi ánimo que no respetar la regla general del derecho —barbotó Hurley airadamente—, pero, desde luego, no comprendo adónde quiere ir a parar el señor Mason. Hay aquí un hombre muerto. Un hombre que fue evidentemente asesinado por medio de un whisky envenenado que ingirió y que, por lo menos, según la presunción *prima facie* de prueba circunstancial como ahora existe, fue preparado deliberadamente, para que él lo bebiera, por la acusada en el caso, una mujer que estaba en situación de aprovecharse muchísimo de la muerte del hombre.

»Afirmo que, por ahora, no estoy presentando todas las pruebas que podré presentar en el momento del juicio. Me refiero a la prueba en cuanto a los motivos y a una historia pasada que será reveladora de los motivos.

»Hubo alguna vacilación por nuestra parte al poner a Castella en el estrado porque comprendíamos que la defensa indudablemente explotaría esta situación y queríamos, por eso, no dejarnos ganar la mano. Sin embargo, afirmaré que este testigo puede declarar e indudablemente declarará en el interrogatorio, que hubo relaciones de intimidad entre él y la inculpada en el caso; que él tenía motivos para conocer que la acusada también se había provisto de un duplicado de la llave del compartimiento de narcóticos del doctor Malden y que hubo una retirada subrepticia de los narcóticos del doctor Malden en forma que llegó a parecerle muy extraña a éste; que estos narcóticos habían sido retirados por la acusada a causa de su encaprichamiento por el testigo, Ramón Castella, y muy bien podemos conocer ahora que Ramón Castella, a su vez, estaba proveyéndose de fondos mediante la entrega de estos narcóticos a una cadena de tratantes en drogas que se encargaba de distribuirlos. No es un cuadro agradable. Es un cuadro que habría preferido omitir en este juicio preliminar, pero indudablemente algo de eso quedaría al descubierto en las preguntas.

El juez Telford miró por encima de sus gafas a Mason.

—Desde luego, señoría —dijo Mason, todavía sonriendo afablemente—, después de haber interrogado al testigo respecto a su declaración, difícilmente podría objetar contra la misma. Consecuentemente, por ahora renuncio a hacer ninguna objeción de este tipo. Pero creo que el señor fiscal ha comprendido mal el propósito de mi objeción. A lo que me estoy refiriendo es a que no hay ningún *corpus delicti*, porque *no hay ninguna prueba de que el cuerpo encontrado en la avioneta fuese el del doctor Malden*.

»»Personalmente, creo que es una suposición acertada la de que el doctor Malden, en el último momento, sugirió a su amigo Darwin Kirby que éste llevase la avioneta hasta Salt Lake City, pues el doctor Malden proyectaba pasar el fin de semana con una amiga con la que mantiene relaciones extramatrimoniales.

—¡Cielo santo —exclamó Hurley—, no tiene usted el más débil

vestigio de prueba de eso! No hay el menor indicio de una cosa así que se haya revelado ni en las pruebas ni en la investigación llevada a cabo por la policía.

—Entonces es que la policía no ha hecho la investigación adecuada —replicó Mason—. Tengo motivos para creer que el doctor Summerfield Malden está perfectamente vivo en estos momentos; que el cadáver que se encontró en la avioneta era el de su amigo Darwin Kirby; que por razones que él las sabrá mejor que nadie, el doctor Malden decidió desaparecer; que tan pronto como se enteró de que su amigo se había estrellado y de que las autoridades pensaban que el cuerpo carbonizado era el suyo, deliberadamente desapareció.

—Pero no hay la menor prueba de eso. No puede usted aducir ni un solo vestigio de que las cosas ocurrieran así —protestó Hurley.

—No tenemos por qué hacerlo —le replicó Mason—. La ley hace eso por nosotros. La ley dice que son ustedes quienes tienen que probar la existencia del *corpus delicti* antes de que puedan aducir alguna prueba que relacione al acusado con el crimen, especialmente alguna prueba de requerimiento por parte del acusado.

—Eso es un mero tecnicismo —dijo Hurley airadamente.

—No, no lo es —le contestó Mason—. Es una prudente regla del derecho sustantivo. Es un medio con el cual la ley salvaguarda los derechos de personas inocentes.

»La acusación actúa siempre sobre el supuesto de que el acusado es culpable y que cualesquiera salvaguardias con que la ley pueda envolver al acusado son tecnicismos legales.

Mason se sentó.

El juez Telford miró a los bisbiseantes fiscales interinos del distrito y luego, por encima de sus gafas, examinó una vez más a Perry Mason.

—¿Tiene usted alguna prueba de eso? alguna prueba, por pequeña que sea, señor Mason. ¿O está recurriendo simplemente a la conjetura?

—Tengo una prueba circunstancial muy sólida —respondió Mason—. No puedo ahora decir cuál es esa prueba, pero tengo toda clase de razones para creer que el doctor Malden, en estos

momentos, está en compañía de una mujer joven de la que se ha enamorado. No me interesa revelar el nombre de esa persona ni me interesa decir cuál es la prueba. Respetuosamente, propongo al tribunal que se admita que me refiera a esa prueba únicamente sobre la base de mi buena fe.

El juez Telford desvió nuevamente la mirada hacia los fiscales interinos del distrito.

—¿Tienen ustedes alguna prueba que demuestre que el cadáver encontrado en la avioneta era el del doctor Malden?

Hurley se puso en pie.

—Señoría —dijo—, esto nos ha llegado como una sorpresa muy considerable.

—Lo comprendo —comentó el juez Telford—, pero lo que estoy preguntándole es si tiene alguna prueba con la que demostrar la identidad de ese cadáver.

—Puedo afirmarle esto, señoría: que el doctor Malden fue al hangar; que rellenó el plan de vuelo de su avioneta; que probablemente despegó en su aparato; que se encontró un cadáver en la avioneta estrellada y que la suposición razonable es que el cuerpo fuera el del doctor Malden.

—Ése es un razonamiento muy lógico —intervino Perry Mason—, salvo en un punto. No hay ninguna prueba de que fuese el doctor Malden quien despegó de la pista en aquella avioneta.

—Pero él rellenó un plan de vuelo —protestó Hurley.

—No digo que no lo hiciera —replicó Mason—. Pero siga adelante y demuestre que fue el doctor Malden quien despegó en su avioneta. ¿Quién vio el despegue? ¿Quién condujo al doctor Malden al aeropuerto?

—Supongo que lo llevó su amigo Darwin Kirby.

—Entonces haga comparecer como testigo de la acusación a Darwin Kirby.

—No sé dónde está. He tratado de encontrarlo.

—Está muerto —dijo Mason, y se sentó.

—Me permito indicarle, señoría —dijo Hurley—, que es a la defensa a quien corresponde aportar la prueba de eso.

—Estoy de completo acuerdo con la acusación —replicó Mason—. Si fuésemos nosotros los que necesitáramos la prueba,

deberíamos presentarla, pero no la necesitamos. Es a la acusación a quien corresponde probar que el doctor Malden está muerto.

—¿Han hecho ustedes algo para procurar poner en claro la identidad del cadáver que estaba en la avioneta? —preguntó el juez Telford a los fiscales.

—El cuerpo estaba quemado de forma que era imposible el reconocimiento. Creo que digo la verdad si afirmo que estaba quemado hasta un punto tal, que se hacía imposible el reconocimiento.

—¿Han hecho ustedes algo —insistió el juez Telford— para tratar de establecer la identidad del cadáver que se encontró en aquella avioneta?

—Sólo mediante la identificación del aparato y basándonos en el plan de vuelo y, naturalmente, rigiéndonos por la prueba circunstancial de una normalidad rutinaria.

—¿Han hecho algunas gestiones —preguntó el juez Telford— para averiguar quién sacó aquella mañana del garaje el coche del doctor Malden?

—Las hemos hecho —respondió Hurley.

—¿Tienen algún dato que puedan presentar?

—Podríamos presentarlo si fuera necesario, pero no prueba nada.

—¿Quién llevó el coche del doctor Malden al aeropuerto? —preguntó el juez Telford.

Hurley pareció mostrarse remiso en contestar a la pregunta.

—Bueno, ¿qué pasa? —instó el juez Telford, con una súbita sospecha que daba a su voz un filo agudo de acritud.

—El doctor Malden, cuando salió de su casa aquella mañana, iba acompañado por su huésped Darwin Kirby —repuso Hurley—. Por lo que hemos podido averiguar, el doctor Malden condujo directamente hasta el aeropuerto.

—Entonces, el coche del doctor Malden debió ser dejado en el aeropuerto —replicó el juez Telford—. Si la suposición de ustedes es correcta y el doctor Malden llevó a su amigo al aeropuerto y luego despegó con su avioneta, el coche aparcado sería un eslabón en la cadena de la prueba circunstancial.

Hurley pareció sentirse incómodo. El juez Telford insistió:

—¿O es que no lo sería?

—Podría serlo, señoría.

—Supongo que encontrarían ustedes ese coche aparcado en el aeropuerto en el sitio donde lo dejó el doctor Malden. Sugiero que les convendría más presentar una prueba respecto a eso antes de que el tribunal decida sobre la petición del señor Mason.

—Lo siento, pero no tenemos esa prueba —confesó Hurley.

El juez Telford mostró sorpresa y un creciente interés.

—¿Quién sacó el coche del doctor Malden del aeropuerto? —preguntó.

—No lo sabemos, señoría.

—¿Dónde está ahora el coche del doctor Malden?

—Con la venia del tribunal —dijo Hurley—, opino que, por el momento, estamos hablando de una objeción que ha sido retirada y...

—¿Sabe usted dónde está ahora el coche del doctor Malden? —le interrumpió el juez Telford.

—Hasta ahora, no hemos podido localizar ese coche —confesó Hurley—. Consideramos que ése es un hecho que no tiene una importancia especial.

—¿Han realizado algún esfuerzo para encontrar a Darwin Kirby?

—Nos gustaría mucho interrogar al señor Kirby.

—¿Han hecho algún esfuerzo para encontrarlo?

—Sí, señoría, pero el tribunal debe mostrarse comprensivo con nosotros. Por lo visto, Darwin Kirby es un individuo bastante excéntrico. Ni siquiera su amigo íntimo, el doctor Malden, tenía la dirección de Kirby. Sólo cuando Kirby telefoneó al doctor Malden diciéndole que estaba en la ciudad, tuvo éste alguna idea de dónde se hallaba Kirby, y esto, a pesar del hecho de que eran amigos íntimos.

Mason intervino:

—Parece ser, señoría, que Darwin Kirby iba a tomar un avión con destino al este. Desde luego, parece que sería posible averiguar por las listas de pasajeros si tomó efectivamente o no este avión.

Hurley permaneció sombríamente silencioso.

—¿Se ha hecho algún intento para saber adónde ha ido Darwin Kirby? —preguntó el juez Telford.

—Tenía una reserva en un avión con destino al este, señorita, pero en las listas de la compañía aparece anotado bajo el epígrafe «no comparecido», lo cual significa que no se presentó en el aeropuerto.

—Con la venia, señorita —dijo Mason—, creo que ahora tenemos el cuadro completo. Dos hombres fueron en el coche del doctor Malden al aeropuerto. Darwin Kirby iba a tomar un avión con destino al este. El doctor Malden tenía el proyecto de pilotar su propia avioneta hasta Salt Lake City. Si lo hubiese hecho así, si no hubiese habido cambio alguno en sus planes, su coche tendría que haber sido localizado por la policía.

—Todo lo que demuestra la argumentación del señor Mason — se apresuró a decir Hurley— es que Darwin Kirby puede haber robado el automóvil del doctor Malden.

El juez Telford sacudió la cabeza.

—Opino que, dadas las circunstancias, debería existir alguna identificación del cadáver encontrado en la avioneta ¿Qué pasa respecto a la dentadura? ¿Se ha hecho algún esfuerzo para cotejar las piezas dentales?

—Se ha hecho un esfuerzo, señorita, pero no ha resultado concluyente.

La voz del juez Telford se afiló de suspicacia:

—¿Por qué no ha resultado concluyente?

—Pues..., bueno..., parece que el dentista no está seguro del todo en cuanto a la historia personal de algunos de sus pacientes.

—¿Por qué no lo está?

—Bueno, puede deberse al hecho de que el doctor Malden era un hombre muy ocupado y no visitaba con mucha frecuencia a su dentista. Es posible que consultase a otro que le hiciese algún arreglo... estamos investigando esa fase del caso.

—¿Quiere usted decir —exclamó el juez Telford— que el diagrama dental del cadáver que se encontró en la avioneta no coincide con el diagrama del dentista del doctor Malden?

—Bueno, así es, por supuesto, expresándolo más bien tajantemente.

—No sé cómo va usted a hacer una afirmación de esa índole sin hacerla tajantemente —dijo el juez Telford—. ¿Así está la cosa?

—Bueno..., tengo toda la impresión, señoría, de que el cadáver es el del doctor Malden. Tengo la impresión de que ésta es la única inferencia razonable y...

—¿Hace usted el favor de contestar a mi pregunta? —disparó el juez Telford.

—No, señoría, los diagramas no concuerdan en todos los detalles.

—En tales circunstancias —anunció el juez Telford—, voy a admitir la objeción.

—En tales circunstancias —replicó Hurley—, me parece que es leal decirle a la defensa que, en este momento, retiramos la denuncia por la que se acusaba a la señora Malden de asesinato. Sin embargo, presentaremos su caso al Gran Jurado y procuraremos conseguir una inmediata acusación o presentaremos otra denuncia contra ella. El hecho de que quede rechazado un cargo en el momento del juicio preliminar no es en modo alguno impedimento para una acusación ulterior.

—Bueno, si van ustedes a proseguir con una acusación ulterior —disparó el juez Telford—, sugiero que pongan las cartas sobre la mesa. El señor Mason, por lo visto con suficientes fundamentos, tiene pruebas que indican que el doctor Malden no estaba en la avioneta en el momento en que ésta se estrelló.

—Me gustaría saber qué pruebas son esas —dijo Hurley.

—Da la casualidad de que no hay ninguna obligación por parte de la defensa de presentar esas pruebas ante usted —dictaminó el juez Telford—. Además, el tribunal opina que, en vista del curso seguido en este juicio, todo el procedimiento ha sido un tanto prematuro, por no decir algo más.

—Nos vimos obligados a entablar la acción porque el señor Mason nos estaba amenazando con el *habeas corpus*.

—Y lo amenazo de nuevo —advirtió Mason—. Si van ustedes a retirar este caso, releven a la acusada de la custodia a que está sometida.

—No tenemos por qué hacerlo.

—Ustedes tienen que darle permiso para irse, o acusarla.

—La acusaremos.

—Bueno —intervino el juez Telford—, ¿cuál es el estado

presente de este juicio preliminar?

—Optamos por decir que el caso permanece *sub judice* —contestó Hurley.

—Muy bien —decidió el juez Telford—. A instancias de la acusación, el caso contra Steffanie Malden queda *sub judice* y la acusada se ve libre de la custodia.

En la sala se alzó un gran rumor de comentarios.

Perry Mason ayudó a la señora Malden a ponerse en pie y se abrió camino con ella en medio de la multitud en dirección hacia las habitaciones del juez Telford.

—¿Puedo hablarle un instante? —preguntó Mason al juez.

El juez Telford asintió con una inclinación de cabeza.

Mason y la señora Malden lo siguieron a sus habitaciones:

—Era para anunciarle, señoría —dijo Mason—, mi propósito de explicarle, si usted desea saber algunos hechos de este caso, la prueba sobre la cual fundo mi suposición de que el doctor Malden no está muerto.

El juez Telford meneó la cabeza.

—No quiero hacerme parcial, señor Mason. He aceptado la afirmación que ha hecho usted en la sala respecto a que disponía de una prueba. Pero mi decisión no la basé en esa afirmación. Meramente consentí que fuera admitida la objeción presentada por usted. No creo que haya motivo alguno para que tenga usted que insistir sobre el asunto.

—Muy bien —repuso Mason—. Gracias, señoría, por su atención.

Agarró a la señora Malden por el codo y la condujo a otra puerta de las habitaciones del juez Telford, una puerta que se abría directamente al pasillo encima de la escalera

—Señor Mason —dijo ella—, todo eso era una mentira. Nunca he tenido nada que ver con ese miserable de Castilla. Es un grandísimo embustero, un perjuró...

—Cállese y escuche —le ordenó Mason, empujándola hacia la escalera—. Va a ir usted al lavabo de señoras que está en el tercer piso. Allí la espera Della Street. Le dará a usted una maleta que contiene las cosas que necesita para sus necesidades más inmediatas. Coja la maleta, baje por la escalera hasta la planta baja.

Tome un taxi hasta la terminal de ferrocarril y, cuando llegue allí, tome otro taxi distinto. En ese segundo taxi trasládese al hotel Biltmore. Allí vuelva a cambiar de taxi y diríjase a los apartamentos Dixiewood. He aquí la llave del apartamento 928-B. Suba y quédese allí. No salga. Procure que no la vean en el ascensor. Los comestibles que necesite encárguelos haciéndose pasar por señora Amboy. Aquí tiene ciento cincuenta dólares para sus gastos más urgentes.

—Pero, señor Mason, no comprendo. Yo no...

—No hay tiempo para explicarle nada —la interrumpió Mason.

—Pero seguramente, señor Mason, es del todo imposible que usted crea que mi marido está vivo.

—No tengo tiempo de hablarle de eso —repuso Mason—. Tome este sobre, lea cuidadosamente las instrucciones que van dentro, luego rompa el papel en pedacitos y tírelos por el water. Ahora coja la maleta, baje y haga todo lo que le he dicho. No dispone de mucho tiempo. Bueno, ya está. Entre en el lavabo. ¡Dese prisa!

Mason se quedó junto a la escalera aguardando.

Pocos minutos más tarde, Della Street, portando una maleta y llevando un vestido que era casi idéntico en el corte, dibujo y color al vestido de la señora Malden, salió a toda prisa del lavabo.

—¿Va bien todo? —preguntó.

—Hasta ahora, sí —repuso Mason—. ¿Cómo se ha portado ella con usted?

—Está aturdida, pero se ha mostrado obediente.

—Muy bien —dijo Mason—. Vámonos.

Della Street y Mason descendieron apresuradamente por la escalera hasta la planta baja, luego cruzaron la entrada del edificio. Mason acompañó a Della hasta pasar junto a la mesa de información y juntos salieron directamente a la calle.

Paul Drake, sentado en un coche alquilado situado frente a una boca de riego, con el motor en marcha, se retiró del volante y salió.

Mason saltó al volante, Della subió junto a él y Drake cerró la portezuela.

Mason apartó el coche del bordillo de la acera y se metió en la corriente del tráfico.

Della Street, con un sombrero de alas tan anchas que le tapaba

el rostro, hundió ligeramente la cabeza.

Un periodista, al ver que Mason se alejaba del bordillo, gritó:

—¡Oiga, señor Mason, queremos una...!

—Luego —gritó Mason, metiéndose ya en la corriente del tráfico.

Al cabo de cinco minutos, Della Street se recostó en el asiento, se quitó el sombrero de anchas alas, lo tiró al asiento trasero y le preguntó a Mason:

—¿Puede usted decirme ahora mismo por qué todo este embrollo?

—¿Lleva usted una maleta en el portaequipajes? —preguntó a su vez Mason. Ella asintió con una inclinación de cabeza—. ¿Preparada con todo lo que pueda necesitar para una estancia un poco larga?

Ella volvió a asentir con la cabeza. Mason aceleró el coche entre el remolino del tráfico.

—Por lo que a usted se refiere, Della, va a hacer un trabajo de investigación. Vamos a buscar a Gladys Foss. La última dirección que teníamos era la de Salt Lake City, pero no creo que esté allí.

—¿Por qué no?

—Tengo motivos para creer —repuso Mason— que está en Sacramento o en Stockton.

—¿Por qué?

—Por las deducciones que he hecho —empezó a explicar Mason—. Gladys Foss estuvo en los apartamentos Dixiewood. Recogió allí sus cosas. Había estado conduciendo durante mucho tiempo. Estaba cansada. Al anochecer debió de cruzar una zona donde había muchos mosquitos. No habría tropezado con tantos mosquitos si hubiese venido por Las Vegas y por el desierto. Ésa es la ruta que habría tomado normalmente si hubiese partido desde Salt Lake City.

—Eso parece razonable —comentó Della Street.

—Por tanto —continuó Mason—, tiene que haber venido por el valle de San Joaquín. Ahora bien, ¿por qué mintió al decirme la ruta que había tomado?

Della Street reflexionó.

—Probablemente porque tiene un escondrijo en algún punto del valle de San Joaquín.

—No en el valle de San Joaquín —opinó Mason—. Es más probable que sea en Sacramento o en Stockton. Me parece mejor en Sacramento.

—Continúe —instó Della Street.

—Siempre que hemos tratado de enterarnos de cosas sobre el doctor Malden —prosiguió Mason—, hemos hallado que es un hombre astuto, frío, tranquilo, una verdadera máquina calculadora, un hombre de cerebro privilegiado y, sobre todo, un hombre que planea cada una de sus cosas hasta el último detalle.

—¿No cree usted que esté muerto? —preguntó Della Street

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Mason—. Todo lo que sé es que hay un defecto en la prueba. Tenía el presentimiento de que ese defecto existía. Tenía el presentimiento de que el fiscal del distrito había tropezado también con ese defecto y había decidido disimular esa laguna.

—¿Cree usted que las posibilidades son de que él esté realmente vivo o fue un farol que jugó contra la acusación?

—Hay una posibilidad de que esté vivo —contestó Mason—. Veamos cómo ocurrieron las cosas. Gladys Foss es la amiguita del doctor Malden. A raíz de la presunta muerte de éste, ella se empeñó en hacerme creer que había estado malversando dinero, luego se escapó. ¿Por qué haría eso?

—Me doy por vencida —confesó Della Street—. ¿Por qué, según usted?

—Porque —respondió Mason— eso era arrojar una piedra en el mecanismo de la investigación del impuesto sobre la renta. Si ella había estado malversando dinero incluso antes de que el doctor Malden lo recogiese, el hecho de que Malden no hubiese declarado ese dinero como parte de sus ingresos no tendría los mismos aspectos siniestros que, de otro modo, tendría un fraude de cien mil dólares.

Una vez más, Della Street asintió con una inclinación de cabeza. El abogado continuó:

—Ahora bien, Gladys Foss tuvo buen cuidado de no decirme que en realidad había estado malversando dinero. Decía siempre: «Supongamos que he estado malversando dinero».

»No creo que Gladys Foss le tuviese tanta simpatía a la señora

Malden como para hacer una declaración así únicamente con objeto de aliviar la situación de esta última. Más bien creo que hacía esto obedeciendo a un plan de campaña deliberadamente preparado.

»He aquí otra pista. Gladys Foss jugaba a las carreras de caballos. Hacía apuestas por medio de Ray Spangler. Eran unas apuestas un tanto raras. Eran apuestas que formaban parte de un sistema muy meticoloso. Se trataba no sólo de un sistema al que Spangler no se podía oponer y que, por lo visto, era un sistema de razonable éxito, sino que, además, era algo tan pensado que resultaba mortalmente eficaz. El corredor nunca tenía la posibilidad de ganar una gran cantidad del dinero de la muchacha, pero en cambio ésta sí la tenía de sacar una cantidad muy importante del corredor.

—Pero, naturalmente —objetó Della Street—, tiene usted que tomar en consideración los puntos de ventaja, como pasa en todas las apuestas desiguales. Si los puntos de ventaja eran correctos, el corredor podía permitirse ese lujo.

—Ésa es exactamente la cuestión —dijo Mason—. En los últimos doce meses, ella se alzó con el pleno. La última vez fue una ganancia importante —Della Street inclinó la cabeza, dando a entender que comprendía el razonamiento—. Consideremos ahora la intervención del elemento humano —prosiguió Mason—. He aquí una enfermera que es la mano derecha del doctor Malden. Es también su amante. Es joven y guapa. Es una mujer que se deja llevar por sus sentimientos. Debe de ser impulsiva. ¿Cómo jugaría ella a las carreras de caballos? ¿Cómo haría sus apuestas si hubiese estado malversando dinero para pagarlas?

—¿Quiere usted decir que no se habría mostrado tan matemáticamente meticolosa?

—Eso es —aprobo Mason—. Cuando un empleado malversa dinero para apostar en las carreras, especialmente cuando lo malversa de un principal que le ha concedido su fe y confianza y una posición de responsabilidad, es porque el empleado se ha dejado arrastrar a un torbellino de desastre. Si Gladys Foss se hubiera visto obligada a malversar dinero para jugar a las carreras, habría sido porque se encontraba frente a pérdidas que no podía pagar y obligada a ganar bastante dinero para reponer la cantidad

de que hubiese dispuesto. Ése es siempre el mecanismo de la malversación para juegos.

»Pero, en lugar de eso, pierde. Entonces se ve metida en una terrible vorágine. Ha malversado ya. Tiene el sentimiento de que, por fin, podría descubrir el modo de ganar. Sólo le queda una alternativa, y es la de lanzarse de lleno.

»No, Della, el malversador es, por regla general, el que se lanza a fondo. Especialmente cuando se trata de una mujer joven, guapa, sentimental e impulsiva.

Una vez más Della Street asintió en silencio. El abogado prosiguió:

—Pero en este cuadro hay una mente magistral. Es el doctor Summerfield Malden, quien quería obtener grandes cantidades de dinero en metálico. No le interesaba nada que pudiese entregársele en forma de cheque y tampoco estaba interesado en pequeñas ganancias.

»El doctor Malden estaba retirando todo el dinero que podía de su consulta, siempre que fuese en metálico. El doctor Malden habría acogido gustosamente cualquier oportunidad de detraer pequeñas cantidades de metálico de su negocio y arriesgar ese dinero en apuestas siempre que existiese la posibilidad de que, si ganaba, podía cobrar grandes cantidades en dinero contante y sonante.

—Pero, más tarde o más temprano, a esas ganancias se les podría seguir la pista y...

—No era forzoso que fuese así —la interrumpió Mason—, especialmente si tenía buen cuidado de hacer las apuestas en nombre de su enfermera.

—Viéndolo desde ese punto de vista, es cierto que resulta lógico lo que usted dice —reconoció Della Street.

—Además —prosiguió Mason—, cuando fui a visitar a Gladys Foss, ella me hizo pasar a un saloncito. Tardó un poco en abrirme, pero me explicó la tardanza diciendo que se había estado bañando. Probablemente era verdad, pero cuando entré en el saloncito la butaca estaba caliente, el periódico de la noche con las noticias sobre las carreras se encontraba en el suelo justamente en el sitio donde una persona que hubiese estado sentada en la butaca lo habría dejado caer para levantarse y esconderse en alguna parte al

oír mi llegada.

—¿Quiere usted dar a entender que en aquellos momentos estaba el doctor Malden en la casa?

—¿Por qué no? —preguntó Mason—. ¿Qué mejor sitio para él?

—Entonces, eso explicaría por qué Gladys Foss se marchó con tanta prisa.

—Exactamente —aprobó Mason—. Gladys Foss es inteligente. Al volver a la salita, vio que me había sentado en la butaca que hasta pocos momentos antes había ocupado el doctor Malden. Calculó que la butaca debía de estar tibia. Vio que, con toda probabilidad, me habría fijado en el periódico abierto por la página de las carreras.

—Pero, ¡cielo santo! —exclamó Della Street—, ¿es que el doctor Malden iba a traicionar tan deliberadamente a su amigo Darwin Kirby? ¿Tan a sangre fría, tan inhumanamente? Es algo que me pone la carne de gallina. Figúrese al doctor Malden sugiriendo a su más íntimo amigo, Darwin Kirby, que éste lleve su avioneta hasta Salt Lake City, sabiendo que la avioneta iba a estrellarse.

—No pase usted por alto el hecho —replicó Mason— de que el doctor Malden muy bien podría no tener el propósito de desaparecer. Podría haberle pedido a Darwin Kirby simplemente que llevase su avioneta a Salt Lake City, y el accidente podría haber sido una mera cosa fortuita.

»Por otra parte, podría ser verdad que la señora Malden estuviese enamorada de Castella, que se hubiese comprometido con él en un tráfico de drogas para poder prepararse su nido amoroso y que deliberadamente echase morfina en el whisky, esperando desembarazarse así de su marido, pero que, en el último momento, no fuese éste quien pilotase la avioneta, sino Darwin Kirby.

—¿Es que él la sabía llevar?

—Naturalmente. Es un piloto de experiencia. Así es como se conocieron. Se hirió en un accidente, y el doctor Malden lo recogió y lo curó.

—Pero siempre será un asesinato, aunque la señora Malden no haya suprimido a la persona a la que deseaba suprimir o aunque el destino haya elegido a otra víctima.

—Desde luego —asintió Mason—, pero a ella la estaban

juzgando por el asesinato del doctor Summerfield Malden, no por otra cosa.

—¿No está usted protegiendo y ocultando a un criminal?

—El caso contra la señora Malden quedó anulado —contestó Mason.

—¿No maniobró usted para que ocurriese así?

—Estaba seguro de que Hurley caería en la trampa y suspendería el caso si pensaba que había algún defecto grave en la prueba.

—Pero él no tenía la intención de dejar que la señora Malden se marchase, ¿verdad?

—Claro que no. Su propósito era volverla a detener tan pronto saliese de las habitaciones del juez Telford.

—¿Y qué iba a hacer entonces?

—Entonces probablemente llevaría el caso ante el Gran Jurado y obtendría una acusación para no tener que molestarle con un juicio preliminar. Sería eso lo que habría hecho desde un principio si no hubiese sido porque temía que íbamos a presentar una auto de *habeas corpus*, ganándole así la mano.

—¿Y aguardó en la sala hasta que saliese usted de las habitaciones del juez Telford?

—Probablemente no aguardó tanto tiempo —repuso Mason—. El juez Telford nunca habría discutido conmigo ningún aspecto del caso estando presente una acusada en potencia. El juez Telford no habría dicho una palabra sobre el caso a menos que estuviera presente un representante del fiscal del distrito.

—O sea, que cuando usted entró en las habitaciones del juez Telford con la señora Malden sabía que el juez se negaría a sostener una conversación, ¿no es así? —Mason asintió inclinando la cabeza—. ¿Y cree usted que esa idea se le ocurrió también a Hurley al cabo de un rato?

—Eso es, al cabo de un rato —aprobó Mason con una sonrisa burlona.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Della Street.

—No lo sé —le respondió Mason—. Lo cierto es que pudimos bajar la escalera antes de que Hurley hubiese entrado en sospechas; de lo contrario, nos habría sido imposible salir.

—Pero así ha ayudado usted a escapar a una presa —le recordó Della Street.

Mason sonrió.

—No era una presa. El caso contra ella había quedado *sub judice*. El juez Telford manifestó claramente que a la acusada se la relevaba de toda custodia.

—¿Y qué va a hacer ahora Hurley?

Mason soltó una risita.

—O me equivoco mucho en mi conjetura, o Hurley se pondrá tan furioso que cometerá otro error.

—¿Cuál?

—Tratará de acusarme de que estoy ocultando a una fugitiva de la justicia.

—¿Cómo va a hacer eso?

—O bien presentará otra denuncia contra la señora Malden o comparecerá ante el Gran Jurado y conseguirá una acusación. Entonces publicará a los cuatro vientos que la señora Malden es una fugitiva de la justicia y que yo por todos los medios a mi alcance la estoy ayudando a esconderse.

—¿No sería eso un delito por parte de usted?

—Si lo estuviera haciendo, si

—¿Es que no lo está haciendo?

—De ninguna manera —Mason aflojó la marcha del coche y dijo —: Será mejor que vuelva a ponerse el sombrero, Della.

Della se recostó sobre el respaldo del asiento y recogió el sombrero de alas anchas. El abogado siguió dándole instrucciones:

—Voy a llevar el coche a una zona de aparcamiento, Della. La dejaré a usted en el centro de la manzana. Recoja su maleta y espéreme.

—¿Cuánto tiempo?

—Sólo unos pocos minutos. Aparcaré este coche, recogeré el resguardo y saldré a pie. Luego caminaré otra manzana calle abajo hasta llegar a una zona de aparcamiento donde tengo depositado mi propio coche. Lo sacaré, vendré aquí y la recogeré.

Ella lo miró con un ceño de perplejidad.

—Pero encontrarán este coche en la zona de aparcamiento, ¿no?

—Desde luego.

—¿Cuándo?

—A medianoche, cuando cierren. Tal vez antes.

—Y por la manera en que nos marchamos del palacio de justicia, todo el mundo tiene la idea de que yo soy la señora Malden y de que usted me hizo bajar por la escalera y entrar en un coche alquilado para poder mantenerme oculta, ¿no es así?

—Espero que así sea.

—Bueno, parece que una vez más recurre usted a su procedimiento favorito de meterse en jaleos —suspiró ella.

—No me quedaba otro remedio.

—¿Y qué he de hacer yo?

—Ir a Sacramento.

—¿Va a venir usted conmigo? —preguntó ella con una nota ligeramente gozosa en la voz.

Él sacudió la cabeza y ella se quedó silenciosa y decepcionada. Mason detuvo el coche.

—Se hará usted cargo de mi coche, Della. Irá a Sacramento. Se dirigirá allí al registro de la propiedad. Dará los pasos necesarios para congraciarse con las personas encargadas de llevar las transferencias de propiedad de vehículos. Se sienta usted allí y revisa esos apuntes como un halcón. O estoy muy equivocado, o usted va a descubrir que Gladys Foss ha vendido su automóvil a algún tratante de coches de segunda mano, probablemente en Ventura, Santa Bárbara, Bakerfield o algún sitio por el estilo.

Della Street reflexionó sobre aquello y dijo:

—¡Claro, ése es el movimiento más lógico! Ella puede vender el automóvil, comprar otro y...

—No creo que sea tan simple como eso —la interrumpió Mason—. Ni siquiera creo que compre ahora otro coche.

—¿Qué va a hacer, si no?

—Ya buscará otros medios de transporte. Ella está trabajando con arreglo a un plan. Ese plan ha sido cuidadosamente elaborado.

Della Street indicó silenciosamente que comprendía el razonamiento. El abogado continuó:

—Podemos enterarnos de muchos detalles por la situación del tratante de coches usados al que ella venda su automóvil. Lo venderá cobrando en metálico. Tiene que ser una forastera.

Regateará hasta el máximo. Llevará consigo su certificado de propiedad para demostrar que es dueña del coche. Tratará de conseguir todo lo que pueda. Recogerá en metálico el dinero que le den y se marchará. Tan pronto como descubra usted algunos datos, me los comunica. Me mantendré en contacto con Paul Drake. Usted comuníqueme a Paul dónde está residiendo.

—¿Y mientras tanto...?

—Mientras tanto —repuso Mason—, va a ser difícil localizarme. A últimas horas de la tarde la policía estará buscándome desesperadamente.

—¿Por qué motivo?

—Por facilitar y ayudar la huida de una presa, por conspiración criminal, por encubrir de la justicia a una fugitiva y por todas las demás cosas que se les pueda ocurrir.

Perry Mason dejó que bajase Della Street, luego llevó el coche hasta una zona de aparcamiento, recibió el resguardo numerado y caminó a lo largo de otra manzana hasta la zona de aparcamiento donde había dejado el coche de su propiedad.

Entregó el resguardo de aparcamiento, pagó los gastos y llevó su coche hasta donde lo estaba esperando Della.

—Bueno, Della, ahora ya es de usted —dijo.

—Me gustaría que viniese conmigo —repuso ella.

Mason le lanzó una sonrisita.

—Me temo que si fuese con usted, no podríamos llegar muy lejos.

Della Street se deslizó detrás del volante. El abogado la despidió con una sonrisa.

—Hasta pronto.

Ella hizo una mueca.

—Adiós —dijo, y puso el coche en marcha.

Él caminó lentamente a lo largo de la calle hasta que encontró una desocupada cabina telefónica en una estación de servicio. Llamó a Paul Drake.

—¡Hola, Paul! —dijo—, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? —exclamó Drake—. ¡Todo se ha echado a perder! Tengo que darte algunas malas noticias.

—Empieza.

—El cadáver que se encontró en la avioneta no era el de Darwin, ¿puede ser eso?

—Mis hombres han localizado a la señora Kirby. Vive en Denver, Colorado. Obtuvimos la dirección del dentista de Kirby. Uno de mis agentes fue a visitarlo. Conseguimos un diagrama de la dentadura de Kirby. Tiene fecha de seis años antes, pero, aun admitiendo que esté incompleto en la actualidad, hay pruebas suficientes para demostrar que el cadáver que se encontró en la avioneta no puede ser el de Kirby.

—¡Cáspita! —exclamó Mason.

—Así pues —continuó Drake—, esto vuelve a dejarnos en el punto de partida y, con toda probabilidad, a pesar de ciertas discrepancias en el diagrama dental, el cadáver es el del doctor Malden. El dentista que estuvo tratando al doctor Malden dice que la dentadura del cadáver podría ser la de Malden si éste hubiese encargado algún trabajo en la misma del que él no tuviese ninguna noticia. Pero el caso es que el cadáver no puede ser el de Kirby.

Mason reflexionó y preguntó luego:

—¿Cuál es la dirección de la señora Kirby, Paul?

—Hotel Brownstone, Denver.

—¿Reside allí con su verdadero nombre?

—Así es.

—¿Se ha puesto en contacto la policía con ella?

—No lo sé. Mis hombres han estado trabajando muy aprisa. Probablemente la policía habrá hecho lo mismo, Perry.

—¿Qué me dices sobre los agentes del fiscal del distrito? —preguntó Mason.

—¡Muchacho, están que echan chispas! El fiscal del distrito se arranca los cabellos, acusándote de conducta antiprofesional, de encubrir a una fugitiva de la justicia y...

—No es una fugitiva de la justicia —interrumpió Mason—. Quedó retirada la acusación. El tribunal dispuso que levantasen la custodia a que estaba sometida.

—Lo sé, pero Burger afirma que, de cualquier forma, fue un truco endemoniado.

—Puede que haya sido un truco endemoniado —comentó Mason—, pero sin constituir ningún delito. Hay una enorme diferencia

entre una cosa y otra, Paul.

—Bueno, pues va a ser un delito ahora. Burger se ha hecho cargo personalmente del caso. Va por tu cuero cabelludo, Perry. Ha rellenado otra demanda y un mandamiento de busca y captura acusando a las señora Malden de asesinato.

Mason sonrió.

—Por lo visto, no ha podido esperar a ir ante un Gran Jurado.

—Así es. Quiere convertirla en fugitiva de la justicia, por lo cual, si tenemos algo que ver con el hecho de mantenerla oculta, te harás culpable de un delito.

—Todo eso es magnífico —repuso Mason—. Della Street va a Sacramento, Paul. Se mantendrá en contacto contigo por teléfono.

—¿Dónde está la señora Malden, Perry? ¿Está contigo?

Mason se echó a reír.

—Siguiendo el consejo de la defensa, Paul, me niego a contestar, ya que de otra forma podría comprometerme.

—Y tanto que podrías —le contestó Drake.

Capítulo 12

Eran las diez y media de la noche, hora de Denver, cuando Perry Mason entró en el Hotel Brownstone. Atravesó el vestíbulo hasta llegar a una cabina telefónica desde donde preguntó por la señora Kirby.

Ella se puso al teléfono casi inmediatamente, casi como si hubiera estado esperando su llamada.

—Señora Kirby —dijo Mason—, me temo que usted no me conoce y, desde luego, me desagrada molestarla a estas horas de la noche, pero soy abogado y me gustaría hablar con usted sobre un asunto de cierta importancia.

—¿Cómo se llama usted, por favor?

—Perry Mason.

—¿Dónde está usted ahora, señor Mason?

—En el vestíbulo.

—¿Le importaría subir?

—¿No sería una molestia para usted?

—En absoluto.

—Gracias —dijo Mason—. Ahora mismo subo.

La señora Kirby, aguardando a Mason ante la puerta entornada de su habitación, le hizo señas cuando venía avanzando por el pasillo.

—Buenas noches, señor Mason —saludó ella—. Me imagino que su asunto tendrá algo que ver con las cosas de mi marido, ¿no es así? —Mason asintió con una inclinación de cabeza—. ¿Quiere hacer el favor de entrar?

Ella ocupaba una *suite* que tenía un saloncito suntuosamente amueblado. Un sistema de luz indirecta hacía que la habitación tuviera un aspecto íntimo y tranquilo. Los cómodos asientos eran

una invitación a sentarse y descansar.

—Tome usted asiento, señor Mason, por favor.

Ella cerró la puerta y se volvió de nuevo para estudiar a su visitante.

Era una mujer de poco más de treinta años, de nariz estrecha y afilada y ojos de un verde azulenco con puntitos oscuros. Sus labios eran delgados y si bien los había tocado un poco con el lápiz de labios, no había hecho esfuerzo alguno por agrandarlos. La barbilla era firme y ligeramente puntiaguda. Su voz era bien modulada, sus palabras resultaban muy claras por un esfuerzo consciente que, al parecer, había adquirido tras largos cuidados.

—¿Es usted un abogado de Denver, señor Mason? —preguntó—. Porque, si lo es, supongo que mi esposo no está ya representado por el señor Redfield, lo que me resulta una sorpresa.

Mason meneó la cabeza.

—Soy de California

—¡Ah! —dijo ella, y luego se quedó silenciosa, esperando que él continuase.

—Estoy muy interesado en saber algo sobre el paradero de su marido —explicó Mason.

Ella sonrió.

—¿Quién no lo está?

—Creo que quizá pueda usted proporcionarme alguna pista.

Ella lo estudió pensativamente.

—¿Por qué está usted interesado? —preguntó.

—¿Ha oído usted hablar algo de un amigo de su esposo, un tal doctor Summerfield Malden? —ella sacudió lentamente la cabeza, denegando—. El doctor Malden era un amigo muy íntimo de su marido, aunque no estoy seguro de que se mantuviesen en contacto uno con otro.

—Prácticamente, no sé nada de mi marido desde hace cuatro años —dijo ella con odio concentrado en su voz.

Tras examinarla, Mason enarcó las cejas y comentó con tono de simpatía:

—¿Sin embargo, ha seguido usted casada con él?

—Desgraciadamente, me he visto obligada a hacerlo.

—Me temo no comprender —murmuró Mason con un tono que

invitaba a las confidencias.

—Durante los últimos cuatro años —empezó a explicar ella—, todos los contactos que he tenido con mi esposo han sido a través de su abogado, el señor Horace L. Redfield, y el señor Redfield sabe todos los trucos legales que haya que saber. Estoy siendo crucificada en una cruz de chantaje legal, señor Mason.

—Me temo que sigo sin comprender.

—Mi marido —continuó ella— era un aviador de complemento. Fue movilizado, licenciado y luego vuelto a movilizar.

—¿Como aviador?

—Como piloto y con capacidad ejecutiva. No sé mucho sobre eso. Desde el momento en que mi marido salió de Denver, desde el momento en que le di un beso de despedida en el aeropuerto, no volví a recibir de él directamente ni la menor noticia.

—Es raro —comentó extrañado Mason con tono compasivo.

—Mi marido y yo —siguió explicando ella— nos habíamos hecho cargo de una cadena de restaurantes. Después de su marcha, me quedé de única encargada y llevé adelante el negocio.

—¿De forma provechosa? —preguntó Mason, mirando el suntuoso mobiliario de la habitación.

—Muy provechosa —repuso ella—. Sin embargo, el trato tenía ramificaciones que no comprendí en su debido momento.

—¿A qué se refiere? —inquirió Mason.

—Realmente —respondió ella—, no sé si debo importunarle a usted con mis asuntos personales...

—Claro, claro, tiene usted razón —le aseguró Mason precipitadamente—. Era sólo como abogado, esto es, desde un punto de vista profesional, por lo que me interesaba en saber de qué modo ha podido crearse una situación como la que usted me ha descrito.

—No veo la utilidad de entrar en detalles, pero la situación existe.

—Yo habría dicho —le replicó Mason— que era legalmente imposible para usted haberse colocado en la posición en que parece encontrarse, pero, por supuesto, si no está enterado uno de los detalles...

—Bueno —lo interrumpió ella airadamente—, lo que me ha

hecho mi marido es algo que no se le hace ni a un perro. Está crucificándome y la ley lo está ayudando. Yo siempre había creído que la ley debía amparar lo que es justo.

—Algunas veces —comentó Mason con tono compasivo— hay argucias técnicas, valiéndose de las cuales una persona puede burlar los fines de la justicia.

—¡Que me lo digan a mí! —exclamó ella.

—Por lo visto —continuó Mason—, esto es lo que ha ocurrido en el caso de usted, pero, con todo... —frunció el ceño, fijó la mirada en el espacio, movió la cabeza dubitativamente y luego dejó que su voz mostrase el adecuado tono de escepticismo—. Me temo que debe usted de haber hecho un análisis erróneo de la situación de una u otra manera.

—No es ningún error —replicó la mujer, con ojos llameantes—, y tengo uno de los mejores abogados de Denver. Trató de encontrar algún procedimiento para poner fin al enredo, pero me dice que...

Se interrumpió y pareció estar pensando si debía continuar o no.

—Desde luego —insistió Mason—, no soy abogado de Denver y no estoy familiarizado con la leyes de Colorado. Unicamente..., bueno, supongo que es una de esas cosas que pueden ocurrir.

—No podía haber ocurrido —dijo ella— si no fuese por el hecho de que Paul Winnet estaba deseando hacer cualquier cosa para proteger a mi marido. Él y Darwin se pusieron de acuerdo para urdir esta trampa. Nadie me quita eso de la cabeza.

—Supongo que ese señor Winnet es un amigo de su marido, ¿no? —Ella asintió en silencio—. ¿Vive aquí?

—¿Winnet? No, vive en Illinois. Paul Nolin Winnet —dijo amargamente, articulando cada una de las palabras del nombre como para asegurarse de que iban adecuadamente envueltas en veneno antes de escupirlas.

—¡Vaya todo por Dios! —comentó Mason compadeciéndola.

—Mi marido iba a incorporarse a las fuerzas armadas —siguió ella explicando—. Fui lo bastante tonta como para pensar que se trataba de un rasgo de patriotismo. Desde luego, teníamos nuestras disputas. Me imagino que en todos los matrimonios las hay. En nuestro caso, el choque estaba más o menos agravado por el hecho de que Darwin no podía tragar a mi familia.

—Bueno —convino Mason—, eso ocurre a veces. Por supuesto, no se puede echar toda la culpa a un hombre, pero...

Dejó que su voz se hundiese en el silencio.

—Pues en este caso —protestó ella— puede usted echarle toda la culpa a Darwin, porque él había conocido a mi familia antes de que nos casáramos, y me había dicho que todos eran deliciosos. Luego, bueno, urdió esta añagaza con Winnet.

—Aunque no sea más que desde un punto de vista legal —insinuó Mason—, siento curiosidad por el asunto.

—Puedo explicárselo a usted en pocas palabras —dijo ella—. Sé que no hago nada malo al contárselo. No me está permitido entrar en detalles, pero, después de todo, las cosas tendrán que ponerse en claro más tarde o más temprano, y no veo que me perjudique referirme a lo principal. Me doy cuenta de que usted sigue pensando que no he sabido hacer valer mis derechos legales. Pues bien, yo creo que probablemente usted no consigue imaginarse la diabólica ingeniosidad de mi marido y de su abogado.

Mason guardó un silencio atento y expectante. A los pocos segundos, ella continuó.

—Hace cinco años mi esposo me dijo que su amigo Winnet quería montarle un negocio de restaurantes, que Winnet tenía muchas propiedades aquí en Denver que podían utilizarse para organizar una cadena de restaurantes.

Mason dejó que sus ojos mostrasen interés, pero permaneció silencioso. Su interlocutora continuó la explicación:

—Darwin me dijo que ésa sería una buena oportunidad para nosotros. Sugirió que su abogado podría redactar un convenio, precisamente su abogado. Por aquel tiempo, nunca se me ocurrió pensar que también yo debería tener un abogado. Supuse, naturalmente, que mis intereses eran los mismos que los de mi marido.

Una vez más Mason inclinó la cabeza, dando a entender que seguía muy interesado la explicación de la señora Kirby. Ésta continuó:

—Así, pues, redactamos ese convenio. Ahora comprendo que fue un convenio muy insólito, un convenio de una índole tal que no creo que se hubiera redactado nunca si mi marido no hubiese

planeado a sangre fría hacer esta jugada.

—¿En qué consistía el convenio? —preguntó Mason—. Bueno, quiero decir en sus líneas generales.

—Paul Winnet nos arrendaba cinco locales para restaurantes. Esto es, se mostraba de acuerdo para mantener restaurantes aquí y nosotros debíamos administrarlos en las condiciones de un arriendo. Se convenía que el señor Winnet mantendría un fondo rotativo en el Banco de Denver y que nosotros sacaríamos de ese fondo hasta el último penique de los gastos que hiciéramos relacionados con los restaurantes. Luego, a nuestra vez, teníamos que devolverle al señor Winnet en Illinois hasta el último penique del total de los recibos, sí, hasta el último penique.

Mason enarcó las cejas ligeramente. Iba haciéndose cargo de la situación.

—El señor Winnet haría luego que sus contables examinasen las cuentas, deduciendo los gastos propiamente dichos. El beneficio neto que quedara se dividiría en cuatro partes iguales. Con dos de estas cuatro partes se quedaría el señor Winnet. Mi marido podría girar contra el señor Winnet por una cuarta parte y yo podría hacer lo mismo.

»Las condiciones del arriendo eran tales que el interés de los arrendatarios no podía ser cedido ni voluntaria ni involuntariamente. ¿Sabía usted, señor Mason, que puede hacerse un arriendo de esa índole, que no puede hacer una cesión involuntaria?

—Sí —respondió Mason—, ésa es la ley en muchos Estados.

—El contrato preveía que, si nos declaráramos en bancarrota o se producía un embargo o ejecución, el arrendamiento quedaría nulo: que si cualquiera de las propiedades se veía comprometida en cualquier acción ante los tribunales y cualquiera de nuestros intereses en las propiedades se veía sujeto a litigio o determinación por el tribunal, el arrendador, que era, por supuesto, Winnet, tenía la oportunidad y el derecho de declarar el arriendo caducado y que en este caso podría, desde luego, entrar en posesión de todo el negocio del restaurante que nosotros habíamos construido.

—¿Y qué pasó? —inquirió Mason.

—Pasó —repuso ella— que después que mi marido me dejó

sólidamente comprometida con una firma en la línea de puntos y un montón de condiciones en el contrato, tuve que seguir administrando los restaurantes durante su ausencia y enviar las ganancias a Winnet conforme a los términos del contrato...

—¿No se convino nada sobre sueldo? —preguntó Mason—. ¿Es que los arrendatarios no iban a recibir ningún sueldo?

—No. Toda la compensación que iban a recibir era lo que entregase el señor Winnet conforme a las condiciones del contrato. Por supuesto, le estoy explicando a usted sólo las líneas generales. Es un convenio muy prolijo y, como comprendo ahora, con gran pena por mi parte, estaba redactado muy cuidadosamente.

—Sí, empiezo a comprender su posición —dijo Mason—. Y entonces su esposo desapareció, ¿no es así?

—Mi esposo se marchó. Estuvo sirviendo en las fuerzas armadas. Expiró su período de enganche y aguardé que volviese a casa. No volvió. No tuve ninguna noticia suya. Entonces el abogado de mi marido vino a visitarme y me dijo que éste quería conseguir el divorcio y una distribución de propiedades. La distribución que proponía mi marido era un completo robo, lisa y llanamente.

—¿El abogado de su esposo estaba en comunicación con él?

—¡Oh, sí! —contestó ella—. Es muy listo el señor Horace L. Redfield.

—¿Y no puede usted solicitar un divorcio sin...?

—¡Oh, puedo solicitar y obtener el divorcio! —interrumpió ella—. Pero, ¿qué ventajas me reportaría eso? Necesito tener la compensación del trabajo que he realizado. ¿Se da usted cuenta, señor Mason, de que he pasado más de cuatro años de mi vida hecha una esclava como administradora de todos estos restaurantes, trabajando día y noche, teniendo todas las responsabilidades de la gerencia, convirtiéndolos en un negocio que rindiese, y que cada vez que he ganado un dólar, mi marido ha ganado un dólar también? He sido yo únicamente quien ha estado al pie del cañón, quien ha pasado las preocupaciones y los disgustos, preparando minutas, poniendo anuncios, trabajando hasta medianoche y...

—Pero, ¿por qué hace usted eso? —preguntó Mason—. ¿Por qué no se sienta a descansar y toma la vida con calma?

—Porque no puedo permitirme ese lujo. Estoy haciendo dinero.

Estoy sacando buen dinero de esto. Estoy sacando tan buen dinero, que no me atrevo a renunciar. Pero el caso es que mi marido está cómodamente en alguna parte del trópico, a la sombra de una palmera, con alguna pequeña indígena que satisface todos sus caprichos y riéndose por la posición en que me ha dejado colocada. Cada vez que gano un dólar, gana otro dólar él también.

»Mi abogado me dice que, con arreglo a las leyes de este Estado, no puedo obtener ningún juicio contra mi marido en solicitud de alimentos a menos que pueda citarlo para que comparezca personalmente.

»Mi abogado necesita que la citación sea entregada dentro de los límites territoriales de este Estado y quiere conseguir un traspaso de bienes.

—¿Y qué pasaría luego? —preguntó Mason.

—Luego yo podría ir adelante y obtener el divorcio. Puedo utilizar el traspaso de bienes para hacer un nuevo contrato con el señor Winnet.

—¿Es que Winnet desearía hacer un contrato con usted?

—¡Oh, supongo que sí! Es lo lógico. Le estoy dando a ganar un montón de dinero. Parece que es mi destino hacer dinero para todos.

—Incluyendo a usted misma, ¿no?

—Pues sí, incluyéndome a mí misma. Reconozco que, tal como están las cosas, me doy por satisfecha con ese arreglo por lo que se refiere a mis ganancias personales. Lo que me revuelve la bilis es el hecho de que, en realidad, Darwin me tenga haciendo el trabajo en el que debería ayudarme. Ha sido una combinación magnífica, por lo que a él se refiere.

—¿Y nunca se ha puesto en contacto con usted?

—Directamente, nunca. Ni una sola línea. Ni una postal de penique. Estoy echando los bofes por él, y él se está dando la buena vida. Creo que es una de las cosas más despreciables con que puede tropezar un ser humano.

—No debería permitir que eso la amargase —dijo Mason.

—Pues sí, me ha amargado, señor Mason. Me temo que me ha amargado más de lo que quisiera reconocer. Porque, al final, he llegado a la conclusión de que estaba metida en un tornillo legal

que me iba apretando más y más, por lo que he terminado capitulando.

—¿Ha hecho usted eso?

—Sí.

—¿Ha dado su consentimiento para un reparto de bienes?

—Sí, sometiéndome a las condiciones impuestas por él.

—¿Y va usted a solicitar el divorcio?

—Yo diría que sí.

—Y, tal como le ha sugerido su abogado, ¿va a montar un servicio de citaciones dentro de los límites territoriales del Estado de Colorado?

—Así es. He aceptado que se haga la distribución de bienes conforme a los términos propuestos por mi marido, pero, en contrapartida, él había consentido en venir a Colorado de forma que pudiese recibir la citación en este Estado. Por eso pensé que la visita de usted tenía algo que ver con la proyectada distribución de bienes. Pensé que quizá también usted representaba a mi marido.

Mason sacudió la cabeza.

—Quería hacerle a su esposo algunas preguntas respecto a la muerte del doctor Summerfield Malden.

—Nunca he oído hablar del doctor Malden.

—Se supone que ha muerto en un accidente aéreo.

Ella frunció el ceño pensativamente.

—¿Quién se supone que ha muerto?

—El doctor Malden.

Con una súbita esperanza en su voz, preguntó ella:

—¿Hay alguna posibilidad de que haya sido Darwin el que haya muerto?

—No lo sé —repuso Mason.

—Unos detectives telefonearon esta tarde y, luego, la policía. Les di la dirección del dentista de Darwin. No sé para qué la querían. Debe de ser para comparar los dientes. ¡Si por fin hubiese muerto...! Pero no, no debo hablar así. Todo este asunto me ha amargado. Me doy cuenta de que me ha amargado más de lo que yo quería reconocer a veces, y ésta es una de las razones por las que decidí darme por vencida y librarme del asunto para poder al fin dejar de pensar en eso.

—¿Cuándo ha de entregársele la citación? —preguntó Mason.

—Esta noche. Ya está todo previsto. He firmado el convenio y he hecho entrega de él a mi abogado. Éste era de la opinión de que, dadas las circunstancias del caso, un convenio corriente no me protegería del todo a menos que estuviese incorporado al juicio de divorcio, y con objeto de que ese juicio sirviese para lo que se refiere a la provisión de alimentos, la citación debía llevarse a cabo dentro de los límites del Estado de Colorado.

—¿Y qué hay respecto a Winnet?

—Winnet estará deseando entrar en tratos conmigo con tal de que primeramente yo haya hecho un arreglo satisfactorio con mi marido de forma que Winnet sepa que Darwin está contento.

—¿No podría usted someter los bienes de su esposo a un juicio aquí? —preguntó Mason.

—¿Qué bienes? No tiene bienes de ninguna clase. Tiene una participación en los beneficios del arriendo. Si intento exponer eso ante el tribunal, el arriendo queda terminado. Mis derechos terminan juntamente con los suyos. Él no tiene ningún dinero del que se le haya hecho entrega en el Estado de Colorado. Hasta el último céntimo que se saca de los restaurantes pertenece a Winnet mientras Winnet no hace la distribución del dinero en Illinois. Mi abogado me ha dicho que no puedo perseguir ese dinero en Illinois en un juicio que inicie en este Estado a menos que haya habido una entrega personal de citación. Aun así, no serviría de nada, ya que Winnet afirma que mi esposo no deja de pedirle anticipadas grandes sumas de dinero, por lo que en realidad nunca se le debe nada a Darwin.

—Eso me suena muy sospechosamente a colusión —comentó Mason.

—Claro que es colusión. Pero, ¿cómo va usted a probarlo? ¿Y qué conseguiría si lo hiciera? Para probarlo, tendría que conseguir que diese resultado un servicio de citaciones. Mi abogado me dice que en asuntos que son *in rem*, cómo él lo llama, usted puede hacer una citación por requisitoria, pero que, cuando se trata de asuntos personales, la citación ha de hacerse personalmente.

—Está claro —comentó Mason— que no alberga usted sentimientos muy cariñosos hacia su marido.

—¡Sentimientos cariñosos! —exclamó ella con cólera creciente —. Odio el suelo que pisa. No sólo me ha robado los mejores años de mi vida... no, no voy a decir eso, señor Mason. Ésa es una frase hecha. Y además, creo que una mujer entra en el matrimonio con los ojos bien abiertos. Pero lo que me irrita más que nada es el hecho de que me haya mantenido aquí en una posición de esclavitud legal durante un período de cuatro años. He estado trabajando para él sin percibir el menor sueldo. Mi situación ha sido tal, que no he podido divorciarme de él y volver a casarme y, en el supuesto de que me hubiese sorprendido en el menor desliz, él habría explotado esa ventaja para rechazar cualquier demanda de divorcio que yo pudiese haber presentado o quizá para tratar de despojarme de la parte justa que me corresponde de los bienes.

»Con el dinero que yo ganaba para él, pagó a una agencia de detectives particulares que me tuvieron sometida a vigilancia. Técnicamente, yo era su esposa. Con sólo que yo hubiese permitido que un hombre me besara, él habría explotado ese incidente como prueba.

»Tengo entendido que se ha enamorado de la vida en alguna isla tropical: pescando, plátanos, muchachas complacientes, en fin, una existencia lujosa y fácil. Ha «renunciado a la civilización» con todos sus cuidados y preocupaciones.

»Claro que él puede permitirse ese lujo. Y yo aquí trabajando como una negra y viviendo como una monja mientras él obtiene todos los beneficios de mi trabajo.

—Me gustaría poderle hacer algunas preguntas a su marido —manifestó Mason.

—¿Es que está complicado en algo?

—No lo sé.

—Bueno —dijo ella—, ya todo me da igual. Tuve que firmar un convenio que prevé que desde el mismo momento en que mi marido ponga los pies en el Estado de Colorado, tal paso se juzgará como una aceptación de «mi oferta de arreglo». ¿Puede usted imaginarse una cosa así? Tengo que acceder a sus condiciones y luego ellos redactan el convenio de forma que parece que yo soy la única que está ansiosa por llegar a ese arreglo. ¡Oh, han puesto alrededor de él todos los burladeros legales imaginables! ¡Cómo me gustaría que se

matase antes de que entrara en el Estado de Colorado!

—Quizá ya está ahora aquí.

—Eso supongo. No lo sé.

—Es natural que la situación la haya amargado —comentó Mason—, y conste que no lo digo en tono de censura.

—Claro que la situación me ha amargado, y supongo que esa amargura ha dejado una marca indeleble en mi carácter.

—¿Cómo va a hacerse la entrega de los papeles? —preguntó Mason.

—Mi abogado irá a reunirse con el señor Redfield a medianoche. Un representante del sheriff estará con él. El señor Redfield ha consentido en llevar a la pareja hasta un lugar donde Darwin estará esperando.

—Si no tiene usted ninguna obligación legal o moral de facilitarle las cosas a su esposo, señora Kirby —propuso Mason—, ¿por qué no dar instrucciones a su abogado para que me permita seguirlo y que cuando los papeles le sean entregados a su marido pueda yo interrogarlo?

Ella sacudió la cabeza.

—Podría usted complicar las cosas. Puede que a él no le gustase eso. No me atrevo a hacer nada que pusiese en peligro todo el asunto.

—Yo podría esperar hasta que el convenio hubiese sido firmado y se hubiesen entregado los papeles.

—¿Sobre qué quiere usted interrogarlo?

—Sobre un asesinato.

Los ojos de la mujer resplandecieron de esperanza.

—¿Dónde ocurrió? —preguntó.

—En California.

—¿Cree usted que mi marido tuvo algo que ver con eso?

—Sólo puedo decir esto —respondió Mason—, que deseo interrogarlo sobre la muerte de su amigo íntimo, doctor Summerfield Malden, y que las autoridades de California han llegado a la conclusión de que el doctor Malden fue asesinado.

»No quiero hacer ninguna afirmación que no pueda sostener, señora Kirby. Desde luego, usted se hará cargo de cuál es mi posición en este asunto, pero puedo decir, con arreglo a todas las

pruebas de que hasta ahora se dispone legalmente, que su esposo fue la última persona que vio vivo al doctor Malden..., si, por supuesto, el doctor Malden está muerto, y las autoridades de California insisten en que lo está.

Con los movimientos rápidos, casi felinos, de una mujer que adopta una decisión y que inmediatamente empieza a ejecutarla, la señora Kirby agarró el teléfono y dijo al operador de la centralita:

—Haga el favor de ponerme con Ed Duarte. Está en su despacho. Dígame que soy yo quien lo llama.

Unos momentos después, cuando su abogado se hubo puesto al teléfono, ella empezó a hablar. Mason escuchaba, interesado.

—Ed, aquí Millicent Kirby. Ha venido un abogado de California, el señor Mason. Quiere acompañarte esta noche. Le interesa hacer algunas preguntas a Darwin sobre un asesinato... ¿Que no quieres?... Dice que no intervendría en nada... Ya comprendo... Bueno, eres tú el que manda.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Mason. Luego, dijo con sequedad:

—Lo siento. Mi abogado dice que no hay nada que hacer. Incluso me prohíbe que siga hablando con usted. Afirma que está enterado de todo el asunto y que es pura dinamita. Así es que, lamentándolo mucho, he de dar por terminada nuestra conversación, señor Mason. Le pido que haga el favor de marcharse.

Dio unos pasos y abrió la puerta para que pasase el abogado.

—Vamos, no hay para tanto —protestó Mason, sonriendo.

Los labios de la mujer eran una firme y delgada línea de silencio. Sólo se movió para dejarlo pasar.

Capítulo 13

Poco antes de medianoche, dos automóviles se apartaron del edificio en que Edward Duarte tenía su bufete.

Perry Mason, sentado en un taxi a la boca de una callejuela, se inclinó hacia delante para dar instrucciones al taxista.

—Siga a esos dos coches —dijo—. No demasiado cerca, pero sí lo bastante para que pueda usted ver adónde se dirigen.

El chófer inclinó la cabeza indicando que había comprendido, puso en marcha el motor y apartó el taxi del bordillo de la acera. Con rápida competencia profesional, empezó a moverse entre el tráfico de la madrugada, siguiendo a los dos coches que lo precedían.

—Si se ve usted detenido por un semáforo —le advirtió Mason —, no deje que esos coches se le escapen. Sátese la señal y recogeremos el volante y pagaré la multa, pero no quiero perder de vista a esos coches. Si llegamos a una señal que usted cree que pueda volverse contra nosotros, acorte distancias de forma que quede inmediatamente detrás de los coches.

—Está bien —respondió el taxista—, usted es el que manda —y apretó el acelerador—. Hay un semáforo al final del bulevar —advirtió—. Los demás están en intermitente a esta hora de la noche, pero ése...

El taxi aceleró, siguió a los coches hasta colocarse a pocos metros detrás de ellos y reanudó la marcha segundos antes de que estuviera cambiando la luz del semáforo.

—Ahora, sígales sin perderlos de vista —ordenó Mason—. Concédales la distancia necesaria para que no llamemos la atención, hasta que se acerque usted a otro semáforo, entonces acelere y acorte de nuevo la distancia.

Los coches que iban a la cabeza doblaron a la izquierda por un bulevar y el taxista se vio obligado a acelerar con objeto de mantenerse detrás del coche de cola.

—No deje que se le escape —indicó Mason.

—Hay un regulador en el motor —se quejó el chófer—. Puedo tener algunas dificultades si lo lanzo por la carretera.

—Sáquele todo lo que pueda —le dijo Mason.

—Haré hasta el máximo.

—Usted no me dijo que había un regulador en el motor cuando lo contraté para un viaje.

—No sabía que íbamos a ir por las carreteras.

—Bueno, ya no vale la pena discutir sobre eso. Haga todo lo que pueda.

El taxi se puso en una difícil tercera cuando la comitiva se deslizó por el bulevar. Lentamente, los dos coches que iban en cabeza se apartaron del vehículo que los seguía.

De pronto, las luces pilotos de los coches que iban delante flamearon con un rojo brillante al aflojar la marcha los vehículos y torcer a la derecha.

—Disminuya la luz de sus faros —dijo Mason al taxista.

El chófer obedeció la orden de Mason y torció a la derecha en el momento justo de ver que los dos coches que iban delante hacían un giro a la izquierda.

El taxista aceleró su coche, torció a la izquierda y pisó el freno cuando vio a los dos coches aparcados junto al bordillo de la acera.

—Pare —advirtió Mason—. Apague los faros.

Aparcaron a una media manzana detrás de los otros dos coches. Vieron a hombres que salían de los vehículos y que entraban en un edificio residencial hecho de ladrillos.

El taxista le preguntó a Mason:

—Oiga, jefe, ¿está usted seguro de que no nos están siguiendo?

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Mason.

—Porque un coche que no traía los faros encendidos se ha parado a media manzana detrás de nosotros —respondió el taxista—. No se ha apeado nadie. Yo estaba mirando por el espejo retrovisor. Estaba demasiado ocupado para vigilar mientras iba conduciendo.

Mason lanzó una mirada a través de la ventanilla trasera del vehículo. Pudo distinguir el oscuro contorno del coche al que el taxista había hecho referencia.

—Ya no podemos hacer nada —dijo—. Probablemente no tiene importancia. Tengo que correr ese riesgo. Está bien, conductor, espérame aquí.

Mason salió del taxi, hizo un breve reconocimiento y luego se apresuró a dirigirse hacia el sitio donde los dos coches estaban aparcados y subió la escalinata de piedra de la casa de ladrillos.

La puerta de la calle no estaba cerrada con llave. El picaporte cedió a la presión de Mason. Éste pudo oír voces que llegaban del interior. El abogado cruzó el vestíbulo y se encaminó hacia una habitación iluminada.

Al detenerse tras la puerta de aquella habitación, oyó una voz que decía:

—Señor Darwin Kirby, le hago entrega de la presente copia de una denuncia y citación en el caso de Kirby contra Kirby.

Mason retrocedió por el vestíbulo, abrió la puerta de un retrete y entró.

Podía oír voces en un murmullo de conversación normal. Una o dos veces las voces se alzaron ligeramente como si hubiese surgido una pequeña disputa. Luego, bruscamente, las voces cesaron. No hubo signos de despedida, sólo el sonido de pasos por el corredor.

La puerta de la calle se cerró de golpe. Al cabo de unos momentos, Mason pudo oír el ruido causado por un único coche que se marchaba.

Dos hombres estaban hablando en la habitación iluminada. Un hombre estaba dándole instrucciones al otro con voz baja y monótona, luego hubo unas rápidas buenas noches y pasos de alguien por el corredor al cruzar junto a la puerta del retrete.

Mason abrió la puerta después que los pasos hubieron cruzado, y vio a un hombre alto que llevaba una cartera y que abrió la puerta de la calle y se marchó.

Una vez más, Mason aguardó hasta que hubo escuchado el ruido de un coche que se marchaba, entonces salió del retrete, caminó por el corredor y abrió la puerta de la habitación iluminada.

Un hombre delgado, de finos rasgos, se hallaba ante una mesa

de comedor sujetando frente a él un documento legal, un documento de varias páginas de extensión reforzado con el grueso papel azul tan característico de los bufetes. Un mechón de oscuro cabello ondulado coronaba una alta frente de intelectual. Había una sonrisa suavemente sarcástica revoloteándole en las comisuras de una boca bien cincelada. El hombre no tenía puestas gafas, y la mano que sostenía el documento se mostraba firme, de dedos largos y delgados.

Mason penetró en la habitación.

—Buenas noches, señor Kirby —saludó.

El hombre entró en acción inmediatamente, empujando atrás su silla y soltando los papeles.

—Tómelo con calma —le aconsejó Mason, quien avanzó hasta la mesa, agarró una silla y se sentó.

—¿Quién es usted y qué desea? —preguntó Kirby.

—Soy Perry Mason —fue la respuesta—. Soy abogado. Da la casualidad de que estoy defendiendo a Steffanie Malden, acusada del asesinato de su marido, el doctor Summerfield Malden.

—¿Asesinato? —exclamó Kirby.

—Así es —confirmó Mason—, y creo que usted puede decirme qué fue lo que sucedió.

Hubo un momento de silencio. Evidentemente, Kirby estaba barajando a toda prisa diversas reflexiones en su cabeza. Mason insistió:

—Usted había reservado un billete en avión desde Los Ángeles a Salt Lake City.

Kirby no habló. Se limitó a asentir con una inclinación de cabeza. El abogado continuó:

—¿Por qué no hizo usted uso de ese billete?

—Cambié mis planes en el último momento.

—Entonces, ¿por qué no se lo notificó a la compañía para que le devolviesen el importe del billete?

—Eso es una doble pregunta, señor Mason —repuso Kirby sonriendo—. En cuanto a lo de por qué no hice la oportuna notificación a la compañía fue por el simple hecho que no tuve ninguna oportunidad para hacerlo sino después de haber despegado el avión. Sabía que ya no podría conseguir nada. En cuanto a por

qué no pedí una devolución el motivo es que había comprado el billete para todo el trayecto. No había muchas posibilidades de conseguir la devolución de un corto trayecto del viaje, especialmente teniendo como tenía la intención de utilizar el billete desde Salt Lake City en adelante, y, después que dejé de notificar a la compañía que no iba a tomar el avión, no hice más intentos.

—¿Cómo fue usted a Salt Lake City? —preguntó Mason.

Kirby vaciló. Colocó su mano izquierda sobre la mesa, tapando los documentos que había estado leyendo.

—Antes de que responda a esa pregunta, señor Mason, necesito saber un poco más sobre usted. Necesito saber cómo me ha localizado. Necesito saber cómo entró en la casa.

—Sin ninguna complicación. La puerta de la calle no estaba cerrada con llave.

Kirby aprobó aquella afirmación inclinando la cabeza.

—La dejé sin cerrar para que la persona encargada de traerme unos documentos pudiese entrar. ¿Qué interés tiene usted en el caso?

—Ya se lo he dicho. Soy el defensor de la señora Malden.

—¿Cómo es que la han acusado de asesinato?

—Usted está tratando de ganar tiempo —reprochó Mason.

—Bueno, ¿qué tiene eso de malo?

—No sé si vamos a disponer de mucho tiempo.

—¿Cómo sabía usted que yo estaba aquí?

—Sabía que le iban a entregar a usted unos documentos y seguí al encargado de hacerlo.

—Supongo que eso significa que ha hablado usted con mi esposa, ¿no?

—Sí.

—Y seguramente ha llegado usted a la conclusión de que soy un perfecto sinvergüenza, ¿verdad?

Mason sonrió.

—No he oído más que una de las partes. Tendría que oír la otra.

—Quiero que quede una cosa bien en claro, señor Mason —dijo Kirby—. Hice lo único que me era posible hacer, dadas las circunstancias.

Mason no hizo ningún comentario. Kirby continuó:

—Mi esposa era una buena muchacha. Pero luego empezaron a intervenir mis parientes políticos. Comenzaron haciendo pequeños comentarios, diciendo que tales o cuales cosas que yo hacía estaban mal. Finalmente se desataron en una crítica constante que empezó a tener efectos desastrosos. Produjo abismos en nuestra felicidad matrimonial.

»Yo estaba amargado, reconozco que lo estaba. Según ellos, no había nada que supiese hacer. Yo era piloto y un buen piloto, además. Vi que había una salida para mí en las fuerzas armadas. Decidí presentarme voluntario. Pero antes quise tener la seguridad de que mi esposa podría bandearse ella sola. Un amigo mío nos dio la oportunidad de montar un negocio de restaurantes. Permanecí en el negocio el tiempo necesario hasta convencerme de que mi esposa lo dominaba ya lo suficiente para desenvolverse ella sola.

»Yo comprendía que lo que ella necesitaba era estar ocupada, verse metida en una cosa de negocios que le absorbiera todo su tiempo. Yo estaría ausente, pero tenía la intención de que los familiares de mi esposa no se aprovecharan del negocio y terminasen por despojarme de todo.

»El plan funcionó tal como yo había esperado. Mi esposa estaba ocupada. Es una buena negociante. Hizo florecer el negocio que habíamos puesto en marcha antes de yo irme. Ganaba más de lo necesario para vivir. Realmente se está desenvolviendo muy bien.

»Al principio, yo tenía la intención de pedir el divorcio. Me proponía mantener un completo silencio. Pensaba que, si no le escribía, ella terminaría por darse cuenta de cuáles eran mis agravios, que empezaría a buscar la causa y gradualmente iría comprendiendo los motivos de queja que yo tenía contra mis familiares políticos. Con posterioridad, fui notando lo tranquilo y apacible que resultaba vivir mi propia vida sin tener que darle cuentas a nadie. Durante mi servicio en las fuerzas armadas, tuve ocasión de ver muchas islas del Pacífico. Cuando me licenciaron, me establecí en una de ellas. Llevo una vida muy simple. Puedo pescar lo suficiente para completar una dieta de aguacates, mangos, frutos del árbol del pan y bananas. No hay necesidad ninguna de someterse a la tensión nerviosa que exige la vida convencional aquí en los Estados Unidos. Cuando quiero leer un libro, leo un libro.

Cuando quiero dormir, duermo. Cuando quiero nadar, nado. Cuando quiero tenderme al sol, me tiendo al sol, y cuando lo que quiero es descansar a la sombra y no hacer nada, la sombra está allí y yo estoy allí.

»Eso es mil veces mejor que precipitarse en metros y taxis, consultando un reloj de pulsera cada cinco minutos para ver si llegaré a tiempo a una cita, hacer un montón de llamadas telefónicas, tener que discutir con trabajadores, inhalar una cantidad terrible de monóxido de carbono y soportar a los parientes de mi esposa mirándome de arriba con aire de inaguantable superioridad.

—Deduje que financieramente no está usted nada mal —comentó Mason.

—Y no lo estoy. Hice el convenio del que le habrán hablado a usted para que mi esposa no pudiera alzarse con todas las ganancias y entregárselas a su familia. Tengo un cuñado que es un aguililla en lo que se refiere a sacar dinero de las mujeres. Al principio, mi idea fue simplemente la de proteger a mi esposa. Luego, cuando vi que los restaurantes estaban funcionando en plena forma, caí en la cuenta de que ése era el modo de protegerme a mí mismo. Después de todo, señor Mason, aunque sea ella la que esté encargada de la administración de los restaurantes, fui yo quien eligió los locales, quien induje a Winnet a que los comprara, quien le propuse la idea y...

El sonido del timbre de la puerta de la calle se impuso en la vivienda. Momentos más tarde, sonaron golpes perentorios en esa puerta y luego Mason pudo oír cómo se abría y cómo sonaban pasos en el vestíbulo.

Kirby se puso en pie de un salto, empujó atrás su silla y miró a Mason con ojos llameantes.

—¿Qué clase de doble juego es éste? —preguntó—. ¿Qué cree usted que...?

La puerta del comedor fue abierta de una patada que la hizo golpear violentamente contra la pared y temblar los goznes.

Mason vio cómo Hamilton Burger, otro hombre al que no reconoció y dos policías uniformados de Denver penetraban en tromba en la estancia.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Burger—. ¡Esto es realmente interesante, Mason! Por fin nos ha traído usted hasta el hombre que necesitábamos.

Kirby contemplaba atónito aquella escena. Burger se volvió hacia él.

—Usted es Darwin Kirby y recientemente estuvo de visita en casa del doctor Summerfield Malden, ¿no es así?

—¿Quién diablos es usted? —prorrumpió Kirby.

Hamilton Burger, con solemnes movimientos, avanzó y se sacó una cartera del bolsillo.

Kirby retrocedió unos pasos.

Uno de los policías uniformados ordenó:

—No haga tonterías, Kirby. ¡Mantenga las manos bien visibles!

Hamilton Burger abrió triunfalmente su cartera ante los ojos de Kirby.

—Puede usted echar un vistazo a estas credenciales y sabrá quién soy —dijo—. Y ahora, ¿cuánto le iba a pagar a usted Mason para que se marchase del país?

Kirby, con la cara blanca, lanzó una mirada llameante a Mason y protestó.

—No creo que me haga ninguna gracia esto.

—Nadie le ha preguntado si le hace gracia o no —dijo Burger—. La cuestión principal es que usted es Darwin Kirby y que está vivo. No negará eso, ¿verdad?

—No niego que estoy vivo.

—¿Y es usted Darwin Kirby?

Kirby asintió con la cabeza. El fiscal siguió preguntando:

—¿Quién es el dueño de esta casa?

—Un amigo mío. Me la cedió durante unos cuantos días para un propósito muy especial.

Hamilton Burger se volvió hacia Mason y dijo con una sonrisa burlona.

—No necesitamos retenerlo a usted más, abogado, aunque puede que le interese saber que, gracias a la memoria retentiva y a la aguda vista de la señora Harry Colebrook, nos enteramos de que usted y Steffanie Malden estuvieron juntos en los apartamentos Dixiewood inmediatamente después de la muerte del doctor

Malden.

»He estado en contacto con mi oficina por el teléfono de larga distancia y hemos localizado el apartamento secreto en los apartamentos Dixiewood que la señora Malden ocupaba con el nombre de señora Amboy. Hemos localizado también la caja de caudales empotrada en la pared, y usted y su cliente podrán contestar a unas cuantas preguntas que les serán hechas por el departamento del impuesto sobre la renta, pero no es necesario que permanezca usted aquí. En realidad, no lo necesitamos.

—¿La señora Colebrook ha dicho que vio a la señora Malden conmigo en los apartamentos Dixiewood? —preguntó Mason.

—Algo así. Se cruzó con usted y estuvo a punto de hablarle. Sabía que lo había visto en otras ocasiones. Luego cayó en la cuenta de quién era usted y de que no habían sido presentados. Se fijó en que había una mujer con usted. Ahora ha identificado a esa mujer como Steffanie Malden. Por si le interesa saberlo, la señora Malden ha vuelto a quedar sometida a custodia y usted puede intentar de nuevo sus trucos ante el tribunal. Y esta vez habrá de enfrentarse conmigo personalmente, señor Mason.

»Ahora no voy a retenerlo más. Tiene usted un taxi esperando fuera. Métase en él y póngase en camino. En realidad, sería mejor que volviese cuanto antes a su bufete. Tiene usted una cliente que se encuentra en un apuro, en un apuro muy grave, una cliente, dicho sea de paso, que ha informado a la policía de que está usted reteniendo cien mil dólares de su dinero que sacó de aquella caja de caudales de los apartamentos Dixiewood. Los muchachos del impuesto sobre la renta están muy interesados en eso, muchísimo, señor Mason, y creo que una comisión del colegio de abogados tendrá también algunas preguntas que hacer.

»Bueno, ya lleva usted demasiado tiempo haciéndonos juegos de manos. Hasta ahora, siempre se las ha compuesto para salir de todas las trampas en que ha entrado. Estoy muy, pero que muy interesado, señor Mason, por verlo salir a usted de ésta.

»Ahora está usted en otro Estado. No tengo mandamiento oficial para detenerlo y además usted probablemente podría invalidar la extradición. Oficialmente no tengo la intención de ordenar a estos hombres que lo detengan, aunque para mí eso sería una gran

satisfacción personal. Pero, si no está usted de regreso a su bufete antes de cuarenta y ocho horas, procuraré que en California expidan un mandamiento para su detención.

Mason quiso cortar aquel chorro de palabras. Dijo secamente:

—Ese testigo de usted, la señora Colebrook, está loca. En ningún momento me ha visto con la señora Malden y...

—Lo sé, lo sé —interrumpió Burger—. Puede estar loca, pero es una testigo endiabladamente buena y ya ha llevado a cabo una valiosa identificación. Y ahora, supongamos que se marcha usted de aquí, Mason, y que me deja hablar con Kirby.

Burger hizo una seña a los agentes de uniforme. Uno de ellos avanzó, agarró a Mason por el brazo y dijo:

—Lárguese ya, amigo. Debe irse. Ahí fuera hay un taxista que espera cobrar el importe de su viaje.

Empujó a Mason hacia la puerta.

Capítulo 14

La salida de sol encontró al avión en que Mason era uno de los pasajeros, surcando las últimas zonas del desierto. Montañas con caperuzas de nieve brillaban al frente. Muy en lontananza, en la dirección de la punta del ala izquierda, podía verse la faja de fértil desierto donde fechas privilegiadas habían conocido la afluencia de prosperidad y de riqueza, donde el clima desértico, lleno en el invierno por la dorada luz del sol, había visto crecer docenas y docenas de ciudades. Más lejos aún, más allá de la punta del ala izquierda, se extendía el desierto más desolado, el lago Saltón, esa enorme cantidad de agua interior con su superficie a más de sesenta metros por debajo del nivel del mar, reluciendo con un azul brillante en la claridad de la mañana.

Mason iba sentado inmóvil, sin que sus ojos se diesen cuenta del cambiante panorama, absorta su mente en la contemplación de un problema cuya complejidad era incapaz de abarcar por el momento.

El avión rebotó en una serie de baches aéreos al volar por encima de unas redondeadas colinas. Hubo un breve período de transición y luego, casi tan bruscamente como si se hubiese producido un corte con un cuchillo, terminó el desierto y el aparato se halló volando sobre fértiles naranjales y cuadriculados tableros de ciudades. Empezó a perder altura y los naranjales cedieron el sitio a brillantes casas blancas de un apretado sector de suburbios que finalmente se trocó en grupos de casas muy apretadas unas contra otras.

El avión empezó a descender. Bajaron los alerones. El aparato describió varios círculos, aterrizó y avanzó hacia la terminal.

Mason se incorporó a la corriente de pasajeros que cruzaba la rampa y subía hasta la desembocadura más importante de la

terminal. Paul Drake agarró del brazo a Mason.

—¿Cansado? —preguntó.

Mason dijo que sí con la cabeza.

—También yo lo estoy —se quejó Drake.

—¿Cómo pudieron seguirme? —preguntó Mason.

—Burger recibió un soplo. Te vieron en el aeropuerto de Denver.

A partir de entonces no te perdieron de vista.

—¿Cómo se trasladó Burger allí?

—En un avión especial. Ha estado haciendo una serie de declaraciones para la prensa. Está bañándose a la luz de una publicidad favorable y bajo el halo de una perspicacia infalible.

—¿Qué me dices de la señora Colebrook?

—Ha llevado a cabo una sólida identificación, Perry.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente seguro. Le contó la historia a su marido. Él se puso en contacto con el departamento de homicidios. Interrogaron al administrador de los apartamentos Dixiewood y éste explicó lo relativo al apartamento Amboy. Encontraron allí a la señora Malden.

»Los policías hicieron una bonita faena y le contaron que eras tú quien había revelado el sitio de su escondrijo. Ella se indignó y replicó acusándote de que le habías birlado cien mil dólares de su dinero, que habías sacado de la caja fuerte del apartamento.

»La señora Colebrook tuvo un día triunfal. Identificó a la señora Malden como a la mujer a la que había visto contigo. Naturalmente, los inspectores del impuesto sobre la renta se pusieron a trabajar acto seguido.

—¿Ha dejado traslucir algo Burger sobre la historia de Darwin Kirby? —preguntó Mason.

—Burger, no —le contestó Drake—. Tiene a Kirby muy bien custodiado y se muestra satisfechísimo. Nadie, sino Burger, conoce la explicación dada por Kirby, pero el fiscal parece estar muy contento con ella. Se dispone a lanzarte de un momento a otro el guante de desafío.

—No me dices nada nuevo —comentó Mason.

—¿Hasta qué punto eres vulnerable, Perry?

—Depende —contestó Mason—. Depende muchísimo de los

testigos y de lo que pueda lograrse en las repreguntas. Fíjate, por ejemplo, en esa mujer Colebrook. Me vio en aquella casa de apartamentos. Estaba conmigo Della Street. Ahora la señora Colebrook afirma rotundamente que la mujer a la que vio conmigo era la señora Malden.

»Tú sabes cómo suelen ocurrir cosas así, Paul. Hay sólo un parecido superficial entre Steffanie Malden y Della Street. La señora Colebrook estaba mirándome a mí. Puede haberse ilusionado con la creencia de que prestaba también alguna atención a la mujer que se encontraba conmigo, pero la verdad es que no lo hizo, por lo menos en aquella ocasión. Posteriormente sintió mucha curiosidad. Pero en aquel momento estaba ocupada pensando que yo era alguien a quien no lograba identificar. A los pocos momentos, cayó en la cuenta de quién era yo. Sólo después de eso empezó a hacerse preguntas sobre la mujer que me acompañaba.

—Bueno, el caso es que ahora asegura firmemente haberla identificado —dijo Drake— y no habrá nadie que la haga cambiar de opinión.

Mason comentó amargamente.

—La prueba de identificación tiene el mayor peso ante un tribunal y al mismo tiempo puede ser la prueba más pobre. La persona que está realmente tratando de obrar con lealtad, dice: «Creo que ésa fue la persona a la que vi». La aprietan a preguntas y la dejan en ridículo. Los jurados menosprecian su testimonio, siendo así que lo más probable es que esté diciendo la verdad.

»La persona que no quiere ser leal intenta causar impresión desde el estrado de los testigos. Se muestra parcial, llena de prejuicios y de una falsa seguridad y no se permite ni la sombra de una duda. A esa persona la creen los jurados.

—Tengo mi coche aquí fuera —le informó Drake.

—¡Conque habló la señora Malden! —comentó Mason.

—Habló muchísimo. Estaba trastornada por lo de aquella caja fuerte del apartamento. No había más que decir cómo le habías quitado el dinero y por qué no tenías más remedio que defenderla, y luego... bueno, creo que por fin se dio perfecta cuenta de que estaba haciendo una estupidez.

—¿Cuánto habló antes de darse cuenta de eso?

—Habló muchísimo. No sé lo que dijo, pero sé que tenían allí un taquígrafo y también un magnetófono que registró la conversación.

—¿No va a comparecer Burger ante el Gran Jurado? —preguntó Mason.

Drake sacudió la cabeza.

—Ahora no puede hacerlo. Ha presentado otra denuncia y no se atreve a exponerse a que se la rechacen, sobre todo después de la repulsa anterior. Tendrás otra oportunidad en un juicio preliminar, Perry.

—Muy bien, Paul —decidió Mason—. He aquí algo que quiero que hagas. Haz que te extiendan una citación obligatoria. Ponte a la espera del avión de Burger cuando éste regrese. Traerá consigo a Darwin Kirby. No tendrá el propósito de utilizar el testimonio de Kirby a menos que no tenga más remedio que hacerlo.

—¿Crees que puedes obligarle a que lo haga?

—Voy a hacer algo mejor que eso —anunció Mason—. Quiero citar obligatoriamente a Darwin Kirby como testigo nuestro en el momento mismo en que baje del avión con Burger.

Drake meneó la cabeza con aire desesperanzado.

—No podremos acercarnos al individuo, Perry. Burger tendrá un cordón de policías dispuestos a rechazar a cualquiera que intente acercarse a menos de un kilómetro de él.

—Uno de tus agentes es también fotógrafo, Paul. Utiliza a ese hombre y que también él esté tomando fotos con los demás. Encárgale que actúe con rapidez y que entregue una citación obligatoria a Darwin Kirby.

—¿Como testigo tuyo?

—Como testigo mío.

—No puedes atreverte a convocarlo como testigo tuyo, Perry. Te verás ligado por su declaración.

—¿Qué diferencia puede tener ya eso? En un juicio preliminar de esta índole, el juez obligará a comparecer a la señora Malden pase lo que pase. Yo llamaré a Kirby como testigo mío y le obligaré a relatar todo lo referente al caso. Por lo menos, trataré de hacerlo.

—Seguro que esta vez te van a abuchear —dijo Drake.

—Que lo intenten —replicó Mason ceñudamente—. También yo tengo que decir algunas cosas. Y un hecho es cierto: el acusado

tiene ciertos derechos por lo que se refiere a un pronto examen ante un magistrado en funciones y desde luego mi propósito es que la defendida haga valer esos derechos.

Drake permaneció silencioso unos momentos y luego habló un poco temerosamente:

—Perry, dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Sacaste realmente cien billetes grandes de aquel apartamento? —Mason se revolvió contra él airadamente—. No te enfades —continuó Drake—. Es que la señora Malden dio una serie de detalles muy convincentes, eso es todo.

—¿Y es que tú la crees? —preguntó Mason.

—Yo..., pues no —repuso Drake, moviendo una mano como para indicar que daba por terminado el asunto—. Olvídalo.

—¿Cuándo va a regresar Hamilton Burger con Darwin Kirby? —preguntó Mason—. ¿Tiene alguien alguna noticia sobre eso?

—De un modo concreto, no —respondió Drake—. Burger va a hacer unas declaraciones allí en Denver.

—Lo que realmente quieres decir —manifestó Mason— es que Burger se ha quedado porque la diferencia en el tiempo horario le impedía estar aquí antes de que se publicaran los periódicos de la mañana. Montará todo un tinglado de publicidad y luego vendrá a casa en avión para verse rodeado por los fogonazos de los *flashes* y por los periodistas que le pidan declaraciones.

—Bueno, ¿y te parece mal eso? —sonrió Drake.

—De ninguna manera —replicó Mason—. Únicamente que vamos a estropearle esa fiestecita, Paul.

—¿Valiéndote de esa citación?

Mason asintió con la cabeza y luego explicó sus planes.

—Voy a ordenar que lo primero que haga Jackson esta mañana sea ir al tribunal y pedir que se fije la fecha más próxima posible para un juicio preliminar, luego haremos que nos expidan la oportuna citación obligatoria y nos sentaremos y veremos qué ocurre.

—Burger se desmayará —dijo el detective.

—Peor para él —contestó Mason con una sonrisa burlona—. Con seguridad ha contado ya la mayor parte de lo ocurrido en Denver.

Lo único que pueden esperar los periódicos de aquí es una refundición de lo que ha dicho y algunas fotos. Por eso, si ocurre alguna novedad, los periodistas no desaprovecharán la ocasión e hincharán los titulares.

—Y por lo visto tú tienes el propósito de que ocurra alguna novedad, ¿no? —preguntó Drake.

—Exactamente —repuso Mason.

Capítulo 15

A las diez de la mañana, Della Street le telefoneó a Mason.

—Hola, jefe, creo que tengo una pista.

—¿Está usted en Sacramento?

—Sí. Me las compuse para obtener una atención especial en el registro de la propiedad.

—¿Qué ha descubierto?

—Gladys Foss vendió su automóvil a un tratante de coches de segunda mano en Ventura.

—¿Algo más?

—Ese mismo día, un coche nuevo fue vendido por una agencia de Santa Bárbara a una tal Gladys Amboy que vive aquí en Sacramento.

—¡Diablos! —exclamó Mason.

—Así, pues —continuó ella—, investigué en los servicios encargados de los carnets de conductores para ver si Gladys Amboy lo tenía. Lo tiene. Se lo entregaron hace unos dieciocho meses. La dirección que figura en el carnet de conducir es 928-B apartamentos Dixiewood.

—¡Vaya, vaya! —dijo Mason.

—Comparé la huella del pulgar con la huella del pulgar de Gladys Foss en su carnet de conducir. No cabe la menor duda de que se trata de la misma muchacha.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—Confié esos resultados al representante que tiene aquí Paul Drake y él hizo una rápida investigación y descubrió que Gladys Amboy ha estado viviendo en la dirección indicada durante unos seis meses.

—¿La dirección de Sacramento?

—Así es.

—Pero, ¿viviendo de una manera continua?

—Eso parece. Por lo menos, es lo que he podido entender.

—Déjeme pensarlo —rogó Mason—. Tiene que tratarse de un error. Ella no podía haber estado viviendo aquí. Estaba en la clínica del doctor Malden.

—Sin embargo, ella está aquí y ha estado viviendo aquí.

—No diga usted cosas absurdas —replicó Mason—; no podía haber estado en dos sitios al mismo tiempo.

—Pues lo estaba.

—Está bien, Della —repuso Mason—. Me pondré en contacto con Paul Drake. Quiero que la siga. Esta vez necesito a alguien a quien ella no pueda burlar, pero quiero que se haga con tanto disimulo que no note que está sometida a vigilancia.

Mason colgó el teléfono, se puso en comunicación con Paul Drake, quien inmediatamente ordenó la investigación oportuna. Por la tarde, el abogado tenía un montón de informes, muchos de los cuales resultaban un tanto contradictorios.

Gladys Amboy tenía una residencia en Sacramento. Su marido, Charles Amboy, era un hombre dedicado a negocios de minas. Estaba ausente largos períodos de tiempo, pero Gladys Amboy tenía un empleo «en alguna parte». Los vecinos no parecían saber con certeza dónde era. El sueldo le servía para apoyar a su esposo en su trabajo de prospecciones. De vez en cuando, la señora Amboy se marchaba en su coche para reunirse con su esposo y estaba ausente unos cuantos días seguidos, pero, por lo general, solía estar en casa todas las noches a las nueve.

Los vecinos se explicaban ese horario pensando que tenía que trabajar hasta muy tarde en una oficina y que prefería comer en restaurantes en lugar de venir a casa, cocinar y luego fregar platos. Se levantaba todas las mañanas muy temprano, se hacía el desayuno y luego se trasladaba en coche a su trabajo. Nadie conocía la índole de su empleo, pero debía de tratarse de un puesto de alta responsabilidad que la tenía ocupada la mayor parte de su tiempo. Se jactaba siempre de ser la primera que llegaba a la oficina y la última que volvía a casa.

Mason digirió aquella información, tomó un avión de la tarde

para Sacramento y llegó a tiempo de poder cenar con Della Street.

—¿Qué ha aclarado usted, jefe? —preguntó Della

—Hasta ahora, nada —contestó Mason.

—Pero es una cosa imposible. Ella no podía haber estado aquí y estar trabajando al mismo tiempo para el doctor Malden.

—Tengo una idea —anunció Mason—. He de analizarla.

—Bueno —le informó Della Street—, no hay duda alguna en cuanto a lo de las huellas dactilares. Compré una lupa y las examiné cuidadosamente. No me he especializado en huellas dactilares, pero he podido hallar gran número de rasgos idénticos.

—Hay un avión directo que llega a las siete y media, Della —expuso Mason—. Creo que nos convendría charlar un poco con la azafata de ese avión.

—¿Cree usted quizá que Gladys Foss estaba abonada a ese avión?

—¿De qué otro modo, si no, podía llegar ella aquí?

Della Street reflexionó sobre aquella nueva hipótesis.

—Bueno, desde luego —reconoció—, tal como las cosas están ahora, Gladys Foss, al parecer, estaba en dos sitios al mismo tiempo. Evidentemente eso no es posible.

—¿Por tanto...? —preguntó Mason, dejando flotar en el aire la pregunta y lanzando una sonrisa.

—Bueno, de esa forma podría ser —aceptó Della Street.

Mason condujo hacia el aeropuerto y abordó a la azafata del avión de las siete y media que acababa de llegar.

—Estoy interesado —explicó Mason— por una pasajera que viajaba con ustedes con mucha frecuencia y que después ha dejado de viajar.

—¿Gladys Amboy? —preguntó en seguida la azafata—. ¿Qué le pasa? Nos hemos estado preguntando si le habría ocurrido algo. No está enferma, ¿verdad?

—Puede que lo esté —respondió Mason—. Tiene unos veintisiete años, es morenita, con ojos oscuros muy grandes, aproximadamente un metro y medio de estatura y poco más de cincuenta kilos de peso.

—La misma. Viajaba con nosotros casi todos los días. Se marchaba todas las mañanas en el avión de las siete. Su marido se

mató en un accidente aéreo. Iba pilotando una avioneta particular, y el aparato se estrelló. Estaba arreglando todas las cosas para hacer un segundo viaje de luna de miel. El había ganado mucho dinero y proyectaba realizar una excursión por Europa. Entonces, de repente, ocurre este accidente aéreo y la señora Amboy quedó desolada. Ella...

—¿Ha vuelto a viajar con usted después de la muerte de su esposo? —la interrumpió Mason.

—No, pero una de las azafatas de este recorrido la encontró cuando iba de Phoenix a Salt Lake City. La señora Amboy se lo contó todo. Estaba medio loca de pena.

—¿No ha visto usted a la señora Amboy desde entonces?

La azafata denegó con un sacudimiento de cabeza. Mason dijo entonces:

—Gracias, parece que concuerda todo. Estoy haciendo una investigación.

—¿Qué pasa? No estará en ningún apuro, ¿verdad?

—De ningún modo —repuso Mason—; se trata simplemente de una cuestión de seguros. La compañía necesitaba poner en claro algunos detalles antes de pagar la indemnización.

—¡Ah, ya comprendo! Bueno, es una muchacha muy agradable. Tranquila, refinada y atenta sólo a sus cosas. Pero el hecho de que estuviese abonada para ir todos los días fuera del Estado y volver es algo de lo que no tengo la menor explicación.

—Supongo que usted nunca se lo preguntaría, ¿verdad?

—La compañía nos paga para atender a los pasajeros, no para hacerles preguntas. Por supuesto, le dábamos un poco de conversación, pero como ella no nos alentaba, no insistíamos.

—Gracias —dijo de nuevo Mason—; creo que con esto están completos todos los informes que necesitaba mi compañía.

—¿Quiere decir que van a pagar ustedes la indemnización?

—Desde luego.

—Bueno, me alegro, porque la señora Amboy es innegablemente una buena mujer. Merece toda clase de consideraciones, si usted me lo pregunta.

—Ése es el caso —repuso Mason, sonriendo—, que se lo pregunto.

—Bueno, pues ya se lo he dicho.

—Y yo se lo agradezco mucho —contestó Mason, agarrando del brazo a Della Street para conducirla hasta la salida.

—¿Qué diabólico enredo —exclamó Della Street— es éste? Está complicándose con una serie de situaciones tan raras, que todo parece un rompecabezas inventado por un loco.

Mason sonrió un tanto complacido.

—Creo ahora —anunció— que estamos ya preparados para poner en claro la verdad.

—¿Cómo?

—Tal vez por medio de las preguntas.

—Pero, jefe —prorrumpió Della Street—, suponga que la señora Malden quería matar a su marido. Suponga que le dio whisky con morfina con la esperanza de que él bebería mientras iba pilotando el aparato.

—Continúe —la alentó Mason—; lo está haciendo usted muy bien.

—Y suponga que fue otra persona la que subió a aquella avioneta, alguna persona que quizás era un desconocido, y que esa persona bebió el líquido con morfina y murió, ¿cuál sería la situación legal?

—¿Por lo que se refiere a la señora Malden?

—Sí.

—Sería culpable de asesinato.

—¿A pesar del hecho de que ella podría ni siquiera haber conocido a la persona que bebió el whisky con morfina y que se estrelló con la avioneta?

—Exactamente. La ley transferiría el daño de su víctima proyectada a la víctima verdadera.

—Entonces no veo lo que puede ganar usted con esa suposición de que el doctor Malden está vivo. ¿Qué pasa luego?

—Luego —respondió Mason—, quizá podamos probar que el asesino fue el doctor Malden.

—¿Qué quiere usted decir?

—Todos los datos que hemos podido recoger sobre el doctor Malden indican que es un pensador cuidadoso y de gran sangre fría, un planeador astuto, un hombre que combina las cosas con una

precisión matemática.

—Bueno, ¿y qué?

—¿No se le ha ocurrido nunca pensar —preguntó Mason— que las autoridades encontraron en el frasco de whisky una sustancia identificadora a la que designaron con el número clave 68.249? La teoría de ellos es que la señora Malden tenía acceso a los narcóticos de su marido y que puso morfina en el whisky que, evidentemente, fue consumido por cualquiera que pilotase la avioneta que se estrelló en ruta hacia Salt Lake City. Es una bonita teoría. Lo malo es que pasan por alto un punto muy importante. Había otra persona que tenía un acceso aún más fácil a esos narcóticos que la señora Malden.

—¿El doctor Malden? —Mason hizo una señal de asentimiento—. ¿El muerto?

—El doctor Malden —explicó Mason— es un planeador astuto. Si iba a fingir que estaba muerto, recoger todo el dinero que pudiese y escapar con Gladys Foss, naturalmente necesitaba un cadáver.

—¡Oh, no! —exclamó Della—. Ahora lo comprendo.

—Y —prosiguió Mason— el doctor Malden tenía una visión de la vida que se da a veces en los médicos. Tal vez miraba la vida y la muerte de un modo ligeramente más desapasionado y crudo que otra persona cualquiera.

—¡Cielo santo! —exclamó Della Street—, ¿se da usted cuenta de que ahora se encuentra en la posición del que tiene que intentar probar que fue el cadáver el que cometió el asesinato?

—El mismo que Hamilton Burger va a afirmar que era el cadáver —replicó Mason con una sonrisa.

—¡Pero eso sería sensacional! —prorrumpió Della Street.

—¿Puede usted imaginarse algo que resulte más dramático en una sala de audiencia o más irritante para Hamilton Burger? —preguntó Mason.

Ella sacudió la cabeza dando a entender que no podía imaginar nada semejante. Pero luego insistió:

—Lo malo es que usted no puede probar eso.

—Podemos intentarlo —dijo Mason.

—Pero, jefe, ¿no cree usted que el doctor Malden murió

realmente? ¿No cree usted que algo pudo salirle mal y...? Recuerde lo que dijo la azafata de que Gladys Foss estaba completamente desolada y muerta de pena.

Mason sonrió y anunció un plan:

—Yo expondré mi teoría y dejaremos que Hamilton Burger dé las explicaciones.

—Jefe, si el fiscal tiene que anular de nuevo el caso contra la señora Malden, se convertirá en un personaje ridículo y...

—Y, después de eso, no se atreverá a acusarla otra vez — completó Mason.

Della Street hizo una señal de asentimiento. Mason le dio prisa.

—Bueno, ¿qué estamos esperando? Nos queda por delante un largo viaje en avión, Della. Vámonos.

Capítulo 16

La policía custodiaba la puerta once del aeropuerto, permitiendo el paso sólo a aquellos que tenían credenciales de la policía o de la prensa y que se aprestaban a recibir al gran cuatrimotor que tendría que llegar dentro de pocos minutos.

Mason y Paul Drake, muy en retaguardia, vieron cómo el agente del detective mostraba un carnet a uno de los policías de guardia, blandía su cámara y se apresuraba a cruzar el cordón de vigilancia. Otros fotógrafos, ansiosos de captar escenas de la llegada, corrían detrás de él.

Era evidente que Hamilton Burger había dado órdenes a su oficina de relaciones públicas para tener la seguridad de que estarían presentes algunos representantes de la prensa, que su grupo quedaría fotografiado y que habría crónicas laudatorias.

Hubo un período de espera y luego el enorme aparato se abrió paso entre la envoltura del oscuro cielo, planeó como un pájaro sobre la pista y se deslizó en un airoso aterrizaje.

Avanzó hasta el sitio donde uno de los empleados señalaba con una bandera un círculo pintado.

Se adosó al avión la rampa de descenso, se abrieron las puertas y empezaron a bajar pasajeros.

El fiscal del distrito, Burger, y su séquito tenían, por lo visto, la intención de ser los últimos en desembarcar.

Todos los demás pasajeros habían salido ya del aparato. Hubo unos momentos de expectación, luego Burger, acompañado por Darwin Kirby, salió al rellano de la escalerilla, un Burger sonriente y lleno de confianza en sí mismo que presentó a los reporteros a Darwin Kirby y posó para los fotógrafos.

Los fotógrafos de los periódicos se agruparon alrededor de la

escalerilla y dispararon *flashes*. Luego Burger bajó solemnemente y, al pie de la escalera, en el mismo momento en que los periodistas estaban a punto de retirarse, el agente de Drake se adelantó con una cámara.

—Espere un momento, fotógrafo —rogó Burger adoptando una actitud fotografiable.

—¿Quién es Darwin Kirby?

—Este señor —señaló Burger—. Adelántese, señor Kirby.

—¿Le importaría extender la mano, señor Kirby? —pidió el falso fotógrafo.

Kirby extendió la mano. El detective le metió dentro un documento.

—Aquí hay una citación obligatoria para que comparezca en el caso del Pueblo contra Malden por cuenta de la defensa —dijo, y retrocedió.

Su cámara se encendió con un fogonazo al sacar una fotografía del furioso rostro de Hamilton Burger y los apenados rasgos de Darwin Kirby.

—¡Detengan a ese hombre! —gritó Burger, señalando con el dedo al agente de Drake.

El guardia que estaba a la puerta abandonó su puesto para precipitarse hacia el detective.

Mason y Paul Drake aprovecharon la ocasión para cruzar la puerta y entrar en el campo de aterrizaje.

Los fotógrafos de los periódicos, que ya se iban retirando, volvieron de pronto a entrar en acción con sus *flashes*, recogiendo escenas de un drama vivo que tenía mucho más valor que las fotografías de costumbre.

—¡Deténganlo! —gritó Burger.

El agente de policía se agarró al detective de Drake.

—¡Un momento, un momento! —intervino Perry Mason—, ¿por qué motivo va a detenerse a este hombre?

Burger estaba demasiado alterado para darse cuenta de la identidad de Mason; solamente escuchaba la voz de éste.

—Por haber entrado ilegalmente en el campo. Por haber utilizado credenciales falsas.

—No he utilizado credenciales falsas —replicó el detective—.

Tengo un permiso para atravesar el cordón de la policía. Eso es todo lo que he utilizado.

—Pongamos esto en claro —dijo Mason al agente—. Detiene usted a este hombre y lo hace cumpliendo órdenes de Hamilton Burger. Mañana presentaré contra Burger una instancia solicitando cincuenta mil dólares por detención injustificada.

Burger levantó entonces la mirada y vio a Mason.

—¡Usted! —vociferó, poniéndosele la cara casi purpúrea—. Usted va a ser juzgado en el colegio de abogados. Las cosas que ha hecho usted en este caso van a obligarle a abandonar la profesión.

—Me parece muy bien —dijo Mason, avanzando hasta que los fotógrafos que los rodeaban pudieran hacer una toma que los incluyese a él y a Burger—. Pero tenga buen cuidado de que no sea a usted a quien le destituyan, señor Burger.

Burger se lanzó hacia Mason con el puño levantado.

Mason, moviéndose con la fácil agilidad de un atleta, adelantó su pie izquierdo con un perfecto estilo pugilístico e hizo que el puñetazo de Burger cayera sobre su hombro.

—No haga eso de nuevo, Burger, a menos que quiera que le partan la mandíbula.

—¿Desea que detenga a estos hombres? —preguntó el agente a Burger.

El que contestó fue Mason, quien dijo sonriendo:

—Desde luego, agente, quiero que lo detenga por agresión y violencia. Me ha golpeado y creo que hay un número suficiente de pruebas fotográficas que demuestran la agresión.

Burger, al darse cuenta de la posición en que se había colocado, dijo:

—Eso es una tontería. Usted me desvió el brazo a un lado.

—Me golpeó usted en el brazo —replicó Mason—, eso es una agresión. Repase sus libros de derecho, Burger.

—¿Qué hacemos con este tipo? —preguntó el agente de policía sujetando al detective que había entregado la citación—. ¿Hay que detenerlo?

Burger miró a Mason a los ojos, luego miró el círculo de periodistas que tenía en torno. Con considerable esfuerzo, se tragó su orgullo.

—No —dijo, apartándose, y después, como expresando un nuevo pensamiento, añadió—: Déjelo que se vaya. Volveré a encontrarme con Mason en el tribunal y en el colegio de abogados. Ése es el sitio más conveniente para dar una lección a hombres de su calaña.

En aquel desgraciado momento, Hamilton Burger comprendía, y los periodistas comprendían también, que Mason le había arrebatado el cetro de la publicidad. Ni un director de periódico del mundo desperdiciaría espacio publicando una foto de Hamilton Burger junto a Darwin Kirby como testigo clave de un misterioso caso de asesinato, siendo así que estaba disponible una fotografía que mostraba al fiscal del distrito con el rostro descompuesto por la cólera, lanzando un puñetazo a Mason y el abogado calmamente dando un quiebro hasta conseguir que el golpe le diese en el hombro.

Capítulo 17

Mason llegó temprano a su oficina y revisó los informes de Paul Drake antes de marchar al tribunal del juez Telford para intervenir en el segundo juicio preliminar de Steffanie Malden.

Della Street, sonriendo, colocó periódicos sobre la mesa de Mason.

—Hizo usted todo lo posible para lucirse en el aeropuerto —comentó.

Mason sonrió burlonamente.

—Burger había proyectado hacer una entrada tan triunfal, que realmente parecía una lástima estropeársela.

—¿Por qué se le ocurrió a usted la idea de hacer que le entregaran una citación obligatoria a Darwin Kirby? —preguntó ella—. No creo que fuera a marcharse.

—No es que fuera a marcharse —replicó Mason—, pero convocándolo como testigo mío, puedo ponerlo en el estrado e interrogarlo bajo juramento respecto a todo lo que sepa.

—Pero entonces quedará usted ligado por su declaración.

—Al hacer eso —reconoció Mason—, tiraré mi caso por la ventana por lo que se refiere al juicio preliminar; pero sabré los ases que el fiscal guarda en la manga antes de que se vaya a un juicio con jurado. Lo más probable es que el juez Telford obligue a la acusada a comparecer en juicio ante un tribunal superior, a menos, por supuesto, que podamos sacarnos un conejo del sombrero en el curso del juicio preliminar.

—¿Hay alguna esperanza de que ocurra eso? —preguntó ella.

—No lo sé —le respondió Mason sonriendo—. El sombrero es el del fiscal del distrito. Nunca se puede estar seguro de que no haya un conejo en él.

—Pero, suponiendo que no lo hubiera, ¿qué pasaría?

—Quizás entonces pudiéramos sacar nosotros uno o bien metérselo en su sombrero cuando él no estuviera mirando.

Paul Drake dio en la puerta de Mason el número convenido de golpecitos. Della Street abrió la puerta.

—¿Qué has descubierto, Paul? —preguntó Mason.

—Han alojado a Darwin Kirby en un hotel lujoso —contestó Drake—. Le han dado una *suite* y lo tratan como a un millonario. Tú ya sabes lo que eso significa.

Mason frunció el ceño.

—Eso significa que su declaración va a despejarle el camino a Hamilton Burger y va a crucificar a Steffanie Malden —Drake aprobó con una inclinación de cabeza—. Cuéntame todo lo demás —le instó Mason—. ¿Ha tenido alguna visita? ¿Qué has podido descubrir de sus llamadas telefónicas?

—Respecto a sus llamadas telefónicas, no he podido descubrir lo más mínimo —contestó Drake—. Tratar de acercarse en ese hotel al operador de la centralita equivaldría a arrojar por la ventana mi licencia de detective particular. He podido en cambio seguir la pista de sus visitas, mejor dicho, de su visita, porque sólo una persona ha acudido a verlo.

—¿Quién?

—Su tía, hermana de su madre. Una simpática anciana en una silla de ruedas. Está paralítica desde la cintura abajo. Dulce, de cabellos blancos y sin colorete. Una visita sin ceremonias a su sobrino favorito.

—¿De dónde venía? —preguntó Mason.

—Del sanatorio Butte.

—¿Qué clase de silla de ruedas, Paul?

—Una de primera categoría —repuso Drake—. La ancianita tiene dinero. Toda envuelta en pieles, con un cochazo, chófer, servidor vestido de blanco y todo lo demás.

—¿Es ésa la parienta a la que Kirby visitó con el doctor Malden? —preguntó Mason.

—La misma. El doctor Malden fue en coche al sanatorio Butte antes de llevarse a casa a Kirby para cenar. Creo que el doctor Malden consultó con el médico encargado de atender a la anciana

señora.

—¿Algún otro visitante?

—Ninguno en absoluto. Kirby está tan vigilado como un rey de incógnito. No se permiten ningún descuido con él. He oído decir que su declaración va a poner una soga alrededor del bonito cuello de Steffanie Malden.

—Lo sé, lo sé —dijo Mason en tono de impaciencia—. Paul, ¿qué hay sobre esa tía de él? ¿No tiene nada de sospechoso?

—Nada en absoluto —respondió Drake—. Estuve examinándola muy bien. Hace más de dos años que está en el sanatorio.

—¿Cómo es el sanatorio de grande?

—Uno de esos pequeños centros de recuperación que existen en las colinas, lejos de la niebla y del humo, con alrededores tranquilos, galerías soleadas y todo lo demás.

Sonó el teléfono de Mason. Della Street se puso a la escucha y luego dijo:

—Es para usted, Paul.

Drake agarró el auricular, estuvo escuchando unos momentos y ordenó luego:

—Espere un poco, no se retire del aparato. Voy a darle instrucciones —se volvió hacia Mason y explicó—: Perry, Hamilton Burger ha dejado que los periodistas tengan una charla con Kirby. Han sostenido una dramática entrevista de última hora antes de trasladarse al tribunal y Kirby está contando todo lo que sabe.

—Mira a ver si puedes conseguir un resumen de la historia —pidió Mason.

Drake transmitió la petición por el teléfono, estuvo escuchando unos cuantos minutos y luego empezó a contar.

—Mi agente tiene un sumario general de lo que se ha dicho. Kirby fue al aeropuerto con el doctor Malden. Éste se disponía a realizar un vuelo a Salt Lake City. Malden le contó a Kirby que tomaba cápsulas de cafeína y bebía un poco de whisky, de vez en cuando, con objeto de mantenerse despierto; que trabajaba tanto en su profesión, que el zumbido constante de los motores solía ejercer sobre él un efecto hipnótico. Tenía un frasco de plata. Kirby está seguro de que el frasco que fue presentado como prueba número uno en el primer juicio preliminar es el frasco que él vio al doctor

Malden.

»Poco antes de que el doctor Malden despegase, éste y Kirby tomaron un sorbo de ese frasco. Kirby bebió sólo una cantidad pequeñísima, porque pensó que al doctor Malden podría hacerle falta. El doctor Malden bebió un gran trago.

»Kirby dice que regresó a la sección principal del aeropuerto para esperar el momento de subir a su avión. Tenía que aguardar quince minutos. Empezó a notar calor y a sentirse soñoliento hasta perder todo interés por lo que le rodeaba. Se dio cuenta de que la cabeza se le ponía pesada y se sentó en un diván. Esto es lo último que recuerda hasta que alguien empezó a zarandearlo, unas tres horas más tarde, y lo despertó. Ese alguien era uno de los empleados del aeropuerto.

»Kirby se acercó a un mostrador y tomó tres tazas de café negro.

Sólo entonces empezó a comprender dónde se hallaba. Hacía ya mucho tiempo que su avión había emprendido el vuelo. Tomó otro avión para Denver. Nada más entrar en el avión, se quedó dormido profundamente. La azafata lo despertó cuando estaban aterrizando en Salt Lake City. Descendió del avión en Salt Lake City, fue a la terminal, se durmió de nuevo, perdió el vuelo siguiente y no pudo encontrar su billete. Tuvo que comprar otro billete desde Salt Lake City a Denver. Dice que no cabe duda alguna de que el whisky tenía una droga.

—Claro que tenía una droga —exclamó Mason—. Pero, ¿quién la puso y cuándo? —Drake se encogió de hombros—. Está bien —dijo Mason—. Voy a la Audiencia. A propósito, Paul, ¿sabes con seguridad cómo se llama la tía de Kirby?

—Señora Charlotte Boomer.

—¿Y cuál dijiste que era el sanatorio?

—Sanatorio Butte.

—¿Cuál es el número de su habitación?

—Habitación once. ¿Por qué?

—Pues no lo sé —confesó Mason—. Puede que necesitara comprobarlo.

—Ya ha sido comprobado —le dijo Drake con tono de cansancio —, y, créeme, Perry, ha sido una tarea bien hecha. Me encargaste que hiciese investigaciones sobre cualquier visitante que tuviera

Kirby, y puedes estar seguro de que eso se ha hecho.

—¿Y no hubo más visita que ésa?

—Fue la única.

Mason dijo de pronto:

—Aquí tienes una citación obligatoria. Ve a entregársela a la señora Boomer.

—¿Como testigo para la defensa? —preguntó Drake.

—Así es.

—No podrás conseguir que venga, Perry. Está parálitica desde la cintura abajo.

—Si ha podido venir a visitar a Kirby, también podrá venir a la Audiencia —replicó Mason—. Hazla venir en una silla de ruedas. Utiliza una ambulancia, si es necesario.

—Eso va a ser un jaleo, Perry. Obtendrá un certificado médico y te acusarán de que estás exigiendo cosas imposibles de una anciana señora, que estás desviando el curso del juicio y que...

—Ya me imagino todo eso —interrumpió Mason—, pero cuídate de que esa citación quede entregada en debida forma.

—Pero, Perry, ella no sabe una palabra del caso. Es imposible que sepa algo.

—Excepto lo que le haya dicho Kirby.

—Bueno, Kirby no... ¡Ah, ahora comprendo! Bueno, desde luego... pero otra vez a tropezar con lo mismo, Perry. El fiscal pondrá el grito en el cielo cuando se entere de la entrega de esa citación. Dirá que estás abusando de la paciencia del tribunal. Te desafiará a que muestres qué es lo que esperas probar con esa testigo, y...

—Y se lo diré —lo interrumpió Mason.

—Tendrás que mostrar algo más que una mera conjetura, Perry. Deberás tener algún fundamento para hacer esa afirmación, y entonces, por supuesto, él podrá imponer condiciones.

—¿Es que vas ahora a darme lecciones de derecho? —preguntó Mason.

Drake pensó el asunto unos momentos, luego sonrió.

—De ninguna manera, pero ha habido momentos —dijo— en que he dado esa impresión, ¿verdad?

Capítulo 18

La sala del tribunal del juez Telford estaba abarrotada hasta los topes cuando el ujier convocó el caso del Pueblo contra Malden.

—Preparado a favor de la acusada —dijo Mason.

Halmiton Burger contestó el desafío de Mason:

—Preparado para la acusación. —Luego continuó untuosamente —: Con la venia del tribunal, doy por supuesto que el señor Mason no desea someter al condado a un montón de gastos innecesarios.

»Después de todo, este caso ha sido prácticamente expuesto a juicio con anterioridad. Fue necesario anularlo a causa de un motivo técnico. Estoy invitando ahora a la defensa a que se muestre de acuerdo en que las pruebas que se recibieron en el primer juicio preliminar puedan estimarse como que han sido recibidas también en este caso. Tengo una transcripción de ese testimonio y, si ese convenio es aceptado, presentaré la transcripción original al tribunal, entregaré una copia al señor Mason y retendré una copia para mí.

»No veo motivo alguno para repetir todo el procedimiento, que tanto tiempo consume, de la presentación de pruebas que ya se han presentado ante este mismo tribunal en el mismo caso.

—No hay necesidad de discutir —dijo Mason, moviendo una mano con un ademán que quería ser lo bastante comprensivo—. Se acepta el convenio, pero sometido a la condición de que tengo derecho a hacer repreguntas a cualquier testigo que haya comparecido en el primer juicio preliminar.

—Bueno, con la venia del tribunal —objetó Burger—, he de decir que eso puede resultar bastante fastidioso. Esa condición puede invalidar el convenio.

—¿Por qué? —preguntó el juez Telford.

—Porque podría prolongar las cosas exageradamente.

—Pero —explicó el juez Telford con paciencia—, si usted rechaza ese convenio y vuelve a llamar a los testigos y les hace las mismas preguntas, el señor Mason tendrá luego derecho en las repreguntas a hacer las mismas preguntas que hizo antes, y además, desde luego, tendrá derecho a hacer preguntas suplementarias.

—Sí, eso supongo —reconoció Burger.

—Por tanto, el convenio que propone tiene el efecto de ahorrar el tiempo de usted, el tiempo del tribunal y el tiempo de los testigos; pero sigue protegiendo los derechos de su cliente.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger de mala gana—, aceptaré ese punto. Puede declarar que en este caso hay aspectos que se refieren a la conducta de la defensa y que tengo el propósito de llevar ante el colegio de abogados, y por esa razón no me importa...

—¡Eh, un momento, un momento! —exclamó el juez Telford dando unos golpes con su mazo—. Considero improcedente ese comentario. Este tribunal tiene el propósito de velar para que no se introduzcan asuntos extraños al caso y que no haya intercambios personales entre la acusación y la defensa. ¿Lo ha comprendido usted, señor Burger?

—Sí, señoría.

—Muy bien. Sobre la base de la estipulación propuesta por el señor Mason, el testimonio que fue ofrecido en el caso anterior del Pueblo contra Malden se considera como prueba en este caso, sujeta a la condición de que el señor Mason tiene derecho a hacer nuevas repreguntas a cualquier testigo que declarase en el juicio anterior. Ahora llame usted a su testigo siguiente, señor fiscal.

—El sargento Holcomb —anunció Burger.

El sargento Holcomb, de la sección de homicidios, se adelantó, prestó juramento, se identificó en cuanto a nombre, residencia y ocupación como sargento de la sección de homicidios.

—¿Ha hecho usted alguna gestión —preguntó Hamilton Burger— para localizar al dentista que se encargaba de cuidar el estado de la dentadura del doctor Malden?

—Sí, señor, la he hecho.

—¿Encontró usted a ese dentista?

—El único dentista al que pude encontrar fue a uno que había

llevado a cabo ciertos trabajos en la dentadura del doctor Malden hace unos siete años.

—¿Qué gestiones realizó usted, sargento?

—Me puse en contacto con todos los dentistas de la ciudad y les pedí que mirasen sus archivos para ver si habían llevado a cabo algún trabajo en la dentadura del doctor Malden.

—¿Y a cuántos encontró usted que hubiesen hecho eso?

—Sólo había uno.

—¿Quién era?

—El doctor Reedley Munger.

—Por ahora, eran éstas todas las preguntas que tenía que hacerle —manifestó Burger.

—No tengo que hacer ninguna pregunta —dijo Mason.

—Llamaré al doctor Reedley Munger.

El doctor Munger, un individuo alto, flaco y con aspecto de deshidratado, se adelantó, alzó la mano derecha, prestó juramento, dio su nombre, domicilio y profesión al secretario y tomó asiento en la silla de los testigos.

Burger personalmente llevó a cabo el interrogatorio.

—Doctor Munger, ¿quiere hacer el favor de decirnos cuáles son sus títulos como doctor en odontología?

—Un momento —intervino Mason—, damos por buenos los títulos del doctor Munger como doctor en odontología, sin perjuicio de posteriores repreguntas en caso de que así lo necesitemos.

—Muy bien —dictaminó el juez Telford—. La estipulación da por buena la cuestión de esos títulos. Continúe usted, señor fiscal del distrito.

—¿Conocía usted al doctor Summerfield Malden en vida de éste?

—Sí, señor, lo conocía.

—¿Lo consultó a usted alguna vez el doctor Malden profesionalmente?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Durante un período de siete años que terminó hace aproximadamente unos siete años.

—¿Hizo usted un diagrama de la dentadura del doctor Malden?

—Sí, señor, lo hice.

—Le pregunto ahora si vio a un cadáver o los restos carbonizados de un cadáver que recibió en el depósito el número once mil doscientos treinta y uno.

—Sí, señor, lo vi.

—¿Tuvo oportunidad de examinar la dentadura de ese cadáver?

—Sí, señor.

—¿Tenía usted en aquella ocasión un diagrama que mostrase el estado de la dentadura del doctor Malden después del último tratamiento que le había hecho?

—Sí, señor.

—En su opinión, ¿se trataba del cadáver del doctor Summerfield Malden?

—Bueno, vamos a ver, señor Burger —respondió el testigo—, ésa no es exactamente la forma como me hizo usted la pregunta cuando...

—Es la forma en que le estoy haciendo a usted la pregunta ahora —disparó Burger—. ¿Era o no era el cadáver?

Munger frunció los labios y se quedó mirando al fiscal del distrito. El trazo de una línea obstinada se le puso de manifiesto en la comisura de los labios.

—Mi diagrama de la boca del doctor Malden, según mi mejor opinión, no aparecía completo. Yo...

—Limítese a contestar a la pregunta —lo interrumpió Burger, repentinamente enfadado.

Los labios del doctor Munger se apretaron en una línea de ceñuda obstinación.

—No lo sé.

Burger, súbitamente escandalizado por la respuesta del testigo, dijo:

—Bueno, ¿qué es lo que usted sabe?

—Con toda seguridad, sé una cosa —respondió Munger airadamente—. Sé de odontología tanto como usted pueda saber de derecho.

La sala estalló en una carcajada cuando los espectadores, encontrando un alivio a la tensión dramática del momento, dieron paso al jolgorio. Incluso el juez Telford, comprendiendo

indudablemente que Burger había provocado aquella réplica del dentista, aguardó unos momentos antes de conminar al público a que se abstuviese de nuevas manifestaciones.

—Lo que yo quería decir —puntualizó Burger con fría rabia— era esto: ¿qué sabe usted sobre la dentadura del cadáver que examinó, comparada con la dentadura registrada en el diagrama?

—El doctor Malden —contestó Munger— tenía una dentadura en un estado insólitamente satisfactorio cuando lo vi por última vez de un modo profesional. El cadáver que examiné tenía una cantidad normal de decaimiento de la dentadura y una cantidad correspondiente de trabajo de reparación. Había habido algunos empastes menores como se muestran en el diagrama que llevo aquí. Ha de recordarse también que el cadáver que vi había estado sometido a un calor extremado. Declararé profesionalmente que era posible que el cadáver que vi hubiese sido el del doctor Malden, hablando por completo a base de una comparación de la dentadura con mi diagrama. También declararé que es perfectamente posible que el cadáver no fuese el del doctor Malden.

Burger vaciló un momento. Luego se dedicó a efectuar una consulta entre susurros con Carl Hurley.

—Repregunte —disparó a Mason.

—¿En qué aspecto la dentadura del cadáver que usted examinó se diferenciaba de su diagrama, doctor?

—Se habían hecho muchos trabajos en la dentadura del hombre cuyo cadáver examiné. Dos de los dientes que correspondían a los que yo había empastado siete años antes habían sido extraídos desde entonces. Por tanto resulta imposible decir nada sobre ellos. Otra de las demás extracciones, esto es, la de una muela del juicio, era una que había hecho yo. Una muela que mi diagrama muestra como empastada era la misma que una de las muelas del cadáver, y el empaste era del mismo carácter y colocación en la muela.

—¿Eran éstos todos los puntos de similitud?

—Sí, señor.

—¿Cuántos otros empastes se habían hecho?

—Cinco.

—Entonces, si el cadáver era el del doctor Malden, se habían hecho arreglos dentales bastante extensos desde que consultó a

usted por última vez, ¿no?

—Prefiero no utilizar palabras como la de extensos, señor Mason, si a usted no le importa. Estoy tratando de prestar mi declaración con completa exactitud. Afirmaré que si el cadáver era el del doctor Malden, entonces el doctor Malden había hecho que le practicasen algunos trabajos dentales complementarios en la extensión que he mencionado y que ese trabajo dental se había llevado a cabo desde que profesionalmente lo vi por última vez.

—Pero usted veía al doctor Malden en sociedad, ¿no es así?

—Sí, señor, lo veía.

—¿Cuándo?

—Con más o menos frecuencia. Los dos éramos miembros de un club de comidas.

—¿Le mencionó usted al señor Malden en esas ocasiones que había transcurrido ya algún tiempo desde que le examinó por última vez la dentadura?

—No, señor. No considero que eso resulte profesionalmente decoroso. Pero mis archivos muestran que en varias ocasiones el doctor Malden había recibido una notificación regular y rutinaria de mi enfermera jefe diciéndole que había transcurrido algún tiempo desde que se había examinado la dentadura por última vez.

—¿Le dijo el doctor Malden a usted alguna vez que había recibido esas noticias? —preguntó Mason.

—Protesto, señoría. Ésa es una pregunta incompetente, irrelevante, sin importancia e impropia de una fase de repreguntas —intervino Hamilton Burger.

—Voy a permitir que el testigo conteste a esa pregunta —decidió el juez Telford—. El tribunal está interesado en esta fase del asunto.

—Sí, señor, me dijo algo —contestó el testigo.

—¿Cómo fue la conversación?

—El doctor Malden me dijo que había estado recibiendo mis tarjetas y que cualquier día iría a verme, pero que tenía la dentadura en excelentes condiciones, que durante algún tiempo se había interesado por descubrimientos relativos al uso de cierto producto químico en el agua destinado a conservar la dentadura y que había estado tomando diminutas cantidades de ese producto

con el propósito de evitar la caries dental.

—¿Y en ningún momento le expuso a usted algún motivo que le hiciera pensar que había consultado con otro dentista? —preguntó Mason.

—Protesto contra esa pregunta porque tiende a sacar una conclusión del testigo, porque es capciosa e impertinente en la fase de las preguntas —dijo Hamilton Burger.

—Admitiré esa protesta a la pregunta en la forma que se ha hecho, a causa de que no es propia de la fase de las preguntas —decidió el juez Telford.

—¿Le aclaró a usted en alguna ocasión el doctor Malden que había consultado con otro dentista desde la última vez que estuvo usted tratándolo? —inquirió Mason, modificando su pregunta anterior.

—La misma protesta —dijo Burger.

—Se rechaza al protesta.

—No —respondió el testigo.

Mason dirigió una sonrisa burlona al chasqueado fiscal del distrito.

—Eso es todo.

—¡Un momento! —exclamó Burger cuando el testigo se disponía a abandonar el estrado—. ¿Es posible o no lo es, doctor, que desde un punto de vista de comparación dental, el cadáver que usted vio fuera el del doctor Summerfield Malden?

—Es posible.

—Eso es todo —disparó Burger.

—¿Es probable? —preguntó Mason.

—Eso —replicó Munger— creo que es el tribunal quien tiene que decidirlo.

—Y cree usted muy bien —comentó el juez Telford, sonriendo.

—No tengo que hacer más preguntas —dijo Mason.

—Tampoco nosotros —manifestó Burger—, y, con la venia del tribunal, si el señor Mason desea inducir al tribunal a que se deje en libertad a la acusada sobre la base de que no ha habido una prueba concluyente de asesinato, deseo refutar ese punto.

Mason replicó:

—Usted ha estado organizando toda una campaña de publicidad

en la prensa sobre el hecho de que tenía a Darwin Kirby como su testigo principal. ¿Por qué no lo hace comparecer y...?

El juez Telford interrumpió la pregunta con unos golpes de mazo.

—La defensa deberá dirigirse al tribunal —dijo—. No toleraré reproches, críticas ni intercambios de cuestiones personales entre una y otra parte. ¿Quiere usted presentar alguna propuesta, señor Mason?

—Es lo que deseo hacer, señoría. Propongo ahora que se libere a la acusada de la custodia a que está sometida y que se anule el caso, sobre la base de que no ha habido ninguna prueba suficiente para inculpar a la acusada con el cargo de asesinato.

Burger se puso en pie. El juez Telford le ordenó que se sentase y luego empezó a explicar:

—No creo necesitar que se me exponga ninguna argumentación sobre el punto que se debate. Tal como el caso está ahora, concediendo todas las inferencias favorables al testimonio de la acusación, creo que se ha probado que hay motivos razonables para opinar que el doctor Summerfield fue asesinado. En otras palabras, que se ha cometido un crimen. Y creo que concediendo a dicho testimonio todas las inferencias favorables que pueden concederse, hay fundamentos razonables para creer que la acusada, la señora Steffanie Malden, fue culpable de ese crimen.

»Pero debo manifestarles a la defensa y a la acusación que aquí la regla es radicalmente distinta de la que rige en un tribunal superior cuando el acusado es sometido a juicio. Allí la acusación debe probar que el acusado es culpable más allá de toda duda razonable, y cualquier inferencia está a favor del acusado. Ésa no es la regla aquí. Sin embargo, para los propósitos de esta moción ahora, y antes de que la defensa haya demostrado nada, el tribunal cree que debe considerar cualquier inferencia justificada como favorecedora de la acusación.

»El tribunal manifiesta muy francamente que si la defensa demuestra algo y el asunto es traído luego a la atención del tribunal sobre si la defensa debe quedar obligada por sus manifestaciones, el tribunal no va a conceder inferencia alguna a favor de la acusación. El tribunal va a considerar las pruebas ateniéndose a las leyes de

una probabilidad razonable.

»Sin embargo, por ahora, la moción queda rechazada, y la defensa puede dar los pasos que estime oportunos.

—Que llamen a declarar al señor Darwin Kirby —dijo Mason.

Hamilton Burger se puso en pie.

—Con la venia del tribunal —manifestó—, he de decir que éste es un asunto bastante delicado para que yo pueda dis...

—Pues no lo discuta entonces —lo atajó el juez Telford—. Oigamos la declaración del señor Kirby. Está citado obligatoriamente como testigo para la defensa. Se le ha convocado como testigo para la defensa.

—Señoría, lo siento —expuso Burger—, pero lo que trataba de comunicarle al tribunal es que Darwin Kirby había sido citado también como testigo de la acusación. Desgraciadamente, el señor Kirby no puede comparecer ahora.

—¿Cómo que no puede? —exclamó el juez Telford.

—No sé dónde está. La policía tampoco sabe dónde está. Es evidente que no se encuentra en la sala. Ahora bien, señoría, en vista de las circunstancias, me atrevo a sugerir que si el señor Mason quiere declarar, ante el tribunal y nosotros, lo que espera probar por medio de ese testigo, sería muy posible que la acusación pudiese llegar a un acuerdo con respecto a los hechos de que se trate, porque creo que estoy perfectamente informado de la situación. Conozco el relato del señor Kirby y sé que no se le puede localizar por ahora, lo que no quiere decir que haya inconveniente alguno por su parte para declarar.

—Señoría —dijo Mason—, abogo por un aplazamiento del juicio. Propongo que se expida una requisitoria contra el testigo Kirby y que el juicio se aplaze hasta que el señor Kirby pueda ser localizado, y que, mientras se le localiza o no, la acusada quede libre de la custodia a que está sometida.

—¿Hizo usted que le entregasen una citación obligatoria al señor Kirby? —preguntó el juez a Mason.

—Sí, señoría, la defensa lo hizo.

El juez Telford vaciló un momento, luego se volvió hacia Hamilton Burger.

—Después de todo —dijo—, el tribunal no carece de experiencia

en estas cuestiones, señor fiscal del distrito. Como he deducido por la lectura de la prensa, el señor Kirby estaba bajo custodia de la acusación, siendo retenido como testigo de importancia. No sólo lo había citado usted, sino que lo retenía en una especie de custodia como testigo.

—Eso es correcto, señoría, pero no lo teníamos en custodia en el sentido ordinario de la palabra. Estaba alojado en un hotel céntrico.

—¿Con un guardia?

—Sí, señoría, con un guardia

—¿Y qué ocurrió?

—El señor Kirby abandonó el hotel.

—¿Cuándo?

—A primeras horas de esta mañana. El guardia cree que el señor Kirby se escabulló. Tengo razones, sin embargo, para pensar, aunque estime que no es pertinente exponer mi opinión personal más que en el sentido de que estoy completamente seguro de ello, que la ausencia del señor Kirby no significa ninguna reluctancia por su parte para aparecer y declarar en este caso, sino que está relacionada con un asunto completamente distinto. Voy a sugerir por tanto que el señor Mason explique con detalle lo que espera probar por medio del señor Kirby y entonces espero verme en posición de llegar a un acuerdo y el juicio podrá continuar.

—Bueno, señor Mason —dijo el juez Telford—, creo que, en vista del hecho de que usted presenta una moción para que se aplase el juicio fundándose en que un testigo citado por usted no puede comparecer, tendrá que explicar al tribunal lo que espera probar con ese testigo y darle a la acusación una oportunidad de llegar a un acuerdo.

—Perfectamente, señoría. La defensa espera probar, mediante el testimonio del señor Kirby, que Darwin Kirby y el doctor Summerfield Malden abandonaron la residencia de este último en la fecha en que se supone que el doctor Malden fue asesinado; que el señor Kirby tenía el propósito de tomar un avión para Denver; que el doctor Malden tenía la intención de pilotar su propia avioneta hasta Salt Lake City; que por eso el doctor Malden se proponía llevar a Darwin Kirby hasta la entrada del aeropuerto, donde el señor Kirby tomaría su avión, y que luego el doctor Malden se

proponía ir a otra parte del aeropuerto donde se encuentra el hangar y donde se guardaba su avioneta.

»La defensa espera probar por medio del señor Kirby, cuando éste se encuentre bajo juramento y en el estrado de los testigos, que, durante el curso del viaje al aeropuerto, el doctor Malden sugirió que, puesto que la visita de Darwin Kirby le era tan agradable, los dos hombres podrían trasladarse a Salt Lake City en el automóvil del doctor Malden; que Darwin Kirby podría luego conseguir transporte en avión desde Salt Lake City hasta Denver; que no habría mucho retraso, ya que los dos hombres podrían turnarse en la conducción del coche y podrían llegar a Salt Lake City en un período de veinticuatro horas.

»La defensa espera probar por medio de Darwin Kirby que, seguidamente, el doctor Malden telefoneó a su chófer, el señor Ramón Castilla, para que pilotase la avioneta del doctor Malden y la llevase a Salt Lake City. De ese modo, durante el tiempo que estuviese en curso el congreso médico en Salt Lake City, el doctor Malden tendría el coche a su disposición; que el doctor Malden, al terminar el congreso, pilotaría su propia avioneta para volver aquí y Castilla volvería en el coche.

»Esperamos poder probar todas estas cosas por medio de Darwin Kirby.

Mason se sentó.

Hamilton Burger, pintada en su rostro una expresión de iracunda sorpresa, se quedó mirando boquiabierto a Mason, luego, de pronto, se puso en pie con un rugido de cólera.

—Señoría —vociferó— la defensa no espera poder probar semejante cosa. Eso es simplemente un golpe de teatro montado para sorprender a los ingenuos. Esto es burlarse del tribunal. Niego la buena fe de la defensa. Lo desafío a que presente un solo ápice de prueba que pueda indicar que las cosas ocurrieron de esa forma. Lo desafío a que diga al tribunal que tuvo alguna vez una conversación con Darwin Kirby que le diese pie para presumir que el señor Kirby iba a hacer una declaración en tal sentido y...

—No se me permitió hablar con Darwin Kirby —interrumpió Mason—. La acusación lo mantenía incomunicado. Era imposible hablar con él.

—Con la venia del tribunal —rugió Burger—, todo esto asume ahora un aspecto siniestro. Querer basar la reputación de la defensa en este golpe de teatro de último momento...

Resonó la maza del juez Telford.

—Absténgase de referirse a la reputación de la defensa —amonestó—. Límitese a la exposición de los hechos, señor Burger, y a manejar los argumentos legítimos que usted desee que tenga el tribunal en consideración. El tribunal no tiene el propósito de amonestarlo a usted de nuevo sobre estas cuestiones. El tribunal tiene un remedio muy drástico que aplicará si lo juzga necesario. El tribunal no desea hacer uso de ese remedio a menos que le parezca absolutamente necesario, pero el tribunal va a cuidarse muy bien de que no haya más recriminaciones personales en la sala. ¿Me ha comprendido usted?

—Sí, señoría.

—Muy bien, prosiga con su argumentación.

—Creo, señoría —empezó Hamilton Burger—, que es una inferencia muy clara, en vista de lo que ha afirmado la defensa, que la ausencia de Darwin Kirby no es perjudicial para el caso de la defensa, sino que va en ventaja suya. Seguramente el tribunal puede calcular el efecto que estas afirmaciones del señor Mason van a tener. Si se dejan sin refutación ni controversia, saltarán a las páginas de los periódicos y crearán una enorme oleada de simpatía pública favorable para la acusada. Insisto, señoría, en que esas afirmaciones no tienen otro fundamento que una esperanza por parte del señor Mason, una esperanza que carece en absoluto de base y que, en realidad, constituye un desprecio hacia este tribunal.

»Afirmaré solemnemente que he hablado en persona con Darwin Kirby; que conozco perfectamente el relato de Darwin Kirby; que reporteros de los periódicos han hablado con Darwin Kirby; que miembros de la fuerza de la policía han hablado con Darwin Kirby; que miembros de mi personal han hablado con Darwin Kirby; que todas las veces el relato de Darwin Kirby ha sido el mismo, relato que no tiene la menor semejanza con esa absurda mezcla de cálculos, conjeturas y falsedades que el tribunal acaba de oír de boca de la defensa.

»Deseo afirmar, para que conste en los autos, que el relato del

señor Kirby no ha diferido ni una sola vez. Siempre ha sido constante y consistente. Se reduce a que tomó parte del whisky drogado contenido en el frasco que constituye la prueba número uno; que vio al doctor Summerfield Malden beber de ese whisky; que el testigo Kirby al poco tiempo empezó a sufrir los efectos de una droga. Estos efectos fueron tales que le hicieron perder su avión; que de boca del testigo Kirby es posible probar sin género de dudas que el doctor Summerfield Malden emprendió un vuelo hasta Salt Lake City en su avioneta bajo la influencia de narcóticos que habían sido colocados deliberadamente en aquel whisky con la intención de perpetrar un asesinato.

»Puedo, señoría llamar al estrado a una docena de testigos que declararán con todo detalle cuál fue el relato que hizo Kirby.

—Eso, desde luego, sería basarse en rumores —objetó Mason.

—No para el propósito de esta moción —protestó Burger airadamente.

El juez Telford aprobó con una inclinación de cabeza la réplica del fiscal y dijo luego:

—Creo que en vista de las manifestaciones del señor fiscal del distrito, tendré que pasar la carga al señor Mason. Señor Mason, ¿nunca interrogó a Darwin Kirby?

—Respecto a esta fase del caso, nunca, señoría. Me hallaba interrogando a ese testigo en Denver cuando el señor fiscal ordenó a dos agentes de policía de Denver que me expulsaran del edificio. No se me dio ninguna otra oportunidad de completar aquella entrevista.

—¿Tiene usted algún motivo, señor Mason, por algo de lo que le dijera el señor Kirby, para esperar que declararía aquí en el sentido que usted ha manifestado?

—De labios del señor Kirby, no. No se me permitió interrogarle.

—¿Lo interrogaron otras personas?

—Creo que sí.

—¿Y no ha oído usted decir nada de labios de esas otras personas que sirva para corroborar las afirmaciones que usted acaba de hacer?

—No, señoría.

El juez Telford meneó la cabeza.

—Dadas las circunstancias, señor Mason, forzosamente tiene que parecer que hay algún fundamento para la actitud de la acusación en este asunto. Aquí somos todos realistas y calculamos demasiado bien el efecto que una afirmación como la que usted ha hecho tendría sobre la publicidad relativa a este caso.

—Sí, señoría.

—Seguramente —estalló el juez Telford, exasperado por la impasibilidad de Mason—, debe usted de tener algún fundamento para haber hecho tales afirmaciones.

—Con la venia del tribunal —replicó Mason—, diré que hice entregar a Darwin Kirby una citación obligatoria de la defensa. Tenía mis motivos para creer que Darwin Kirby muy bien podía contar una historia fantástica de lo que había ocurrido cuando fuese entrevistado por el fiscal del distrito y por la prensa, pero que no se atrevería a hacer lo mismo en el estrado de los testigos y después de prestar juramento. Tengo toda clase de motivos para creer, basándome en las investigaciones que he hecho, que su relato era falso y que Darwin Kirby desaparecería antes de que llegase el momento de comparecer en el estrado de testigos. Por eso quise que le entregaran una citación a Darwin Kirby. Y fui amenazado con detención, expulsión del foro y proceso por conducta antiprofesional simplemente porque se me ocurrió aprovecharme de la única oportunidad que se me presentaba para que le fuese entregada, con tiempo suficiente, una citación obligatoria al mencionado testigo.

»Ahora bien, señoría, este testigo ha hecho exactamente lo que yo había calculado que haría. Ha desaparecido.

»El fiscal afirma que soy yo el responsable de esa desaparición con objeto de poner mi caso a una luz más favorecedora. Lo mismo de razonable sería para mí afirmar que el fiscal ha ayudado y promovido esa desaparición, porque se había dado cuenta de que este testigo, al tener que prestar juramento, haría un relato del todo distinto...

—¿Está usted acusándome de ayudar y promover la desaparición de Kirby? —aulló Burger, poniéndose en pie de un brinco.

—¿No me ha acusado usted de ayudar y promover la desaparición de Kirby? —preguntó Mason, volviéndose para mirar

hoscamente a Burger.

La maza del juez Telford dio unos golpes sonoros.

—¡Que la acusación y la defensa hagan el favor de sentarse! —ordenó.

Mason y Burger se sentaron. El juez Telford los miró con ojos llameantes. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Si tiene usted que hacer otras manifestaciones que puedan dirigirse como es debido al tribunal, señor Mason, relacionadas con su argumentación, puede levantarse y hacerlas.

Mason se puso en pie y contestó:

—Hice que le entregaran un citación obligatoria a ese testigo. Quería interrogarlo por parte de la defensa. El testigo no está disponible. Se me pidió que declarase lo que esperaba probar por medio de ese testigo. No me quedaba otra alternativa para defender a la acusada en este caso sino hacer las afirmaciones que he hecho.

—Pero usted hizo esas afirmaciones sin ningún fundamento, sin ninguna lógica, sin ningún motivo que las respaldase —replicó el juez Telford.

—Hice esas afirmaciones porque creía sinceramente, señoría, que eso es poco más o menos lo que se habría visto obligado a declarar Darwin Kirby si hubiese sido interrogado bajo juramento.

El juez Telford tabaleó sobre la mesa con las puntas de los dedos.

—Esta situación resulta bastante extraña —confesó—. Que yo sepa, es algo sin precedentes. Por lo general, cuando la defensa pide al tribunal que conceda un aplazamiento a causa de la ausencia de un testigo, es porque se trata de un testigo que, de hecho, es favorable al lado del caso representado por la defensa y se supone que, dadas estas circunstancias, sabe lo que el testigo va a declarar y, por consiguiente, la afirmación hecha por la defensa al tribunal para ver si la acusación se avendrá a un convenio en el sentido de que habría sido tal o cual la declaración del testigo debe hacerse con la mayor buena fe.

»Pero aquí ocurre que, como ha contado el señor Mason, le impidieron por la fuerza interrogar a Darwin Kirby. Supongo que la defensa tendrá indudablemente algún motivo, por nebuloso que ese motivo sea, para creer o, tal vez, debería expresarme mejor y decir

para esperar, que Kirby habría prestado semejante declaración si hubiese estado presente. ¿No es ese el caso, señor Mason?

—Exactamente, señoría.

—Desafío a la defensa a que presente algo, cualquier chispa de prueba, algo no importa lo remoto y conjetural que pueda ser, que fundamente las afirmaciones que ha hecho —propuso Burger.

—Debo entender —replicó Mason, dirigiéndose ceremoniosamente al tribunal— que la acusación no está dispuesta a convenir que si Darwin Kirby estuviese presente en la sala declararían poco más o menos lo mismo que yo he declarado y que tal declaración sería válida.

El juez Telford se vio obligado a reprimir una leve sonrisa.

Hamilton Burger, puesto en pie, desfigurado el rostro por la cólera, gritó:

—¡No aceptaré ni una sola de esas afirmaciones absurdas! Mantengo sinceramente que esas afirmaciones constituyen sólo un desesperado intento por parte de una defensa que...

La maza del juez Telford impuso silencio a Hamilton Burger.

—Ya está, señor Burger —dijo—. Puede usted sentarse. El tribunal toma nota de su negativa a estipular.

Se volvió luego hacia el defensor. Con voz más suave, lo invitó a hablar.

—Bueno, señor Mason, al tribunal le gustaría conocer algo sobre el razonamiento o los hechos, cualesquiera que éstos puedan ser, que lo hayan inducido a usted a hacer las afirmaciones que ha hecho ante este tribunal. El tribunal opina que debería usted dar muestras de su buena fe.

—Muy bien, señoría —repuso Mason—. Que llamen al estrado de testigos a la señora Charlotte Boomer.

Hamilton Burger se puso en pie como impulsado por un resorte.

—Con la venia del tribunal —prorrumpió, tratando evidentemente de reprimir la extremada exasperación que había en su voz—, sé que la defensa hizo entrega a la señora Boomer de una citación obligatoria. La señora Boomer es una respetable anciana que lleva varios años paralítica. Está paralítica de la cintura abajo, limitada a su silla de ruedas y se encuentra físicamente imposibilitada para venir a la sala.

»Me desagrada tratar de esta cuestión en vista del enfrentamiento que ha habido anteriormente entre la defensa y yo, pero puedo afirmar que estoy preparado para decir ante el tribunal y suministrar pruebas de ello, que el uso de una citación obligatoria para traer a la señora Boomer a la sala en este caso ha sido un abuso por parte de la defensa sin más objeto que lograr una mayor publicidad; que la señora Boomer no sabe nada sobre este caso y que...

—¿Afirma usted que la señora Boomer es incapaz de venir a la sala? —interrumpió Telford.

—Sí, señoría.

—¿Tiene usted un certificado médico que lo acredite?

—Está aquí en la sala el médico que la atiende y que no tiene inconveniente en testimoniar sobre este asunto.

—¿Quién es?

—El doctor Charles Ennis.

El juez Telford reflexionó unos momentos. Dijo luego con cierto mal humor:

—Este caso está tomando rápidamente un cariz que no me gusta nada. No sé si ha habido una extralimitación o una conducta antiprofesional por parte de la defensa o de la acusación. Tengo que manifestar, sin embargo, que ésta es la segunda vez que se hace semejante reproche. Por tanto, voy a sugerirle a la acusación que ordene que el doctor Ennis suba al estrado y se le tome juramento. El tribunal lo interrogará entonces. La defensa y la acusación permanecerán en silencio.

—Doctor Ennis, haga el favor de subir al estrado.

El doctor Ennis, un hombre que frisaba en los sesenta años, con modales que irradiaban una auténtica eficiencia profesional, se adelantó y prestó juramento.

—Doctor Ennis, ¿está usted tratando a la señora Charlotte Boomer? —preguntó el juez Telford.

—Sí la estoy tratando, señoría.

—¿En qué condiciones de salud se encuentra ahora la paciente?

—Sufre de una parálisis total desde la cintura abajo. Se halla confinada en su habitación. Puede dar cortos paseos en una silla de ruedas, pero un viaje en automóvil hasta esta sala sería, en mi

opinión, algo de lo que no podría hablarse.

—¿Tendría ello un efecto funesto en su salud?

—Sería muy perjudicial para su salud. Junto a sus demás achaques, hay un desarreglo nervioso. Opino simplemente que no puedo permitir que mi paciente sea sometida a semejante prueba.

El juez Telford reflexionó unos momentos, luego se volvió hacia Perry Mason.

—Señor Mason —dijo—, voy a pedirle que vigile su respuesta con objeto de evitar cualquier materia de controversia, pero voy a pedirle que declare ante el tribunal qué era lo que usted esperaba probar exactamente mediante la testigo Charlotte Boomer de forma que se le dé a la acusación la oportunidad de estipular que Charlotte Boomer podría haber testimoniado así si hubiese sido llamada como testigo.

Mason se puso en pie. El juez continuó:

—Tenga bien entendido, señor Mason, que quiero que esa manifestación de usted sea breve, concisa y concreta. Quiero que manifieste exactamente lo que usted esperaba que la señora Boomer habría declarado si hubiese estado aquí.

Mason asintió con una inclinación de cabeza. El juez Telford puntualizó aún más:

—Es decir, lo que ella habría declarado que hubiese sido pertinente y relevante en cuanto a los hechos que se debaten en este caso.

Una vez más Mason hizo una inclinación de cabeza. El juez Telford se inclinó sobre su mesa para asegurarse de que no iba a perder una sola palabra.

—Muy bien, empiece —dijo.

—Nada —respondió Mason, y se sentó.

Hubo un momento de tenso silencio dramático, luego, lentamente, el rostro del juez Telford comenzó a empurpurarse.

—¡Señor Mason, póngase en pie! —disparó.

Mason se puso en pie.

—¿Hizo usted que le entregaran una citación obligatoria a la señora Boomer?

—Sí, señorita

—¿La conminó usted para que apareciese aquí como testigo por

la defensa?

—Sí, señoría.

—¿Sabía usted que la señora Boomer estaba mal de salud?

—Sí, señoría.

—¿Y usted no esperaba que la señora Boomer pudiese declarar nada pertinente a los hechos de este caso?

—Así es, señoría

—En esas circunstancias —dijo el juez Telford airadamente—, parece indudable que ha habido una flagrante extralimitación de procedimiento seguido en este juicio. La defensa se ha hecho culpable de desprecio hacia el tribunal. Al tribunal le corresponde imponer una sentencia por desprecio al mismo y por la flagrante extralimitación mostrada por la defensa y que...

—Espere un momento —interrumpió Mason.

—No me interrumpa usted, señor Mason. El tribunal lo condena a una multa de mil dólares y a encarcelamiento durante tres meses en la cárcel del condado por desprecio a este tribunal y extralimitación en el proceso.

Hamilton Burger se retrepó en su silla con un suspiro de satisfacción. Se volvió y dirigió una sonrisita a algunos de los periodistas que estaban tomando notas frenéticamente.

—¿Puedo tener una oportunidad para exponer una razón legal de por qué no debe ser dictada esa sentencia, señoría? —preguntó Mason—. Creo que es una oportunidad que se concede a cualquier acusado, incluso después que un tribunal lo ha sentenciado a muerte tras un veredicto de culpabilidad.

El juez Telford se contuvo con dificultad.

—Sí, puede usted hacerlo, señor Mason. Pero, por favor, sea breve y no se meta en argumentaciones, sino que haga una mera exposición de hechos.

—Muy bien, señoría. Yo esperaba que la señora Boomer no podía declarar nada que fuese pertinente a este caso y tenía la convicción de que ese hecho sería el argumento más fuerte de que podría disponer la defensa.

—¿Cómo se explica eso? —preguntó el juez Telford, todavía enfadado, pero empezando a mostrar interés.

—Porque —repuso Mason— el doctor Ennis ha declarado que

ella no podía realizar un largo viaje a esta ciudad en automóvil sin poner en peligro su salud. Sin embargo, las notas de los guardias que estaban custodiando, o que se supone que estaban custodiando, al señor Darwin Kirby, mostrarán que la señora Charlotte Boomer, que es tía de Darwin Kirby, por lo visto hizo ese viaje en automóvil hasta esta ciudad y, en una silla de ruedas, visitó a Darwin Kirby. Ahora bien, señoría, solicito el favor, que es mi derecho, de repreguntar al testigo, doctor Ennis.

»Con todos los respetos, debo llamar la atención del tribunal sobre el hecho de que antes de que se me diese la oportunidad de repreguntar a este tribunal, el tribunal me pidió que me pusiese en pie, me hizo una pregunta y luego dictó sentencia por desprecio al tribunal. Estoy defendiendo a una acusada a la que se culpa de crimen. Esperaba demostrar, por medio de la señora Boomer, que no sabe nada de este caso, que en realidad no visitó a Darwin Kirby.

»Creo que si el fiscal del distrito se comporta con lealtad ante este tribunal, conferenciará con sus guardias de policía y dirá al tribunal que en efecto Darwin Kirby recibió una visita...

Mason guardó silencio al ver que el sargento Holcomb se adelantaba para bisbisear algo en el oído de Hamilton Burger.

Hamilton Burger se puso en pie de un salto y manifestó:

—El fiscal no tiene el menor deseo de ocultar nada ante el tribunal. Charlotte Boomer visitó ayer a Darwin Kirby. Fue la única visita que se permitió que tuviera Darwin Kirby. Es tía del testigo. Hay un lazo de afecto entre ellos, y la señora Boomer, con grandes molestias, abandonó el sanatorio, hizo un viaje hasta aquí en automóvil y, en silla de ruedas, visitó a Darwin Kirby.

—Entonces —dijo Mason a Hamilton Burger—, ¿cómo se explica que haya presentado usted a un testigo, el doctor Ennis, para que declare que un viaje hasta esta sala, que, desde luego, no está mucho más lejos que el hotel donde paraba Darwin Kirby, sería perjudicial para la salud de Charlotte Boomer?

Hamilton Burger se volvió para mirar lleno de perplejidad al sargento Holcomb.

El sargento Holcomb se encogió de hombros.

—Así, pues —continuó Mason—, vuelvo a presentar mi solicitud, señoría, en el sentido de que se me permita repreguntar al

doctor Ennis.

—Tiene usted ese permiso. Repregunte —disparó el juez Telford. Mason le sonrió al doctor Ennis.

—Doctor —dijo—, usted ha declarado que sería perjudicial para la salud de la señora Boomer abandonar el sanatorio donde está recluida y venir a esta ciudad, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Hasta qué punto sería perjudicial?

—En mi opinión, sería gravemente perjudicial.

—¿Y resultaría de ello un empeoramiento de su salud?

—Sí, señor.

—¿Cuándo vio usted por última vez a la señora Boomer?

—La vi a primeras horas de esta mañana.

—¿A requerimiento de quién?

El doctor vaciló un momento, miró a Burger, luego respondió:

—A requerimiento de Hamilton Burger, el fiscal del distrito.

—¿Y cuál era el estado de salud de la paciente?

—Su salud no es buena.

—¿Con relación a ayer?

—Era aproximadamente la misma que la última vez que la vi.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cuarenta y ocho horas.

—¿Y cuál era el estado de su salud con referencia al que había sido una semana antes?

—Aproximadamente el mismo.

—Entonces —preguntó Mason—, ¿cómo se explica el hecho de que viniera a la ciudad, de que hiciese el viaje en automóvil, de que fuese trasladada desde el automóvil hasta una silla de ruedas, de que entrase en un hotel, de que subiese en el ascensor del hotel, de que conferenciase con Darwin Kirby y de que abandonase el hotel en ascensor, de que regresase al automóvil y de que volviese así al sanatorio, sin que nada de esto tuviese efecto perjudicial en su salud?

El doctor Ennis apretó los labios en una línea firme e iracunda.

—No creo que hiciese semejante viaje.

—Quiere decir que no sabe si lo hizo, ¿verdad?

—Estoy convencido de que no lo hizo.

—¿Por qué está usted convencido, doctor?

—Si lo hubiese hecho, creo que ella me lo habría dicho y creo que el personal del sanatorio me lo habría dicho también. El personal tiene órdenes concretas de no permitirse ningún cambio en el tratamiento sin mi permiso y mi aprobación.

—Entonces, usted no cree que saliera del sanatorio, ¿verdad?

—No, señor, no lo creo.

—Y si el sargento Holcomb afirma que lo hizo, ¿es que el sargento Holcomb estaría equivocado?

—Protesto contra eso como capcioso —dijo Burger.

—Se admite la protesta —sentenció el juez Telford.

Mason se sentó con una sonrisa burlona.

—No tengo que hacer más preguntas, señoría.

El juez Telford tabaleó con los dedos sobre la mesa que tenía ante él, luego se volvió hacia el doctor.

—Doctor Ennis —preguntó—, ¿está usted seguro de que esa mujer no salió del hospital?

—No creo que lo hiciera. Por supuesto, no puedo estar seguro. Yo no estaba vigilándola, pero puedo decir que, si lo hizo, es una violación de todas las reglas por las que se rige el sanatorio. Es una situación muy insólita. Además, si ella hubiese realizado tal viaje, estoy absolutamente convencido de que le habría notado una reacción física muy clara esta mañana.

—Mentalmente, ¿en qué condiciones se halla?

—No muy buenas. No es del todo normal. Está como desorientada. Tiene algunas reacciones sintomáticas. Estoy absolutamente convencido de que no pudo abandonar el sanatorio e ir al hotel.

—Muy bien —dijo el juez Telford—. ¿Tiene usted que hacer alguna pregunta, señor Burger?

El fiscal consultó una vez más entre bisbiseos con el sargento Holcomb.

El sargento Holcomb estaba discutiendo vigorosamente un punto determinado, pero Burger no hacía más que sacudir la cabeza. Finalmente, Burger se volvió hacia el tribunal y dijo:

—No tengo ninguna pregunta que hacer, señoría.

Intervino entonces Mason para decir:

—Con respecto a esta moción, desearía que el sargento Holcomb compareciera en el estrado.

El sargento Holcomb parecía ansioso de ocupar el sitio de los testigos.

Después de manifestar las generales de la ley, se volvió hacia Mason.

—¿Conoce usted a Charlotte Boomer, tía de Darwin Kirby?

—Claro que la conozco —respondió el sargento Holcomb.

—¿Cuándo la vio usted?

—La vi ayer.

—¿Dónde estaba?

—En la habitación de Darwin Kirby, en un hotel céntrico, hablando con él.

—¿Le permitió usted que visitara a Darwin Kirby?

—Sí, señor, se lo permití.

—¿Habló usted con ella?

—No mucho.

—Pero, ¿habló usted con ella, sí o no?

—Sí.

—¿Puede usted describir su apariencia física?

—Estaba en una silla de ruedas. La parte inferior del cuerpo la tenía envuelta con mantas. Deduje que era necesario para ella estar abrigada. Llevaba pieles y sombrero. Sobre el rostro le caían mechones de pelo gris.

—¿Puede usted describir su rostro?

—Era más bien de rasgos afilados. Tenía buen color. Lo que más me impresionó de ella fueron sus ojos. Eran unos ojos vivos, inteligentes, penetrantes.

—¿De qué color eran? —preguntó Mason.

—De un gris intenso.

El doctor Ennis, desde el fondo de la sala, gritó:

—¡Sus ojos son castaños!

El juez Telford estaba tan interesado, que ni siquiera se fijó en la forma extraña y poco ceremoniosa de la interrupción.

—¿De qué color son sus ojos, doctor? —preguntó.

—Castaños.

—¡Grises! —protestó el sargento Holcomb—. Los vi con toda

claridad.

El doctor Ennis se puso en pie.

—Sus rasgos no tienen nada de afilados, señoría; tiene la cara abotargada. Padece un defecto en la eliminación del sudor y el cuerpo tiene unas condiciones que el profano creería propias de una persona hidrópica. De vez en cuando hay que extraerle líquido.

—Nada de eso; estaba seca como un esparto —interrumpió el sargento Holcomb desde el estrado de los testigos.

—¿Cómo supo usted que era Charlotte Boomer? —le preguntó Mason.

—Porque ella me lo dijo y Darwin Kirby me lo dijo también.

Mason le sonrió.

—No debe usted creer en pruebas de oídas, sargento Holcomb. Eso podría resultarle perjudicial en su carrera. Para que lo sepa, voy a decirle que la persona que visitó a Darwin Kirby y a la que usted permitió la entrada en la habitación de este último y a la que luego dejó escabullirse entre los dedos era el *doctor Summerfield Malden*.

Y Mason se sentó.

Hamilton Burger se puso en pie de un brinco, jadeó, cambió de color, se quedó mirando estupefacto a Mason, luego volvió los ojos hacia el sargento Holcomb, finalmente hacia el tribunal y de pronto se sentó como si el efecto de la sorpresa le hiciera flaquear las rodillas.

El juez Telford paseó la mirada del sargento a Mason y al doctor Ennis.

—Doctor Ennis —dijo—, ¿puede usted averiguar si ayer Charlotte Boomer abandonó realmente el sanatorio donde está hospitalizada?

—Desde luego —contestó el doctor Ennis.

—¿Cuánto tiempo tardará usted en conseguir esa información?

—El tiempo de hacer una llamada telefónica.

Hamilton Burger, habiéndose recobrado un poco, se puso en pie.

—Señoría —dijo—, protesto contra esa afirmación absurda de la defensa de que aquella persona era el doctor Malden. No puede probar que lo era.

—Señoría —dijo Mason a su vez—, el fiscal del distrito ha hecho la afirmación de que la persona que visitó a Darwin Kirby era

Charlotte Boomer —el abogado recalcó esta última frase y añadió luego—: *No puede probar que lo era*. En vista de esta afirmación por parte del fiscal del distrito que es manifiestamente incorrecta y que dentro de pocos minutos se probará que es falsa del todo, tengo derecho a hacer mi afirmación de que esa persona era el doctor Summerfield Malden.

Mason se sentó.

Los periodistas formaron un enorme estrépito al correr hacia la puerta de la sala. Sin preocuparse de las voces del juez Telford diciendo que el tribunal estaba reunido en sesión, sin preocuparse de los golpes de la maza del juez, se daban codazos y empujones tratando de ser cada uno de ellos el primero que saliese de la sala y llegase a un teléfono.

Capítulo 19

Paul Drake dio los golpecitos convenidos en la puerta del despacho particular de Perry Mason.

Della Street lo dejó entrar.

Drake miró a Mason y sonrió.

—¿Cómo demonios lo sabías, Perry?

—No lo sabía —contestó Mason—, pero lo sospechaba.

—¿Por qué?

—Porque —repuso Mason— éramos lo mismo que un público que está contemplando los trucos de un prestidigitador. Estábamos tan interesados por la charla y las explicaciones del mago, que no nos fijábamos en lo que realmente estaba haciendo.

»No hay más que pensar en un prestidigitador que pide un reloj a alguien que se encuentre en la parte de atrás del público. Luego baja por el pasillo trasladando el reloj primero a la mano izquierda y luego a la derecha, con objeto de mostrar a la gente de ambos costados del auditorio que sigue llevando el mismo reloj. En realidad, lo que está haciendo es trasladarlo desde su mano izquierda a su mano derecha para poder hacer una sustitución mientras su cuerpo está ocultando al público lo que está haciendo, pero, como insiste en que lo hace con objeto de mantener el reloj siempre a la vista del público, éste acepta que lo que hace es completamente correcto.

»Veamos lo que ocurrió en este caso. El doctor Summerfield Malden está agotándose peligrosamente en el ejercicio de la medicina. Sólo le quedan pocos años de vida. Tiene necesidad de un completo descanso físico y mental. Está enamorado de su enfermera jefe. Naturalmente, quiere estar con ella. Su esposa es una mujer amante del dinero y que no le concedería el divorcio, sino que está

dispuesta a sacarle *hasta* el último penique que posea. Es una fisgona que saca fotocopias de su libro de notas, que hace impresiones en cera de sus llaves y vigila estrictamente cada uno de sus movimientos.

»El doctor Malden desaparece. Probablemente, le es posible llevarse cien mil dólares en metálico. Da la casualidad de que su enfermera jefe desaparece al mismo tiempo. Ahora bien, dadas estas circunstancias, ¿cuál es la conclusión lógica?

Drake sonrió.

—Presentando las cosas de ese modo, Perry, sólo hay una conclusión lógica. El doctor Malden, sabiendo que sólo le quedaban pocos años de vida, ahorró el dinero suficiente para vivir sin estrecheces esos pocos años y decidió que tendría descanso y felicidad con la mujer a la que amaba realmente.

—Exacto —confirmó Mason—. El doctor Malden era un hombre que planeaba las cosas con consumada habilidad. Era una máquina de pensar de perfecta sangre fría y que razonaba todo hasta el último detalle. Indudablemente habría montado una desaparición que fuese dramática. Es probable que pensase volar con su avioneta sobre el mar, que se dejase caer en paracaídas, que fuese rescatado por Gladys Foss, quien lo estaría esperando en un punto fijado de antemano, y pasaría a los anales de la aviación como otro aficionado víctima de inclementes condiciones meteorológicas. Pero el doctor Malden tuvo la suerte de que las cosas se le presentaran aún mejor. Por lo menos, es lo que me imagino.

—Pues has acertado, Perry —dijo Drake—. Vengo ahora del cuartel general de la policía. Tras la bomba que les arrojaste, detuvieron a Ramón Castilla y lo hicieron cantar. Castilla terminó confesando todo lo que sabía. Si encajamos los hechos, parece que todo ocurrió tal como tú habías sospechado.

»El doctor Malden y Gladys Foss estaban preparándose nuevas identidades en Sacramento. Nadie habría pensado nunca que el señor Charles Amboy y señora, que tan apaciblemente llevaban meses viviendo allí, pudieran ser el desaparecido doctor Summerfield Malden y su bonita enfermera.

»Tenían el proyecto de trasladarse posteriormente a las islas Hawai y adquirir una pequeña propiedad en Maui, donde podrían

vivir gastando poquísimos si así lo deseaban.

»Aquello habría sido un paraíso para el doctor. Agua caliente, nada de teléfonos, un clima semitropical, fruto del árbol del pan, aguacates, bananas, cocos, palmeras, luz del sol, largos días de pereza escuchando el monótono rumor de la rompiente en lugar de las lamentaciones de los enfermos.

»Kirby ya se había establecido allí desde hacía tiempo y de vez en cuando le escribía al doctor Malden dándole detalles sobre aquella vida ociosa y descansada. El doctor Malden quemaba aquellas cartas tan pronto las leía, porque Kirby estaba ocultándose en un lugar donde no pudieran localizarlo, y el doctor Malden lo estaba protegiendo.

»Según la confesión que Castella ha hecho a la policía, el doctor Malden y Kirby sacaron del garaje el coche del primero, luego pasaron a recoger a Castella, quien iba a llevarlos al aeropuerto para traerse luego el coche a la ciudad.

»El doctor Malden tenía la intención de despegar en su avioneta y hacer luego que Castella llevase a Kirby a la sección de pasajeros para que éste pudiera tomar su avión hasta Denver.

»El doctor Malden presentó su plan de vuelo y dispuso todo lo necesario para despegar, pero luego, como estaba disfrutando tanto con la compañía de Kirby, sugirió que éste le acompañase en la avioneta hasta Salt Lake City y allí tomase el avión para Denver. Kirby objetó que el ruido del motor no les dejaría oírse y sugirió que fuesen en coche hasta Salt Lake City, ya que había muchísimas cosas de las que tenía que hablar con Malden.

»Según confesión de Castella, el doctor Malden, en lugar de suspender su vuelo, le dijo a Castella que pilotase la avioneta hasta Salt Lake City y que regresase en tren. Castella, desde luego, que no dejaba de saber algo de lo que estaba pasando, llegó a la conclusión de que el doctor Malden tenía el propósito de pilotar su avioneta para el regreso, pero que su intención era reunirse con Gladys Foss en Salt Lake City, y que ésta sería la que trajese el coche de regreso.

»El doctor Malden y Kirby emprendieron la marcha, pero Castella tenía otros proyectos. Había estado hurtando narcóticos del doctor Malden y estaba metido en una red de traficantes de drogas. El jefe de esa red, un hombre al que Castella odiaba y temía, había

estado ejerciendo presión sobre el chófer para que le dejase utilizar la avioneta del doctor Malden con objeto de concertar una cita en el desierto con un avión de contrabandistas de drogas.

»Tan pronto como Malden abandonó el aeropuerto, Castella llamó por teléfono al jefe de la red de traficantes de drogas y le dijo que, si acudía inmediatamente, podría utilizar la avioneta de Malden, asistir a la reunión de los traficantes de drogas, continuar el vuelo hasta Salt Lake City y entregar las drogas allí. El jefe de la banda saltó de gozo al enterarse de la oportunidad.

»Castella saturó de morfina el frasco de whisky del doctor Malden, morfina que, desde luego, había hurtado previamente de las existencias del doctor Malden. El jefe de la banda se mostró dispuesto a despegar cuanto antes. Castella insistió en que tomaran un trago. El jefe de la banda era un gran bebedor. Castella fingió beber algo, pero su jefe bebió realmente un buen trago, se metió en la avioneta y despegó.

»Castella había planeado deliberadamente un asesinato en circunstancias tales que le parecía absolutamente imposible que lo atrapasen. Estaba seguro de que la avioneta se estrellaría en el desierto. Todo el mundo pensaría que el cadáver que se encontrara en el aparato era el suyo. Y él entonces podía desaparecer tranquilamente.

»Así, pues, Castella aguardó el curso de los acontecimientos. Se enteró de que la avioneta se había estrellado, pero con gran sorpresa por su parte vio que todo el mundo creía que el cadáver era el del doctor Malden, por lo cual calculó que, de un momento a otro, el doctor Malden daría la noticia de que era Castella el que había pilotado la avioneta, debido a un cambio de último momento en sus planes.

»Pero, por lo visto, el doctor Malden y Kirby, mientras se dirigían en el coche hacia Salt Lake City, oyeron por la radio del vehículo un boletín de noticias en que se anunciaba el descubrimiento del aparato estrellado y, desde luego, la afirmación de que el cadáver era el del doctor Malden. Malden había estado madurando el proyecto de desaparecer y unirse con Kirby en su paraíso tropical. Kirby y el doctor Malden eran amigos íntimos. Kirby se había cansado de la vida matrimonial y estaba viviendo

con lujoso ocio en una isla tropical. Tenía una muchacha nativa de la que estaba enamorado, como Malden lo estaba de su enfermera jefe. Castella había interceptado una de las cartas de Kirby y sabía qué era lo que estaban tramando los dos hombres.

»Después que transcurrieron veinticuatro horas sin que se tuviese noticias de que el doctor Malden hubiera dicho lo más mínimo, Castella cayó en la cuenta de lo que debía de haber sucedido. Malden y Kirby habían aprovechado el accidente de la avioneta como una oportunidad espléndida para llevar a cabo sus planes. Suponían, desde luego, que el cadáver de Castella era el que estaba entre los restos del aparato. Al guardar silencio sobre el cambio en sus planes de vuelo, el doctor Malden podía montar su desaparición sin el menor riesgo de ser descubierto. En realidad, puede sospecharse con fundados motivos que el doctor Malden y Kirby estuvieron planeando los detalles de una desaparición mientras se dirigían a Salt Lake City.

»Castella volvió a la habitación que tenía alquilada y explicó su ausencia diciendo que había estado trabajando en la canoa del doctor Malden, revisando el motor de acuerdo con instrucciones que había recibido.

»Castella se encontraba de pronto en una posición maravillosa para reunir material que posteriormente podría utilizar para un espléndido chantaje. Pero, desgraciadamente para él, los federales le estaban cerrando el cerco a causa de la red de traficantes de drogas. Entonces, Hamilton Burger, el fiscal del distrito, al encontrar en el frasco whisky drogado, se precipitó al extraer la conclusión de que la señora Malden había asesinado a su marido. Castella, un perfecto bribón, teniendo un asesinato que ocultar y viéndose complicado en un asunto de drogas que terminaría por atraparlo, engañó al fiscal del distrito ofreciéndose como testigo de cargo, contando una historia que complicaría a la señora Malden en el tráfico de drogas y en el asesinato de su marido. Este ofrecimiento lo hizo a cambio de una garantía de inmunidad que le fue prometida por el fiscal del distrito.

»Castella se sentía ya perfectamente tranquilo. El doctor Malden y Darwin Kirby eran los únicos que podían refutar sus declaraciones, y ninguno de ellos se atrevería a hacerlo. Castella,

habiéndose asegurado, por parte del fiscal del distrito, la inmunidad en cuanto al asunto de las drogas, podía declarar en el juicio contra la señora Malden, dedicarse luego a localizar al doctor Malden y a Gladys Foss y, una vez que los encontrase, sacarles hasta el tuétano con chantaje.

Mason reflexionó sobre todo lo que acababa de decir Paul Drake.

—Bueno —comentó—, no hay más que poner las cosas en orden y figurarse lo que debió de ocurrir. El doctor Malden y Kirby elaboraron sus planes. El doctor Malden llevó el coche hasta Salt Lake City. Kirby se apeó allí y tomó un avión para Denver con objeto de llevar a cabo la última acción en su especial enredo doméstico y contemplar el plan de desquite que había preparado contra su esposa y sus parientes políticos.

»Gladys Foss, antes de tomar el avión desde Phoenix a Salt Lake City, debió de escuchar el boletín de noticias de la radio sobre la muerte del doctor Malden. Durante ese tiempo creyó que el doctor Malden había muerto. Podemos imaginarnos lo que debió de sentir cuando llegó a Salt Lake City y oyó la voz de él por teléfono. Hemos de recordar que la azafata del avión nos dijo cómo había estado llorando la muerte de su «esposo» mientras iba en avión desde Phoenix a Salt Lake. ¿Y qué hay del dinero en la caja de caudales de los apartamentos Dixiewood, Paul? ¿Has descubierto algo respecto a eso?

Drake meneó la cabeza.

—Castella no sabía nada sobre los apartamentos Dixiewood. Estaba enterado de la situación de Gladys Foss, pero no del apartamento. Desde luego, la señora Malden había descubierto aquel secreto. Es fácil imaginarse la posición del doctor Malden. Estaba rodeado de gente que lo vigilaba. Su esposa hacía fotocopias de su libro de notas e impresiones en cera de las llaves de su llavero. Castella estaba hurtando drogas de las existencias del doctor Malden y esperaba la menor ocasión para hacer un poco de chantaje por su parte.

»Mis sospechas más fundadas respecto al dinero, Perry, son que el doctor Malden había estado detrayendo grandes sumas en metálico de sus ingresos. También había estado jugando a las carreras de caballos. Lo que quiera que pudiese ganar tenía que ser

en metálico. El individuo tenía evidentemente el tipo de cerebro frío, calculador y científico que lo capacitaba para hacer meticulosas combinaciones en las apuestas. Tenía una voluntad de hierro y jugaba únicamente conforme a un cierto sistema secreto mediante el cual podía presentar combinaciones ganadoras. Si ganaba, ganaba mucho y en metálico. Si perdía, perdía poco.

»Gladys Foss había dejado su propio coche en Sacramento. Tomó el avión desde Salt Lake City a Sacramento, recogió su coche y viajó hasta los apartamentos Dixiewood para poder retirar sus pertenencias personales.

»Mientras tanto, el doctor Malden, probablemente llevando un disfraz rudimentario, se había trasladado aquí en avión desde Salt Lake City, había ido directamente al apartamento, había abierto la caja de caudales, la había desvalijado y había dejado abierta la puerta de la caja.

»El plan consistía en hacer ver que era Gladys Foss la que se había apoderado del dinero, dinero que previamente había estado malversando. Como es natural, Gladys Foss iba a desaparecer. De ese modo el departamento del impuesto sobre la renta se vería sumido en la confusión. No sabría si la disminución en los ingresos en metálico era debida a que el doctor Malden estaba defraudando al impuesto sobre la renta o al hecho de que Gladys Foss había estado malversando dinero con objeto de apostar en las carreras de caballos.

»Es fácil imaginar la sorpresa de Gladys cuando llegó al apartamento y vio que la puerta de la caja de caudales estaba cerrada, que el cuadro estaba en su sitio y todo lo demás. Porque ella, por supuesto, estaba enterada de los planes del doctor Malden.

Mason aprobó con una inclinación de cabeza. Drake continuó con tono dubitativo:

—Lo único que no consigo comprender es por qué el doctor Malden dejó todos sus bienes a su esposa, a la que odiaba.

—No tenía más remedio que hacerlo —explicó Mason—. Si la hubiese desheredado, habría hecho surgir sospechas desde el principio. Recuerda que él no estaba proyectando que encontraran su cadáver en una avioneta incendiada. Estaba pensando simplemente en una desaparición.

—Es verdad —asintió Drake.

Mason soltó una risita.

—Así, pues, realmente la señora Malden estaba diciendo la verdad cuando vino a verme, excepto su mentira en lo referente a que la seguían. Ella lo que deseaba es que yo fuese a aquel apartamento. Quería que descubriese la combinación de la caja. Quería que sacase el dinero de la caja y que luego fuese lo bastante listo y bribón como para retener cien mil dólares en billetes hasta que las aguas se hubiesen calmado. Luego, era de suponer que le entregaría cincuenta mil dólares exentos de impuestos y que me quedaría con una cantidad igual para mí.

»Lo que estoy diciendo significa que el doctor Malden y Gladys Foss ya habían puesto sus planes en marcha. En cierto modo, Paul, tengo el presentimiento de que nadie va a encontrarlos. Él debió de estar en el bungalow de Gladys cuando llamé al timbre y entré. Había estado sentado en la butaca leyendo los resultados de las carreras. Hice mal al no sospechar nada cuando Gladys Foss me dijo que había estado sentada en la butaca, pero su relato de la afición a las carreras y de que no ganaba lo bastante para eso presentaba posibilidades legales tan interesantes, que, por el momento, acepté todo aquello como algo evidente.

—Me pregunto qué le ocurrirá a Kirby —dijo Drake.

—Dudo que Hamilton Burger sienta demasiado interés por localizar a Kirby, Paul —respondió Mason con una sonrisa burlona—. Desde luego, Kirby deseaba hacer lo que pudiera para ayudar a la desaparición del doctor Malden. Deseaba decir toda clase de mentiras al fiscal del distrito y a los periodistas, pero le daba miedo comparecer en el estrado de testigos y hacer semejantes afirmaciones bajo juramento, porque entonces, si la verdad se ponía en claro, se haría culpable de perjurio, y un hombre que había planeado durante tanto tiempo pasar su vida en una isla tropical, nadando en plácidas ensenadas, comiendo fruto del árbol del pan, mangos y bananas, naturalmente no tenía el menor deseo de ser internado en una celda, comer rancho carcelario y hacer trabajos rudos.

—¿Estás convencido de que fue el doctor Malden, disfrazado de tía inválida, el que visitó a Kirby? —preguntó Drake.

—Lo más seguro es que lo fuese. De un modo u otro, Kirby había conseguido enviar un mensaje al doctor Malden... ¡espera un momento, espera un momento! Della, traiga usted los periódicos de ayer.

Della Street fue al armario y sacó los periódicos del día anterior.

Mason revisó apresuradamente las columnas de anuncios que contenían mensajes personales y luego castañeteó los dedos.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Drake.

—Lo he encontrado —repuso Mason— y lamento que no se me hubiera ocurrido antes. Escucha esto: «S. M.: Me cortaría el brazo derecho por poder ayudarte, pero no puedo levantarlo, D. K.»

—Eso encaja perfectamente —comentó Drake.

Mason le lanzó una sonrisa a Della Street.

—Técnicamente, todavía estoy bajo el peso de una sentencia a cárcel por desprecio al tribunal. Vamos a comer. Puede que sea la última buena comida que haga durante mucho tiempo.

—No te preocupes por el juez Telford —le advirtió Drake—. Está lleno de remordimientos. Ha dicho a los periodistas que desarrollaste una de las luchas legales más espléndidamente dramáticas que él haya presenciado nunca; que era tu deber como defensor luchar por tu cliente palmo a palmo y que tu valerosa actitud ha contribuido a descubrir la verdad.

Mason se dirigió a la percha y recogió su sombrero.

—Muy bien, Paul —dijo—, tú te quedas aquí y pones en orden los cabos sueltos. Necesito toda la información que puedas obtener. Della y yo vamos a celebrar el triunfo.

—Como siempre —gruñó Drake—, me dejáis la peor parte.

—Tú crees que has tenido la peor parte —sonrió Mason—, pero ¿qué habría pasado, Paul, si te hubiese entregado la llave de aquel apartamento que me dio la señora Malden y te hubiese pedido que fueses allí para echar un vistazo?

La sonrisa semiburlona que contraía el rostro de Paul Drake desapareció repentinamente.

—Quieres decir que habría encontrado una caja de caudales vacía y que... ¿no?

—Exactamente —respondió Mason—. Y la señora Malden habría creído que te habías apoderado de los cien mil dólares.

—Tú ganas —dijo Drake—. Puedes irte y festejarlo con Della. Yo me quedaré aquí y pondré en orden las cosas. ¡Cáspita, nunca había pensado en esa posibilidad! ¿Qué habría pasado entonces?

—Sigue pensándolo —le aconsejó Mason secamente— y entonces podrás formarte una idea de lo que yo sentí al ver entornada la puerta de aquella caja de caudales. ¡Vámonos, Della!



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] Cargo de origen inglés ejercido por un funcionario, nombrado por la Corona, cuya función consiste en investigar las causas de muertes sospechosas o por accidente. (N. del T.) < <